

ESCOLA DE HUMANIDADES  
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM LETRAS  
DOUTORADO EM ESCRITA CRIATIVA

MARÍA ELENA MORÁN ATENCIO

***VOLVER A CUÁNDO***: PROVOCAÇÕES FICCIONAIS  
E TEÓRICAS SOBRE A EMPATIA NARRATIVA

Porto Alegre  
2022

PÓS-GRADUAÇÃO - *STRICTO SENSU*



Pontifícia Universidade Católica  
do Rio Grande do Sul

MARÍA ELENA MORÁN ATENCIO

***VOLVER A CUÁNDO: PROVOCAÇÕES FICCIONAIS  
E TEÓRICAS SOBRE A EMPATIA NARRATIVA***

Tese composta por obra ficcional e reflexão teórica apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Letras da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul – PUCRS como parte dos requisitos para obtenção do título de Doutora em Letras, área de concentração Escrita Criativa.

Porto Alegre

2022

## Ficha Catalográfica

M893v Morán Atencio, María Elena

Volver a cuándo : Provocações ficcionais e teóricas sobre a empatia narrativa / María Elena Morán Atencio. – 2022.

252 p.

Tese (Doutorado) – Programa de Pós-Graduação em Letras, PUCRS.

Orientador: Prof. Dr. Norman Roland Madarasz.

1. Escrita Criativa. 2. Empatia. 3. Venezuela. 4. Revolução Bolivariana. 5. Migração. I. Madarasz, Norman Roland. II. Título.

Elaborada pelo Sistema de Geração Automática de Ficha Catalográfica da PUCRS  
com os dados fornecidos pelo(a) autor(a).

Bibliotecária responsável: Clarissa Jesinska Selbach CRB-10/2051

MARÍA ELENA MORÁN ATENCIO

**VOLVER A CUÁNDO: PROVOCAÇÕES FICCIONAIS  
E TEÓRICAS SOBRE A EMPATIA NARRATIVA**

Tese composta por obra ficcional e reflexão teórica apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Letras da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul – PUCRS como parte dos requisitos para obtenção do título de Doutora em Letras, área de concentração Escrita Criativa.

Aprovada em: 23 de fevereiro de 2022

**BANCA EXAMINADORA**

Prof. Dr. Norman Roland Madarasz (Orientador) - PUCRS  
Magdalena López - University of Notre Dame/Instituto Universitário de Lisboa  
Paloma Vidal - UNIFESP  
Natalia Borges Polesso - Escritora  
Altair Martins - PUCRS  
Luiz Antonio de Assis Brasil - PUCRS

Porto Alegre

2022

*A mi padre, Rodolfo,  
y a nuestra patria portátil.*

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (PUCRS), a la Faculdade de Humanidades y a la Pós-Graduação em Letras por la oportunidad increíble de trabajar con lo que me apasiona y, como si no eso fuera suficiente, darme un diploma por ello. Este proyecto fue posible gracias al apoyo del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq), a través de la concesión de la de beca de estudios de Doctorado nº de processo 140448/2018-7. Larga vida al CNPq, a la educación pública y a quienes la defienden en tiempos tan sombríos.

Al profesor Dr. Norman Madarasz, orientador de este trabajo, por todo el apoyo para que yo pudiese crear con la más amplia e intensa de las libertades. Un agradecimiento muy especial por el esfuerzo que significó abrazar el español como lengua de este proyecto: un gesto de empatía por el que siempre tendrá mi gratitud.

Al profesor y amigo Luiz Antonio de Assis Brasil, motivador incansable de mi escrita, oído atento a este proyecto desde que era apenas una intención, hasta la primera versión de esta novela.

A Natalia Borges Polesso y Héctor Torres, por sus lecturas atentas y estimulantes durante la *qualificação*; fue un momento crucial para definir los rumbos que tomaría la historia.

A todos mis compañeros de caminata en la PUCRS, en especial a los profesores Altair Martins, Amilcar Bettega, Antonio Hohlfeldt, Bernardo Bueno, Charles Monteiro, Claudia Brescancini, Cristiano Baldi, Diego Grando, Luis Roberto Amabile, Maria Eunice Moreira, Maria Tereza Amodeo, Moema Vilela, Paulo Ricardo Kralik, Pedro Theobald, Regina Kohlrausch, Ricardo Barberena y Ricardo Timm; así como a mis compañeros de clases y de talleres Alexandra Lopes da Cunha, Ana Luiza Rizzo, André Luiz Costa, Andrezza Postay, Bibiana Simionato, Cacá Joanello, Celso Alves, Daniel Gruber, Fred Linardi, Gabriel Bortullini, Gabriela Richiniti, Geysiane Andrade, Gisela Rodrigues, Gustavo Czekster, Harini Kaneshiro, Leonardo Wittmann, Maria Williane, Marina Nogara, Patricia Tenório, Rodrigo Tavares, Sara Albuquerque, Stefanie Medeiros, Vika Novack, por hacerme sentir en casa en la academia.

Un gracias gigante para las queridas Annie Müller, Camila Maccari, Juliana Milman Cervo y Julia Dantas, que de una u otra forma han permanecido siempre cerca, ayudándome a poner la cabeza y las palabras en orden.

A mis queridísimos amigos Davi Boaventura y Arthur Telló, por ser lugar de amparo durante la pandemia y la escritura.

A esa entidad llamada Ciro Nogueira, por ser dueño de una capacidad crítica envidiable y por saber decir las palabras más estimulantes para quien escribe. No sé si él sabe, pero estará entre mis lectores beta para siempre.

A Ángela Cuartas, por la camaradería caribeña portuñoleada y por sus increíbles aportes a la historia en tantas conversas y revisiones. Te debo en dólares, Angelita de mi corazón.

A Alejandro Vásquez, por el regalo de su lectura generosa y aguda en este momento prematuro y, antes que nada, por haberme llevado al arte. Te digo lo que le diría Drexler a Joaquín: creo que sabes que el regalo que me hiciste me cambió la vida entera.

A Taiane Martins, mi hermanita, por las maniobras de rescate que siempre estamos ejecutando, en especial por las relacionadas con este *streaptease* y sus lecturas preliminares.

A mi familia y a mis amigos venezolanos desperdigados por el mundo, por la valentía de vivir y contar sus historias; en especial a Arianna Leonarte y Mariangellys Atencio, indispensables fuentes de información para esta novela que, a decir verdad, quisiera no haber tenido que escribir.

Un agradecimiento muy especial a Jesús Salvador Millán, Chu, mi ancla en Maracaibo, por la conversa y el amor siempre compañeros, sinceros, inquebrantables.

A "los cuatricos" Morán Atencio: si hoy me encamino a ser doctora es porque en nuestra casa, junto con la alegría, el estudio y la observación crítica y sensible del mundo siempre fueron prioridad. Ustedes son el *cuándo* al que estoy siempre regresando. A mi papá, Rodolfo, por ser esa presencia inconmensurable, que se cuela en ficciones y en sueños, llamándose a veces Rody, otras Opo, algunas veces Raúl, incapaz de abandonarme. A mi madre, Marisela, por lo dicho y lo no dicho de su historia de guerrera, por dejarse robar un poco para alimentar a Graciela y a la novela de tantas formas (y por ayudarme a cazar los préstamos involuntarios del portugués en este texto migrante). A Nana, por ser esa grandeza de hermanita menor, por el coraje y el empuje; por ser, como yo y como tantas, una Nina posible.

A mi amor, Rafael Trindade, por amarme con alegría, por darme la paz que me hace crear y por creer en mí en niveles absolutamente exagerados: *você é meu lar*.

## RESUMEN

Por pertenecer al área de Escritura Creativa, esta tesis está formada por un componente creativo y uno crítico-reflexivo. El primero, la novela *Volver a cuándo*, cuenta desde varios puntos de vista la historia de Nina, quien durante el agravamiento de la crisis venezolana en 2019 emigra para Brasil, dejando a su hija Elisa bajo los cuidados de la abuela, Graciela, una mujer en luto por su esposo Raúl, el país y la Revolución. Mientras Nina intenta organizar su precaria vida de migrante para poder llevar a Elisa y a Graciela consigo, Camilo, el exmarido, aprovecha su ausencia para acercarse a la niña y sacarla del país. Lo que para él es un intento desesperado de recuperar a su familia, para Nina no es más que una réplica íntima del autoritarismo nacional, ese que él maneja tan bien y que ella ya no está dispuesta a aceptar. En el conjunto de textos crítico-reflexivos *Nunca aprendí eso de viajar con poco equipaje*, parto de la revisión de la bibliografía disponible y del ejercicio crítico de la escritura de la novela para llevar adelante una provocación, ya presente en las entrañas del texto de ficción, sobre empatía y literatura. Para ello, abordaré cómo fueron pensadas y definidas las estrategias y técnicas narrativas, a lo largo del proceso creativo y con las más diversas influencias teóricas y vivenciales, en un intento de potenciar la respuesta empática dirigida a los personajes.

**Palabras clave:** Escritura Creativa; Empatía; Venezuela; Revolución Bolivariana; Migración.

## RESUMO

Por pertencer à área acadêmica de Escrita Criativa, esta tese é formada por um componente criativo e um crítico-reflexivo. O primeiro, o romance *Volver a cuándo*, conta a través de vários pontos de vista a história de Nina, que durante o agravamento da crise venezuelana em 2019 emigra para o Brasil, deixando sua filha Elisa aos cuidados da avó, Graciela, uma mulher em luto por seu marido Raúl, o país e a Revolução. Enquanto Nina tenta organizar sua precária vida de migrante para levar Elisa e Graciela com ela, Camilo, o ex-marido, aproveita sua ausência para se aproximar da garota e levá-la para fora do país. O que para ele é uma tentativa desesperada de recuperar sua família, para Nina nada mais é do que uma réplica íntima do autoritarismo nacional, esse que ele maneja tão bem e que ela não está mais disposta a aceitar. No conjunto de textos crítico-reflexivos *nunca aprendí eso de viajar con poco equipaje*, parto da revisão da bibliografia disponível e do exercício crítico da escrita do romance para levar adiante uma provocação, já presente nas entranhas do texto ficcional, sobre empatia e literatura. Para isso, abordarei como foram pensadas e definidas as estratégias e técnicas narrativas ao longo do processo criativo e com as mais diversas influências teóricas e vivências, numa tentativa de potencializar a resposta empática dirigida às personagens.

**Palavras-chave:** Escrita Criativa; Empatia; Venezuela; Revolução Bolivariana; Migração.

## ABSTRACT

Because it belongs to the Creative Writing area, this thesis is formed by a creative component and critical-reflective component. The first, the novel *Volver a cuándo*, tells from various points of view the story of Nina, who during the worsening of the Venezuelan crisis in 2019 emigrates to Brazil, leaving her daughter Elisa under the care of her grandmother, Graciela, a woman in mourning for her husband Raúl, the country and the revolution. While Nina tries to organize her precarious migrant life so that she can take Elisa and Graciela with her, Camilo, her ex-husband, takes advantage of her absence to approach the girl and take her out of the country. What for him is a desperate attempt to win back her family, for Nina it is nothing more than an intimate replica of national authoritarianism, that which he handles so well and which she is no longer willing to accept. The set of critical-reflective texts *Nunca aprendí eso de viajar con poco equipaje* is complementary to the novel. Through the review of the available bibliography and the critical exercise of writing, I carry out a provocation, already present in the bowels of the fictional text, about empathy and literature. To do this, I will address how narrative strategies and techniques were conceived and defined to enhance the empathic response directed at the characters, throughout the creative process and with the most diverse theoretical and experiential influences.

**Keywords:** Creative Writing; Empathy; Venezuela; Bolivarian Revolution; Migration.

## LISTA DE ILUSTRACIONES

Fotografía #1 (Rafael Trindade): <i>Osito con estrella</i> .....	167
Fotografía #2 (Rafael Trindade): <i>Botas</i> .....	172
Fotografía #3 (Rafael Trindade): <i>Documentos venezolanos</i> .....	184
Fotografía #4 (Rafael Trindade): <i>Tijera, linterna y yesquero</i> .....	197
Fotografía #5 (Rafael Trindade): <i>Vestido rojo</i> .....	206
Fotografía #6 (Rafael Trindade): <i>Blue jeans</i> .....	212
Fotografía #7 (Rafael Trindade): <i>Foto en teléfono público</i> .....	221
Fotografía #8 (Rafael Trindade): <i>Medalla "Honor al Mérito"</i> .....	231

## SUMARIO

Consideraciones iniciales .....	12
<b>Volver a cuándo (romance) .....</b>	<b>18</b>
<b>Nunca aprendí eso de viajar con poco equipaje .....</b>	<b>164</b>
Prólogo .....	166
<i>zapatos cómodos</i> .....	168
Transformados en números .....	169
Las bases de la empatía .....	173
<i>documentos y otras ficciones</i> .....	179
El año es 2028 .....	180
Empatía y escritura .....	185
<i>ítems de primera y terca necesidad</i> .....	192
Soy parte de un árbol mutilado .....	193
El proceso de la empatía .....	198
<i>ropas: disfraces</i> .....	203
En 2006, mi closet .....	204
Empatía y personaje .....	207
<i>lentes de sol, de ver y de prever</i> .....	217
¿Estás seguro? .....	218
Situación narrativa y empatía .....	222
Epílogo .....	240
Consideraciones finales .....	242
Referencias .....	244

## Consideraciones iniciales

Según cifras de la Plataforma Regional de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela, liderada en conjunto por ACNUR y OIM, en una actualización correspondiente al 24 de noviembre de 2021, ya hay más de seis millones de inmigrantes venezolanos en el mundo. Solo mi familia ya contribuye con treinta y cinco: veintitrés de ellos pertenecen a mi familia materna y doce a la paterna. Mi país, que en 2015 tenía algo más de 30 millones de habitantes, ha perdido 20% de su población.

No sé si puedo contarme entre esas estadísticas, mi historia no es la de ellos. Yo vine a Brasil porque así lo quise, por seguir una historia de amor. Llegué aquí en 2012, después de haber estudiado durante tres años en la EICTV, en Cuba, una de las más prestigiosas escuelas de cine del mundo, becada por el gobierno venezolano. Llegué como cónyuge de un brasileño en un momento en que aún era una novedad encontrar a un venezolano por estos lados. El portugués entró en mí con facilidad y sabrosura y eso ayudó enormemente para que yo empezara a trabajar rápido. Tuve el tiempo, el dinero y la paciencia que exigió tener todos los documentos necesarios para volverme una residente y para validar mi diploma universitario aquí, entonces cuando quise hacer una maestría, entré en esa maestría y otra vez gané una beca. Quise seguir un doctorado, me aceptaron y gané una nueva beca. Mi apartamento reúne cientos de objetos que atestiguan sobre mi pasado y que he ido trayendo en cada uno de mis viajes. Yo no vine con una mochilita en el hombro y sin saber cuándo podría volver a casa de visita.

Por todos estos motivos y por muchos otros que he mencionado, a mi historia parecen faltarle los traumas del migrante. No tengo currículum para armarme una "mítica del refugiado". No tengo un *time frame* que me permita, tampoco, tener una "mítica del exiliado". Eso, claro, cuando coloco una lupa sobre mí, suelta, aislada de los míos, como lo he hecho. Pero nadie existe al detal.

Cuando me examino en relación, las condiciones materiales que rodearon y permitieron mi establecimiento en este país fueron un privilegio, pero, aun con ellas, continuo compartiendo con mis treinta y cuatro y con tantos otros la condición de caracol; el acento hispano como resto y resistencia; la impronta, para otros imperceptible, del mucho merengue y raspacanilla bailado, del barrio desordenado al que nunca llegará la clasificación de la basura, del afecto que se desparrama en gritos

y carcajadas y besos y chistes en las aceras, palcos irrefutables de la historia mínima caribeña. La historia de esas treinta y cinco vidas desperdigadas por el mundo impacta con dureza en la mía, de formas tan diferentes e inusitadas que muchas veces solo me doy cuenta después de leer lo que escribo.

Hoy no formo parte de las cotidianidades públicas e íntimas de esa Venezuela que se desangra, pero contribuí activamente a la construcción de una revolución que hoy es una ruina que no termina de asumir su muerte y anda como un cadáver bobo tambaleándose por la nación y gobernando para sí mismo. En algún momento al que no sé ponerle fecha, pero cuyo proceso comenzó estando aún en Cuba y terminó con la muerte de mi padre, en 2015, quedé huérfana del deseo de volver a vivir en Venezuela. Quedé huérfana de padre y de aquella mi patria, porque mi patria era en verdad el sueño de mi patria y había llegado la hora de aceptar que ese sueño estaba agonizando.

Tengo entonces, tal vez, material suficiente para una "mítica del disidente" y para una "mítica del inmigrante". ¿Qué hacer con esas míticas? De nada valió querer ignorarlas, dejarlas de lado solo hizo que me arrinconaran. Querer matarlas de hambre solo las hizo engordar, porque ellas se alimentan de faltas. En 2018, mientras estallaba la crisis migratoria en mi país, yo estaba esperando mi naturalización como brasileña: un nudo identitario del que no salí ilesa. De esa confluencia y de asumir la imposibilidad de pensar, escribir o hablar de cualquier otra cosa nació la novela *Volver a cuándo*, cuya sinopsis puede ser algo así:

*La vida en la revolución fue bonita mientras fue promesa. En esos aires de cambio, Nina se enamoró de Camilo. Luego vinieron los fracasos, los del país y los propios. Cuando Nina pidió el divorcio, Camilo no solo se separó de ella, sino también de su hija Elisa: o eran los tres o no eran. Durante el agravamiento de la crisis venezolana en 2019, Nina decide emigrar para Brasil, dejando en Venezuela a la niña, bajo los cuidados de su madre, Graciela, una mujer deprimida por el luto de su esposo, su país y su revolución. Mientras Nina intenta organizar su precaria vida de migrante para poder llevar a Elisa y a Graciela consigo, Camilo reaparece con grandes gestos y promesas para Elisa. De militante chavista a burócrata y de burócrata a disidente, Camilo se fuga para Estados Unidos llevando consigo a la niña. Lo que para él es un intento desesperado de recuperar a su familia, para Nina no es más que una réplica íntima del autoritarismo nacional, ese que él maneja tan bien y que ella ya no está dispuesta a aceptar.*

Partiendo del ejercicio crítico de la escritura de la novela y de la revisión de la bibliografía disponible, me propongo llevar adelante una provocación, ya presente en las entrañas del texto de ficción, sobre empatía y literatura. Para ello, abordaré cómo fueron pensadas y definidas las estrategias y técnicas narrativas, a lo largo del proceso creativo, y con las más diversas influencias teóricas y vivenciales, en un intento de potenciar la respuesta empática dirigida a estos personajes.

Hice esta elección indiscutiblemente afectada por este contexto de crisis en el que soy, dependiendo de quien observe, protagonista o espectadora; víctima o victimaria. Hago mías las palabras de Héctor Torres y Albor Rodríguez, editores del proyecto *La vida de nos, quienes*, en el prólogo de *Días Salvajes. 15 historias reales para comprender el colapso de Venezuela* (2019), declaran:

Escribir es una de las formas que conoce el ser humano de poner orden a la vida. Cuando la realidad parece desdibujarse, cuando las bases de lo dado por cierto comienzan a crujir, surge el impulso de asentar los hechos para poder verlos desde cierta distancia. La distancia necesaria para entenderlos (...) Es por esto que, en los momentos de mayor crisis, cuando nada parece estar a salvo, surge la necesidad de dejar un testimonio, ese que guarda con celo la memoria de lo vivido, como si fuese el mapa que señala el camino de vuelta a casa.

*Volver a cuando* viene a ser un intento, fallido de antemano, de organizar el caos que arrastro conmigo desde estas posiciones conflictivas en que me he colocado con mayor o menor consciencia. Es una investigación narrativa sobre algunos dolores individuales y otros colectivos, que alcanzan la extensión de una familia y la enormidad que es un país. Aunque tengo algo de recelo de hablar de la dimensión "terapéutica" de la escritura en general y de este ejercicio en particular, creo que vale asumir que la literatura nos socorre también como una herramienta de "elaboración" del trauma, ya sea mediante la práctica de la escritura o de la lectura.

La opción de lidiar desde un lugar creativo y académico con esta inquietud encuentra traducción en las palabras de La escritora mexicana Cristina Rivera Garza, en su libro *Dolerse. Textos desde un país herido* (2015, p. 14):

Cuando la gravedad de los hechos rebasa con mucho nuestro entendimiento e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí, dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante, el lenguaje del dolor. De ahí la importancia de dolerse. De la necesidad política de decir tu me dueles y de recorrer mi historia contigo, que eres mi país, desde la perspectiva única aunque generalizada, de los que nos dolemos. De ahí la urgencia estética de decir,

en el más básico y también en el más desencajado de los lenguajes, esto me duele.

Frente a la conocida frase de Adorno “escribir un poema después de Auschwitz es un acto bárbaro” y a la idea de Benjamin sobre el fin de la facultad de intercambiar experiencias, Rivera Garza sigue el camino de Edmond Jabes y nos plantea que la cuestión no es si deberíamos o no escribir poesía, sino que, mientras seamos testigos del horror, escribamos poesía de otra manera. Escribir articulando el caos espeluznante a través de "estrategias escriturales que, en lugar de promover la preservación del poder, activen el potencial crítico y utópico del lenguaje" (2015, p 14).

Escribir de una manera diferente, que aún no sé cuál es y tal vez nunca llegue a saberlo. Pero se me ocurre que es probable que ningún escritor lo sepa y que lo realmente importante sea la búsqueda. Esa urgencia ética y estética de "dolerse" me parece una buena brújula en este momento, catastrófico para Venezuela y difícil para Brasil, los dos países en los que existo como ciudadana, escritora y lectora.

La literatura es, como dice Rivera Garza (2015, p. 175), un ejercicio de ciudadanía:

Porque utilizar el lenguaje o dejarse utilizar por él, eso es una práctica cotidiana de la política. Trastocar los límites de lo inteligible o de lo real, que eso y no otra cosa es lo que se hace al escribir, es hacer política. Independientemente del tema que trate o de la anécdota que cuente o del reto estilístico que se proponga, el texto es un ejercicio concreto de la política. Mi mano, sobre todo la izquierda aunque también la derecha, es pura política.

La opción de colocar el vínculo con el otro en el centro de un trabajo académico de doctorado es el resultado de entender que mi lugar como investigadora y escritora no es un lugar exento de responsabilidad. Poner la emoción en el centro de este empeño es una forma de explorar este poder político de la narrativa y del lenguaje, de anclarlo en la realidad práctica, a través de caminos tan concretos como el estudio de estrategias narrativas que potencian nuestra empatía, es decir, nuestra capacidad de colocarnos en los zapatos de ese otro al que tanto tememos.

Sumada a los entusiastas del campo literario, la neurociencia demuestra que la narrativa, en cualquiera de sus formas, es una de las vías que tenemos a disposición para promover la empatía, y esta, lo sabemos, es una condición indispensable para desarrollar una mayor consciencia sobre nuestra condición de humanos comunitarios

e inevitablemente coexistentes, de ser apenas uno de los millones de seres vivos habitantes de este planeta, de ser futuro polvo de estrellas, ínfimos por igual en la historia del universo.

Escribir es, para mí, antes de cualquier otra cosa, un intento de conexión con el otro. Dice Elias Canetti (2011, s/p) que el papel del poeta es ser el guardián de la posibilidad de metamorfosis y así: "los poetas deben mantener abiertas las vías de acceso entre los hombres. Deberían poder convertirse en cualquiera, incluso en el más diminuto, el más ingenuo, el más impotente"<sup>1</sup>.

La literatura tiene un poder inconmensurable para tender puentes y esta inconmensurabilidad puede llevarnos al extremo de enaltecerla como instrumento de transformación social y, con eso, flirtear con una búsqueda de utilidad y rendimiento que la aleja de su vocación artística primordial. Por otro lado, aunque la neurociencia y la psicología cognitiva están avanzando velozmente en este sentido y cada vez son más las evidencias empíricas al respecto, la dificultad para medir sus efectos en el mundo real lleva a otros a asumir la literatura como inocua y, esta discusión, innecesaria y hasta contraproducente. Ninguna de estas posturas refleja mi posición personal.

No soy inocente o arrogante al punto de creer que la literatura pueda ser la salvación de algo o a alguien. Sin embargo, considero que no salimos de un libro siendo los mismos que entramos en él. En este sentido, concuerdo plenamente con Héctor Torres, cuando, en el artículo *La arquitectura invisible de las historias* (2018), explica:

Toda historia se propone producir un efecto con el fin de vender un discurso (un punto de vista), y para producir dicho efecto, se vale de las emociones. Ese efecto debe conmover al destinatario, para que sienta que su vida ha cambiado luego de esa experiencia. Y decir cambiar su vida es decir cambiar su visión del mundo. Eso supone haber asimilado todo un sistema ajeno de valores, que explican el mundo desde otra perspectiva. Cuando el lector devuelve esos ojos prestados, aquella visión del mundo permanece con él.

En estas páginas que siguen, discutiré sobre cómo estos "ojos prestados" nos convocan a la experiencia empática, la mayoría de las veces invitándonos gentilmente, otras tantas, empujándonos sin piedad y, en una que otra,

---

<sup>1</sup> Traducido del portugués: "os poetas deveriam manter abertas as vias de acesso entre os homens. Deveriam ser capazes de se transformar em qualquer um, mesmo no mais ínfimo, no mais ingênuo, no mais impotente".

expulsándonos con repulsión. Me planteo arrojar alguna luz sobre cómo funcionan los mecanismos narrativos asociados a la empatía, desde el lugar epistemológico privilegiado —y al mismo tiempo condenado a la insuficiencia, al sesgo y a la imposibilidad de la distancia crítica— de quien tiene acceso, no solo al objeto artístico como material finalizado, sino al proceso continuo, abierto y dinámico, de su creación.

**Volver a cuándo**

*Hoy es más grande tu hambre, uno  
menos la comparte.*

*Alí Primera*

*Un hombre libre, cuando fracasa, no  
culpa a nadie.*

*Joseph Brodsky*



Lo que pasa es que tu hija no quiere hablar con vos y punto, chica, le dijo por último Graciela, ya sin ganas, sin anestésicos y sin vergüenzas, siendo que minutos antes la excusa había sido que la niña no venía porque estaba jugando en la computadora, y era mentira porque antes ya había dicho que no había luz y antes de esa mentira ya le había dicho otra y era que la niña se había metido a bañar porque, adivina, estaba saliendo agua por la regadera, una improbabilidad gigantesca porque era lunes y los lunes no llegaba el agua, la verdad hacía ya dos meses que ningún día llegaba el agua y seis meses que la regadera no sabía lo que era una gota y, acabadas las disculpas, Graciela se despepitó en sinceridades, es que Elisa está rebelde y si no quiere hablar con vos tampoco la voy a obligar, y ella insistió en que la niña tenía que tomar el teléfono, yo soy su madre y ella no se manda sola, y Graciela rebatió con un desgano tajante, ya te arreglaréis vos con ella después, yo ya no sé qué más decirle porque ella dice que las madres no abandonan a las hijas y qué hago yo si eso es verdad, y en esa retahíla estaban cuando, del lado acá del teléfono, en esa esquinita de Brasil llamada Pacaraima empezó a oler a chamuscado y Nina oyó gritos, ¡coño, nos están quemando! ¡Nos están quemando! y vio de lejos a la gente espantándole el fuego a la carpa Coleman que durante los últimos dos días había sido su habitación, su casa, su hotel, y ahora estaba comenzando a parecer una hornilla, ya te llamo, mami, y corrió, abriéndose espacio entre el desespero de gente que juntaba los pocos bojotes crepitantes a los que se resumían sus equipajes y sus existencias de los próximos días o meses o años.

Chama, yo me voy de esta vaina, yo no me quedo donde no me quieren, le dijo una muchacha de Valencia, vecina de carpa, mientras se juntaba a la

estampida que cruzaba la frontera de vuelta para Venezuela, donde el infierno era infierno, pero era propio, constitucionalmente adjudicado, donde se tenía el derecho a la queja, aunque anduviera escaso últimamente, entre tantos peros de tufillo militar que le ponían al pobre. Nina quiso convencerla de que el incendio era solo un traspies y que todos esos cientos de personas que los habían ayudado contaban mucho más que los cinco malaleche malparidos sinamor que habían quemado un campamento entero lleno de niños y adolescentes en espera de refugio. Quiso pero no quiso demasiado, porque no pensaba cargar con el peso de convencerla de una aventura que ya comenzaba en tragedia, ella había visto el odio en esos ojos, isso aqui não é Venezuela, porra!, ella había escuchado y entendido porque el odio, taca fogo, taca fogo em tudo!, no necesita traducciones, vão embora, seus filhos da puta!, el odio de esos que decían defender la ciudad de una horda de delincuentes, después de que uno o dos hijos de puta malandros, cuándo no, uno o dos de los miles que estaban ahí, hicieran alguna mierda que todavía nadie, ni siquiera una buena parte de los atacantes o de los que los apoyaban, sabía bien qué mierda había sido; ella había visto sus ojos, eran tan, tan poquitos si los comparaba con los otros que les llevaban agua y un lanchinho y cobijas, pero sus voces estaban tan repletas de saña y de miedo vuelto saña, parecían tan orgullosos grabando con sus celulares aquel momento de hacer historia, gritaban tan alto en su oído, que solo le dijo, pues que le vaya bien, mamita, y se quedó ahí, con sus tesoros salvados del fuego a precio de derretir la suela de sus tenis de tanto pisar, pisar, pisar las llamas hasta que la mochila dejara de incendiarse.

Pasó lista en su equipaje-casa y vio que, a diferencia de las bolsas plásticas y los tres rollitos aplastados de papel sanitario, focos de las llamas, el resto de sus cosas parecía haber sobrevivido. Sus cotizas seguían siendo feas, pero estaban intactas. Los tres jeans, el único mono, las cinco franelas, los cinco pares de medias, los tres sostenes y el único vestido, su favorito, uno que la había visto bailar salsa en una cantidad grosera de noches, estaban oliendo a la maldad del querosén; apenas se salvaron sus quince pantaletas, que eran ese número multitudinario porque si algo no soportaba ella era andar con pantaletas sucias y por esa misma obsesión las había metido dentro de una bolsita ziploc y no olían a nada. A la carpeta plástica donde tenía los ítems más trabajosos, caros y exclusivos, como el certificado de no antecedentes penales y la partida de

nacimiento, se le habían derretido un poco las esquinas y ahora recuperarlos sería un parto con fórceps. Su bolsa de boy scout, con linterna, navaja, yesquero, fósforos, cargador de celular y su combo de plato, vaso y cubiertos minúsculos, para comer poco, pero comer con dignidad, estaba tan perfecta como su neceser, al fondo de la mochila, donde jabones de baño y jabones azules, champú, toallas sanitarias, afeitadoras, algún maquillajito y hasta condones, por si acaso, habían salido ilesos. Verificó los bolsillos laterales y vio que ahí seguían, todavía sólidos pero a pocos grados de volverse una masa fundida de materiales, los lentes de sol que le había regalado Elisa algunos cumpleaños atrás, después de mucho ahorrar; su kit, psíquicamente indispensable para todo comedor de uñas, de cortacutícula y lima; un bolígrafo retráctil con su respectiva libretica de anotaciones importantes como direcciones y números de teléfono, aunque ella memorizaba todo como si aún estuviera en los 90s; las llaves de una casa que, más por sentimentalismo que por lógica, Nina insistía en guardar entre esos objetos de terca necesidad: minucias sin las cuales se podía vivir, pero que la hacían sentir ella y no apenas una línea en una planilla de ACNUR.

Veía el humo, los focos aún prendidos, tan bonito y tan todopoderoso y resentido que era siempre el fuego, pensaba, nunca tan huérfana como en ese momento, aferrada a la letra de su padre, a la palabra "hija" que le colgaba del pecho eternizada en un amuleto de resina, pero pensó un poco mejor, vio un poco más ese paisaje humano devastado y se dejó sentir el temblor vivo que venía de su mano o de su pecho o de su dije, y la orfandad dio paso a la sospecha amable de aún contar con un abrazo protector, un filo hecho de muerte y de vida que había sido capaz de cortar el fuego antes de que la tocara, ese fuego que no solo destruía sino que hacía que todo se volviera un mismo resto inespecial, desfigurado; todas las cosas, amadas o no, importantes o no, patriotas o no, acababan transformadas en un pedazo de carbón y tizne, y pensaba en cómo era posible que el desprecio tuviera el mismo olor que los terrenos quemados en Maracaibo, terrenos vacíos siempre rodeados de una cerca de bloques falla, porque nunca faltaba quien les robara bloques para construir una casita para que los suyos no tuvieran que aguantarse el olor a tantas basuras, aguadas o quemadas, que al final olían a la misma vaina, fueran basura de pobre o de rico o basura del restaurante chino o de la sede del PSUV o del baño de la Facultad de Humanidades, basura era basura, pensaba Nina que, así como esos terrenos,

Roraima estaba en llamas, pero Roraima no era basura y ellos no eran basura, ellos no eran basura, ellos no eran basura, y aun pensando eso, aun así, por unos segundos se dejó tomar por la odiosa idea de que el aire carbonizado y maloliente que estaba respirando no era más que la estela que ellos mismos traían consigo, como si hubiera una hedentina intrínseca en todo cuerpo sudado, hambriento, asustado, que llegaba sin ser invitado, como si prendiéndole fuego a ese campamento improvisado en las bocas de la frontera, quienes los querían fuera de ahí estuvieran quemando alguna podredumbre que ese hormiguero inverosímil del que ella formaba parte, ese gentío atabardillado que lloraba en español por comida y cobijo y ONU y Operação Acolhida, había traído consigo.

A Raúl se le desdibujó el tiempo, como buena ruina que es. Si los días aún existen, él ya no los ve pasar. Persigue las noches, en busca de una oscuridad que nunca es completa. Historia al margen de la historia, vive un presente elástico, una dictadura del gerundio. Si no fuera por las noticias que le trae Vicente, su compañero de cuarto o de celda, como dirían algunos, ya hubiera perdido la cabeza, aunque no sabe si eso es posible: enloquecer es privilegio de los que tienen tiempo.

Sabe que continúa llamándose Raúl, aunque en la nueva prosodia ese nombre todavía le suene tan ajeno como las palabras ayer, mañana, después o antes, ahora que todo es un todavía, durante, mientras tanto. A pesar de todo, no puede decir que desprecie ese nuevo lugar. Tiene la paciencia de quien sabe que debe hacer el esfuerzo de acostumbrarse a las nuevas leyes, a veces tan diferentes; a esos códigos morales nebulosos; a la condescendencia con que lo tratan mientras le recuerdan sus escasas posibilidades. Se siente perdido desde el segundo que afincó el pie en esa tierra extranjera que es la muerte, pero sabe que todos los viajes intempestivos y sin boleto de vuelta son así.

Y también está Vicente, que le pone una cara familiar a su nuevo mundo. El muchacho llegó una madrugada, empapado de sudor, tristeza y ron, con una bolsita plástica percutida como equipaje. No preguntó, no pidió, no se explicó. Forzó la puerta de la tumba y se acomodó en un rinconcito con tanta naturalidad que Raúl pensó que tal vez ese jovencito llamado Vicente Namías, como descubriría después al espiar la bolsa y verle unos veintiséis años sonrientes en el carné de la patria, era el dueño real de ese cuadrado de tierra en el cementerio. A lo mejor el intruso

era Raúl, que había ido a parar ahí no sabía cuándo, porque fue después de haber perdido el tiempo.

Cuando Vicente se despertó, con la resaca y la luz del día doliéndole en los ojos, se asustó al ver a Raúl sentado, estudiándolo.

—Yo pensé que ya no había nadie aquí.

Y Raúl, a quien ya nadie miraba, fuera por no querer o por no poder, miró y se dejó mirar, un vínculo que, por él carecer de tiempo y por Vicente tener experiencia con asombros, no pudo sino ser instantáneo.

—No te preocupéis. Esto es un lleva y trae. Te podéis quedar, aquí nos arreglamos.

Falto de todo, Raúl vislumbró en Vicente conversas, noticias, favores. La posibilidad de un reloj.

—¿No me va a pedir nada a cambio?

Vicente tenía esa cara de gente buena que seguramente había tenido que hacer cosas de gente mala, un tipo de rostro que Raúl bien conocía. Gente que, en vez de miedo, le daba lástima, porque la culpa les crecía en el entrecejo como una zanja delatora.

—Una conversaíta y estamos pagos.

—Barato.

Ahora que ya se acostumbraron el uno al otro, Vicente se ha vuelto un corresponsal de guerra borracho, pero metódico, que se mueve por la vida y trae noticias de los casi mil días que Raúl, aunque no los sienta pasar, se ha perdido por estar trancado en el ya. Vicente es un veterano del afuera, bonito y rústico como un caballo con miedo, a quien no le falta un plato de comida, porque con sus ojos magos e ingeniosos localiza carteras gorditas, conmueve a muchos y los seduce a todos.

Raúl era profesor jubilado de castellano y literatura en escuelas públicas y de 2003 a 2008 había dado clase en la Misión Robinson, donde Vicente había aprendido a leer y a escribir, en una época menos sombría en la que trabajaba como mecánico y tenía un novio que se le fue porque no aguantó estarse siempre escondido, y así Vicente se quedó sin novio y sin trabajo, porque fue tanto el

despecho que todo el mundo se enteró. Y mariquera y mecánica no combinan, le dijeron, andá vete pa una peluquería y no portéis más por aquí.

—Pero ya no me quiero acordar de eso, profe, mejor cuénteme de usted.

Vicente trata a Raúl con la reverencia sincera que solo los buenos maestros conocen. Raúl intenta explicarle que él perdió su tiempo, que memoria y sueño se le juntaron, que no logra descifrar esa muchedumbre vaporosa que lo circunda.

—Yo tengo los ayeres y los mañanas revueltos, todos aquí a mi alrededor.

—Debe ser la falta de costumbre. A mi abuela le pasó lo mismo cuando hizo el paso. Y eso que ella sabía mucho de este lado. Fue ella la que me enseñó.

—¿Vos no los veis? ¿No escucháis ese gentío?

Y su buen alumno Vicente responde que no.

Raúl quisiera tener cómo mostrar esa yuxtaposición insólita en la que está y la única imagen que encuentra es un laberinto hacinado, gente suya y ajena, sobrepoblación de bocas que le hablan sin que él pueda hacer nada, porque es tanto el ruido y son tantos los rostros llorosos, exigentes, preguntones, que se vuelven una masa informe, un zumbido grave en sus oídos que aumenta hasta ensordecerlo.

Hasta ahora, la solución ha sido atravesar el nudo de gente y quedarse en el blanco estático que hay detrás de él. Un vacío luminoso y callado donde queda a merced del mientras tanto.

—¿Profe, usted sabe cuando uno juega flichitas? Uno tiene que mirar bien fijo la flichita porque sino no le pega.

—Claro.

—Yo creo que a usted le hace falta una flichita.

—¿Cómo así, queréis jugar en esta oscurana?

—No, no. Digo es pa sacarle el culo a ese gentío que lo carga atormentao.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tiene que concentrarse en una persona, alguien a quien usted extrañe. Una flichita, pues. ¿Usted tiene hijos?

Raúl no quiere hablar de esas otras criaturas ruinosas. Aún tiene miedo de invocar la ruina que él mismo instaló en ellas, pero Vicente tiene sus talentos y cuando Raúl se da cuenta, ya está recuperando el pretérito y contándole de esas tres generaciones de mujeres que llevan su apellido, quejas en tres timbres que lo

llaman y lo llaman, sin que él se atreva a responder, porque no hay respuesta posible para su ausencia.

—La flichita, profe, mire fijo en la flichita.

Raúl se encoge en medio de la multitud, que lo hala sin tocarlo, como una danza forzada, imanes egoístas que exigen pedazos suyos desde todos los puntos cardinales. Él abre los ojos y solo ve una nube plúmbea, escandalosa, que le hace querer cerrarlos otra vez.

Pero ojos abiertos.

Ojos abiertos.

Ojos bien abiertos.

Y entre los sentidos un poco más dispuestos, se cuele una corriente de aire, como un vientico de tibieza soplado por una boca cómplice, una boca que sopla y sopla hasta que Raúl la encuentra. Nina. Siembra la mirada en ella y el gentío insiste en llamarlo, pero va perdiendo nitidez, textura, volumen. Los ojos de Nina son dos piedras de obsidiana y ella, un túnel de hecho de carencia. *Aquí, papi, aquí.* Nina.

Abrazada a su collar-amuleto, ella se apodera de sus ojos y el encuentro es tangible como ya nada parecía serlo para Raúl. Él la abraza y un paréntesis de tiempo y oportunidad se abre en su muerte. Cuánta falta, cuánta tristeza de existir sin estar juntos, pero ahora está ahí el instante, aconteciendo, imágenes tan vívidas que, más que recuperación del pasado, son un fuego que crece y chispea y chasquea en un nuevo movimiento, todos los sentidos encendidos al servicio de un tránsito original de vida. Un caos anacrónico, lo sabe, pero en sintonía sinfónica, como la propia Nina. Comienza a presentir que no hay nada definitivo en la ruina, que puede hacer obrar nuevos tiempos en su tiempo perdido.

La piel de su hija conserva una suavidad infantil, un olor a caramelo de fresa y a sudor recién nacido, sudor que va volviéndose río hirviente, calidez antes suave que asume una realidad grosera, ruda, de llamaradas violentas alrededor de ellos.

—¿Dónde te habéis metido, Nina?

Paredes de fuego que ya no son de amor ni de resurrección, sino de odio y rechazo en lengua extranjera, los circundan, y Raúl no sabe más que permanecer abrazo mientras Nina lo convoque.

El plan era conseguir una carona hasta Boa Vista y de ahí hasta Manaus, a tiempo de usar el pasaje de avión que había comprado una pila de meses antes y que salía en dos días para Porto Alegre, donde la esperaba trabajo voluntario en un hostel a cambio de cama y dos comidas diarias. Había tenido la idea leyendo un blog y se había dejado llevar por su talento singular para pensar exabruptos y convencer a todo el mundo y a sí misma de que eran, cuando no lo correcto, por lo menos lo inevitable. Ella estaba segura de que ese deadline tan encima serviría como impulso total para aguantar lo que viniera, pero bastó ese primer coñazo en el ánimo para entender que echarse para atrás no era bajo ningún concepto una actitud de cobardes. Nadie tenía cómo saber qué tanto de “lo que viniera” podía aguantar sin perder la cordura, la dignidad, la vida.

Rezó para que lo que estaba pasando en Pacaraima no estuviera ya rodando el mundo, como la violencia siempre lo hacía, noticias falsas viralizándose más que las reales, como si las veraces no fueran ya materia de tamaña perplejidad; no quería prenderles en la cabeza a su madre y a su hija la imagen de ella en ese pandemonio, que pensarán que, aún entre lenguas de fuego, no tenía saudades suficientes como para volver atrás como esos cientos, miles, que ya se perdían de vista, atravesando a las carreras el marco de la frontera Brasil-Venezuela, bolsos, hijos y terror en mano, azuzados por los aplausos de los que aún empuñaban las botellas con gasolina y los yesqueros. Desde la única sombra que había en los alrededores, aquella que cuando llegó ella adoptó como suya, debajo de una mata de mango aún zagaletona, ella tenía la visión del campamento arrasado, el estacionamiento del supermercado Bom Garoto, con sus buenas intenciones binacionales, sus murales con las banderas hermanas y su mapa tridimensional de un Brasil que tenía que ser mejor que ese

Brasil de cinco pelagatos hostiles en busca de motivos para abrir sus jetas y vomitar prejuicios y cerrar sus puños y distribuir linchamientos; tenía que haber otro Brasil más parecido al Brasil que su padre les había metido en el sueño a ella, a Elisa y a Graciela, que nunca quisieron soñar el sueño norteamericano porque el sur las imantaba a su suelo con una gravedad tan física como histórica; tenía que haber otro Brasil donde cupieran ella, sus mujeres y sus futuros, uno que empezaría en el momento en que ella se atreviera a pedir carona junto con los otros pocos que habían huido para el monte a esconderse mientras pasaba el aspaviento. La gente estaba como aturdida y esa no era forma de salir a buscarse la vida o tal vez fuera la mejor y hasta la única forma, pero aturdida y todo, aunque ella decidiera pagar los treinta reais que costaba el pasaje en bus en vez de pedir cola, la fila ya zigzagueaba caótica, más grande que el terminalito de aquella pobre ciudad, que ya era pobre antes de que llegara esa caravana de desespero.

Caminó en dirección contraria a la frontera, huyéndole al tumulto. En la distancia podía ver caminantes solitarios o en pequeños grupos, en el mismo plan que ella y con la gran ventaja de contar con ojos de niños tristes y naricitas sucias a disposición para conmovier conductores, mientras lo único que ella tenía era una mochila medio chamuscada y una suela de tenis a la que se le había derretido toda la comodidad y ahora era fina, dispareja, dura como plástico, y aunque no llegaba a hacerla cojear, sí que le daba una cadencia ridícula a su caminar. Si Elisa estuviera con ella, tal vez sería más fácil, pero una Elisa capaz de dar lástima tendría que ser una niña con el sello del desprecio y la incertidumbre entre ceja y ceja, y entonces era mejor extrañar a Elisa, preocuparse por la rabia de Elisa y su renuncia a hablar con ella, que arrastrar a su hija de doce años a esos desamparos, de eso ella tenía certeza, no importaba que la terca de su madre no lo entendiera, con tal de que lo que aceptara, como lo había hecho. Desde que su padre murió, a su madre como que se le había olvidado cómo era eso de ser madre, cómo era ser abuela, como si de pronto nomás supiera ser viuda, y eso Nina lo entendía a la perfección, aun sin decir nada, porque sin su padre ella solo sabía ser huérfana, como huérfana debía estarse sintiendo Elisa, enlutada solita, con una madre mendigando ayudas tan lejos de casa, llorando al escuchar aquel quer carona, Nina?, dicho por la misma mujer que en los días anteriores le ofreció un sanduchito y un café y le explicó cómo sacarse los documentos, esa que ahora se sentía tan mal que lloraba sin parar como si tuviera un grifo abierto adentro y tuvo que agarrar la pickup del marido y salir ofreciendo cola

hasta donde le pidieran, a ver si compensaba aunque fuera un poquito el estrago de esa mañana espantosa. Dona Giulia, un milagro de gente cuyo nombre Nina nunca aprendería a pronunciar bien.

Vuelta un amasijo exhausto en el cajón de la camioneta, Nina intentaba dormir y era interrumpida por imágenes del fuego que la expulsaban del sueño, e intentaba despertarse y era adormecida por la monotonía de los retazos de un paisaje nuevo, pero nada muy diferente de las carreteras del llano en Venezuela, o de la Falcón-Zulia, los mismos camiones solitarios y motos sobrepobladas y carros viejos con idénticas y creativas soluciones mecánicas de discutible seguridad, los mismos autobuses de líneas de transporte con nombres hechos de acrósticos impronunciables y las mismas busetas, una palabra que se puede pronunciar sin dificultad alguna, pero era mejor ir substituyéndola por vans para no andar por ahí mentando chochos en portugués y provocando confusiones, no vaya a ser que te tomen por puta, dijo uno de los gemelos cuarentones, barquisimetanos, madridistas furiosos y ex-gorduchos como tantos de sus compatriotas, que estaban sentados a su lado con la aparente misión de no dejarle pegar un ojo entre movimientos bruscos, risas estrambóticas e incoherentes y su reserva de latas de atún que compartieron con dolor, pero de corazón, para ternura de la elocuente señora Soraya, comerciante, devota de La Milagrosa y de José Gregorio Hernández, madre de dos hijos que la esperaban en Toledo, en Paraná, no en España, aunque mucho le gustaría que fuera allá y en castellano, tan bonito su idioma para tener que cambiarlo después de ya ser abuela de cinco, Ender, Engerbeth, Edicson, Yonni y Yamilé, unos angelitos de Dios, todos medio orejoncitos como la familia de su marido, pero una belleza, ¿no es verdad?, los hijos son siempre una bendición, dijo en una ironía involuntaria frente a la sonrisa evangélicamente grata de una pareja de adolescentes viendo al hijito de ya casi tres años mamando de la gloriosa e inagotable teta que lo nutría, mientras a ellos les roncaban las tripas por lo menos dos veces por día desde que salieron de Anaco, donde nunca fueron chavistas, pero tampoco eran oposición porque a ellos la política no les tocaba y ella, Soraya, confesó con pena que había sido chavista, pero la Virgen le había halado las orejas cuando se metió en la marramusia aquella del Consejo Comunal y para redimirse volvió a sus días de copeyana ahora primerojusticiera y gracias a Dios se dio cuenta a tiempo de que finalizaran las cuatro horas de viaje y el centro de Boa Vista los recibiera con una noche seca de comerciantes recogiendo sus macundales, como si estuvieran viendo en reversa la escena de los buhoneros

montando sus tenderetes en las madrugadas del Callejón de Los Pobres en Maracaibo.

Dona Giulia insistió en llevarla hasta el terminal y a Nina le dio pena, pero Gi no aceptaba un no por respuesta y fue el terminal y la fila del pasaje y el pastel frito y el jugo y hasta la sentó en la poltrona y le reclinó el espaldar y le metió en el bolsillo un papelito con su número de teléfono y el número y la dirección de la Superintendência da Polícia Federal de Porto Alegre y de la Igreja da Pompéia y de una amiga de ella que trabajaba en la Cruz Vermelha y que estaba en misión en Roraima, pero seguro tendría cómo ponerla en contacto con buenas personas, y le dijo por vigésima vez que perdonara a su pueblo por quemar su carpa y dio gracias al cielo por centésima vez, pues por lo menos no perdió su mochila, que ella sabía de los tesoros que Nina llevaba ahí dentro, Deus te abençõe, menina, y Nina apenas balbució un obrigado lloroso porque ella nunca supo pedir ni aceptar ayudas y, sin las Giulias que ese mundo de mierda o el cielo en el que ella no creía insistían en ponerle en el camino, ella estaría perdida.

Durmió un sueño que más pareció un desmayo, doce horas de un tirón y, moça, moça, chegamos, un hombre llamándola a la mañana de Manaus. A ese mismo hombre le preguntó la forma más barata de llegar al aeropuerto y qué bueno para los recién llegados que en Brasil las líneas de autobuses tuvieran nombre y número y hubiera paradas fijas, pensaba Nina, recordando lo escoñetado y al mismo tiempo divertido, de una retorcida y masoquista manera, que podía ser el transporte público en Maracaibo, una ciudad de más de dos millones de habitantes donde la ley era la informalidad y la viveza y cómo pedir que la gente no fuera escandalosa u hostil, si hasta para agarrar un bus había que comprometerse en un combate cuerpo a cuerpo. Durante el camino, Nina fue curándose la sensación de pobrecita, muy ayudada por el hecho de haber conseguido cubrir el quemado de la mochila amarrándole un jirón de tela encima, como si fuera una bufanda, y para cuando llegó al aeropuerto, ya conseguía sentirse una persona casi normal, una viajante como cualquier otra, en quien el cansancio en el rostro no era sinónimo obligado de estar durmiendo en plazas, sino de un posible jet lag o un insomnio de motivos menos prosaicos; una viajante cuyo acento era bonito, hasta el momento de enseñar el pasaporte y verificarse como parte de la plaga. Aprovechó la conexión usb del asiento del avión para resucitar su teléfono, muerto hacía más de un día, y aunque no estuviera escuchando nada, los audífonos regalados del vuelo la protegieron de interacciones

indeseadas. En la escala en Viracopos, las seis de la tarde la agarraron frente a la ciudad gris que aparecía por el ventanal mientras comía un pão de batata, llorando por la irresponsabilidad de haber pagado catorce gigantes reais por él y por saber, desde el segundo mordisco, que no sería suficiente para toda el hambre de su estómago que, desde el pastel del día anterior, solo había recibido la tacañería de las galleticas sin gracia y el café quemado del avión, que se repetirían en el siguiente tramo y la llevarían con acidez hasta Porto Alegre, donde un argentino grande y barbudo con cara de italiano llamado Giuseppe o Fabrizio, pero que en realidad solo tenía un octavo de Italia en sí y se llamaba Diego Benítez, la esperaba con un cartelito con su nombre al lado del logo del Hostel Cidade Azul y ella, que siempre había querido llegar a algún lugar y ver su nombre en un cartelito de aquellos, se sintió bien augurada para comenzar su nueva vida, a pesar del frío acojonante que se le metió hasta por los ojos cuando la puerta se abrió.

Hay gente que no siente dolor. Se queman, se cortan, se machucan sin enterarse. Después está ahí la sangre, el hematoma, la ampolla y la noticia. El día que vos te moriste, Raúl, lo único que yo sentí fue rabia de esa mentira que me rodeaba. Mis manos rezando encima de tu ataúd eran como una fotografía de mis manos rezando encima de tu ataúd. Mi llanto fue escaso, teórico, y las palabras salieron de mí como del guion de tantas novelas. Unas dos semanas después me llegó la noticia. Entonces comencé a ver la sangre, el hematoma, la ampolla. Entonces no pude ver nada más que eso.

Esa demora me costó muy caro y ahora sois vos el que me hace esperar. Vos siempre me dijiste que no creyera en esas pendejadas de muertos y energías y astros, pero hay cosas que uno no decide. ¿Qué podía hacer yo? ¿Decirle a mi madre que no me hablara, que se quedara quietecita donde fuera que estuviera ahora? Y a mi tía Susana, que en vida nunca hubo quien la mandara a callar, ¿cómo hacerlo después de muerta?

Nina tampoco entiende de estas cosas. No la culpo, yo misma no creía en nada ni en nadie, hasta que, ya con más de cincuenta, gané esto que no sé si llamar talento o capacidad. Creo que siempre estuvo ahí, como una cierta disposición que necesitaba ser alimentada para poder ser verdad. Nina dijo que debía ir al psiquiatra, para ella todo se arregla siempre en un consultorio, es hipocondriaca para el cuerpo y para la mente también, y vos, como quien no quiere la cosa, recordaste los episodios neuróticos de mi abuela. Ahora que todos se han ido, solo mis muertos me hacen compañía. A veces me convengo de que vos no te decidís a hablarme por no querer admitir que yo tenía razón. Pero la mayor parte del tiempo pienso, Raúl, que es posible que tengáis miedo de volver a estos destrozos que somos el país y yo.

El cementerio parece que quedara cada vez más lejos. Antes, en medio del caos de la ciudad llena, no había hendijas para ver las distancias reales, los caminos, el mapa, es como si siempre hubiésemos estado manejando de noche y con las luces bajas y de repente barrieran las construcciones y nos dejaran en medio de un camino desolado, dentro de un cacharro al que solo le funcionan las altas. Cuanto más vacíos nos quedamos, más grandes se vuelven las dimensiones de este espacio y las dificultades para recorrerlas. Tampoco importan ya los horarios, la ciudad ya no sabe de horas pico y, por más temprano que salga, la espera por un carrito, una buseta o, aunque sea, una chirrinchera, se ha vuelto tan larga que este sol agresivamente perpendicular siempre me calcina la mollera. Pero algo pasa, algo siempre pasa. Esta vez tuve la suerte de que fuera un por-puesto.

Las santamarías cerradas de tantos comercios pasan por la ventana como una película de posguerra, el viento caliente arrastra polvaredas antiguas y burlonas, óxidos, hollines, basuras. La universidad es lo que más me duele ver. Un despojo lleno de monte seco donde ya nadie abarrota mi oficina con dramas administrativos, Buenos días, Graciela, ¿está la profe Dunia?; Gracielita, aquí te traje un ponquecito, ¿será que podéis abrir el sistema y confirmarme estas notas?; Graciela, hoy no estoy para nadie, estudiante que venga, estudiante del que te deshacéis; y yo nunca me deshacía de ellos sin darles alguna respuesta, porque ser la mejor secretaria de la facultad no era una fama que se pudiera conquistar con desaires. Por muy ladilla que fuera ese hormiguero de estudiantes, no hay quien no sienta falta del hormiguero cuando visita aquellos pasillos y ve que donde había miles hoy hay decenas. Un casi silencio que no consigo aguantar. Me deshice del compromiso absurdo de ir a hacer varios nada, la matraca inútil del cumplir horario, con certificados médicos que atestan una depresión incapacitante que no es mía, sino de todos.

¿Cuántos decibeles ha perdido Maracaibo? Tanto que te molestaban los gritos y el tránsito desesperado, Raúl. Hoy el único escándalo son los escombros y vos no estáis para disfrutar conmigo este silencio, alivio amargo, que nos restó.

Hoy, cuando visité tu tumba, vi un muchacho durmiendo dentro. Lo saqué a escobazos y le grité todas las groserías que me sé. Después me arrepentí. Vos aquí con tremenda casa y va a saber Dios las historias que ese pobre tendrá para contar. Dejó dentro una botellita de agua y una bolsita de plástico con un ganchito de pelo, un carné de la patria y dos mangos. Se llama Vicente José Namías Hernández.

Prometo que, si lo veo otra vez, hablo con él. Por lo pronto, le voy a dejar ahí sus cositas.

¿Raúl? ¿Me estáis hablando? ¿Raúl? Tu voz no se decide a irse. La escucho rebotando por toda la casa. Un nivel de detalle y de realidad que me hace dudar de si Nina no tenía razón con aquello de buscarme un loquero. Te escucho llamándome. A veces siento que tu voz sale del dije de mi cadena, donde un “Chelita”, escrito por vos, parece que reverbera. Escucho el juego de béisbol y te oigo a vos festejando los jonrones y los ponches con tu furia melodramática. Escucho el carro llegando, la corneta que nadie toca como vos. Te escucho dándole la bendición a Elisa. Te escucho llamándome, Chelita, Chelita, respondiendo ¡La lucha sigue!, siempre que alguien dice en VTV Chávez vive. Pero no, Chávez no vive y, vos, Raúl, no te decidís a visitarme. ¿Por dónde andáis? ¿Desde dónde estáis viendo morir El Proceso? Dice Nina que tu muerte es la confirmación de la muerte de la Revolución. Pero claro que no, vos tuviste la suerte de morir un poco antes que ella.

¿Abuela, compraste pan? Me pregunta Elisa y yo sinceramente no sé cuándo ni cómo llegué a casa. Me ausento de mí como si de un segundo para el siguiente, sin antesala, sin síntoma previo, alguien me robara piezas. Cuando vuelvo, nunca vuelvo yo, nunca me devuelven la pieza. No, había mucha gente en la panadería. ¿Entonces qué vamos a cenar? Algo debe haber, mirá en el gabinete. Abuela, no hay. No hay nada, nos volvimos nada. No tengo nada que ofrecerte, Elisa, ni dentro ni fuera del gabinete. Ya no sé ni cocinar, para cocinar hay que sentirse bien porque sino uno envenena la comida. La tristeza se pega como la gripe. Déjenme quietecita aquí, bien lejos de la cocina. No quería tener que cuidar a una nieta cuando lo único que quiero hacer es cuidar mi luto, nutrirlo solo a él, sentirlo hasta el tuétano, dolerme como la perplejidad no me dejó dolerme los primeros días. Buscá en el gabinete, en la despensa, en la nevera, en el espejo, en la máquina de coser, en las gavetas del closet, en los libros del estante, Elisa, que algo habrá. Buscá bien y me dais un poquito de lo que sea que encontréis. Y fijate si no anda tu abuelo rondando entre una cosa y otra, que uno no sabe cómo le va a dar a Raúl por aparecerse.

Mi madre, por ejemplo, no se parece a ningún otro muertico. Es como si fuera una nube de voz. Su cuerpo es aún su cuerpo, pero, de cerca, está hecho de migajas, como un hormiguero flotante, ruidoso. Una falsa discreción que siempre me toma por sorpresa, como todo en ella. Ya mi tía avisa antes de visitar. Hojas de mango aparecen entre mis sábanas sin que jamás las pueda agarrar, luego siento un cosquilleo en el

oído, como una de las hojas acariciándome, y después la veo, sentadita en una esquina de la cama. Mi hermano Augusto no viene tan seguido y la verdad creo que es mejor así. Él es un bulto de infancia con ojos de gente vieja que me hace sentir culpable. Cuando le pregunté por qué volvió como niño, respondió que fue en aquellas edades que él comenzó a morir y esa es una gaveta que yo no quiero abrir.

Ninguno de ellos me da noticias de Dios, ninguno me explica nada, asuntos de paraíso y de vida y muerte están fuera de la discusión. Vienen con una vocación de comentaristas, de excursionistas de la memoria. La mayoría de las veces, no quieren que hable. Todos han dicho que me toca escuchar. ¿Será que es eso, Raúl? ¿Será que tenéis miedo de hablar? Yo no te voy a preguntar nada, lo juro. ¿Sabéis que nunca hablé con Nina sobre tu muerte? Nunca se me metió en la cama para llorar juntas. Nunca gritó maldiciones conmigo. Nunca, ni cuando se lo pedí. Y de repente, un día, llegó con el dije. Recortó tus palabras y las volvió amuletos, uno para mí, uno para Elisa y uno para ella; criar amuletos, su forma de llorar. A Nina hay que ponerla contra la luz para verle las verdades. Y ella no se deja agarrar, es escurridiza como vos. Ustedes siempre defendieron tanto sus misterios, siempre quisieron creer que ese era su mayor encanto, pero yo siempre he sabido que esa es su mayor fuente de sufrimiento. Vai, Raúl, vení, prometo no hacer ruido.

La ausencia de una segunda venezolana con la que Diego contaba fue una sorpresa desagradable para Diego y para Nina, en dos días llegaba un grupo desde Bahía y habría mucho trabajo para ella, tal vez demasiado, él intentaría buscar a alguien más, pero así, de un día para otro, no se encontraban migrantes calificados; si no estaba de acuerdo con asumir el trabajo sabiendo que la carga podría ser mayor de la acordada, él no se ofendería y tampoco le pondría nota baja en el perfil de worldcoworkers, la plataforma de trabajo voluntario donde se había registrado, pero decime vos, dijo Diego con su acento bonaerense intacto, decime si vas a poder o no, para ya ir resolviendo, y claro que puedo, respondió Nina, cuenta conmigo, faltaba menos, cómo no, y otras varias frases que todas querían decir lo mismo y cuyo subtexto era que le podía pedir que limpiara el piso con un cepillo de dientes que ella aceptaría con tal de tener una cama decente y no necesitar saltarse más comidas y poder quedarse con ese abrigo tan caliente que Diego había rescatado para ella de la caja de achados e perdidos.

Diego entendió el texto y el subtexto y agradeció la disposición de Nina para el trabajo, al tiempo que le hacía un recorrido por el lugar, lindo, lindo, lindo, decía Nina mientras tomaba fotos y se las enviaba a Elisa sin que Elisa las abriera y sin que hubiera respondido los últimos veinte mensajes que ella le había enviado, porque Elisa respondía cuando le daba la gana y siempre con monosílabos, con el emoticón antipático de cara de fastidio o con el triste. Diego contaba la historia del hostel, que se cruzaba con su sufrida historia personal de los tiempos recientes, pues toda aquella remodelación era un proyecto suyo con su exmujer y exsocio, que había sido la del invento y que había abandonado el invento y el marido cuando se acercaba la fecha de la inauguración. Un saldo de deudas y dolores que Diego insistía en contar

como forma de apurar el proceso de estrechar lazos, contame vos cómo viniste a parar aquí, y Nina, que detestaba hablar de sí cuando no se sentía en confianza, fue sorprendida por las ganas y hasta por una inédita necesidad de contarse a sí misma, tan mera estadística que había sido desde que salió de casa. Le habló del plan que ella tenía con su padre, Raúl, de hacer un viaje transamericano que comenzaba en São Luis de Maranhão, bajaba por el nordeste entero, demorándose en Salvador y en Recife, un paso obligatorio por Río de Janeiro y São Paulo, una parada estratégica en Curitiba, luego terminar el trayecto brasileño en Porto Alegre, para ver si era verdad eso de que el sur era mucho pampa y poco samba, y de ahí Montevideo, Buenos Aires, Mar del Plata y bajar hasta Ushuaia, para luego bordear la cordillera y atravesar Chile y su línea recta, marearse en Bolivia, comer delicias baratas en Perú, conocer la cintura del mundo en Quito y llegar a Colombia, que era casi como llegar a casa, que estaba ahí mismito. Pero no es en eso que andás ahora, ¿no?, preguntó Diego, y Nina tuvo que cortar el desvío y mentir, haciendo de la economía la única imposibilidad para cumplir ese plan y no el hecho de que su padre hubiera muerto hacía ya dos años, coño, dos años, y como era tan difícil juntar el nombre de su padre, tan inmenso, a ese verbo imposible y mezquino, decidió en ese momento mantener a su padre vivo en su nueva existencia brasileña y solo por ese poder empezaba a valer la pena tanta roncha. Tuvo que asumir que este viaje no era de aventura sino de desespero, aunque una cosa llevara a la otra, y que había en Venezuela una hija que casi no le hablaba desde que ella metió la primera franelita en la mochila y una madre que quería irse del país, pero, para hacerlo, tendría que llevarse su casa, sus muertos y sus fantasmas consigo y, siendo pobre y escéptica, Nina no tenía cómo resolverle el capricho. De cualquier forma, ella estaba segura de que unos meses de distancia y la noticia, ojalá temprana, de que ya ella tenía una pieza alquilada y plata para los pasajes, ablandarían esas condiciones y sus mujeres se reunirían con ella.

¿Y qué tenés con Porto Alegre? La mayoría se queda en San Paulo, Río, ¿pero Porto Alegre? Tenía una mezcla de intuición, terquedad y pendejera. Mientras la mayoría se iba para capitales y ciudades grandes, o se quedaba rondando en ciudades fronterizas, a Nina se le había metido en la cabeza que era mejor recomenzar en una ciudad donde los venezolanos todavía no fueran una peste. Esa era la parte que ella decía en voz alta, la coherente. Lo que no decía, porque le daba vergüenza su cursilería, era que Porto Alegre le rondaba románticamente la cabeza desde 2005, cuando fue al Foro Social Mundial con un grupo de amigos de la juventud

socialista, Camilo entre ellos, cuando Camilo era todo lo que ella quería de juventud, de socialista y de inconsecuente también, aunque ese germen del tormento que le maltrataría la vida a Nina estuviera en aquel momento escondido, tanto era el hechizo, tantas las imágenes de él y de la ciudad vistas a través de ese filtro de ensueño con que la militancia ñoña y hiponga enseña a ver la posibilidad de la revolución, cuánto ella extrañaba ese filtro que tan motivada, útil, entendida, la había hecho sentir y que luego se le había reventado en los ojos en astillazos cuyas heridas estaban tan recientes que no le dejaban “entender el momento histórico” y de los cuales Diego, con su decoración kitsh guevarista, gramsciana, algo trotskista y siempre emocionante del comunismo, no necesitaba saber, con lo que la respuesta fue un chiste, me contaron que Porto Alegre era como Buenos Aires, pero sin los porteños, un sueño. Mirá vos, ché, te contaron mal. Si yo fuera vos, me iría para Buenos Aires, que sí es una ciudad con mayúsculas, a pesar del inconveniente de estar llena de porteños, y así terminaron la noche riendo idiotamente porque no hay nada como chistes de argentinos para fortalecer la unidad latinoamericana. Fortalecer era una palabra que Diego usaba con una frecuencia excesiva, sospechosa como todo eslogan, Nina no podía ni pensar en la palabra eslogan que ya le venía Cardenal a la cabeza, Cardenal en la boca de Camilo, el cura Cardenal trayendo tanta seducción a la boca de Camilo cuando repetía aquello de “Bienaventurado el hombre que no sigue las consignas del Partido, ni asiste a sus mítines, ni se sienta a la mesa con los gánsters, ni con los Generales en el Consejo de Guerra. Bienaventurado el hombre que no espía a su hermano, ni delata a su compañero de colegio, bienaventurado el hombre que no lee los anuncios comerciales, ni escucha sus radios, ni cree en sus eslogans. Será como un árbol plantado junto a una fuente”, que Camilo seguía seguramente repitiendo con la misma emoción en la voz y sin rastro de la seducción de antes, no porque una bala le hubiera volado un ojo y ahora usara un parche a la moda pirata, o porque hubiera engordado unos kilos y rebajado la barba y las canas estuvieran invadiendo el negro, porque igual todas esas novedades le lucían como a pocos, sino porque entre cargos en secretarías de cultura, de ciudadanía, de equis y ye, y ministerios del poder popular para esto y aquello y aquello otro, en algún momento de ese derrumbe que fue de la autoridad al autoritarismo, dentro y fuera de casa, Camilo y el matrimonio y la revolución libertaria y democrática que ambos ayudaron a construir se habían trasmutado en una masa de eslongans, atrezos, podios, en los que costaba seguir creyendo, porque bastaba dar un paso atrás,

quitarse un tantito la lente empañada, el filtro ciego de la militancia, para ver que poco restaba de Cardenal, de sus árboles y sus fuentes.

Pero fortalecer era un verbo que los hombres amaban y los revolucionarios amaban, entonces Camilo y Diego, hombres y revolucionarios, lo amaban al cuadrado. Fue el verbo que Diego escogió como protagonista para acompañar la foto de Nina en Instagram, sonriente y solícita en la recepción del hostel, un texto lleno de amores, solidaridades, empatías fortalecidas, en el que él salía bien parado, ejemplo a seguir, teniendo a “su” venezolana trabajando consigo, texto en el que palabras como voluntariado y cero empleados fijos no aparecieron por ninguna parte, pero Nina igual sonrió, sonreiría durante meses, atendiendo a los pequeños grupos que de vez en cuando aterrizaban en el hostel, viajantes pobres, la mayoría, buena gente y borrachos, muchos, que ponían un acento de mundo a esa rutina de trabajar tres días, descansar uno, hacer desayuno y almuerzo con sazón no tan caribeña, por favor, mantener limpiecito y oloroso todo, inclusive ella misma y mejor con un maquillajito ni muy-muy ni tan-tan, sábanas blanquitas y expectantes como su cartera, que seguía sin ver un centavo de Diego, a pesar del trabajo voluntario haberse alargado a septiembre, octubre, noviembre, diciembrenavidad y enero2019, febrerocarnaval y marzo, que fue cuando ella no pudo más y le dio un basta a Diego.

El hostel y él dependían de ella, pero toda dependencia era poca cuando se medía con su necesidad. Ella había sacado sus cuentas y había conversado con uno que otro y no quería haber llegado a esa conclusión, pero lo hizo, Diego debía a estas alturas estarle pagando un salario, eso de darle cama y comida y creer que eso bastaba no era ni justo ni ético ni revolucionario, ella merecía un salario, aunque fuera uno mínimo, y la cama en cuarto colectivo y la comida que ella misma preparaba eran beneficios pocos a la luz de las leyes brasileñas y bien que él lo sabía, pero es que él también sabía, porque también había hecho sus cuentas, que si Nina tuviera que pagar un alquiler, por más cuchitril que fuese el lugar, y pagarse comida y transporte, el dinero que ella podría ganar limpiando en casas de familia se le iría todito en sobrevivir y no podría enviar los casi cien dólares que enviaba para Venezuela en los buenos meses, y sin esa remesa, a la que se resumía su maternidad desde que Elisa se negaba a hablarle, sus mujeres estarían tan miserables como antes de ella viajar, lo que anularía sin piedad cualquier ventaja de su ida.

Diego no contaba con que, junto con el carnaval, llegaría una invitación del profesor Horacio, dueño de una de las casas en que ella fazia faxina en los días libres

del hostel: Curso de Português para Estrangeiros, comenzando luego de las fiestas, gratuito, aulas de tres horas dos veces por semana, con la esplendorosa y también profesora Sandra, su esposa, en la Universidade Católica y, católica o no, a ella siempre le gustó el ambiente universitario, aunque no hubiera logrado permanecer mucho tiempo en la Facultad de Educación, ni en la de Trabajo Social y mucho menos en la de Derecho, pues ella era más dada a los cursos cortos, prácticos, y había hecho cientos de ellos, la mayoría medio inútiles pero divertidos, y ahora podía llenarse la boca diciendo que sabía lengua de señas e, inclusive, algo de wayuunaiki. Había trabajado de todo, desde vendedora sobria en Zara hasta administradora en una tienda de jeans falsificados en Las Playitas; desde modelo de piernas hasta transporte escolar; pasando por sus gloriosos días de payasa de hospital-animadora de fiestas infantiles-bartender, todas tres en una misma jornada de entusiasmo; épocas luminosas y optimistas, que se alternaban con épocas de hippie depresiva, cuando le daba por mandar todo al carajo y hacer artesanía para venderla en El Supí en Carnaval, Semana Santa y vacaciones, para ver si así se sacudía alguna arrechera de la vida post adolescente, y en cada una de esas cosas le habían dado un certificado, que nunca guardaba y que tan bien le caerían ahora, o un sueldo, bueno o malo, pero siempre sueldo. Diego no le daba ni lo uno ni lo otro, no le quiso ajustar los días libres para que coincidieran con los días de clase y tampoco le dio la autorización para ir al curso, que comenzaba esa tarde, fue así como Nina tuvo la confirmación de su egoísmo también fortalecido y ahí sí que ya no hubo santo que la atajara de gritárselo en la cara; por el curso y por la tacañería travestida de esa bancarrota que él mencionaba varias veces por día, sin percibir que la simple palabra bancarrota era cosa de burgués porque implicaba un pasado de abundancia perdido y quien era pobre desde siempre no le ponía eufemismos a su lugar en la lucha de clases; por el jarabe teórico revolucionario de macho de izquierda que pretendía explicarle lo que, según él, ella no entendía de su propio país; y, por encima de todo, por nunca haber perdido el tono caritativo que al comienzo ella pensaba que estaba en su cabeza, producto de su síndrome de "la recogidita", hasta que la profesora Sandra, que sabía ponerle nombre y apellido a las cosas como nadie, le dijo que provocaba era destrozarle los dientes a ese payaso que se aprovechaba de ella y tenía los santos cojones de presentársela al mundo como su proyecto filantrópico personal, tan personal que parecía que le incomodaba que cualquier otra gente se acercara con cariños u oportunidades que pudieran robarle protagonismo en su

causa. A Nina le había gustado esa expresión tanto como le había dolido, así que la adoptó para sí y con esas palabras, proyecto filantrópico personal, noqueó a Diego, a quien se le ofendieron hasta las vísceras, la recontraputa que te parió, venezolanita del orto, por eso es que no los quieren en ninguna parte, se creen qué, ustedes, malagradecida de mierda, andate ahora mismo de aquí.

Que dice mi abuela que si nos puede prestar dos o tres huevos. Que si le regala dos cucharaditas de café le va a salvar la vida. Que si tiene un pancito también se lo agradece. Ya son cuatro, o cinco, las veces que Elisa ha tenido que recurrir a la Señora Olga, la vecina de al lado. Todos los días le da gracias a Dios por ella. Mientras la mayoría de las casas se están quedando vacías y los que quedan andan en actitud de “sálvese quien pueda”, Elisa sabe que puede contar con la Señora Olga.

Ella y su madre siempre se llevaron bien. Olga es cariñosa, no juzga a nadie y, como a su madre, los chismes del barrio le han creado una reputación de mango-bajito. De puta. Ahora que todos son pobres, el hecho de que la nevera de Olga continúe menos vacía que la del resto parece ser una confirmación. Nadie nunca le ha preguntado cómo está ella ni cómo se las ingenia para recibir dinero, entonces nunca nadie, con excepción de Elisa, ha sabido que Olga tiene un abastico en Machiques y que su prima todos los meses le trae las ganancias. Ella cumple el papel de la puta del barrio, la corruptora de Nina, como todos necesitan que sea, y punto. A veces, Elisa finge no darle importancia. Otras, se siente capaz de incendiar una a una las casas de los metiches, aunque eso signifique incendiar su propia casa con la malagradecida de su abuela Graciela adentro.

Mi vida, ¿dónde está Graciela? ¿Tu abuelita está bien? ¿Por qué no han ido al mercado? ¿Nina no ha mandado dinero este mes? ¿Queréis que la vaya a ver? No se preocupe, gracias. Elisa responde así a todo. Decile a Graciela que mañana paso por allá. Gracias, Dios, por la Señora Olga. Gracias, Señora Olga.

Esta vez, como las otras, ella se esfuerza por contener su soledad, pero el temblor que comienza en su barbilla contagia al resto del cuerpo y los trece cortos años de Elisa se vuelven una verdad llorosa, desvalida. Ella quisiera tanto que fuera

verdad eso que dicen sobre su madurez prematura, sobre su responsabilidad, su autosuficiencia. Pero no lo es, ella es una niña y ese resto de infancia que le quieren arrancar le duele en la piel, en los zapatos de la escuela, en las trenzas que su madre le enseñó a hacerse ella misma como un prenuncio del abandono, en los juguetes de los que ella aún no abdica porque se niega a aceptar que le acorten la inocencia.

Olga la abraza y la deja desahogarse sin pedir explicaciones ni dar falsos consuelos. Hoy yo te hago la cena. No se preocupe, gracias. Pero Olga igual se preocupa y le hace sus huevitos, sus pancitos tostados y su café con leche, prepara un topperware con cena para Graciela y hasta le hace una bolsita con cosas para el desayuno. El único defecto de Olga es que ella no tiene miedo de preguntar algunas cosas y algunas de esas cosas que ella pregunta duelen. ¿Qué sabéis de tu mami? No se preocupe, gracias.

De vuelta a la casa, calienta la comida, tomando el cuidado de dejar quemar un tantito el pan y endulzar de más el café con leche, para cubrir mejor la mentira de que la preparó ella misma. Le lleva la comida al cuarto a Graciela. ¿Viste?, te dije que algo había. Elisa ni responde. Su abuela detesta que ella ande mendigándole a Olga y hoy parece tan abatida que para qué sumarle más motivos.

Antes, poner la mesa parecía ser la ceremonia favorita de Graciela. Su expresión satisfecha al ver la simetría de los platos, la armonía de los colores servidos, el apetito en los ojos de los comensales, es algo que Elisa extraña tres veces por día. Por eso ya casi no come con su abuela. Faltan platos en la mesa y cada comida se lo grita. Elisa pasa unos buenos minutos jugando con la comida, esperando que la garganta se le desanude, y la abuela acaba peleando con ella y llevándose su plato antes de que haya recuperado el control de su tráquea y su esófago. Elisa se está acostumbrando a comer frente a la tele y, aunque algunas veces esté apagada por falta de electricidad, ella la prefiere a comer con su abuela que, de un tiempo para acá, está siempre apagada.

Esta vez, es Graciela quien come frente a la pantalla. Ataca el plato como si fuera la primera comida del día, y probablemente lo sea, mientras recibe, igual que cada noche, el diluvio de informaciones nacionales e internacionales que Walter Martínez presenta en Dossier. Elisa no lo entiende y tampoco lo quiere entender, le da miedo encontrar argumentos que justifiquen lo que su madre hizo. Pero Walter siempre le ha parecido un tipo simpático, una especie de abuelo mediático,

corresponsal de guerra con un parche misterioso en el ojo, amigo íntimo de Mafalda, si Mafalda fuese real, adulta y trabajase en la ONU.

Ver Dossier cada noche es una costumbre con la que ella creció. Antes, cuando la vida no estaba resumida al cuarto y a la falta, lo veían en la sala y su abuelo Raúl iba añadiendo comentarios puntuales, en un diálogo intenso con el periodista, casi amigo de la familia, tan sabio como tuerto. El tema eran las acusaciones de corrupción que flotaban encima de programa del CLAP, cuando un repique carrasposo, noventero, viniendo de la sala, interrumpió a Walter: el teléfono fijo resucitado por una voz desconocida. ¿No sabéis quién soy? No, no sé. Abuela, debe ser pa vos. No, no, soy Camilo, tu papá.

A cualquier cosa llaman "papá". Cuando él se alejó, ella tenía siete años y mal sabía sumar con tres dígitos. Ahora está en séptimo grado y está lidiando con ecuaciones lineales y fracciones y propiedad distributiva, pero ya parece conocer los conceptos elementales de la vida más que esa voz que, desde el otro lado de la línea, donde quiera que eso sea, espera que ella le pida la bendición. ¿Quién es?, pregunta Graciela. Es Camilo. ¿Camilo, tu papá? Camilo.

Elisa aprendió que la palabra "papá" designa a un ser genial como su abuelo Raúl, que sabía con exactitud el punto de quemadito en que le gustaban las friticas, la dificultad que tenía para recordar la capital de Honduras y cuál era el nombre de su mejor amiga de la semana. Del otro lado de la línea, ciertamente no hay un papá. Hay un apellido que ella carga como una etiqueta y no como una historia.

Elisa escucha sus muchas preguntas, su esfuerzo por demostrar el cariño que su distancia niega, el silencio incómodo de aquel que fracasa en su intento de que dos o tres frasecitas hechas, qué grande debéis estar, igualita a tu madre, ay, pero qué inteligente, compacten esos seis años de ausencia y llamadas trimestrales y los desechen como una basurita cualquiera. Después de varios monosílabos, él promete que llamará de nuevo. Ajá. Camilo dice que esta vez va en serio, que no le importa lo que Nina diga. A mí tampoco me importa, responde Elisa, Nina se fue pa Brasil.

Elisa cuelga y descubre a su abuela en el sofá, interesada en ella por primera vez en días.

¿Dónde está tu papá?

Dijo que venía el fin de semana, me dio su número. Abuela, ¿tenemos que contarle a mami?

¿Vos lo queréis ver?

No sé.

Si lo queréis ver, entonces quedate calladita.

¿Y eso por qué?

Vos quedate calladita y listo.

Pero a Elisa, como a Nina, el silencio solo le sirve cuando viene de dentro. Puede hacer un esfuerzo, pero no puede comprometerse a no restregarle en la cara a su mamá que su padre ha vuelto. ¿Será que se ponían de acuerdo? ¿Habrían hecho un pacto cuando ella nació, de que Nina la cuidaría unos años y luego le tocaría a Camilo? ¿Cada uno tendría un turno para echarse a perder la vida teniendo que ver por ella? Si su madre se había largado, si el abuelo Raúl se había muerto de repente y hasta la abuela Graciela había desistido de cuidarla, ¿por qué ella no iba a tener derecho de verse con Camilo? ¿Por qué su madre no podía saber que él había llamado? ¿Será que le prohibiría verlo?

La idea de que el abandono de Camilo era culpa de Nina inunda a Elisa con la intensidad desbordante y veloz de los despechos infanto-juveniles. Ahora que Nina es también una abandonadora, las críticas que durante los últimos seis años ella le hizo a Camilo, y que tan hacinadas tiene Elisa en su cabeza, no son más que hipocresía, intriga de novela mala de Univisión, materia de Caso Cerrado y otras porquerías de esas que la gente ve y que el abuelo Raúl odiaba a muerte y con razón.

Durante un buen tiempo tuviste dos ojos y los diste por sentado. Como dabas por sentado tantas cosas en aquellos años. Ya tenías edad para saber que la vida era un riesgo, pero vos siempre habéis llegado a tarde a los aprendizajes. Tenías treinta y cinco y aún estabas seguro de tener control sobre tu cuerpo y tu cabeza. Mardito chavista. La bala fue un calor que te borró las ínfulas en un destello vino tinto. Mardito chavista, fue lo último que escuchaste antes de apagarte por una fracción de tiempo que jamás sabréis precisar. Luego despertaste y, aunque sentías que la mitad de tu cara no existía más, continuabas teniendo un torso y unas piernas, porque fue en ellos que cayó el dolor como un aguacero de agujas y fue en ellos que sentiste el toque de quienes te llevaron para el hospital. Los hijos de la señora Gladys. Antes de esa noche, tenías dos ojos, la ilusión de controlar alguna cosa, una esposa y una hija, un trabajo que te llevaba a los barrios más peligrosos de la ciudad, y fue en uno de ellos, en Cerros de Marín, donde perdiste un ojo y comenzaste a perder el resto.

Era febrero de 2009, faltaba una semana para la votación por la Enmienda Constitucional y tenías el carro repleto de cajas con material de campaña por el Sí. Tenías dos ojos y aun así no pudiste ver el riesgo inminente que significaba la posibilidad de la reelección indefinida ni la cercanía de los dos tipejos en moto que te encañonaron pidiéndote las llaves la cartera el celular dale dale dale mamaguevo. Se las diste sin chistear y sin embargo, mardito chavista, te volaron el ojo queriéndote volar la vida.

Fueron ellos, la señora Gladys y sus hijos, todos del consejo comunal, los que dedujeron que había sido un atentado. Te habías quedado hasta tarde en el comando de campaña, ellos te acompañaron hasta la medianoche, cuando la mujer de uno de ellos se apareció con cara de tranca y dos muchachos encima, preguntando si se le

había olvidado que tenía familia. Ella no era como Nina, que se quedaba en casa cuidando a Elisa mientras vos cuidabas otros futuros. Nina, por lo menos en aquella época, parecía entender tu compromiso, que era el mismo de ella aunque lo ejecutaran de formas diferentes, y jamás diría algo así. Debiste haberte ido en ese momento, te dijeron mil veces que era mejor salir acompañado. Pero en tus revoluciones tenía que haber mártires.

Vos, él, el revólver, la bala. La física de cuatro cuerpos en movimiento. Las condiciones climáticas de esa noche marabina. La historia de vida de la mano de un criminal. El currículum de tu rostro. La geometría del asesinato trabajando un desvío exacto de la trayectoria fatal. Ocho milímetros más y no la contabas. Despertaste hecho un héroe y te gustó, aunque solo tuvieras un ojo para ver tu victoria. Estabas vivo, pensante, hablante. Un caso excepcional que, inclusive para muchos comunistas revelados creyentes por tu percance, era evidencia de que no era tu hora. Te perdiste las elecciones y te perdiste vos, pero ganó el Sí.

No quisiste dar entrevistas a los medios y tu declaración en la policía fue tan precaria como tu recuerdo y tu supuesto heroísmo. Vos sabías que podía haber sido un atentado, como podía haber sido un crimen menos pretencioso. Intentaste hacer caber la duda, decir que tal vez tus atacantes habían sido unos criminales de la oposición y no necesariamente una oposición criminal, pero la versión ya había sido cerrada, el parche en tu ojo era insignia y tu estatura política elevadísima. Mardito chavista. Ese insulto era el único respaldo de la versión que a esa altura ya era oficial, un relato que era tímido en vos, pero que dejaste crecer al punto de estar convencido de su veracidad la mayor parte del tiempo. Había dos Camilos posibles y dejaste que ganara el héroe, como creíste que lo haría cualquiera.

Vos no sentías que fueras tan importante así como para “sufrir un atentado”, pero eso lo podías decir vos, solamente vos, y siempre contado con que alguien te respondería que no había la menor duda de que había sido un crimen político. Por eso, cuando Nina, aquella noche, después de haberte usado cada centímetro de cuerpo mártir y de haberte sudado, besado y babeado el parche y haber gozado orgasmos llenos de fetiches piratas y combatientes, te dijo que la verdad, verdafta, vos no eras tan importante así como para sufrir un atentado, la Miraflores particular que te habías montado en la cabeza se te volvió nada y con tu único ojo viste una polvareda de estrellitas muertas.

Vos podías contar con Nina para todo, pero no para condescendencias ni palmaditas en la espalda cuando la cagabas. Cuando la conociste, no te imaginabas que Nina fuera toda esa fuerza, toda esa real capacidad empañada por su soberbia y falta de tacto. Ella, en cambio, te hizo la radiografía de inmediato y siempre intuyó las carencias que escondías atrás de tu entusiasmo apriorístico, sabía que tu manía de unanimidad era miedo de fracturar un liderazgo que ya presentías débil. Solo no sabía que aquello de “Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada”, se aplicaba también al régimen interno de la relación. Vos quisiste ser mandatario donde no debía haber líderes. A Nina le gustaba cuestionar y los cuestionamientos no cabían en las ficciones sobre las cuales erguiste tu poderío. Dudar de tu atentado, aunque apenas lo hiciera en la intimidad, era la antesala de la disidencia.

¿Qué pasó, ahora no se puede hablar de eso?, te preguntó Nina cuando la miraste con tu ojo ofendido y, mientras vos buscabas respuestas rabiosas, tu verga que segundos antes estaba lista para una nueva fantasía guerrillera se encogió de vergüenza. Es que tu cuerpo siempre fue más sincero que vos, Camilo. Tu cuerpo se permitía sentir y somatizar lo que vos no lograbas contarte ni siquiera a vos mismo, se engripaba cuando acumulabas funciones y presiones, te hacía vomitar cuando te emocionabas demasiado, enfebrecía cuando tu diplomacia amordazaba tus rabias. Podía contarse la historia de la revolución bolivariana a través de tus quebrantos y la bala, fuera atentado o no, tal vez haya sido el clímax. El tuyo y el de la revolución. Después de 2009, parece que nomás podéis contar desaciertos. Te dijeron mardito chavista y devastaron mucho más que apenas tu mirada. A la sinceridad de tu cuerpo, pronto se juntó una mente que ya no estaba dispuesta a hacer tu voluntad. Donde ya no había ojo, pasaste a sentir que tenías un nuevo órgano destinado exclusivamente a hacerte volar en pedazos en cualquier momento.

Esa noche, a pesar de la insistencia ruda de Nina por hacer las paces, te fuiste a dormir al cuarto de Elisa. Sentado en la poltrona donde ella había mecido a la niña hasta hacía poco, veías a esa criaturita que todavía no había llegado a los cuatro años y ya estaba tan llena de personalidad, y era tanto el miedo de echarla a perder que querías salir corriendo para siempre, así como estabas, en interiores, descalzo, sediento. Esperabas que Elisa saliera a Nina, mejor que fuera soberbia y terca, a que resultara cobarde como vos.

Tu niña tenía una fijación con quitarte el parche y rever lo que había sobrado. Se preguntaba por qué lo usabas también dentro de casa. Quería verte sin máscaras

porque para ella estabas bonito así también. Era solo un pedacito de gente y ya no le gustaba eso de que te escondieras. A veces parecía que la clarividente era ella y no Graciela.

Elisa no tenía nada contra el parche en sí, de hecho, te daba un aire teatral muy útil para entretenerla —Nina tenía versiones adultas e infantiles de las mismas fantasías, los nuevos detalles que el cuentito ganaba con Elisa, se volvían peripecias y exploraciones deliciosas en la cama y viceversa. Tampoco tenía nada contra lo que había restado. Esas vergüenzas eran todas tuyas. ¿Y qué había sobrado, de hecho? La falta. A veces sentías que te reducías a la falta. La cuenca sin ojo era un cuarto de chécheres sin puerta. Tus miserias expuestas al mundo. Bastaba acercarse para que tus cicatrices contaran todo.

Desde que tu madre te lo regaló, tu tapa ojo a lo pirata te vestía la vergüenza y te aquietaba por momentos —era obvio que sería ella quien te lo regalaría, ella quisiera ponerle varios parches a tu vida, los más grandes dedicados a Nina y a tu izquierdismo-rancho-en-la-cabeza que nadie en tu familia entendía de dónde había salido. Vos preferís el parche a la cicatriz desnuda, aunque a veces se vuelva contra vos y parezca una broma de mal gusto. Sois ese héroe pirata, con atentado o sin él, mardito chavista, falsificado o real, que desde el espejo se ríe de vos y te recuerda que sois tan patético que te tocó desfilas por la vida con un disfraz que, en vez de ocultar, dice la verdad que nomás vos sabéis.

Los dolores punzantes duraron casi un año y las migrañas te atacaban varias veces al mes, pero habías salido barato, baratísimo, comparado con lo que hubiera podido pasar sin aquellos ocho milímetros providenciales. Podía haber secuelas, te habían dicho los médicos, pero no habías entendido la inmensidad de territorios por los que esa posibilidad podía esparcirse. Los tejidos cicatrizaban, se acostumbraban al nuevo diseño, mientras vos te desacostumbrabas de vos mismo. Tu recuperación había sido ejemplar, eras un toro, decía el neurólogo. Y vos te arrechabas. Te hubiera ido bien en la guerrilla, decía Nina, bromeando. Y vos te arrechabas. Mi papi es como Wolverine, que se regenera. Y vos te arrechabas. El camarada Camilo es un ejemplo a seguir. Y vos te arrechabas sin entender por qué. Eras un pedazo de toro jodido de la cabeza, que no sabía ponerle nombre a ese desconsuelo crónico, y no querías que nadie te viera de cerca.

Por eso era más fácil estar en la sede del partido, en tu oficina en la alcaldía, en la sala comunitaria de un barrio y en la escuela de otro barrio y en la plaza de otro

más, en interminables reuniones de planificación y estrategia, en las que las cosas se organizaban en planillas inequívocas y en las que las personas se te volvían letras y números, era más fácil eso que estar con Nina y Elisa, personas de carne, hueso y afectos, cuyas estrategias de cercanía te incomodaban cada vez más sin que entendieras por qué.

Nina, vos bien lo sabías, no era el pozo de paciencia que una situación volátil como la tuya ameritaba. Ella hasta lo intentó, lo intentó durante meses, pero ¿de qué te reís, ah? Me tenéis hasta la coronilla con esa risita mardita tuya, yo sé que lo que te estáis es burlando, andá a reírte de la madre tuya, mardita, mardita, mardita era tu insulto favorito de los últimos días, como si diciéndolo le dispararas un poco a ella, mardita chavista, y, si vos te volviste volátil después de lo que te hicieron, Nina lo había sido desde siempre. No había sido poca su paciencia hasta esa noche en que la respuesta a tu grosería infundada no fue solo el portazo de siempre, con Elisa y mochila al hombro, sino tres pescozones furiosos que te desataron la migraña más hija de puta que vos recordáis.

No hay bala que no deje secuelas ni naratriptán que resuelva la culpa. Todo había cambiado en vos, de eso no tenías dudas, pero te preguntabas si la secuela había substituido al hombre que eras antes por el que eras ahora, o si apenas te había removido los filtros que antes te presentaban al mundo como un buen padre, un marido decente, un trabajador dedicado, y ahora quedabas solamente vos, peso neto, tosco, crudo.

¿Será que Elisa recuerda esa noche? Fue poco después del aniversario del balazo y tres días antes de su cuarto cumpleaños. Los personajes de Up estaban por donde miraras en la sala. Ahora tenías que hacerte espacio entre el gordito boyscout ladilla, el viejo y la pajarraca loca que se multiplicaban en la piñata, los adornos, los globos, las serpentinas. Elisa estaba obsesionada con esa película y vos sentías que si te hacían verla aunque fuera una vez más ibas a estrellar el televisor. Ahora estabas sentado en medio de todo aquel colorido y llorabas como un nene. La imagen de Elisa en berrinche, queriendo llevarse las cosas de la fiesta consigo y Nina diciéndole que se olvidara, que la fiesta no importaba, que después veían qué hacer, te dolía a vos y le dolía a ese otro no tan otro del que salían violencias inusitadas, ese hombre casi extraño al que no le cabía una gota más de rabia.

Vos no querías ser el fin de una fiesta que no había comenzado. No eran ellas las que debían mendigar una vez más por algún colchoncito en casas de amigos —jamás

en la casa de su familia, para evitar intromisiones y salvarte de la ira de Raúl, que lo que tenía de paciente también lo tenía de violento y de intransigente cuando de defender a su cría se trataba. Tal vez fue el sentimiento de indefensión o las ganas de silencio, pero acabaste yéndote para aquel norte que tanta coriza moral te daba, el norte de Maracaibo, donde permanecía, monumental, la casa de tus padres. A esa hora no esperabas encontrar ni siquiera a la señora Ramona, que trabajaba todos los días aunque casi nunca hubiera alguien a quien servir, pero te recibió tu hermano. La distancia entre ustedes fue oportuna como nunca, no tuviste que dar explicaciones porque no hubo preguntas. Hubo una media sonrisa y la información de que él estaba ahí, en la casa, en Maracaibo, en Venezuela, solo de pasada, y en la nevera había cerveza y comida china.

Te dio miedo llamar a Nina, así que le dejaste un mensaje a Graciela pidiendo que por favor le dijera a Nina que volviera a la casa, que te habías ido. Apagaste tu teléfono y bebiste y jeteaste solo, en tu cuarto de adolescente, hasta que llegó el día y con él, la señora Ramona, que tocó tu puerta y, como si nunca hubieras prometido no volver a esa casa enemiga, como si no hubiera en tu rostro esa ausencia gritante, como si no fueras un absoluto sinsentido lloroso y borracho, te preguntó si querías desayunar huevos fritos o revueltos.



Inhala. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Exhala. Maldita sea la hora en que le dio por ponerse justiciera. Inhala. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Exhala. Malditas esa hora y todas las horas antes que llevaron a Nina a creer que la gente nace buena y que las intenciones revolucionarias son suficientes para callar la llama egoísta que tenemos dentro y nos conduce por donde le da la gana y se jarta nuestras pobres, chiquitas y siempre boconas intenciones revolucionarias. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta, aguanta, aguanta hasta que el rostro explote y los pulmones colapsen porque es mejor morir de un paro respiratorio elegante que de vergüenza, un, dos y Nina suelta de un coñazo todo el aire porque no existe suicidio tan limpio en el mundo, ni siquiera uno hecho en un lugar aséptico e imposible como lo era una sala de meditación en un edificio ultramoderno de una universidad privada ultramoderna, cuyas sillas deben costar diez veces el salario de veinte dólares de un profesor universitario en Venezuela, mejor meditar bien, meditar bonito, agradecer los cojines y el incienso que, aunque no fueran para ella, serían usados por ella porque no había motivos para dormir en plazas o albergues o debajo de viaductos atestados, siempre bajo amenaza de una barrida de la policía, cuando había una universidad tan acogedora como esa, que ofrecía cursos gratuitos de portugués para extranjeros y que tenía tantos sofás, internet gratis, seguridad, higiene y silencio; una seducción que se había desplegado frente a ella al salir de la primera clase con Sandra, donde aprendió expresiones básicas como "bem-vinda", "muito prazer" y "precisa de ajuda?", y sí, claro que sí.

Dudó entre la Escola de Engenharia y la Escola de Humanidades, pero la segunda venció por mucho, no solo por ser donde ella tenía sus clases de portugués, sino porque descubrió que en el segundo piso había una salita perfecta para leer o

estudiar o acampar durante una semana, un espacio sin computadores ni libros, apenas unos sofás que junticos rendían una buena cama y dos mesas en las que ella podría extender sus pantaletas y dejarlas secar bajo el ventilador de techo durante la noche, después de lavarlas en el baño que estaba justo al lado de su nueva habitación. La sala tenía una puerta siempre cerrada que daba a un mini depósito donde guardaban sillas extra para momentos en que las actividades organizadas en ella así lo ameritasen o donde Nina podría guardar su mochila chamuscada para no andar por los pasillos con esa carga a cuestas, lo que sería más o menos como cargar un cartel de intrusa en neones o leds enceguecedores con imágenes que le contarían a la comunidad universitaria sobre su trayectoria de indigencia, y entonces ella tendría que responder preguntas y aguantarse la lástima y las ofertas de ayuda, que bien podría aceptar pero, para llegar a ellas, había que estar dispuesta a que la llamaran coitadinha y le hicieran donaciones y llamaran a la radio y a los periódicos y a la televisión, donde ella tendría que mascullar su historia para que alguna compatriota mejor hablada la tradujera en vivo y entonces hubiera una ola de conmiseración que podría tal vez resultar en algún trabajo y lo único que ella quería era un trabajo pero, para eso, había que aguantarse la lástima y articular porfavores y ella, cuanto más necesitaba, menos decía, y si de algo estaba hasta la jeta en esos días era de ser blanco de caridades.

Lo primero había sido entender los horarios de los vigilantes y memorizar dónde estaban las cámaras de seguridad. Pan comido ambas. Le buscó conversación a un vigilante que le pareció simpático y lo suficientemente lejos de Humanidades como para no levantar sospechas y no demoró mucho en saber qué quedaba abierto y qué quedaba vacío en el campus a qué hora y dónde podrían tomarse un café un día de esos cuando él estuviera de folga y así constatar que no importaban lugar ni hora ni cuantos cursos hiciera ni en cuántos proyectos de vida hubiera vencido o fracasado y no importaba ni siquiera saber o no elaborar una frase coherente en un idioma común, ella seguía recurriendo a la sonrisa y al quiebre de caderas para hacerse con todo y por ahí siempre se le iban agua abajo algunos centímetros de dignidad. Supo entonces que ese miércoles, como cada uno de esos días de calentamiento de motores para el comienzo del semestre, a eso de las ocho de la noche, los vigilantes harían una última ronda chequeando con más sueño que ganas los espacios y, apenas confirmasen la desolación bonita que son los salones de clases y las oficinas de noche, cerrarían las rejas y pondrían su invasión bajo cadenas y candados. Las

cámaras de seguridad estaban en la entrada del edificio, en varios puntos del corredor central, en los ascensores y en las escaleras, pero, una vez que se entraba a los pasillos, aquello era un territorio donde el espionaje institucional ya no era ejecutado por cámaras y vigías, sino por el sospechosamente embellecido Marcelino Champagnat, padre fundador de los Maristas, que, desde más cuadros de los necesarios y con una sonrisita alcahueta, parecía querer salir de las pinturas, ya no para juzgar a nadie, sino para juntarse al descaro.

Cuando llegaron las siete y cincuenta, Nina apagó las luces de la salita, cerró la puerta con llave por dentro y se sentó en el piso, encogida y recostada en una esquina, fuera de la visión de quien se asomara por la ventanilla manicomial que todas las puertas escolares del mundo parecían tener y a través de la cual el vigilante se echó una asomadita rápida, una mirada desinteresada al cuarto donde por primera vez en meses ella tendría un sueño privado, sin el desasosiego de la intemperie del campamento y su telita Coleman fingiendo que la protegía de predadores tantos y sin la sensación de vitrina de tristezas que tenía en el cuarto colectivo del hostel, donde siempre durmió con un ojo nada más, porque al otro ojo le tocaba rastrear amenazas. A solas y a salvo, durmió y se descubrió en una cabina del teleférico del Ávila, con un bebé en brazos, una Elisa de unos seis meses. Solo percibió que su carrito no se movía cuando vio pasar, en la viga de al lado, a Graciela y a Raúl, en sentido contrario, bajando el cerro, con montones de flores que podrían haber comprado en Galipán, cerca del Ávila, pero estaban arregladas en coronas fúnebres. Intentó gritarles y percibió que en vez de lengua tenía un hueco donde las palabras se le agolpaban y le hacían doler la garganta como una amigdalitis violenta. Estamos solas, Nina escuchó, y se negó a creer que eso lo había dicho la bebé, se quedó mirándola, mirándola, esperando comprobar si aquella voz adulta y familiar había de verdad salido de ella y no fue la boca minúscula de Elisa la que se movió, sino sus ojos como de caballo, brillantes en medio de la noche repentina que las cubrió, dos ciruelas negras que repitieron, estamos solas, segundos antes de que la viga del teleférico se rompiera y el carrito volara ingrávito hacia el vacío del cielo en vez de caer cerro abajo, donde Caracas era un exceso. Estamos solas.

Él huele como a pan dulce con jaboncito de bebé. Es un tipo agradable, eso ella lo sabe, lo recuerda. El hecho de que use bermudas en una ciudad donde los hombres parece que le tienen miedo a mostrar las piernas le trasmite confianza. Sí, debe continuar siendo un tipo agradable y sincero, por lo menos consigo mismo. Elisa busca su cuerpo de ahora en el cuerpo de ese hombre que es su padre, un conocido de cuya geografía ella parece, cada vez más, ser una fotocopia. Sus narices y sus piernas son iguales. También sus cejas, pero las de él son un poco más gruesas, o tal vez se vean más gruesas por el parche, pero Elisa tendrá que confirmar eso después, si es verdad eso de que habrá un después, porque, por ahora, no se atreve a mirarlo mucho.

Elisa siente un calor seco en los cachetes y ya imagina las manchas rojas que, como un mapa, le deben estar cubriendo el rostro, el cuello y el pecho. Una condena que heredó de su madre: la condición de la transparencia emocional. Siempre se le olvida ponerse alguna ropa que la ayude a disimular, un cuello de tortuga, una franela manga larga. Con Camilo no debe funcionar lo que funciona con otra gente, excusas de una posible intoxicación alimentaria, exceso de calor o de frío, reacción alérgica. Él debe saber, por su historia con Nina, que la única alergia que hace aparecer esas manchas es la alergia a sentir más de lo que cabe en el cuerpo y por eso las emociones intentan escapar, buscar espacio fuera de ese recipiente que de un segundo para el otro se les hace insuficiente.

Están los tres en la sala: Graciela, Camilo y ella. Él en el sofá grande y ellas dos en los pequeños. Graciela cambió de lugar los portarretratos y puso en la mesita de centro la foto más bonita de Nina. Hizo café y hasta sacó, Elisa no tiene idea de dónde, unas galleticas dulces. La constatación de que su abuela se bañó y se puso bonita la

hace sentir una puntita de rabia mezclada con la tristeza de estar siendo traicionada, aunque no sepa explicar en qué consistiría exactamente esa traición. Ella se pregunta si esa sensación es lo que llaman celos y el olor de la colonia que Graciela no usaba desde un siglo atrás viene a responderle que sí, claro que sí. Está terriblemente celosa de que, el resto de los días, ella tenga que estarle atrás para que salga de la sabanita curtida y hedionda esa que su abuela no suelta y se meta a bañar. Hoy, a Graciela parece que le reactivaron algún circuito que Elisa ya daba por perdido.

Cómo puede Graciela adorar tanto a Camilo, siendo que, a Nina, que es la que realmente lo conoce, no le sobró cariño ni para un elogio siquiera. Claro que su madre podía saber cosas que su abuela no sabía, pero también era cierto que el tipo de cosas que Nina decía sobre Camilo era el tipo de cosas que ella estaba pensando sobre su abuela en ese momento. Tal vez buena parte de la mala paternidad de Camilo haya sido, en realidad, creada por los celos de Nina. Ahora que ha perdido a Nina, quiere pensar que esa es una posibilidad. Pensar que ese hombre que tiene en frente merece ser bienvenido. Y que Nina llevó consigo un montón de mentiras.

Graciela no para de hablar un segundo, de preguntarle a Camilo por gente que Elisa no conoce y que a él parece no importarles. Él responde con gentileza ese interrogatorio sin sentido y Elisa se pregunta cómo es que su abuela no percibe lo fastidiado que él está, ¿acaso ella no ve cómo mueve el pie? ¿cómo se destroza la cutícula del meñique? Hasta ahora, comerse las uñas es el único trazo que hace de Camilo, Nina y Elisa una verdadera familia. Treinta dedos en permanente cicatrización. Pronto, la gentileza se agota. Camilo interrumpe la perorata de Graciela y pide agua, en un claro plan para quedarse a solas con Elisa y sus piernas idénticas a las suyas. Un nuevo indicio de vínculo, piensa ella.

Él pregunta por su mamá. Nina es, al mismo tiempo, un tema prohibido y el único asunto que tienen en común. Elisa tiene una artillería pesada en la punta de la lengua, lista para destruir a Nina. Pero las palabras de repente le faltan, como si pertenecieran a otro idioma. ¿Dónde está Nina? Porto Alegre. ¿Y está bien? Sí. ¿Encontró trabajo? Sí. Siete sílabas le bastan para sentir que, frente a Camilo, su voz asume un acento ajeno; una entonación torpe. Le falta una lengua padre y ambos lo saben.

Elisa se pregunta si él está tan nervioso como ella o si los escasos cuatro años que de hecho vivieron juntos, de los cuales ella recuerda solo imágenes sueltas y fallas, lo hacen sentirse cómodo. Si será que eso le basta para asumir que hay entre ellos una intimidad dada, mezcla de genética compartida y cuarenta y ocho meses de

convivencia en los que, mientras ella crecía a una velocidad vertiginosa, él se debatía entre el sueño de verla crecer y el sueño de él seguir creciendo sin ella.

Continúa divertido, su papá. Ella sabe que con carro, casa y dinero en el bolsillo es más fácil ser divertido. Pero él tiene algo, una soltura, una levedad que ella no sabe si de hecho la recuerda o si lo que recuerda es haber escuchado hablar de ella. El carro huele a perfume de mujer. Elisa prefiere pensar que es de la abuela que ella no recuerda; su padre aún no tiene siquiera contornos de padre, entonces será mejor dejar nuevas identidades, como la de hombre soltero y en búsqueda, para después.

Camilo pregunta si quiere escuchar música y ella asiente, no porque quiera escuchar nada en particular, sino porque aún necesita tiempo para que sus silencios vayan encontrando palabras posibles. Él pregunta si todavía le gusta Queen y a ella le brillan los ojitos con una sonrisa gigante. Ella ama a Queen. Freddy Mercury fue su primer amor, él debe acordarse. El segundo fue el Che. Ambos fueron culpa de Nina y de Camilo, por andar llenando la casa de fotos de gente extraña.

Cuando la Elisa de cinco años entendió que nunca conocería a Freddy porque, para empezar, el hombre había muerto unos quince años antes de que ella naciera, y que si el Che estuviera vivo tendría ochenta y tres, su mundo se vino abajo y Nina la salvó cuando puso Don't stop me now y comenzó a correr y a bailar con ella por toda la casa. Esa música se había transformado en la banda sonora de las dos, una especie de amuleto contra los días tristes. Ahora, viendo a Camilo cantar, ella intuye que, antes de ser un asunto de madre e hija, esa canción fue algo entre amantes.

La ciudad que recorre con Camilo no es la misma que ella recuerda. Hace mucho tiempo que los paseos escasean. En su casa se sale cuando es necesario y, por lo general, se va hasta donde las puedan llevar sus pies. Antes de irse, Nina tenía días de salir temprano, sin avisar, y volver ya casi de noche, cansada y brava. Cuando Elisa preguntaba dónde había estado, Nina respondía "resolviendo", un verbo en el que cabían marañitas comerciales de un día, animación de eventos, jornadas de niñera y de limpieza de casas ajenas. Desde que dejó de ir a la universidad, Graciela solo se aventura a salir una vez por semana, siempre para ir al cementerio y jamás ha dejado que Elisa vaya con ella.

Ahora, ella ve el m-u-n-d-o a través de la ventanilla del carro, con su p-a-d-r-e al lado y se pregunta qué mundo es ese que ella parece estar recuperando demasiado

tarde, decolorado y quebradizo, y piensa que con razón Nina estaba tan desesperada por irse: mientras Elisa estaba a salvo, de la casa para la escuela y de la escuela para la casa, su mamá recorría ese planeta extraño, absorbiendo hostilidades que ardían dentro, siempre dentro, para resguardarla, hasta que un día la pólvora se le explotó en las manos y en la cabeza y Nina salió corriendo y la dejó ahí, en pleno desastre.

Elisa canta Cuz I'm having a good time, I'm having a good time, a dúo con Camilo y se pregunta qué padre es ese que parece tan feliz de estar con ella y que, sin embargo, renunció casi por completo a esa alegría durante tanto tiempo. Quién es ese padre cuyo planeta es tan diferente del de ellas, un planeta-Maracaibo que, aun durante la crisis, sigue siendo rico.

Tal vez es rico justamente por la crisis. Graciela hablaba tanto de los nuevos ricos que ella quisiera conocer alguno a ver si le cae algo de esa riqueza. La "boliburguesía", le dicen, y a Elisa esa palabra le parece tan graciosa y comestible como aquello de "La Mortadela Intergaláctica", como la oposición llama a Chávez, para burlarse de los nombres y más nombres que le dieron después de su muerte, que si Comandante Supremo, Padre Revolucionario, Líder Planetario, Mesías de los Olvidados.

Nina y ella tuvieron un ataque de risa cuando lo oyeron por primera vez. El abuelo Raúl las sorprendió en el cuarto, Nina llorando y Elisa meada de tanta carcajada, y él, que no sabía decirle que no a una guachafita, se les juntó sin saber muy bien de qué se estaba riendo y entonces fueron tres los cuerpos amuñados en la cama, entre espasmos, hipos y gruñidos en esa falta de respeto tan grave como catártica.

¿Dónde estaba Camilo en aquel momento? ¿Se habría reído junto o se habría ofendido? Pensar en su abuelo Raúl lleva Elisa a un paralelo innecesario, injusto, quizás. Medir a Camilo con esa regla la hace sentir boba, como si estuviera abriendo un capítulo de su vida que no valiera la pena. Pero ella sabe que sí, que algo en Camilo debe valer la pena, a pesar de que cada día esté más convencida de que su padre es un boliburgués y quiera comerse una hamburguesa doble queso de El Gordo cada vez que le viene esa palabra a la mente.

El paseo los lleva hasta un café en la Avenida 72, donde todo el mundo parece conocer a Camilo. Unos lo llaman jefe, otros le dicen patrón. Elisa le pregunta si él es el dueño del café y Camilo dice que ya no, pero que durante años ese fue uno de los negocios de su familia. Una mesera llega a la mesa con dos donas, un mil hojas y un

quesillo. Siguen siendo los mejores de la casa, dice Camilo. Ella se entristece porque, a pesar de que le gustan bastante las donas, detesta el hojaldre y el quesillo le parece un dulce de viejos. Él debería saber eso, pero no; él sabe los gustos del consumidor, no los de su hija.

Cuando Camilo ve que Elisa no toca el quesillo, el muy atrevido agarra una cucharada y la convence de probarlo. Ella se resiste un poco, pero acaba aceptando, porque, Virgen Santa, cómo es difícil decirle que no a ese hombre. Siempre dicen que ella es terca y pidona, pero teniendo a Nina de madre y a Camilo de padre, no podían esperar que ella saliera diferente, si esos dos son unos muñecos porfiados. Más cuesta arriba todavía es decirle que no le gustó, cuando la verdad es que le pareció una delicia y, si es dulce de viejo, pues entonces ella debe haber crecido bastante en los últimos meses.

Mientras devora el quesillo, Camilo cuenta historias suyas escogidas con cuidado, de una vida previa a Elisa, claro. Le habla del tiempo que vivió en Punto Fijo, en Paraguaná, y de lo mucho que le gusta la playa. Elisa dice que Punto Fijo siempre le ha parecido nombre de personaje de película de vaqueros y él se carcajea, totalmente de acuerdo con ella, y ella, totalmente de acuerdo con él, dice que su sueño es tener una casa en la playa, y él se queda mirando a Elisa como con ganas de decir algo, pero no dice nada, y Elisa siente otra vez ganas de que alguna canción ocupe el silencio que ellos aún no saben ocupar con sinceridades.

La alarma del celular tocó a las siete como una campanada grotesca capaz de despertar al campus entero. Había olvidado que esa desgracia no respetaba falta de batería ni de internet ni de nada y resucitaba siempre que veía la oportunidad de taladrarle el descanso y sumarle un toque de vigilia a sus pesadillas. Barriga, cabeza, manos, todo le dolió del susto y le seguiría doliendo durante varias horas más, revolcada como estaba por la imagen que surgió en la pantalla apenas abrió el whatsapp. Su Elisa de ojos grandotes y negrísimos que tantas veces la conmovieron hasta las lágrimas de solo verlos descubriendo el mundo, esa Elisa que casi nunca le respondía los mensajes y se negaba a agarrar el teléfono cuando ella hacía las llamadas más caras del mundo para Venezuela, esa misma Elisa que seguía siendo suya, aunque hubiera declarado independencia, sonreía abrazadísima con Camilo. Era una foto en la casa, probablemente tomada por la propia Graciela, a quien le envió un ¿me podéis decir qué coño hace Camilo en la casa? y el mensaje, terco, previendo arrepentimientos, no quiso ser leído. Seguro estaban otra vez sin señal, o sin luz, o sin saldo. ¿Cuántas eras habían pasado en el último instante? ¿Cuántas nuevas fronteras se estaban creando? Si siete miserables meses habían sido capaces de desestabilizar en ese nivel el más sagrado de los acuerdos tácitos entre su madre y ella, que compartían décadas de intimidad y compañerismo, ¿qué iba a sobrar de su relación con Elisa, que era apenas un pedacito de gente y ya manejaba con tanta soltura esas tácticas revanchistas? Ver a Elisa desafiándola en esa foto era verse a sí misma a esa edad. Ver esa foto respondiendo los mil pedidos de cariño que ella le hizo antes era verse a sí misma a cualquier edad. Otro bumerang que venía a partirle la boca.

Comenzó a escuchar movimiento en el pasillo y se asomó por la ventana que hacía nada le entregaba un paisaje vacío y en un segundo se había superpoblado. Faltaba todavía bastante para las ocho, pero la universidad parecía haber despertado en un susto semejante al suyo. Guardó la mochila en el depósito, lo más escondida que pudo, pero dejó afuera, claro, el bolsito con cosas elementales como cartera, cuaderno y bolígrafo, esas menudencias que todo estudiante lleva para clases, junto con el kit okupa formado por cepillo y crema dental, desodorante, toalla, jabón y rabia de ese hombre caradura, oportunista y trágicamente encantador que era Camilo, a quien ella había aprendido a decirle que no después de batallas que solo ella conocía, ay de vos, Camilo, si seguís con eso, ay de vos, Camilo, si me da por hablar, y le estaban dando de verdad muchas ganas de hablar, cuando tuvo que pagar siete de los cuarentaidós reais que tenía en total para tomarse el café más vagabundo del campus y el doguinho con la mejor relación costo-carbohidrato posible y entonces extrañó el desayuno calentito del hostel y comenzó a llegarle el entendimiento de que por más importante que fuera la situación con Elisa, la crisis inmediata era otra, y qué tormento que siempre hubiera una puta crisis inmediata, hacía tantos años que su vida era ponerle parchecitos inútiles a troneras que no paraban de crecer, tanto tiempo de postergar, pausar, olvidar lo importante por tener que resolver lo urgente, hacía tanto tiempo que ya debería estar esperando esta crisis inmediata llamada treintaicinco reais en la cartera y la certeza de que esa cifra no aumentaría hasta el martes, cuando fuera a limpiar la casa de Horacio y Sandra, porque el otro cliente de esa semana había cancelado, así que le venían cinco días que, contados en comidas, eran quince momentos de pedir socorro o pedir perdones, você não é daqui, né?, preguntó la cajera al escuchar su portugués incapaz de sonar anasalado, da Venezuela? Bah, tá duro lá, Nina sonrió su sonrisa de ascensor, agarró el doguinho, obligada, y se alejó sintiendo la mirada de la mujer clavada en la nuca, queriendo censurarle la compasión y decirle que hiciera el favor de no mirarla así, que no la mirara ni así ni de ninguna otra forma, que se olvidara de ese rostro y de ese cuerpo, que se concentrara en sus cosas importantes y no en esa emergencia que presentía en ella.

Después de dos horas y quince intentos fallidos de contacto con tías, primos, amigos y vecinos en Venezuela, Nina juntó fuerzas para googlear motivos en su teléfono y descubrir la mala noticia que esparcía ese nuevo silencio, un apagón en todo el territorio nacional, de seguro causado por la confluencia horrorosa de su

distancia y la improbable resurrección de Camilo. Pasó el día vagando por ese campus ajeno, un paisaje lleno de verdes y de flores y tumbonas y gente bonita, cuya belleza ella no disfrutaría por estar con la nariz metida en el teléfono, saltando entre la aplicación de mensajes y la aplicación de noticias. Unas vocales con cadencia hispana la sacaron del trance, serían colombianos, de seguro, esos muchachos con cara de buenos estudiantes de informática o de química que se reían boba y despreocupadamente por cualquier cosa, cómo le hacía falta a ella reírse así, tener doce años y que la abuela la regañara porque se estaba riendo de más y le dijera que se le iban a enfriar los dientes cuando lo que en verdad querían decirle era que una mujercita sería no podía andar por la vida tan risueña, no fuera a ser que la tomaran por puta, y siempre hubo algún estreñido de odio que la tomara por puta, y como le parecía mejor que la tomaran por puta a que la tomaran por amargada, ella se reía y se reía, diente pelado rápido y con quien fuera, ejecutando ese que era el gesto más antiguo, revolucionario y democrático del mundo, que funcionó también para acercarse a los muchachos y ganar una asesoría sobre cómo estirar el dinero en ese campus tan lindo y tan caro.

Julio, Jesús y Antonio. Los primeros dos, colombianos, y el tercero, panameño. No tan escasos como ella, económicamente hablando, pero tampoco muy largos. Fue con ellos que supo que existía un Refeitório Universitário donde no se podía comer por un costo simbólico, como en el comedor de La Universidad del Zulia, pero sí que se comía muchísimo mejor que allá por el mismo valor que ella había pagado en el desayuno. Eso le aseguraba por lo menos una buena comida completa por día hasta el martes siguiente y alegrarse por eso le pareció tan miserable que, chao, muchachos, nos estamos viendo, tuvo que salir huyendo antes de dar un show de lágrimas y mocos como los que daba Graciela cada vez que alguien mencionaba a Raúl, ella detestaba ese escándalo, parecía que su madre no se perdonaba por no haber llorado en el funeral y ahora quería demostrar que sí, que ella estaba arrasada, que por favor disculparan una actuación tan mediana en el que había sido el peor día de su vida, el peor, que nadie lo dudara, pero peor era para Nina ese histrionismo que vino después y que la hacía no solo revivir el dolor de la pérdida de su padre, sino sentir culpa por ya no sentir tantas ganas de llorar, como si Raúl contara los mililitros para sacar conclusiones sobre el tamaño de su falta, ese conjuro de desamparo que solo había sabido crecer y mutar en las más variadas formas desde que salió de casa; a veces le ardía en la comisura de los labios sin sonrisa o en el medio de su espalda,

tensa como reloj, y hoy era sangre chorreando de sus cutículas arrancadas porque estaba huérfana de padre, de casa y de lealtades, ahora que Graciela dejaba claro que Camilo, ese puto Camilo que nadie parecía conocer, tenía entrada libre en la vida de Elisa.

Él vino a ver a su hija y yo no soy quién para impedirselo, así se lo voy a decir a Nina. Estamos sin luz, sin agua y creo que queda poco gas. Son tantas faltas, Raúl, tanta cosa que se va, que hay que aprovechar cuando algo llega. Desde Carnaval, Camilo viene todos los días, aunque sea un ratico. Dice que vino a Maracaibo para resolver unas cosas familiares, herencias, traspasos y rollos de esos con los que los ricos tienen que preocuparse y uno ni sabe qué son, pero amén por eso.

Él siempre trae algo y nos salva la cena. Y en estos días en que Nina se está haciendo la loca y no termina de mandar la plata, es él el que me saca de apuros. En dólares y todo. La pobre Elisa ya no debía recordar a qué sabía un chocolatico o una ruffles. En estos días trajo pizza y el sábado se lució con unas hamburguesas de El Gordo. Tan risueño y gentil como siempre. Nunca habló mal de Nina. Nunca se quejó. Siempre hizo la voluntad de ella. Hasta que un día no se aguantó tanta vaina. Si me preguntáis, yo creo que él todavía la quiere. Y yo sé que ella también lo quiere. Lo quiere, pero le tiene rabia, o le tiene rabia justo porque lo quiere. Mientras yo no sepa cuáles son los pecados de Camilo, si es que los tiene, no lo puedo condenar. Yo conozco a mi hija y vos también la conocéis, Raúl. Mucha risa y mucha fiesta, pero es arrecha y terca como ella sola.

Ya no me parecía eso de que ella no le dejara ver a la niña; ahora, irse pal carajo y aun así pretender que yo me le plante a ese muchacho con un no en la boca, sin saber siquiera de dónde viene ese no, ahí sí que Nina está pidiendo de más. Ni lava ni presta la batea. Si Elisa quiere ver a su padre, pues que lo vea. Bastante falta que le hizo y le hace y le va a seguir haciendo y uno bien sabe que las muchachitas sin padre acaban siempre metiéndose con los peores tipos. Así que Nina puede reclamar

todo lo que quiera, que aquí las que estamos somos Elisa y yo. El que está en la calle, pues que coma calle.

Aquí donde nos veis, Raúl, ya tenemos más de veinticuatro horas sin luz y este animal insólito llamado Maracaibo parece que va a explotar en cualquier momento. Somos más de dos millones de humanos rasguñando toneladas de basura literal y metafórica en estas calles donde hasta las bolsas plásticas se las están robando para reutilizarlas. Si no te hubieras muerto antes, Raúl, seguro te morías ahora. De pura indignación. Tratan a esta ciudad como si fuera el culo del país.

Elisa dice que la cosa va para largo, que la prima de Olga leyó en facebook que no hay luz en ninguna parte, que es mejor salir y agarrar fresquito porque el cuarto ya está puro zorrillo otra vez. Me pregunta por qué no me he echado más aquella colonia. No sé cuál es el empeño. Uno se echa colonia para momentos especiales, no para quedarse abollada, esperando que algo pase, cuando aquí ni siquiera vos, Raúl, te dignáis a pasar. La gente quiere que yo salga del cuarto, pero para qué, si afuera lo que hay es zancudos y miedo y gente brollera. Olga quiere sacarme a pasear, pero pa dónde, Dios.

Nancy y Marcos, los vecinos, dicen que la crisis no es para tanto, que al pobre Maduro le ha tocado difícil y que es ahora cuando más tenemos que resistir, luchando contra la guerra económica, que si no me animo a volver con ellos al Consejo Comunal. Ella ya se convenció de que el apagón es culpa de hackers que lograron tumbar un sistema que es analógico. Un complot del catirrusio ese del Donald Trump. Y el Guaidó es obvio que está metido de cabeza. Eso debe ser cosa de brujería, de babalaos guarimberos. Nadie quita que haya sido un accidente, dice Marcos, y por un momento creo que dirá alguna sensatez pero no, claro que no. Eso fue que una iguana mordió un cable de alta tensión. O la mucha mierda de pajaritos que se acumuló en las instalaciones e hizo que se sobrecalentaran, si el planeta entero está hirviendo, ¿o es que ya nadie se acuerda de Al Gore? La gente no se mide, ese exceso de aires acondicionados en Maracaibo es un absurdo. Nancy retoma la versión conspiratoria porque para ella Santos no se queda atrás, los paramilitares tienen su cuchara metida en esto. Y los ex-chavistas apátridas también, esos salta talanquera. Toda esta historia nació allá, Graciela, cuando Bush se reunió con María Corina, ella con sus rodillitas escuálidas, tan fea que está ahora, fea y vieja.

¿Habéis visto semejante contrapunteo de mamarrachadas, Raúl? Yo me voy para mi cuarto, Elisa, que tengo a mami y a tía abandonadas y los muerticos, cuando

vienen, se arrechan si uno los deja solos. Cerrá la puerta cuando subáis. Revisá la nevera y ve si hay algo que se vaya a podrir y ve qué hacéis, a quién se lo dáis. No sé, no sé, Elisa, no tengo estómago pa quedarme aquí, haceme el favor de no joder.

Yo prefiero el cuarto hediondo, Raúl, con ese olor que Elisa dice que es de zorrillo, pero que las dos sabemos que es olor de viejo porque ese es mi olor ahora. Huelo a vieja jetona, huelo a decadencia. Pero mi límite sois vos, Raúl. Yo puedo estar vieja y pobre, y vos podéis estar muerto, pero ni vos ni yo estamos tan chuchumecos como para creer que la culpa de todo este mierdero es de un bando de golondrinas cagonas.

Cuando me pongo así, ciega de todo, infantil y burra, Elisa me mira de una forma singular. No es odio, Elisa no es capaz de esa mezquindad, es más la tristeza de saber que está sola porque está conmigo y yo ya no estoy. La gente dice que Elisa es muy madura y eso me molesta, porque lo que ellos ven como madurez yo sé que es mera supervivencia, y lo sé, en parte, porque la tía Susana, desde que me hizo la primera visita, vive diciéndomelo. La pobre está preocupada por la niña. Y tiene razón. Yo sé que Elisa no me exige, no me reclama, no me pelea, no porque no quiera, sino porque se está acostumbrando a las migajas que le doy como si fuera apenas eso que ella merece.

El último berrinche lo hizo cuando su madre todavía estaba aquí. Cuando yo me sinceré, después de meses planeando el viaje de las tres, y les dije que, definitivamente, yo no podía irme de mi casa. Cuando Nina reclamó que, sin mí, ella tendría que irse sola, porque quién iba a cuidar de Elisa mientras ella trabajaba las muchas horas por día que tendría que trabajar. Cuando anunció que igual se iba y que largaría el forro trabajando día y noche para poder llevarnos para allá apenas las cosas comenzaran a funcionar. Elisa gastó su último berrinche en recordarle a su madre que, para nosotras, las cosas nunca funcionaban porque ella, Nina, tenía el talento o el poder o la manía de echarlas a perder de antemano.

Elisa me mira mucho. Me mira esperando lo que no puedo darle. Respuestas. Por qué no quise irme, si odio tanto estar aquí. Por qué eché por tierra el plan de irnos las tres, Nina, ella y yo, a partirnos el lomo, seguro, pero a partirnos el lomo juntas. Por qué pisotear una promesa, un horizonte, una rendija, en nombre de estas

defunciones cotidianas. Por eso le huyo, porque sé que le debo explicaciones, le debo vida, le debo tiempo.

Ya son dos días sin luz. En la cuadra, nadie tiene batería en los teléfonos. Solamente el hijo de Nancy, que siempre ha sido un enchufao, el rey de los contactos y las marramucias, y a ese yo no le pido ni la hora. Le tengo tirria desde antes, cuando Raúl y yo no nos perdíamos una reunión de Clase Media en Positivo, porque a ese se le ha notado siempre la mala intención.

La gente en esta ciudad es una vaina seria. El apagón se ha vuelto una especie de fiesta vecinal. El viejo del frente, que nunca le ha dirigido la palabra a nadie, prestó la parrilla y puso los carbones y ahora todo el que tenía carne descongelándose, la trajo y se armó una tremenda parrillada. Olga hizo una ensalada y un quesillo medio aguado, como queda todo lo que uno hace con esa cosa que es lo que se consigue en los mercados y es tan nada que les da pena llamarla leche y por eso la llaman "bebida láctea", y de láctea tiene un restico triste disuelto en un montón de agua con harina o cualquier vaina, lo cierto es que, aguado y todo, el quesillo casi tuvimos que rallarlo para que alcanzara porque todos querían. En estos días, un quesillo vale el sueldo de una maestra. Nancy, en un acto sin precedentes en ella, ofreció sin cobrar nada las últimas cajas frías de cerveza que tenía para vender en su abasto. Los niños están eufóricos, llevan dos días jugando, corriendo y jodiendo por todo el barrio como si estuvieran en un club vacacional. Algo pasa, que los ladrones dieron una tregua. Los más bienhumorados dicen que lo bueno de que se haya ido tanta gente, es que hasta los malandros se fueron, porque aquí ya no es negocio robar.

Son casi las siete, pero esta noche no hay zancudos porque dejamos el fuego prendido. En la calle de atrás, dice Elisa que la gente empezó a sacar los colchones para dormir afuera, donde no es que esté muy fresco, pero por lo menos uno no siente que se va a morir de sopor. En nuestra cuadra, fue ella la primera en sacar el colchón y en embullar a los otros. Siempre ha sido ladilla e inventora como Nina. Estamos en algo así como una pijamada comunitaria o un campamento de sobrevivientes; la diferencia está a un pesimismo de distancia. Bueno, buenas noches, yo estoy ya despidiéndome para irme al cuarto, cuando Elisa se me planta en frente y me mira como ella me mira. ¿Abuela, no te podéis quedar? Por favor. Y me mira de esa forma puntiaguda, como nada más ella mira. Entonces se me aguarapa el corazón, porque le debo tiempo y yo lo sé. Mamá, en el cuarto, puede esperar, no va a pasar nada si hoy no me cuenta de nuevo la historia del día en que mi abuelo fue nombrado sheriff

de Potreritos y fue mi abuela la que armó el equipo de trabajo y empezó a dar órdenes y tomar decisiones. Que aproveche para hacerle un cariño a mi hermano Augusto, a ver si finalmente hacen las paces, si es que los difuntos pueden saldar cuentas del aquí en el más allá.

Saco la hamaca y la pongo entre los pilares del portón, que va a dormir abierto, como si fuera Navidad y estuviéramos festeando de casa en casa. Esta noche es una postal de ultratumba. Un tiempo imposible de tan feo. Me mezo y el sonido del mecate contra la alcayata te convoca, Raúl. Vos fuiste el último en usar la hamaca. Yo siempre fui más de dormir en la cama, ganas de llevarte la contraria. Camuflado entre el olor a polvo y a guardado, tu olor permanece aquí, preso entre los hilos. Cómo le digo a Elisa, Raúl, que yo no me puedo ir sin vos, sin que me deis permiso y me digáis que venís junto.

Todo fue muy rápido y él siempre le tuvo miedo a la velocidad. La presión, como una patada de taekwondo en el pecho, la mirada tomada por una pantalla negra con figuras danzantes en colores fosforescentes. Nunca pensó que los segundos que antecedían a la muerte pudieran parecerse tanto a una viñeta de televisión de los ochenta.

Él creía que morir se era volverse ruina y que las ruinas eran cosa quieta, suspensión de vida, pausa en el tiempo. Por eso la muerte le fue tan caótica, ninguna militancia lo había preparado para tanta actividad y rebeldía. Nadie le había informado cómo debía proceder, su sobrevida —¿era una provocación llamarla así?— no venía con manual de instrucciones.

Todo lo que tenía era ese muchacho llamado Vicente que le tenía más miedo a los vivos que a los muertos, con los que conversaba desde siempre, y por eso dormía en el cementerio, donde los difuntos tenían casitas más cómodas que muchos vivos. Fue Vicente el que le dio la sacudida —casi tres años muerto, según informaba la lápida, y él aún ahí, rezagado, cuando Vicente y Graciela y todos los vivos que tenían más de un par de ojos bien sabían que la muerte, dependiendo de quién hubiera sido el difunto en vida, podía ser una verbena, con todo lo bueno y lo malo que eso implicaba, pero si a alguien le gustaba un bochinche, ese alguien era el profe Raúl.

El encuentro con Nina fue fugaz y doloroso, pero esclarecedor. Estuvieron juntos pocos segundos, todo su cuerpo siendo abrazado por la mano de Nina, su puño aferrado al amuleto que pendía de su cadenita. Él pensó que había sido ella. Ella pensó que había sido él. Fue él y fue ella. Un puente de sueño obrado por la coincidencia de la necesidad mutua. Unos segundos nada más y fue halado de vuelta al medio de la bruma.

Seguía confundido, con el alma nauseada de no poder intervenir en los incendios que ocurrían del otro lado y que se atrevían a tocar a Nina, pero aun así, aun doliéndose por ser el más extranjero de los extranjeros, la inmensidad de las ganas de tender el puente posible que le quedó por dentro fue tanta y tanto el ímpetu de volver y entender lo que estaba pasando, que quiso interrogar a quien fuera que estuviera a su alcance, preso en la bruma que lo rodeaba o caminando en el cementerio o perdido en los caminos del medio entre una cosa y otra.

Abrió los ojos en la maraña, intentando descubrir, entre el gentío vaporoso que lo circundaba, un rostro identificable. Fue así como descubrió que el hacinamiento era una cuestión de perspectiva. Bastaba entrar en la bruma con ganas de conversar en vez de con miedo, para que la bruma fuera abriéndose, fuera dejando de ser vapor de amonio para volverse atmósfera respirable, y es que, aunque ni la toxicidad ni la salud del aire importaran para quien ya estaba muerto, las nociones de comodidad y placer permanecían intactas.

—Buenas, buenas.

Contrario a lo que él creyó en los primeros momentos del otro lado, no le habían robado el tiempo; se lo habían multiplicado infinitamente, así como el espacio. Bastaba entrar en la bruma silbando y manoteando saludos al aire, para que la nube se barrierá y el espacio, antes minúsculo, restringido a la opresión de su tumba, alcanzase las proporciones y la apariencia del lugar más feliz que había conocido en vida; su escuela primaria, una escuelita pública en Rubio, en el Táchira, donde estudió durante los años que vivieron en los Andes. En vida, él había andado por muchas ciudades después de eso, pero sus sueños eran tercos, ratificando la fama de los gochos, y se habían quedado a vivir allá, entre la escuela, la casa, las plantaciones de café en las que toda la familia trabajaba.

—Mijito, hasta que por fin.

La sonrisa lloviznosa de su madre se asomó por la puerta de uno de los salones de clase y el olor a vacaciones le alegró los pulmones. Su vida entera y toda la gente que la había habitado y que ahora estaba de este lado coexistían como si todos los personajes de todos los libros de todas las áreas de esa biblioteca llamada La vida de Raúl Gutiérrez anduvieran por ahí, regados entre el patio, los salones, la cancha, la cantina. Nuestro hombre, a pesar de socialista y ateo, credenciales que no sabía si continuaban rigiendo en su nueva realidad, llegó a pensar que aquello era el cielo,

pero era apenas la memoria, su memoria viva, dispuesta, no solo a seguir existiendo, sino a apoderarse del futuro.

Andaba poniéndose al día con su viejita, que había optado por pasar la eternidad con su apariencia a los cuarenta y cinco años, cuando ella se burló de él por haberle tenido tanto culillo a la bruma.

—Pensé que serías menos cagao.

—Todo malo es cobarde, mamá.

—Si vos sois malo, que sobraré pa los demás.

—Vos sabéis que a mí siempre me han dado grima las multitudes.

—Umju. A menos que fuera una marea roja rojita.

—¿Quiénes de esos andan por aquí?

—Si queréis saber de Chávez, por aquí no tenemos noticias.

—Me tenéis que hacer un tour.

—Pero si todo esto es tuyo, muchacho. Aquí el baquiano sois vos. Andá a hablar con Graciela, es lo que tenéis que hacer, que carga a su madre y a todos nosotros al borde.

—No puedo.

—Claro que podéis. Es como hiciste con Nina. Tenéis que estar atento y con ganas de oír.

—Es que es mucha gente hablando al mismo tiempo, mamá.

—Pero ni que en vida fuera diferente, mijo. A mí me asombró que de este lado fuera el mismo alboroto, la misma gritería. Nunca pensé que este lado sonara como Maracaibo. Además, no me vais a decir que no reconocéis la voz de tu mujer.

—La verdad es que yo la escucho. La voz de ella es diferente. El resto está más lejos, como el ruido confuso de la ciudad. Ella, no. Ella suena como si estuviera al lado y me hablara cerquita de la oreja.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ella misma.

Es que ellos son ruinas diferentes. Nuestro hombre tiene miedo de visitar lo que fue obligado a dejar atrás. La ruina que él es se ha revelado monumento, no a la historia ni a los relojes, sino a los segundos que, como partículas de un dios, sobreviven eternos en los ángulos de la vida que tuvo. Se esconden entre los papeles inútiles, en las bisagras de las puertas y su deseo de intimidad, en los bolsillos que aún nadie ha revisado, en la gaveta de las medias, en las hendijas de la ventana mal

encuadrada, en los huecos que dejó en las paredes la decoración de Navidad. La ruina de la muerte es materia viva e impertinente y, aunque su intención sea el consuelo, agobia los días de Graciela, él lo sabe por su voz llena de escombros, materias que él no sabía trabajar en vida y que en muerte le resultan un misterio aún mayor. La ruina de la muerte no obedece las fechas de vigencia e inactivación, dispensa los manuales de uso y se ríe de las convenciones patrimoniales.

Ya la ruina de la vida es terreno baldío, invasión bárbara, deslave. Es agresiva a la vista y cortante al tacto. Nadie quiere ser espectador de una ruina humana y Graciela está hecha polvo, lo sabe y defiende sus colapsos. Está convencida de que, sin Raúl para ayudarla a reconstruirse, ser ruina es su destino.

—Con más razón, mijo. Visítala y le echáis una zarandeadada, a ver si reacciona.

Él, muerto, es amuleto en el cuello de una hija y de una nieta en tránsito migratorio. Graciela, viva, es hollín de una casa desahuciada. El país, promesa zombi, es un derrumbe apuntalado con slogans de otras eras. La ruina, testaruda, aunque lo niegue, siempre sabe que lo es. Somos sus espectadores los que, parados frente a ella, curvamos nuestras cabezas y respiramos profundo, en sobrecogimiento por una pérdida que no sabemos nombrar. Es el transeúnte de la nostalgia, el artesano de la lástima, el que se pregunta cuándo y por qué algo —o alguien— dejó de ser lo que era para ser una ruina.

Sabe que no debió haberle mandado aquella foto a Nina. Fue un acto de pura maldad que no parece cosa suya. Ahora quisiera pedirle disculpas, pero eso significaría hablar con ella y eso es lo último que Elisa sabría hacer. Esa mujer que se fue no puede ser la misma que la crió. La mujer con la que ella creció era su madre, pero era también su cómplice y su amiga, siempre fueron las dos contra el mundo y Nina había traicionado ese pacto sagrado.

Elisa se pregunta quién es esa Nina que pasea por el sur de Brasil, que atiende turistas y aprende otro idioma, trabajando en un hostel, como si fuera una joven estudiante descubriendo el mundo. Las mamás no hacen eso. Menos todavía *su* mamá. Las mamás pueden ser todo lo aventureras que quieran, pero no pueden dejar a sus hijos atrás y comenzar de cero. O sí pueden, pero entonces los hijos también pueden inventarse otra vida sin pedir permiso. No hay amor a control remoto, mucho menos obediencia.

Sobre los papás, ella no sabe mucho, no tiene cómo. Sabe de abuelos y de vecinos y de profesores, pero de papás, lo que se dice papás, poco. Como teoría, ha memorizado que Camilo es pésimo, que es cobarde, que es egoísta. Pero no lo conoce. Elisa le tiene rabia a la idea que ella siempre tuvo de Camilo, pero a ese Camilo real, cuyas carnes y cuyos huesos pronto la van a pasar buscando, es imposible aborrecerlo porque no se puede aborrecer con cabalidad lo que no se conoce.

Del abandono de Camilo, ella tiene una memoria construida, no por momentos, sino por huecos y, aunque el vacío puro y el silencio sean elocuentes y sepan doler, ella necesita de palabras y de sonidos, de imágenes de cuerpos en movimiento, de texturas y de olores. El abandono de Nina, en cambio, está documentado segundo a

segundo y basta cerrar los ojos para verlo proyectado y dolerse y arderser y rabiarse, presa en ese patético fin de historia. En este momento, mientras Camilo existe en ella como el padre arrepentido que ha vuelto, Nina es la madre que, sabiendo de los estragos que crecer falla ha hecho en ella, fue capaz de abandonarla. No debió haberle mandado esa foto a Nina, pero qué bueno que se la mandó.

La abuela Graciela no sabe que la envió, porque ella no sabe más de nada. Después de aquella primera noche en que accedió a dormir afuera, algo pasó que no ha salido más del cuarto. Ni siquiera para recibir a Camilo. Si no fuera por la señora Olga y por su papá, Elisa y ella no estarían ni comiendo. La última vez que Elisa entró al cuarto, Graciela le dijo que hasta que Raúl no la visitara ella no se iba a mover, que la perdonara. Elisa está convencida de que, ahora sí, su abuela se está volviendo loca y, si el muertico de su abuelo Raúl no termina de aparecer, va a tener que pedir ayuda para sacarla del cuarto, así sea remolcada.

Hace dos días que están sin luz y el clima de verbena ya no existe. La gente se está poniendo fea. Todo el mundo está más bravo, como si eso fuera posible. De boca en boca, llegan noticias de saqueos en supermercados y comercios cercanos y a Elisa y a su miedo poco les importa si las fuentes son verídicas, porque muchas veces lo que un día es una fake news exagerada, algunas semanas después se vuelve verdad, tal vez causada por el empujoncito de la primera mentira. En su Venezuela, parece que toda mala noticia es o será cierta, es solo cuestión de tiempo.

En el silencio caliente y sudoroso de la falta de electricidad, Elisa solo escucha palabras gruñidas, portazos y un looping de “Maldito Maduro”, “Virgen Santísima” y “Me cago en Chávez”, en una variedad de entonaciones y volúmenes que ella juega a adivinar a cuáles de sus vecinos pertenecen.

La señora Olga la está ayudando a limpiar la nevera y los gabinetes para cerciorarse de que nada se vaya a perder. ¿Cuántos días será que duran cinco litros de agua?, le pregunta Elisa a la señora Olga y un “Maduro, coñoetumadre” viaja desde la casa del fondo y se ocupa de responderle. Ponen sobre la mesa lo que queda. Dos tomates y una papa vieja llena de brotes; dos litros de bebida láctea, uno abierto y uno cerrado; una mantequilla monstruosa de 500mg que Graciela odia y que compró creyendo que era margarina; cuatro chuletas ahumadas; tres cebollas. Algo nos inventaremos, le dice Olga, mientras pone ese minúsculo todo en una bolsa.

La vecina ya va camino a la puerta, cuando entra Camilo con un cándido buenos días que no le calza al momento y casi llega a ser insultante en medio de ese olor de

nevera rancia. Olga, la persona más dulce que Elisa conoce, la mira con cara de “la estáis cagando, carajita”, esquiva a Camilo y sale, apurada y grosera. Es muy probable que la esté cagando, piensa Elisa. Olga es la única vecina que resta de los que pueden haber conocido a Camilo de antes. Olga es, también, una de las pocas que conoce a Nina. Olga debe saber algunas verdades, pero ella tiene miedo de preguntar. No se preocupe, gracias.

Cuando Camilo la invita a dormir en su casa hasta que vuelva la luz, Elisa tiene que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo a gritarle a los vecinos que esa noche va a dormir con aire acondicionado. En el sector donde queda la casa de la familia de Camilo casi nunca se va la luz porque es el mismo circuito del Comando Regional de la Guardia. Camilo le dice que, si quiere, puede invitar a su abuela Graciela también.

Elisa abre la puerta y, en la cama, el bulto sigue respirando. Convince a su abuela de salir con el argumento de que hay una conservita de guayaba esperando por ella en la sala. Los dulces son la kryptonita de la tristeza de Graciela. Elisa quisiera tener un depósito de chucherías para darle a su abuela; es más fácil lidiar con la diabetes que con el desgano.

Esta vez, Graciela ni siquiera se quita la dormilona. Saluda a Camilo con un lado del pelo totalmente aplastado y la marca de la almohada en la cara y Elisa piensa que en cualquier momento le verá estampadas en el cachete las florecitas de la sábana. Ahora, ella extraña a esa abuela fresca y perfumada que recibió a Camilo el primer día. Pero la Graciela que sobró después de que el abuelo Raúl se fue es así, un subibaja en el que nadie quiere jugar.

La abuela no quiere dejar la casa, anda aterrorizada con los rumores de los saqueos. Elisa asume que eso significa que ella tampoco podrá ir, pero se equivoca. Graciela deja que vaya y hasta le ofrece su maleta de rueditas. Que si está segura, Elisa pregunta. Que sí, que claro, que deje de fastidiar. A Elisa a veces no le alcanza la madurez para entender que, atrás de los malos tratos de su abuela, lo que hay es dolor. Entonces le dan ganas de no fastidiar nunca más, de dejar de fastidiarla para que coma o para que se bañe o para que dé siquiera una caminadita, y ver qué pasa, hasta dónde le llega la dejadez.

Ella nunca ha hecho sola una maleta, tiene miedo de olvidar algo imprescindible. No sabe qué hay que llevarse cuando uno va para la casa de un papá, a estas alturas,

ya desconocido. ¿Será que lleva crema dental? ¿Jabón? ¿Toalla? Mete todo, como si estuviera yendo a acampar en la montaña.

Está a punto de olvidar el pequeño diario que le regaló Nina, de la misma colección de la libretica de su mamá. A ella encantan cuando su mamá la trata como a una hermana morocha y compran cosas repetida, el mismo tenis o la misma franela, pero de colores diferentes para cada una. Cuando ve el cuadernito abandonado en la gaveta casi le pide disculpas. Aunque estén bravas, ese bloque de papel sigue siendo su tesoro, en él guarda desde fotos y postales hasta la lista de palabras feas que ella y Raúl actualizaban a cada rato, de uno que otro desahogo que justifica el candadito que ella siempre le pone hasta los números de teléfono de sus incondicionales, entre los cuales no figura el de su papá. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro, el número de teléfono de Nina en tinta morada, con la letra amuñada de su madre, bonita como si hubiera salido de un molde. Un número que no necesita estar ahí porque su madre, con su colección de paranoias, se lo ha hecho memorizar como un mantra, por si las moscas.

¿Ción, abuela? Y Graciela murmura un dios te bendiga. El sonido de las rueditas contra el piso y el peso y la vibración en la mano que arrastra la maleta la hacen sentir grande, independiente como una semimujer en un aeropuerto cosmopolita, llegando y partiendo sin abandonar a nadie. Con la promesa de volver al día siguiente con agua y comida, Elisa duerme, por primera vez en su vida, sola fuera de casa.

La casa de Camilo no se parece a ninguna casa en la que ella haya estado antes. Comenzando por que tiene portón eléctrico y alarma. Es un búnker en una urbanización de búnkeres donde los dueños de los búnkeres no deben conocerse; donde, de tarde, nadie debe sacar sillas ni se deben armar ruedas de conversa y chisme, nadie debe regañar a los hijos ajenos como si fueran propios ni deben improvisarse campeonatos de dominó ni de rummie los fines de semana. De hecho, la mayoría son búnkeres vacíos, fortalezas que protegen varias nadas de los que ya se fueron.

Elisa entra casi caminando en la punta de los pies, como si dentro hubiera algo sagrado durmiendo, como si, haciendo ruido, pudiera de repente acabar con el hechizo que es estar con su padre, siendo salvada de esa cosa horripilante que es

una ciudad completamente a oscuras, donde la miseria no se ve y por eso asusta más.

No sabe decir si la casa le parece bonita. Le parece cara, eso sí, pero no necesariamente bonita. Hay dorado de más. Mármol de más. Cortinas de más. Es la casa familiar, donde Camilo y sus hermanos crecieron, pero las remodelaciones la han dejado con la sensación impersonal y aséptica de las revistas de decoración. Primero bolívar a bolívar y ahora dólar a dólar, se han encargado de reponerle el desgaste de ser un lugar muchas veces tocado, de exterminar de los muebles las manchitas de desastres alimenticios, de corregir en el piso los rayones producto de torpezas de todas las edades. Envuelta en desinfectante y aromatizante, esta casa no huele a gente ni a almuerzo en familia ni a guachafa en la sala. Esta casa huele a hotel.

Camilo la conduce hasta los cuartos y va contando las ausencias, mis papás; mi hermana menor, la que es fotógrafa; mi hermano, el músico; mi hermana, la abogada, la que tiene los dos niños. Según la cuenta de Elisa, son seis cuartos, todos con baño, más el cuarto de la señora de servicio, que Camilo apenas se lo señala.

¿Hace cuánto que nadie vive aquí?, pregunta ella, a sabiendas de que la respuesta dará paso a varias conversaciones que ellos necesitan tener, si es verdad eso de que Camilo está dispuesto a comenzar a cumplir funciones de papá. Él la corrige, tampoco es que nadie vive aquí, la señora Ramona viene todos los días, es ella la que cuida la casa, de vez en cuando se trae a un poco de gente, ella jura que nosotros no sabemos y nosotros nos hacemos los locos, le cuenta Camilo con una sonrisita cómplice que se le desmonta cuando le toca hablar de los suyos.

Ya son casi ocho los años que sus padres tienen viviendo en los Estados Unidos, en Houston, junto con su hermana y sus sobrinos. Antes, estuvieron un tiempo en México y otro en Canadá. Los otros dos hermanos, los artistas, viven en Nueva York. Y él, hacía más de quince años que no vivía en esa casa. Desde que se pelearon después del golpe de 2001 y del paro de 2002, que les costó sus puestos de trabajo en la industria petrolera nacional. Seguro que escuchaste a Nina alguna vez referirse a ellos como “botados del petróleo”, dice Camilo.

Elisa nunca escuchó hablar detalles de esa gente. Nina, la mayor parte del tiempo, incluso evitaba hablar de Camilo. Pero cuando Elisa se ponía difícil o pedía mucho, no dudaba en recordarle que, mientras su padre se paseaba de ministerio en ministerio, más conectado que nadie, la que se jodía era ella; que Camilo seguía

viviendo como si tuviera veinticuatro años, festejando en un viernes permanente, mientras ella trabajaba hasta los feriados; y que si tan infeliz estaba viviendo con ella, pues que buscara a su padre y se fuera con él. Obvio que, si a Elisa se le ocurría responder que sí, que iba a llamar a Camilo, a Nina se le desmoronaba el guáramo y Elisa venía encogidita de culpa a enrollársele entre las piernas.

Elisa, yo quiero que enderecemos las cosas, dice Camilo, con Nina o sin ella. ¿Cómo así, con o sin ella? Elisa no sabe qué se supone que ella tiene que entender de eso, siente que está puesta frente a dos botones teniendo que escoger apretar uno u otro, y nadie le ha explicado las reglas del juego, nadie le ha dicho si es posible escoger una opción que por el momento no parece una opción porque ni siquiera está presente. ¿Vos queréis que las enderecemos? La pregunta entra en Elisa y coloniza todas las reacciones de su cuerpo. Esta vez no hay un mapa de manchas rojas dibujándose en su piel, porque ella toda es un calor bermejo.

Tu mamá se fue hace más de ocho meses y dicen que está inclusive peor de lo que estaba cuando llegó. A Elisa le incomoda que Camilo sepa cosas que ella no sabe de Nina, le molesta que haya quien le cuente cosas a su padre que no le han contado a ella, ¿quién es esa gente? Se siente en desventaja en lo que sea que esté pasando y la idea de que su mamá esté mal la entristece, no solo porque es su madre y la ama, sino porque ella no quiere tener que sentir lástima por ella o culpa por haberla tratado tan mal. Graciela no está para cuidar a nadie, Camilo sigue hablando, yo estoy resolviendo mis cosas aquí y nadie sabe, así que no podéis decir nada, pero el sábado que viene me voy para Houston.

Entonces es eso. Muchos regalitos y paseítos para luego venir con esto. Nina tiene razón, como siempre. Camilo no es confiable. Él es un fin de semana en la playa, no un día a día en la ciudad. Camilo no quiere ser su padre, ni sabría cómo serlo. Mejor que vuelva a estar tan muerto como Freddy Mercury, como el Che Guevara y Hugo Chávez, porque Camilo ha dicho todo lo que ella no quiere escuchar, hasta que oye: ¿Vos tenéis pasaporte?

Firmó sin problemas y sin sospechas la hoja de asistencia del IV Colóquio Novas Literaturas Lusófonas, que estaba muy bien servido en términos de invitados y de público y en términos también de merienda y de simpatía, por lo que no fue nada difícil fingir ser Gabriela Martins y colarse, teniendo en su poder esa suerte que era un carnet de estudiante sin foto, su primer y único robo en la vida, un hurto rápido que tuvo lugar sin mucha planificación cuando la dueña, como tantos otros estudiantes lo hacían, ejerció el privilegio de dormirse en uno de los sofás gigantes que había por todas partes en el edificio central de la universidad, sin tomar el cuidado de agarrar bien fuerte su mochila o amarrarse a ella de tal forma que pudiera sentir el menor movimiento, como Nina había hecho toda la vida porque en cada rincón de su historia hubo siempre manitos hábiles rateras listas para robar lo que fuera, y esta vez las manitos habían sido las de ella, y qué belleza que de nuevo la universidad le ofreciera tan amables caminos, una identificación bonita, plastificada como una tarjeta de crédito, que le permitía llamarse Gabriela Martins en vez de Catalina Gutiérrez y ser estudiante de Pós-graduação em Letras en vez de ser una okupa inmigrante viviendo en los entresijos, en los revestimientos y atrás de los estantes, huyéndole a las cámaras de seguridad, a los curiosos y a los bedeles. Lo difícil era saber que no había carnet ni cédula ni salvoconducto, auténtico o falso, ni en Brasil ni en la Tierra entera, que le quitara a Nina Gutiérrez el peso de todos los documentos que antes la representaron y que hoy componían una baraja con la que parecía imposible jugar sin romper alguna regla y, aunque las rompiera, las victorias eran improbables, porque las cartas estaban marcadas por un croupier que jugaba a ser dios y a ser diablo y a ser historia y a ser lo que dicen los libros de historia y a ser hasta los cómo y los cuándo y los dónde se leen las páginas de esa biblioteca nacional cada vez más

despoblada. No fue difícil y valieron la pena las dos horas oyendo hablar de autores y de libros que ella no conocía en una lengua que tampoco conocía pero jugaba a adivinar, se distrajo deseando volverse una lectora más frecuente en alguna vida futura en la que no tuviera que meterse de arrocera en eventos académicos para aprovechar el lanchinho de la pausa para comer bien, rapiñando en ese mar de pães de queijo, tortas de chocolate y de limón, brigadeiros, beijinhos, maravillosas empanadas mutantes llamadas risoles y un montón de pequeñas variedades de pastel asado entre los que las manos de Nina se movieron gatuna y escurridizas, con una facilidad que comenzaba a asustarla, para hacerse con un botín que sería cena de hoy y desayuno del día siguiente y, sabiendo distribuir, tal vez rindiere para un almuerzo, pero ella jamás había sabido distribuir y mucho menos sabría ahora, con la ansiedad mordiéndole los talones por no tener una miserable noticia de casa.

Llegaba ya otra noche y otro momento de querer rezar sin saber rezar y echar de menos la fe de los otros, alguna de esas tantas fes que andaban por ahí encasquetándole a algún dios la responsabilidad que ellos no podían asumir, cualquiera de esas fes le vendría bien ahora que la fe en sí misma se había ido dando un portazo y entonces el pedacito de padrenuestro que dijo funcionó porque, entre un mordisco y otro del risole, entró en su celular una escandalosa videollamada que Nina tuvo que atender encerrada en el cuartico, a oscuras y temblando, como un murciélago. Cuando el rostro de Elisa apareció en la pantalla, dijo un hola, mi amor, nervioso y, dónde estáis, preguntó Elisa, y Nina inventó que estaba en su cuarto, ya durmiendo, porque tenía que acostarse temprano, y cuando la niña preguntó por qué no prendía la luz, inventó que su cuarto en realidad era un cuarto colectivo y que había otra gente durmiendo ahí, y cuando su hija preguntó si lo que se veía atrás eran unas sillas amontonadas, inventó que su cuarto, que en realidad era un cuarto colectivo, era también un cuarto donde también guardaban algunos muebles del hostel. ¿Dónde estáis vos?, preguntó Nina, e intuyó que Elisa mentía cuando le dijo que estaba en la casa de una vecina nueva, y cuando le preguntó si había vuelto la luz, intuyó que Elisa mentía al decir que la casa de esa vecina nueva quedaba en una parte de la urbanización que tenía luz, y cuando le preguntó si eso que se veía atrás de ella no era la ventana del cuarto de Camilo, una ventana corrediza de una madera oscura pulida y perfecta como solo las casas de clase alta de Maracaibo tenían y que ella conocía muy bien, de tantas veces que se agarró de ese marco en medio de las embestidas gozosas de Camilo, cuando preguntó eso, Elisa dejó la ventana sin

respuesta y sin mentiras, para preguntar, en un tono que le sobrepasaba la edad y el entendimiento, cuánto tiempo faltaba para poder irse a Porto Alegre con ella y entonces se hizo un silencio en el que ambas intuyeron que al fin se decían la verdad y esa verdad era que Nina no tenía la menor idea y Elisa, en la otra punta de esa verdad, no alcanzaría a ver sus lágrimas, que se perdían entre la imagen pixelada y llena de granos en la penumbra de ese depósito de universidad insomne; en la otra punta, Elisa entendería como indiferencia el silencio que ella hacía, ahora que sentía los pasos del vigilante en el pasillo, y leería como molestia el susto en su rostro por el vigilante que entraba a la sala y prendía la luz, buscando la fuente de aquel repique de celular, y arrinconada de esa forma no había nada que Nina pudiera hacer frente a Elisa, con sus versiones de la historia y sus convencimientos prematuros como todo en ella. Elisa cortó la llamada y con ella toda luz, todo árbol y todo puente de esa circunstancia arrasada llamada Nina, entonces el vigilante salió de la sala y Nina tuvo una tregua en el miedo de ser sorprendida, al mismo tiempo que era arrojada a un mundo sin hija, donde poco importaba ser o no descubierta; un mundo en el que del otro lado de la llamada nadie respondía, nadie respondía, nadie respondía.

Claro que Elisa tenía pasaporte, claro que tenía la visa gringa. Vos bien que lo sabías, pero preferiste hacerte el loco. Vos mismo se los sacaste, en 2012. No avisaste que estabas de visita en Maracaibo —nunca avisabas, así no tenías que dar excusas en caso de que no estuvieras de ánimos para lidiar con Nina y sus millones de peros para que vieras a Elisa. Llamaste cuando ya estabas frente a la casa, para confirmar que no tenían visitas de Raúl o Graciela, a quienes no tenías las agallas de enfrentar. Te apareciste, después de tres años de intermitencias, con pizzas y regalos y tu invitación a pasar, en las próximas vacaciones, un mes en los Estados Unidos, visitando Disneyworld y todos los otros parques temáticos, terminando con una visita a los abuelos en Houston, para que conocieran a la nieta y revieran a Nina, a ver si el tiempo ya había obrado sus maniobras de pacificación silenciosa.

Lo que comenzó siendo un plan para recuperarlas, terminó siendo un nuevo fiasco cuando a Nina le negaron la visa, probablemente por esa mezcla poco popular de características: joven, chavista y pobre. Vos eras más revoltoso, tenías más carnés y un currículo político más gordo que el de Nina, pero tenías tu visa siempre lista, porque podías ser la vergüenza de tu familia, pero, vergüenza o no, nada te quitaba tu pedigrí. Vos hacías tu revolución con un chaleco salvavidas llamado dinero de familia; padres botados de PDVSA después del paro de los petroleros y adoptados por la Texaco en Houston; cuentas en dólares a tu nombre, por si las moscas. Vos te paseabas por el Ministerio para las Comunas y los Movimientos Sociales diciendo, reunión tras reunión, que la revolución estaba más viva que nunca, mientras el control cambiario se revelaba un error y el mercado paralelo se tragaba al oficial como presentías que el cáncer de Chávez se lo tragaba a él y al Proceso juntos. Vos tenías

tu visa asegurada porque, para vos, la posibilidad de fracaso, fuera culpa de quien fuera, jamás iba a significar hambre.

¿Por qué no llevaste a Elisa? ¿Te daba miedo estar solo con ella? ¿Se te había olvidado cómo cuidar a un niño? ¿Por qué con vos las cosas tenían que ser todo o nada? ¿Elisa, sin Nina, no te servía? La bala, la bala, la bala. Seguías empujándole razones a ese pedacito de plomo. Tu mayor secuela no era el comportamiento errático, sino el miedo a ese comportamiento errático y el uso indiscriminado que hiciste de él para justificarte. Eras un mal padre por precaución y, aunque esa conclusión te dolía, también te tranquilizaba.

En los primeros años de separación, intentabas llamar, pero era demasiado para vos. Parecía que quedabas en carne viva y después no sabías como vestirse con tu piel otra vez. Así que fuiste dejando pasar, dejando ser, y te especializaste en apariciones estrambóticas como esa, y como la de ahora, como si pudieras compensar con grandes gestos semestrales los gestos inexistentes del día a día. Disney y todo el viaje a los Estados Unidos para visitar a los abuelos paternos era eso, querías ofrecer un mes de alegría y entusiasmo concentrado, que pudiera competir con la dispersión de los meses en los que ni si quiera por teléfono te dignabas a aparecer.

Del mismo tamaño de tus promesas, eran —siguen siendo— tus faltas. Disney no ocurrió y ni disculpas le pediste a Elisa, que ya tenía siete años y sabía dolerse sin disimulos. Te volviste a escapar para tu vida en Caracas, donde eras un hombre soltero, sexy y valiente, cortesía de tu parche, más pirata que nunca.

Fue esa misma capital, mitad pánico, mitad éxtasis por la muerte del presidente, un año después, la que vio el último momento de familia que los tres tuvieron. La noticia del fallecimiento de Chávez llegó tendiendo puentes, dándole pausa a los rencores y a los reclamos. Fuiste vos el que le contó a Nina. Vos, que lo supiste minutos antes de que Maduro lo anunciara en cadena nacional y no había terminado el pronunciamiento cuando ya les tenías dos cupos asegurados en uno de los autobuses que saldrían esa noche para asistir al funeral.

Nunca pensaste que en esa ocasión tan desoladora pudiera haber tanta alegría. Nina y Elisa llegaron a tu apartamento como llega la parentela que vive lejos cuando alguien se muere: ajenas, incómodas, gentiles desconocidos con algún pasado en común. Pero vos, aunque otro, conservabas tus encantos. Pero ella, aunque cansada, te seguía queriendo. Pero Elisa, aunque nada, porque Elisa te amaba y te extrañaba

y después de hora y media bajo el mismo techo, ya se te había encaramado encima y nadie la podía bajar de ese abrazo marsupial.

En el murmullo festivo de Bello Monte, a salvo de la enormidad de la tristeza de las calles de otras tantísimas zonas, ese seis de marzo de 2013 los tres jugaron, por momentos, a que Venezuela no era un velorio. Pidieron unas hamburguesas que estaban sabrosas y los tres dijeron que las de Maracaibo eran mejores, aunque eso no fuera verdad. Jugaron cartas y, sin necesidad de acuerdos, vos y Nina dejaron a Elisa ganar en Burro y Elisa le dedicó la victoria al presidente. Vieron Nickelodeon hasta que Elisa cayó rendida y la llevaste para el cuarto. Entonces Nina y vos, entre llantos y besos, se devoraron en el mueble y en el estudio y en el baño, con la furia de otros tiempos en que las cosas nacían en vez de morirse, bebiendo vino y brindando por Chávez queriendo brindar por ustedes. A lo mejor fue eso, la culpa por la incoherencia, el karma por atreverte a soñar el recomienzo particular en medio de una tragedia nacional con tintes de fin de era, lo que te llevó a hacerlo todo trizas una vez más.

El día siguiente, en el funeral de Chávez, quien casi murió fuiste vos cuando perdiste a Elisa en medio de la multitud. La encontraron un tiempo después, aturdida, de la mano de un tipejo, cuyas intenciones nunca sabrán. La encontraron y sin embargo vos supiste que la habías perdido para siempre. Porque intentaste dar la batalla, pero no intentaste tanto. Nina te cortó de la vida de ellas con la contundencia y la decisión que bien le conocías. Ella tenía evidencias de sobra para convencer a cualquier juez de menores de tu completa incapacidad y, aunque el dinero podía haberte ayudado, lo último que querías era hacerle más daño a Nina y a Elisa con un proceso de esos. Ellas eran un equipo y vos estarías siempre en banca. Fuiste dejando de insistir y Elisa fue dejándose crecer sin vos.

Ahora tenéis en frente a una preadolescente, o adolescente, no sabéis precisarlo, que está dispuesta a irse con vos y vos queréis tanto recuperar lo que perdieron, que no queréis aceptar la verdad de que Elisa es una niña sin edad para decidir ni para discernir sobre cuestiones tan adultas. Sabéis que una buena parte de su disposición es desespero por salir de este lugar y ganas de vengarse de Nina, y tu propia disposición está hecha exactamente de la misma materia.

Hay días en que sabéis que tenéis una deuda imperdonable con Nina por estar criando sola a esa maravilla de niña y que esto que estáis planeando no es cosa que se haga. Pero hay otros días, la mayoría, en que te decís que lo que Nina te quitó es

mucho más grande que tus culpas y lo único que queréis es que te devuelva tu vida segundo a segundo.

Ahora que todo y todos están en la mierda, vos estáis bien, dejaste atrás los tiempos explosivos —al menos, eso creéis— y tenéis un plan. Sabéis que Elisa no está escogiendo entre Nina y vos; está escogiendo entre su vacío momentáneo y vos, que nunca habéis sido llenura, pero hoy sois promesa. ¿Esta vez sí vais a cumplir?

Como si estuviera viviendo en una película. Protagonista absoluta. Una producción de Hollywood de esas de llorarse toda el agua del cuerpo. Niña abandonada por su madre es rescatada de su abuela apática por su padre que, arrepentido por haberse alejado, vuelve para ofrecerle una nueva vida. Todo en el contexto de una crisis nacional que estos días está pareciendo una catástrofe ambiental o lo que las pelis dicen que es una catástrofe ambiental.

Digamos que su película es un drama con algo de filme de zombis. Y de thriller político. Y de aventura, porque Camilo dice que van a viajar desde Colombia, entonces hay que atravesar la frontera por tierra, que por los momentos es la única forma de salir de Venezuela. Lástima que José Daniel, el último chamo que le interesó, se fue para Perú y no le ha escrito ni un hola, porque con él la historia tendría el componente romántico que está haciendo falta: una despedida y una promesa de volverse a ver, quien sabe cuando ya estuvieran los dos adultos y volvieran para visitar sus casas de infancia para recuperar la historia de sus familias, exiliadas durante “la dictadura”.

A Elisa le parece particularmente cinematográfico eso de llamar dictadura a lo que está pasando en el país. Dictadura parece ser algo que les pasa a los otros, con toques de queda y niños siendo obligados a empuñar armas y espías y guerrilleros y estudiantes luchando contra el sistema, todo lo que ella vio en películas como Voces Inocentes y en La historia oficial y La noche de los lápices y que no debió haber visto tan chiquita, lo cual hacía de Nina una madre un tanto irresponsable. Dictadura parece ser algo que los revolucionarios combaten, no algo que ellos mismos construyen.

Siempre que ella preguntaba sobre esas cosas, Nina y Graciela se ponían bravas de puro nerviosismo, de puro no saber qué decir. El abuelo Raúl, con su paciencia de maestro, hacía un esfuerzo, por lo menos.

Hubo un día en que las noticias no dejaban de hablar de la locura que era que ahora el país tuviera, no una, sino dos asambleas; la nacional, de mayoría opositora recién electa, y la constituyente, esa que Maduro inventó cuando el chavismo perdió. Para Elisa, eso de asamblea nacional y asamblea constituyente sonaba a algo así como las divisiones del béisbol gringo, con la liga nacional y la americana. Ese día él intentó explicarle lo que no tenía explicación y acabó diciendo que sí, que ahora sí se habían pasado la democracia por el forro y él ya no tenía cómo evitar la palabra dictadura, y eso lo dejó tan, tan bravo, que pareció que para todos en esa casa lo mejor hubiera sido quedarse en la duda.

¿Será que los dictadores en algún momento asumen que lo son? ¿En algún momento alguno de ellos ha dicho: "Yo soy fulanito, dictador de tal país"? Sea como sea, eso no puede ocupar mucho de su película, que es un drama de padre e hija.

Es marzo, la escuela tendría que estar funcionando y ella tendría que estar preocupada por dejar el año escolar así, a la mitad, pero hace un buen tiempo que Elisa aprende lo que quiere y cuando quiere porque la escuela está siempre vacía, como aquel día que cayó un aguacero que derrumbó matas y gracias a Dios acostó una de las vallas de aquel diputado cabezón con cara de sapo, que se creía bonito y había llenado la ciudad de propagandas con su foto. Nina insistió en que ella no podía perder clases y claro que las perdió, como todos los otros alumnos, porque a su salón nada más llegaron cinco niños mojados y la maestra, que apareció con los zapatos y los pantalones todos llenos de barro a mitad de mañana.

Ahora no llueve hace meses, no cae ni una lloviznita siquiera, y aun así la escuela está vacía. Son tantos los niños que se han ido del país con sus familias y tantos más los que no logran llegar por falta de transporte o de dinero para el pasaje o de ambos, que las maestras juntan niños de varios grados en un mismo salón y distribuyen las asignaciones, como si fuera tareas dirigidas y no educación oficial.

Las maestras cargan siempre los catálogos de Avon y Amway y Ésika y un sinfín de otros productos entre los libros de texto y los cuadernos para corregir y, junto con sus maletines, llevan bolsas y potes con pastelitos y brazos gitanos y tortas para vender. Es tan extraño que entre tanto dulce todas estén cada vez más flacas, como

si se hubieran puesto de acuerdo para hacer una dieta macabra que, además de adelgazar, las hacía envejecer un año por cada mes que pasaba.

A Elisa siempre le ha gustado la escuela, pero esta nueva escuela parece de mentiritas y ella nunca ha soportado que la tomen por boba, así que eso de dejar la escuela, esa escuela, para irse con su padre, no es un problema real.

Su padre. S-U-P-A-D-R-E. Después de tanto tiempo inventando excusas como mi papá trabaja en Caracas, en vacaciones lo voy a ver; mi papá no pudo visitarnos porque está en un proyecto importantísimo en Margarita; mi papá tuvo un accidente y no pudo venir a mi cumple; mi papá vino en Navidad y paseamos mucho, fuimos hasta para la playa, pero las fotos que nos hicimos estaban todas en el celular que cayó en el sanitario; después de tanta ficción, poder decir esas palabras, sentir la eme de mi y las pe de papá formarse en sus labios en un golpecito, impacto de pertenencia, es tan sabroso, tan merecido, que Elisa deja que su infancia sane un poquito los muchos rencores que, con ayuda no tan abundante, pero sí imprescindible, de Nina, lleva consigo.

Dejar a su abuela, por otro lado, sí que le da remordimiento, pero no hay cómo refutarle a Camilo eso de que Graciela no la cuida, cuando lo cierto es que es Elisa quien cuida a Graciela. Él resuelve eso con un sobre manila con trescientos dólares que Elisa ahora coloca debajo de su colchón, junto con una notita pidiendo disculpas a su abuela por haberse ido así, sin despedidas, pero seguro es lo mejor para ambas, porque ella sabe que la abuela prefiere estar sola en vez de tener que lidiar con ella, que tanto la jode.

Cuando ya estuvieran bien lejos, ella le contaría a su abuela sobre el dinero y le diría que Olga, a quien también le dejaría una notita, no tendría problema en mantenerle la nevera y la despensa llenas y que, apenas se le acabaran los dólares, ellos, porque ahora Elisa hablaba en plural, le mandarían más.

Su única misión es encontrar el pasaporte. El resto es conmigo, dijo él. Ella se siente protegida cuando Camilo habla de esa forma, consentidora y omnipotente. La vida con él debía ser más fácil que la vida con Nina, que tenía esa manía fastidiosa de mandarla a hacer cualquier cosa, sin ayuda, sin aviso y sin protesta, como forma de educar a una futura mujer independiente. Independiente y potencialmente traumatizada, piensa Elisa, cuando recuerda que fue con ese mismo argumento que su madre la dejó en Venezuela: necesito que seáis fuerte, por las tres. Pero cuando se tienen trece años esa fuerza es algo que se puede invocar solamente de vez en

cuando, y no todos los días, a lo súper héroe. Cuando se tienen trece años y la madre lejos, lo único que dura el día entero es el extrañar.

Al no llevarla consigo, su madre, sin darse cuenta, está desperdiciando un escenario perfecto para hacer de ella una fortaleza de persona. Pero Nina decidió que estar junto a ella, las dos siendo unas refugiadas en un país ajeno, teniendo que inventarse una vida, no era una lección que valía la pena. Toda esa labia de independencia y trabajo duro funcionan nomás cuando a Nina le conviene.

¿Cuántas historias de madres que limpian casas y llevan a sus hijos ellas no han oído? ¿Acaso Nina no recuerda las tantas historias que ellas escucharon juntas en los barrios que visitaban? Elisa mal había cumplido siete años cuando fueron juntas a aquella ranchería al lado de El Marite, y esa no fue ni la primera ni la última, pero ella recuerda especialmente esa porque Raúl y Graciela, a pesar de muy revolucionarios, se pusieron como locos cuando se enteraron, y Nina se los dijo bien clarito: mejor que vea la miseria y que entienda desde ya. Ella es mi hija y yo la llevo conmigo para donde yo vaya.

¿Cuántas veces Nina ha contradicho esas frases? ¿O es que solo vale conocer juntas la miseria cuando es la miseria de los otros? ¿Durante cuánto tiempo más su madre va a fingir que no la tiene junto a ella por no exponerla a una vida de estrecheces? ¿Cuándo va a asumir que ella le estorba y que siempre lo ha hecho?

Ella sabe que es eso. Elisa estorba porque Nina siempre ha sido una veleta. Porque los padres y la casa de los padres son el único puerto seguro no destruido por el huracán Nina. Por eso, sin Graciela viajando con ellas, no hubo plan posible. Nina necesita que Elisa permanezca anclada, resguardada, mientras ella remolinea atolondrada y errática por la vida, hecha un demonio de Tasmania que comienza a estar muy viejo para la gracia.

La promesa de Nina no tiene plazo ni credibilidad. La oferta de Camilo, en cambio, tiene fecha, horario, número de vuelo, es rastreable por google maps y, aunque no fue por eso que ella aceptó, es una oferta que no implica partirse el lomo, sino visitas al centro espacial de la NASA, Houston, we have a problem!, y las playas de Galveston a una hora de distancia, que pueden no ser su sueño de una casa playera y pueden no ser Morrocoy ni Mochima, pero qué importa eso, si ella no conoce ninguna de los dos, porque esas referencias de excelencia marítima pertenecen al currículo aventurero de cuando Nina era una Nina sin hija, una Nina sin ella.

Encuentra el pasaporte bien guardado en la gaveta de los documentos de Graciela, en el seibó de la sala. No hay caza al tesoro ni grandes enigmas, tampoco hay despedidas emotivas. Esa parte de su película sería aburrida y decepcionante. Esa noche será su última noche con Graciela, pero su abuela está tan repelente como en cualquier otro momento. Claro que tiene derecho a estar así, con el calor de casi setenta horas sin electricidad, en ese cuarto con la ventana siempre cerrada y toda esa gente que la abuela dice que está ahí con ella, que si su madre, que si su tía, que si su hermano.

Ella no sabe si los fantasmas sudan, pero tal vez sí y entonces ese olor extraño puede ser culpa de ellos. Graciela detesta que Elisa los llame fantasmas. Ella dice que son sus muertos y punto, que eso de fantasmas es una payasada. Presentes o no, fantasmas o no, sudados o no, Graciela no tiene cómo saber que el día siguiente será un viernes histórico en el que se quedará al fin a solas con ellos. Elisa estará con Camilo en camino a Valledupar, de donde viajarán para Houston.

Allá, una nueva abuela, una más alegre y olorosa y bien vestida, la estará esperando con los brazos abiertos en su nueva casa. Muy diferente de Graciela, que casi le tira una cotiza cuando le pregunta si pueden dormir juntas, como si el privilegio de dormir en ese cuarto hediondo y cochino pudiera pertenecerle nada más a ella. Vai, por favor, no quiero dormir sola, insiste Elisa, que sabe que a Graciela uno se la gana a punta de perseverancia y que hay noches en que lo único que su abuela necesita es un gran gesto de amor y carencia para sentirse importante. Vos no queréis dormir sola, pero yo sí, andate para tu cuarto y no te lo digo más: dejá de joderme la vida.

Esa no será una de esas noches, no existirán abrazos ni acurrucamientos. Ya casi nunca hay, la verdad. En los últimos tiempos, solo Olga y Camilo la tocan. La piel es lo que más extraña de Nina. El olor de la ropa en el cuerpo de su madre, su aliento siempre fresquito por la obsesión por cepillarse los dientes, la forma en que sus besos suenan, siempre ruidosos y apretaditos, siempre reales. Nina es brava y peleona, pero también es un abrazo permanente.

Mañana mi papá me viene a buscar tempranito, le anuncia a su abuela.

Graciela apaga el televisor, que es el único punto de luz en el cuarto, y deja a Elisa ahí, sentada al pie de la cama, en lo oscuro.

Cerrame bien la puerta.



Era día de faxina y eso normalmente significaba que sería un día de alegría porque en los últimos meses la alegría era un rectángulo de papel con dibujitos de algunos representantes nacionales de la flora y de la fauna, la humana y la no-humana, y unos numeritos bien bonitos, que parecían más bonitos mientras más dígitos tenían porque más cosas dejaban comprar, pero el miedo le había ensuciado las posibilidades y la faxina de hoy tendría que ser de dentro para fuera y los rectángulos de papel no serían suficientes para crear alegría donde nada más había miedo y un arrepentimiento metastásico cuya origen se remontaba a mucho tiempo antes del viaje. Pero la alegría de los días de faxina también tenía otro motivo y era la presencia de una criatura peluda, curandera y mediúnica llamada Farofa, la perrita de la profesora Sandra, que apenas oyó que Nina entraba por la puerta, supo que este día su trabajo sería más arduo. ¿Todo bien, Nina?, preguntó Sandra mientras le servía un cafecito fuerte y sabroso como ella necesitaba. ¿Qué tal el abrigo, se puede dormir bien? Bien es una palabra fuerte que es mejor usada para decir cosas como que a ella le gusta el café bien dulce y bien tostado el pancito, no para describir albergues de sin-techos, fueran reales o imaginarios, como el suyo, existente apenas en la mentira que ella le contó a Sandra. Cualquier cosa, avísame, Nina, que no te de vergoña, ¿eh? Vergüenza, esa sí era una palabra que combinaba con su estado actual, vergonha de estar sufriendo tan a la vista, después de tantos años de entrenamiento para evitar esos espectáculos bochornosos que ella podía aceptar en los otros, pero jamás en sí misma, qué falta de carácter, qué debilidad, qué malcriadez. ¿Mal criada, ella? Nunca, si Graciela y Raúl eran dos instituciones modelo en esas tareas artesanales de moldear gente. Mal criada la pobre Elisa, que la tenía a ella lejos, a Graciela en huelga de vitalidad, y a ese pan para hoy y hambre para mañana llamado Camilo. Sandra se fue con sus ojos de cariño y sus ganas de caridad que había aprendido a mantener a

raya porque ya conocía a Nina lo suficiente como para saber que no era esa la vía por la cual se llegaba a ella, dejó dos rectángulos de alegría en la mesa de la cocina y el pedido de que Nina le hiciera una limpieza profunda al fogón y a los gabinetes, podía concentrarse en eso, pues el resto de la casa aún estaba limpio.

Nina metió la cabeza en el horno y unos segundos malintencionados la rondaron, la ideación del gas abierto y el sueño llevándosela a un lugar que no sabía si era cerca o lejos, un lugar donde no estaría Raúl esperándola, pues dicen que la gente que va con ganas y técnicas para irse no llega al lugar bueno donde seguro estaría su padre, sino a algún rellano penitente rodeado de escaleras que suben y bajan pero siempre terminan en rellanos, rellanos, rellanos de los que Farofa la salvó con su lengua analgésica. En vez de propano, saliva; lambidas que le limpiaban las lágrimas del rostro mientras ella limpiaba grasa de las paredes del horno, capas sebosas de carnes, pollos, pastas, comidas relatoras de momentos en familia de una familia que no era la suya, esa idea ahora suelta que era su familia, eslabones de una cadena abiertos a fuerza de marra, el mazo subiendo y desplomándose en sus sienes porque sabía que debía haber regresado o debía haberse traído a Elisa junto, debía haber estudiado más y mejor y tener alguna oportunidad decente en algún país decente o haberse metido a dama de compañía de políticos y mafiosos, como si no fuera lo mismo, debía haberle hecho caso a su padre y haber dejado a Camilo antes o debía haberle hecho caso a su madre y no haberlo dejado nunca, debía haber acompañado a Camilo aquella noche y debía haber recibido ella el tiro y debía haber sido ella quien perdiera un ojo y la cordura todo al mismo tiempo, debía haber sido mitad de lo inteligente, coherente, estratégica, que su padre era y haber sabido que el tiempo de quien se va de su país con una mano adelante y otra atrás no se mide en días ni en semanas ni en meses, sino en años que pasan violentos entre un barrer y un dar lampazo, debía haber sabido que quien gana en dólares o en reais o en pesos también gasta en dólares o en reais o en pesos y que otras inflaciones menos escandalosas que la venezolana también obraban desgracias, debía haber sabido que Elisa no tenía que ser fuerte o madura porque Elisa tenía que ser lo que ella era, una muchachita de doce años que ahora ya eran trece y ya menstruaba y ya comenzarían los sustos, y ella debía haber sabido que serían trece y hasta catorce por el camino que iba porque el tiempo pasaba entre un barrer y un dar lampazo y el dinero que se ganaba en una mañana se enviaba para Venezuela esa misma tarde, y debía haber sabido que ahorrar para comprar pasajes para atravesar la América del

Sur entera no era cosa que una faxineira que había pasado las últimas tres noches durmiendo escondida en una universidad pudiera hacer.

Farofa bebía su tristeza mientras ella le sacaba brillo a una parrilla y a otra parrilla y la pobre perra se iba contagiando de una preocupación que Nina no sabía identificar con exactitud. Eran celos de que Camilo estuviera con Elisa y ella no, era rabia de que Graciela hubiera pasado por encima de su autoridad, era lástima de Graciela y herida abierta por Raúl, la falta que hacían Raúl y sus infinitos heroísmos, era desesperación porque decían las noticias que en Maracaibo la bendita luz no terminaba de llegar y ya Graciela no debía tener ni comida en la nevera, era todo eso al mismo tiempo, pero también era otra cosa. Era Camilo cuándo y Camilo dónde. Él había podido ver a Elisa durante todo el tiempo que ella estuvo en Venezuela, siempre encontró excusas para no hacerlo y ella siempre justificó sus excusas, muchas veces asumió la culpa de sus excusas, porque antes de darle miedo Camilo le daba lástima porque Camilo era lo que había quedado de Camilo y Nina sentía que había abandonado a un enfermo, como bien se lo remarcaba Graciela y se lo refutaba Raúl, con quien Farofa parecía concordar porque comenzó a ladrar con ese pensamiento de Nina como si hasta la perra fuera capaz de entender que todo tenía un límite y Camilo no solo había pasado ese límite, sino que estaba hacía años estirando los linderos de ese límite como un hacendado los de sus tierras. Para él, siempre fue Elisa más Nina, Elisa sola parecía que no le servía, él quería el paquete familia, Disneyland una y otra vez, su vida completa de vuelta o nada y entonces había sido nada porque ella podía ser testaruda pero no era bruta al punto de volver a ese infierno que era vivir con Camilo desde el balazo.

Nina cerró la puerta del horno y se vio en el vidrio, impecable como la casa entera, y estaba tan igual a la sí misma de siempre que se dijo qué es la vaina, te me componéis, y trató de convencerse de que, en vez de mal augurio, truculencia, vendetta, el hecho de que Camilo quisiera estar con Elisa, aun en su ausencia, podía ser algo bueno, el arrepentimiento por su tanta y tamaña mezquindad concretado, tal vez, en el regalo de un pasaje para Porto Alegre a nombre de Elisa o en la recuperación del vínculo insustituible de una hija con su padre; podía ser la buena noticia que ella necesitaba con desesperación, aunque Farofa no estuviera muy convencida de esa alternativa y le estuviera ladrando con una ferocidad prestidigitadora.

Alberto, ¿tenéis pesos colombianos, no? Ve que los guardias están vueltos locos, te dice Genaro, el chofer, y vos te tardáis un poquito en responder porque el Alberto aún no se te metió bien en el sistema. Alberto, Alberto, respondé, te dice Elisa, con cara de sinvergüenzura.

Cuando supiste que Nina se había ido y que Elisa estaba sola con Graciela, entendiste que era el momento de poner en práctica las ganas de salir corriendo que tenías hacía meses ya. Faltaba que Elisa dijera el sí improbable que dijo y el plan sería perfecto. Sabéis que estáis recibiendo las migajas de hija que Nina dejó, pero ya sabrás cómo recuperarla.

Así como ella, vos también te estáis yendo sin darle noticias a nadie. Pediste quince días de vacaciones y te estáis fugando para los Estados Unidos, vía Colombia, con una hija con la que hace años no convivís, en dirección a la familia con la que rompiste años atrás y, durante la fuga, por lo menos para el chofer, te llamáis Alberto, porque así le dijiste, no sabéis por qué, tal vez para borrar por lo menos ese rastro, tal vez porque queréis quitarle un poco de peso al Camilo que vos creéis ser, uno que no puede ser resumido a estos últimos acontecimientos.

No renunciaste a tu cargo en el ministerio, no sugeriste reemplazo, no preparaste transiciones. No hubo una decepción particular, nadie te amenazó, nadie te quiso meter en nuevos chanchullos. No hubo una escena, una imagen, una noticia en particular. Quisieras poder tener una justificación más concreta, un pedacito de historia que pudieras nombrar como el antes y el después, el momento en que dijiste, aquí me bajo yo. Pero no lo tenéis. Te vaciaste lento, melífero. Te viste cada vez más solo, cada vez más un actor de un teatro pésimo, autoritario y demagogo, que un real agente del Cambio. Mandaste a hacer vallas y sonreíste en eventos y grabaste

entrevistas engrandeciendo proyectos que sabías diminutos frente a la brutal y visible disminución de peso del venezolano promedio, ese mismo que vos te encontrabas en la calle, cuando salías a la calle, en esas oportunidades cada vez más escasas en que dejabas tu escritorio, tu computadora, tu bandera que no aprendió a ondear porque nunca salió del aire acondicionado. Tampoco es que te sintáis culpable por eso. Te fuiste así, sin avisar, como ya te es habitual, porque no querías tener que darle respuestas a quien, según vos, no las merece. De cualquier forma, no habría habido ningún oído dispuesto a escuchar. Vas a tener que acostumbrarte rápido a las nuevas categorías que acompañarán tu nombre. Disidente. Desertor. Traidor. Habrá quien diga que siempre supo que eso pasaría, que más bien te tardaste. Que sois un oportunista, como todo rico.

El sol se asoma entre las nubes oscuras que antes te convencieron de que llovería. Alguna vez escuchaste que la lluvia era bendición y, cuando te conviene, lo recordáis y te sentís mejor. Sobre todo cuando estáis haciendo alguna mierda como la que estáis haciendo ahora. No queréis pensar, no podéis pensar, en la importancia y la gravedad de lo que estáis haciendo. ¿Cuánto falta?, insiste Elisa. Es la tercera vez que pregunta desde que salieron. Hora y media hasta la frontera, eso, si no nos paran, responde el chofer. Elisa ya está inquieta y apenas están saliendo de Maracaibo, ni siquiera han pasado la frontera. Te preguntáis cómo va a aguantar el resto del camino, serán unas cinco horas hasta Valledupar, la noche en el hotel y otras doce horas hasta Houston, entre vuelos y aeropuertos; te preguntáis si, en alguna de esas paradas, ella no va a desistir.

Por lo pronto, Elisa se distrae con la perorata del chofer, que cuenta que la última vez que hizo el viaje trayendo pasajeros de Maicao para Maracaibo, en sentido contrario al que hacen ahora, lo pararon catorce veces en los 103 km que hay desde la línea fronteriza hasta el comienzo de la ciudad, y la hora y media que normalmente tomaría el trayecto, se convirtió en cuatro.

A vos no te gustan esas historias. Las vivís todos los días, pero escucharlas, ver que alguien organiza ese caos en palabras, te deja con gusto de reflujo en la boca. No queréis mirar mucho por la ventana, porque no queréis ver los galones de gasolina contrabandeados, la gente con embudos y mangueras ofreciéndola. No queréis ver la gente con pacas y pacas de bolívares, en el impensable negocio de vender aquí los

billetes que no hay en la ciudad, 1,3 cada bolívar. No queréis ver las camionetas, chirrincheras y buses camino a Maracaibo, todos atiborrados de gente y de bultos de comida y de cualquier cosa que se pueda vender a precio de tesoro, cosas que vos mismo le habéis comprado a tu proveedor particular, que te vende al doble y al tripe, pero que te mantiene la despensa abastecida. No queréis pensar en la despensa de Nina y Elisa, cuyo vacío posibilitó que hoy estuvieras aquí, en una Blazer 2004, pagándole en dólares a un tal Genaro para que te lleve hasta Valledupar y, de paso, te ayude, sin saber, a secuestrar a tu hija, que es lo que estáis haciendo, ¿sí sabéis eso, no, Camilo? No queréis mirar por la ventana ni escuchar cuentos porque, aunque hoy seáis Alberto y aunque siempre tengáis tu antifaz de héroe, te sentís culpable.

Elisa, en cambio, parece amar esas historias y, sea porque está aburrida o —la opción que te parece más plausible—, para distraer su nerviosismo, sigue preguntando detalles. Cuenta el hombre que en aquella oportunidad llevaba una bolsa con diez kilos de arroz, harina, caraotas, para ir dejando un kilo en cada alcabala, sobornando a los guardias para evitar que los revistaran y les quitaran cosas a los pasajeros en función de leyes y prohibiciones que inventaban de acuerdo con el humor y la necesidad del día, pero esa vez fueron tantas las paradas que ni siquiera una bolsa tan llena como esa le alcanzó.

¿Y qué hiciste?, interroga esa Elisa cada vez más hija de Nina, preguntona y curiosa, como ella. Pagamos, chamita, ellos tienen su precio del día, en pesos colombianos o en dólares, por eso le pregunté a Alberto.

¿Y si no tenéis cobres?, pregunta ella. Tenéis que tener, responde él, y la frase te taladra el oído porque vos sabéis, Camilo, que tenéis que tener cobres y la mayoría no tiene y quien puede se rebusca y quien no logra rebuscarse se va, como Nina se fue, y vos te estáis aprovechando del lado más cruel de esa necesidad, una necesidad que vos mismo ayudaste a fabricar, para torcer la vida a tu antojo.

Porque hay que tener cobres y vos tenéis, Camilo. Si algo te da seguridad en medio de tantas y tan jodidas crisis, es que tenéis cobres, los tuyos y los de tu familia. Pagar no te da miedo, un poco de rabia, sí, porque aunque comprar silencios y favores sea ya un hábito diario, a nadie le gusta ser extorsionado. Lo que sí te da miedo es que le pongan peros a la solución que te inventaste para sacar a Elisa del país sin la autorización de Nina.

¿Y ustedes se quedan en Colombia o siguen camino?, pregunta Genaro y, Houston, ¡u-es-ei, Elisa responde mirándote insegura, queriendo descubrir si todavía

es verdad el plan. Mami nos va a encontrar allá, cuando pueda, porque ella está en Brasil.

Y asentís y asentís, con una puntada de dolor donde debía haber un ojo y ahora hay un callo más honesto que vos. Quisieras no haber tenido que inventarle escenarios improbables para convencerla. Qué tragicómico es ese talento tuyo para convencer a los otros y a vos mismo de aquello que inicialmente te costaba creer. ¿Durante cuántos años ganaste un sueldo por ejercerlo?

Le dijiste a Elisa que vos conocías a Nina más que ella, que ambos sabían que si le pedían permiso, diría que no, ¿no es verdad? Y Elisa asintió. Pero si se iban y avisaban ya estando allá, con un pasaje comprado para ella y un plan para atravesar la frontera de México con Estados Unidos sin riesgos, con total seguridad diría que sí. Total seguridad, repetiste, porque te gustó la confianza que sentiste la primera vez que lo dijiste. Elisa no dijo que sí ni que no. Le recordaste que Brasil, tanto ella como vos sabían, no estaba funcionando. Nina no tendría motivos para quedarse allá, siendo que su hija y un bienestar asegurado la esperaban en Houston. Elisa asintió sonriente, poco convencida, heredera de tu talento.

Por ahora, la frontera es otra y Nina está muerta. Así lo informan los documentos que enseñáis en la taquilla de inmigración, junto con la identificación de Elisa. Había que tener cobres para mover esos teatros y vos tenías. El funcionario que te atiende te mira, evalúa el currículo de culpa que puede haber por detrás del parche y casi, casi, se pone quisquilloso. Pero Elisa, a tu lado, recuesta la cabeza somnolienta en tu brazo y vos le hacéis un cariño en el hombro y le preguntáis si tiene sed, y son tan padre e hija, tan viudo y tan huérfana, y hay tanta gente en la fila que, bienvenidos a Colombia, el sello se estampa en sus pasaportes, bonito y efectivo, como un tatuaje-recordatorio del día en que, juntos, asesinaron a una mujer.

Con la frontera cerrada para los carros, el plan era que Genaro los dejaría del lado venezolano de la frontera, para que ustedes atravesaran a pie, y él los buscaría del lado colombiano, después de haber atravesado por una de las trochas. Ahora ya tienen más de media hora esperando y nada que aparece el hombre. Blazers plateadas como la de él se multiplican en un caos que, Elisa tiene razón, se parece al centro de Maracaibo en Navidad, antes, cuando no se había acabado el mundo. Buhoneros ocupando aceras y buena parte de la calle, vendedores gritando sus ofertas de agua y refresco, olor de frituras, todo envuelto por una nube negra de

dióxido de carbono y, en medio vos, tu desistencia del país y la retomada de ella, tu hija, con su mochilita y sus ganas de creerte.

En busca de Genaro, Elisa examina detectivesca los estacionamientos improvisados; la cola de carros hecha más que nada de Fairlines 500, Conquistadores y Malibúes, favoritos indiscutibles de los choferes de transporte público; los rostros castigados por el sol y el calor; ella examina sin darse cuenta de que es examinada por ojos a los que nada les importa que sea una niña y son ojos de cuerpos que tienen pies y se acercan, y tienen manos y se acercan, y vos no sabéis cuánto de eso es verdad y cuánto es resurrección del día que la perdiste, pero te abalanzáis sobre ella en un abrazo y Elisa, que no tiene un pelo de tonta, intuye muchas de las palabras acopladas a ese abrazo y deja que dure, que dure, que dure, hasta que Genaro aparece, satisfecho, cafecito en mano, con la camioneta hedionda a arroz con pollo. ¿No van a almorzar? Aquí sale más barato.

Elisa tiene más sueño que hambre, dice que pueden comer al llegar. Para vos, mejor. No queréis dilatar el viaje. Cargáis el corazón como una tromba. Te convenciste de que este era un camino posible y ya no hay vuelta atrás, ya vais tan lejos que retroceder sería llegar a un lugar mucho peor del que saliste. A veces sentís que esas decisiones las hacéis en piloto automático y cuando te activáis, ya estáis montado en un plan que no parece tuyo. Pero lo es, Camilo, vos queréis pensar que es de la bala, pero a estas alturas vos sois la bala, vos decidiste ser la bala.

Elisa duerme y menos mal que es así, para que no vea cómo todo el convencimiento que le contagiaste se te está volviendo sofoco; para que pueda abortarte esa intentona de crisis de pánico con la paz de su perfil de niña ya no tan niña, recortado contra los cujisales, las matas de mango, el polvorín de tierra amarilla, la belleza discutible de las construcciones casi siempre a medio andar de los pueblos de la carretera, un carrusel de imágenes tan iguales a las de Venezuela que la propia existencia de una frontera parece un capricho contrabolivariano.

Todo es culpa de Nina, te decís un día sí y el otro también. El pacto siempre fue mantenerse atentos y avisarle al otro cuando estuviera perdiendo el rumbo en la vida y en la revolución. Vos necesitabas a Nina como brújula y Nina destruyó las agujas. Vos necesitabas a tu hija como norte y Nina te desdibujó el paisaje. Entendió siempre a todo el mundo, pero no quiso entenderte a vos. No insistió lo suficiente. No te curó.

Nina es todo lo que vos amáis y todo a lo que le huís. ¿Qué clase de amor es ese tuyo por Nina, que a estas alturas no se ha muerto de inanición? Tal vez eso que vos

creéis que es amor por ella, por la persona que Nina es, sea más amor por lo que vos podrías haber sido con ella y no tuviste lo cojones de ser. Muchas noches, solo o empiernado con alguno de tus acostones de fin de semana, pensando en Nina mientras otras te recorren probablemente pensando en otros, te habéis preguntado si, más que amor, no es envidia lo que sentís por Nina.

Para ella, la militancia, en la calle y en la casa, nunca fue algo que se imponía ni se exageraba, sino algo que iba creciendo dentro y que jamás renunciaba a la crítica, que era su derecho y, antes que nada, su deber. Ella actuaba como si no le debiera nada a nadie, ni a vos, ni a la revolución. Y ustedes le habían dado todo lo que ella tenía. Nina era una malagradecida, una egoísta; dos características que no combinan ni con revoluciones ni con matrimonios. Vos estabas dispuesto a acogerla y a defenderla en ambos, aun sabiendo que las Ninas del mundo hacen bulto y gritan consignas, se inscriben en el partido y buscan pleito donde sea, pero no se lanzan a cargos públicos, no aceptan trabajos oficiales, no se meten a trabajar en las entrañas de ningún sistema. Las Ninas del mundo no obedecen a nadie, no se comprometen con nada a no ser con ellas mismas. Hacer la revolución así también es fácil. Dicen cuál tiro fue certero y cuál no, opinan sobre el calibre de la bala, sobre la cantidad de disparos, sobre la distancia y el pulso de quien dispara, pero nunca son ellas las que aprietan el gatillo, ni las que deciden balear y, mucho menos, las que reciben los tiros enemigos y pierden ojos en el intento de ganar la guerra. Las Ninas del mundo recapitulan prematuramente, es verdad, pero los Camilos como vos esperan que llegue la Gran Mierda para asumir los escarmientos, porque están convencidos, como vos tanto decías, de que una guerra que no se lucha es una guerra perdida de antemano, repetías esa chapucería, fantasía de macho, como si fuera una gran frase, siendo que hace un buen tiempo tu campo de batalla es una tierra atarantada donde una multitud de soldaditos sin bando y con hambre se empuja en busca del pan que cualquiera ofrezca. Valores y futuros empobrecidos en seis dígitos negativos, con cuatro viejos barrigones, empachados de carne y billete, vomitando órdenes, jugando a que saben lo que están haciendo.

Dormí tranquila, Elisa, pensáis, dormite, que ya vamos a salir de esto y ya no vais a tener que extrañar a nadie, pensáis, mientras veis en ella tu nariz, tus cejas, y la boca necia de Nina, repetida en ella, una copia milímetro a milímetro de esa boca que no se queda callada y que tenéis que tener al lado, así sea para decirte, ¿viste como yo tenía razón?

La noticia llega primero al otro lado como un huracán blanco, lento, en cuya corriente Raúl se siente ir, y entre el vocerío y el llantén que atraviesa, recorre puentes y puentes y más puentes, materiales brumosos que en un segundo, o lo que en su manía terrestre de seguir midiendo el tiempo le parece ser un segundo, ganan la concreción de un restaurante de carretera, camino a Valledupar. Aferrada al dije que le pende del cuello, un caracolito dibujado por él, Raúl encuentra a Elisa en el baño, aprovechando una parada en el viaje para llorar escondida.

Raúl no hace preguntas, porque ya lo sabe todo, en algún lugar de sí ya están guardadas las historias hechas y las por hacer. La única interrogación es si hay algo que él pueda hacer al respecto.

—Ay, mi amor, ¿qué más quisiera yo?— le responde su madre.

No, no lo hay. El único movimiento que él conocerá será el de testigo y consuelo, tanto para los que tengan más de un par de ojos, como para los que solo tengan uno. La tristeza, allá, se siente diferente, pero se siente.

—Poco a poco uno se acostumbra, mijo.

Raúl abraza a Elisa, le seca las lágrimas, le soba el pelo, sin saber si ella entiende su presencia y sin forzar entendimientos, y ahí se queda hasta que Elisa se calma y se lava el rostro para volver hasta Camilo.

—Andáte para que Graciela, muchacho porfiado— insiste su madre.

—¿Quiere que lo acompañe, profe?— se ofrece Vicente.

Que ya va y que va solo, dice o piensa. Con culillo y todo, agarra camino. Ahora que la bruma se ha revelado esa suerte de neblina andina y que él puede ir y venir entre su blancura con esa destreza campesina y angélica, apenas se deja ir al

próximo llamado de Graciela, confiado de tener el coraje suficiente para plantarse frente a ella y contarle de la ausencia que se ha creado en la casa.

Pero no, él aún no sabe cómo hacerlo. Inodora, silente, invisible, así es la primera visita que Raúl le hace a su mujer ruinosa. Un tanteo.

Graciela va y viene en la hamaca, triste de su tristeza ya normal, sin otra mala noticia que la continuidad del apagón. Ella empuja el pie contra la pared y va y viene con mayor velocidad, intentando generar algún fresquito, mientras Raúl se queda quieto como una mosca en la pared, recostado en una esquinita del porche sucio y con la pintura descascarada como nunca había estado, viendo a su mujer, también sucia y descascarada, sorbiendo en silencio el café que Olga le acaba de traer y que repartió entre los vecinos, estirando como puede la amabilidad que le queda, después de tres días sin electricidad. Nunca imaginó que Graciela, después de haber hablado tanta peste, se estuviera dejando acoger por Olga, por su mirada compañera, por su sonrisa hecha más de costumbre que de verdad.

—¿Habéis hablado con Nina? Hace días que no me escribe— le pregunta Olga a Graciela.

—No mucho.

—¿Ya cenaste?

—No tengo hambre.

—¿Tenéis comida?

—Algo debe haber.

No, no hay. Graciela está a punta de galletas de soda, que es lo único que Raúl encuentra en los gabinetes. El vacío en la nevera, el silencio, el calor que él no siente pero es visible en los chorros de sudor que les corren a Graciela y a Olga parecen expulsarlo antes de que haya dicho una palabra. La decadencia siempre le ha dado grima y parece que esa característica lo ha acompañado en su nuevo estado.

Vuelve estrujado, como si recién muerto, en aquel momento en que aún se carga el cuerpo enfermo o accidentado, en que aún no se sabe si se está de un lado o del otro de la vida. Está en hilachas, pero sabe que debe volver pronto, le toca apechugar y estar con Graciela para el trancazo que se le viene encima, solo necesita prepararse mejor, pensar una mejor forma, ingeniárselas para ser algún alivio antes de ser mala noticia.

Su hermana Diana sugiere que se le aparezca jovencito, como cuando se conocieron. Su suegra pide que llegue con el olor a montaña que Graciela ama desde

siempre. Y su madre, más dada a los sonidos, le recuerda que Graciela siempre se emocionaba con los aguaceros. Raúl se arma de ese ropaje de encantos y se sienta, listo para atender el siguiente llamado, que seguramente no tarda en llegar, porque su mujer no habla más consigo misma, desde que Raúl murió, todos sus monólogos van dirigidos a él.

Desde que no estáis, odio a muerte los atardeceres, Raúl. Son la constatación de esta nada que me he vuelto. Antes, era el momento de guardar archivos, apagar la computadora, preguntar ¿necesita algo más, profe?, ligando que respondieran que no, recoger los peroles y echarse un perfumito para quitarse el olor a comida que le queda a todos los trabajadores que almuerzan en un lugar cerrado. Buscar el carro en el estacionamiento, poner el aire acondicionado en el máximo, manejar escuchando reportajes británicos retransmitidos por la emisora de la universidad mientras estaba atrapada en el tránsito, en camino a buscarte a vos, que venías con el olor a comida sin disimular porque vos nunca fuiste de perfumes.

Éramos gente chévere, ¿no creéis vos, Raúl? Educados, conscientes, siempre rodeados de gente aprendiendo. Vos contento en tu escenario, enseñando a las centenas de estudiantes de tan variadas edades que pasaban por tus clases; yo en los bastidores, organizando los horarios y reuniones y documentos que permitían que profesores como vos tuvieran su escenario y su público. Parece como si todo eso hubiera ocurrido en otra vida, en otras personas. Como si unos ladrones hubieran entrado a robarnos, me hubieran abierto para sacarme de dentro todo lo que yo era y hubieran dejado el cascarón en el portón, para no cargar este peso innecesario.

En una tarde normal de esta otra vida achacosa, ahí estaría el sol yéndose otra vez y yo rabiando por el absurdo acto de seguir aquí, vegetando en una jornada más cuya única actividad habría sido el envejecimiento. En una tarde sin electricidad, el amargor del sinsentido estaría obrando, no solo en mí misma, sino en todas las regiones que estuvieran corriendo con la misma suerte. Pero hoy, cuarta tarde continua en esta calamidad, la sensación que tengo es que estoy respirando solo porque algún torturador ha decidido mantenerme viva, para que vea con mis propios

ojos cómo se van los que quedan, uno por uno. La última que salga, apaga la luz y el aire, decíamos las secretarias de la facultad. La última que reste, que entregue las llaves y avise que ya se puede demoler lo que sobró.

Hoy, sin embargo, el temporal en el cielo parece que va a aliviar el calor. Ya huele a lluvia y parece que viene de Perijá, de la sierra, porque huele a verde, a montaña. El viento se pone violento y más vale que cierre la puerta del cuarto de Elisa si no quiero tener que ponerme a barrer agua.

Huele a verde, Raúl, como si tuviéramos un bosque en la casa, ¿lo sentís?

Como si hubiera un río bajando y en vez de escalones, esta escalera tuviera piedras húmedas, sosteneme, Raúl, que me caigo.

Te estoy sintiendo, Raúl, estáis calientico y si estáis calientico es porque estáis aquí, porque cuando te sueño siempre estáis frío y por eso no me gusta soñar con vos.

Decime si sois vos, mi amor, decime, que yo creo que ahora sí.

Fijate, Raúl, venís con lluvia, mirá, mirá, las gotas están comenzando a caer y huele a verde oscuro, huele a piedra andina, a flores chiquitas y a mermelada.

—¿Vos como que tenéis hambre, Chelita?

Claro que tengo hambre, si desde que vos no estáis, no siento gusto.

—Vení que te agarro.

Yo sabía que ibas a venir, mi amor, yo sabía.

—Hace rato que quiero venir. Pero del otro lado las cosas también duelen.

¿Por qué decidiste venir hoy?

—Cerrá la ventana, que se mete la lluvia, y mirá abajo de la almohada, que hay algo para vos.

¿Qué es esto, Raúl? ¿Dónde está Elisa?

—Toca apechugar, Chelita.

Llevame con vos, o yo mismita me busco el camino.

—No digáis esas cosas, ya vamos a resolver.

Nina me va a matar y yo la voy a dejar.

—No dudéis de las ayudas que vienen.

Tenías razón, vos y Nina siempre tuvieron razón, me hizo caer redondita, Raúl, ¿cuántas veces me habré equivocado con Camilo?

—Todas.

¿Cuántas veces me fue más fácil acomodarle las culpas a Nina?

—Muchas.

Nina me pidió una cosa, Raúl, una solita, que cuidara a Elisa, y me dejé volver tan nada, tan trapito sucio, tan sombra, que ella se cansó de verme y verme, sin que yo la viera.

—Jamás.

Hay que avisarle a Nina. ¿Vos la acompañáis?

—Siempre.

Y esa lluvia, Raúl, ¿fuiste vos?

—¿Vos qué creéis?

Que llueva duro, Raúl, tan, pero tan duro, que este día se deshaga y me deshaga a mí junto.

Viajar al exterior. Salir del país. Emigrar. Todo suena tan glamoroso e importante. Pensó que pasando la frontera habría una sensación de extranjería casi automática, pero Valledupar es tan parecida a Punto Fijo, a Coro, a Machiques, que, en vez de viajar a otro país, le parece haber viajado a la Venezuela de hacía algunos años, donde no faltaba la luz y los anaqueles de los mercados no estaban vacíos o llenos de un único producto, un país donde por más falta que Camilo le hiciera, había una Nina que ella pensaba incapaz de dejarla, y una abuela divertida y consentidora, y había un Raúl siendo abuelo y padre y todo lo que ella necesitara.

La muerte, esa sí, debe ser el extranjero, piensa Elisa. Morirse debe ser irse muy lejos. Aunque según su abuela, es todo lo contrario. Morirse puede ser estar más cerca que nunca. Tan cerca que no es ni al lado ni atrás ni al frente, sino dentro. Por momentos, ella siente que heredó el don de Graciela. A veces, cuando tiene miedo o está triste, como ahora, tiene certeza de que Raúl le anda paseando por dentro, desamarrándole los nudos.

Puede ser apenas su imaginación, pero también puede ser el don. Aunque ella no pueda relatar escenas concretas, como las que cuenta su abuela, aún hay chance. La propia Graciela dice que ella solo vino a convencerse ya vieja. Puede ser como esas enfermedades que solo aparecen a partir de cierta edad. Uno lo tiene dentro y no sabe. Morirse debe ser estar dentro de los otros que nos quieren bien, aunque solo algunos de ellos se den cuenta. Y ahora que lo piensa, no hay nada de extranjero en eso. O hay muy poquito. Si Raúl está dentro de ella, él se debe sentir en casa. Graciela sabe de esas cosas, entonces debe ser verdad.

El verdadero territorio extranjero es su padre. Las canas de su barba, las muletillas y el acento caraqueño, el corte de pelo que no sabe hace cuánto lo acompaña, la

curiosa elección de esos lentes de sol deportivos, la facilidad con que abre la cartera y dólares salen de ella: es para ese país que ella necesita pasaporte, no para Colombia. Algo en él aún es hogar, su cercanía es calentita y llena de infancia. Por eso lo abraza tanto. De cerca, él es su papá, el mismo, no hay duda, todavía podría quitarle el parche y besarle las cicatrices con la naturalidad que lo había hecho hasta sus siete años. Pero cuando se aleja un tanto y el olor íntimo se disipa, se siente extraña. Como si en vez de su padre, fuera un pariente al que solo ha visto en fotos. Entonces le da aquella sensación rara que le da a veces, de que todo es de mentiritas y ella está flotando encima, mirándose, mirándose mirarlo.

¿Estáis cansada?, pregunta él.

Un poquito.

¿Queréis comer aquí o preferís salir?

El restaurante del hotel es el mejor de esta zona, dice la mujer que los atiende mientras les entrega la llave del cuarto. La parrilla es un espectáculo. Pueden pedir para la habitación o bajar, como prefieran.

Camilo mira a Elisa, esperando, y ella asiente. Prefiere quedarse. Está cansada, tiene un dolorcito de cabeza y la ciudad no parece gran cosa, en cambio el hotel es bonito, dice que tiene cuatro estrellas, pero como ella jamás ha visitado uno con cinco, ni siquiera sabe qué tanto más lujoso podría ser. Agarra su celular y hace algunas fotos, porque no hay cómo negar que el momento es memorable, a pesar de todo. ¿O será mejor decir que gracias a eso?

No vais a subir nada, ya sabéis, le dice Camilo.

Yo sé, responde. La culpa le magulla la voz. Lo que más quisiera es poder mandarle fotos a Nina, estarse haciendo fotos con Nina en ese lugar. Pero hay que seguir el plan, por el bien de los tres.

Ver tanto blanco junto en la habitación le da angustia. Paredes, sábanas, almohadas, sofá, cortinas, flores. Parece que va a ensuciar algo nada más de mirarlo. Pero si Camilo se desploma en su cama, sucio del camino, impregnado con el olor a arroz con pollo que parece que nunca va a salir de aquella ropa, entonces ella también puede.

Explayada en esa cama tan grande, tan cómoda y aromática, con la cabeza abrazada con perfección por una almohada que es casi de su tamaño, Elisa piensa que tiene que dejar de pensar tanto en Nina y en Graciela y dejarse consentir,

aprovechar el reencuentro con ese papá tan bonito, divertido y salvador, que ahora está cantando Shakira mientras se baña.

Elisa mira su celular y ahí sigue Nina, mordiéndole un cachete hace algunos años, en la foto del protector de pantalla. Falta poco, piensa, mientras la publicidad con acento colombiano en la televisión le recuerda que ella no está más donde su mamá le dijo que se quedara, que la esperara, que fuera fuerte por las tres. ¿Y si le escribe a la señora Olga? Así alguien sabrá qué decirle a Nina cuando le llegue la noticia, para que al menos sepa cuál es el plan y sepa que ya falta poco para que se encuentren. ¿Será? No, no va a ser, porque Camilo tuvo la inteligente desconfianza de esconder el folletico donde estaba la contraseña del wifi, y mejor así, piensa Elisa, pasado el ímpetu confesional.

Camilo sigue cantando, ahora menos festivo, entregado a un popurrí de Jorge Drexler. Nina estaría aquí corrigiéndole los horrores que está cantando en la letra. “Cada uno da lo que recibe, luego recibe lo que da”, en manos de Camilo, se ha vuelto “Cada uno da lo que decide, luego decide lo que da”, y Elisa se ríe y se ríe con los disparates, cuando siente que el mes se le acorta y una flor de sangre se está dibujando en la cama immaculada. Ahora entiende la puntada en la cabeza. Inmóvil de vergüenza, alcanza con el pie la chaquetica con la que viajó, que está encima de su maleta, aún cerrada, y se la pone encima. Intenta una posición que parezca natural para ver televisión mientras pelea con su cuerpo traidor, que quiere forzar una intimidad que aún no tiene con su padre. Necesita hacerlo salir del cuarto, para poder limpiar el desastre, piensa, piensa, piensa.

El timbre suena antes de que Camilo salga del baño. Es un funcionario del hotel, trayendo la parrilla más inoportuna del mundo. El timbre insiste y a Elisa no le queda de otra, se amarra la chaqueta en la cintura, cubre la mancha en la cama con su maleta y abre la puerta con una incomodidad indisimulable. ¿Todo en orden?, pregunta el funcionario al verle la cara de circunstancias. Todo perfecto. Elisa cierra la puerta antes de que el muchacho pueda decir algún eufemismo para pedir su propina. Se apresura a acomodar la comida en la mesa del cuarto, mientras Camilo sale del baño, limpiecito y oloroso.

La maleta se pone aquí, para eso es este cosito, dice Camilo moviendo el equipaje de Elisa hasta el maletero y dejando al descubierto la evidencia de que, por más que ella quiera alargarla para él, para que el tiempo de ausencia no parezca demasiado,

su infancia acabó. Por lo menos la que corresponde al cuerpo. Una antorcha. Una brasa pudorosa. Eso es el rostro de Elisa.

Comenzó a menstruar hace seis meses. Sin padre y sin madre. Nina se puso a llorar cuando se lo contó. Debían haber estado juntas, debió haber sido ella, y no una Graciela cansada y apática, quien le dijera cómo ponerse la toalla sanitaria, cuáles eran las mejores marcas y por qué era mejor usar las que tenían superficie de algodón.

No te pongáis así, mi amor. Ya vamos a resolver.

Camilo arranca las sábanas de la cama y las lava en la bañera, como si nada, como todo padre que se precie lavaría una ropa vomitada u orinada por un niño y, con su tranquilidad, los colores van calmándose en el rostro y en el pecho de Elisa.

¿Aló? Tuvimos un problemita aquí con la comida, vamos a necesitar sábanas nuevas.

Camilo habla al teléfono mientras le guiña el ojo a Elisa y lo que pudo haber sido el ápice del bochorno adolescente acaba volviéndose un nuevo pacto de complicidad. Su padre, piensa Elisa, se las sabe todas, el muy condenado.

Bañados, alimentados y listos para dormir, Elisa pregunta a qué hora sale el avión para Bogotá. Camilo revisa y dice que tienen que estar en el aeropuerto a las nueve de la mañana.

¿Vos te mareáis en los vuelos?, le pregunta a su padre.

No, nunca, dice Camilo mientras se corta las uñas de los pies con una flexibilidad que Elisa reconoce en sí misma.

¿Y yo, será que me voy a marear?

¿Ya te ha pasado?, pregunta Camilo.

En los buses, si hay curvas, si no puedo ver por la ventana, si no me pega el viento...

¿Y en avión?

Son esos momentos, esas preguntas de recién conocido, las que le duelen.

Yo nunca he viajado en avión.

Camilo la mira, el cortauñas en pausa en su mano.

Si es verdad. Todavía te debo un viaje a Disney.

Umjú, Elisa murmura y se traga un reclamo de siete años de antigüedad.

Te debo un montón de cosas, chamita, dice Camilo, que se quita el parche y apaga la luz de la mesita de noche.

Papi, ¿vos no te ibas a poner un ojo de esos de vidrio? Mami me dijo que te ibas a operar.

Me arrepentí.

¿Por qué?

¿Vos preferís que me lo ponga?

No sé, ¿qué preferís vos?, Elisa rebota la pregunta.

¿Para qué tener un ojo si no voy a poder mirar?

Sí es verdad.

Elisa se arropa y cierra los ojos, finge dormir. No tiene nada de sueño. Tiene ganas de conversar y conversar, porque cuando conversa o come o hace cualquier cosa, se olvida de la noticia que le dejó a su abuela, que a esta altura ya se la debe estar leyendo a Nina, que debe estar herida y preocupada y arrepentida de haberla dejado atrás, y Elisa quería el escarmiento, pero, para que valiera la pena, la continuación de ese escarmiento tendría que ser un abrazo de cuerpo presente, el encuentro de novela con el que ella y Camilo están contando.

Ella quiere creer en esa posibilidad, pero la duda se le está comiendo el entusiasmo. Elisa sabe que la mamá de hace algún tiempo estaría dispuesta a esas intensidades, pero esa Nina se acabó un tanto cuando el abuelo Raúl se fue, y se terminó de amargar cuando comenzaron a faltar la carne y los huevos en la mesa. Ella no sabía que el grado de alegría de una persona podía depender tanto de la comida. En esa nueva Nina, las intensidades no tenían cara de reencuentro y fiesta con mucho merengue, chatarritas y reggaetón, como antes, sino de despedida tristísima, calmando el despecho con pancito dulce y café con leche.

¿No te podéis dormir, verdad?

La voz de Camilo parece invadirle el pensamiento. ¿Es tan mala actriz que no sabe ni siquiera fingir que duerme, o es que él, como Nina, tiene ese radar insólito para detectar tristezas y sustos?

¿Estáis nerviosa?

Un poquito, responde.

¿Un poquito poquito, o un poquito mucho?

Un poquito mucho, y toda la adolescencia que esa tarde los apabulló con sus accidentes y revelaciones, retrocede el tiempo, abrazada al pedacito de buen padre que le cuelga del cuello.

Elisa se abre espacio en el costado de Camilo y llora en silencio, con la mano de él sobándole la frente, mientras su cuerpo tiembla de pavor de que su madre se haya acostumbrado tanto a estar sin ella o esté tan brava que decida dejarla sola con Camilo y ella tenga que conformarse con seguir estando minga, y esta vez en un lugar donde no debían ni siquiera conocer el pan dulce.

No sabéis qué hacer con la palidez ni con las manos frías de tu hija ni con esos ojos tan faltos de mamá que se le instalan a Elisa en el cuerpo cuando el avión despega. Recordáis que el limón es eficiente, que soplar en una bolsita de papel ayuda a recuperar el aliento, que respirar profundo, haciendo una exhalación demorada, a veces resuelve. Eso lo sabéis de la vida, de las películas, del yoga que a veces hacías en el parque. Soluciones genéricas.

Elisa y sus ojos pedigüños de remedios específicos, de maña sabida a punta de convivencia, están en tus manos tan poco diestras para esos menesteres, y ella se te vuelve de repente niña, más niña que nunca, una indefensión del tamaño de los siete años que tenía cuando la desconociste. Vos y tus ojos, en desespero, queriendo ayudarla sin saber qué hacer, cómo hacer, qué decir, optan por buscar a la aeromoza y que sea ella la que resuelva la situación con algún caramelo o agua o café o con lo que sea que se le dé a un niño que viaja con un inútil al lado.

Papi, abrí la ventanilla del aire, ponemela en la cara, te dice, antes de que logréis capturar la atención de la aeromoza. Vos le direccionáis el aire acondicionado y agarráis la revista de la aerolínea que está en el bolsillo de la butaca y le echáis fresquito. Ella sonrío, la satisfacción de la enseñanza. Seguíis en eso hasta que la náusea va amainando y a ella llega el sueño y a vos la calma. Lo bueno de estar viviendo ese choque de intimidad e inmersión es que están educándose el uno sobre el otro con una velocidad que no habías podido prever.

Llegan al aeropuerto El Dorado, en Bogotá, y en la farmacia los dos aprenden que basta una pastillita de ondansetrona en la punta de la lengua para resolver las náuseas viajeras de Elisa y sobrevivir el siguiente vuelo, de Bogotá a Houston, sin accidentes eméticos. Eso es algo que Nina no sabe aún, punto para vos, Camilo. Lo

que sí sabe Nina es que hay otras náuseas, otros vómitos y hasta fiebres que no necesitan de carros ni de autobuses ni de aviones, sino de los adioses que estos posibilitan. No te preocupéis, ya vais a aprender más sobre eso. Por lo pronto, las nueve de la mañana los agarran en Houston, Texas, iu-es-ei, le decís a Elisa, payaso, repitiendo la frase que ella misma dijo, y ya no parece hacerle tanta gracia.

La cinta de las maletas es una culebra lenta y traicionera que trae las cosas de todo el mundo, menos las de ustedes. Vos trancaste bajo llave la sensación de estar cometiendo un crimen y hasta ahora te estaba yendo bien, pero cuando el equipaje se tarda empezáis a imaginar que faltan segundos para que llegue el FBI y la CIA y el SEBIN y te rodeen como el secuestrador que sois, ya estáis empezando a transpirar y a querer meterte uno de los comprimidos de Elisa en la lengua, ya estáis organizando el discurso que vais a dar, ya estáis queriendo prever las declaraciones de Elisa, la estáis viendo, con su susto disfrazado de sueño, y estáis aceptando que no tenéis ni puta idea de lo que ella diría, cuando surge, pequeñita y delatora, la maletica anaranjada de Elisa, y atrás, la tuya. Dos equipajes enanos para una fuga que pretende ser borrón y cuenta nueva. ¿Qué se trajo Elisa? Ni siquiera revisaste su maleta, ni siquiera te cercioraste de que no trajera nada indebido, dejaste que a la pobre le decomisaran una colonia del equipaje de mano y viste en su carita que aquello era mucho más que una colonia. Era de mami, te dijo. Y hasta eso le quitaste, la posibilidad de su mamá a una olidita de distancia.

¿Qué estáis haciendo aquí, con ella? Crisis radicales, soluciones radicales, manipulaciones radicales. Sois gente de grandes gestos y grandes acontecimientos, no sabéis vivir en el pie de página sabiendo que podéis ser titular, sois protagonista y los protagonistas se lanzan de cabeza a las aventuras. Así que aquí estáis, en uno de esos momentos en los que la vida se les endereza a los tres, que fueron tres y tres tienen que ser, o todo se va definitivamente a la mierda. Si no volvieron a ser tres por las buenas, quién sabe si por las malas, tal vez faltaba algo así para que Nina se terminara de meter en la cabeza que no hay de otra, Elisa es un vínculo irrevocable entre ustedes, y ustedes son una misma cosa, se completan, por eso la vida los une siempre, sino ¿por qué ambos han tenido un desfile de parejas sin que ninguna relación llegara a cuajar? Siempre había una Nina en el horizonte, siempre había un Camilo, estropeado, pero había un Camilo, y ella lo sabía y por eso no terminaba de irse de vos.

Es eso lo que estáis haciendo ahora, uno de tus grandes gestos. El mayor. La vais a llamar y le va a tocar a ella decidir si va a ser el sí y un abrazo de tres, o si va a ser el no y ¿Y qué, Camilo? ¿Qué vais a hacer si Nina te dice que no y te da la pelea? ¿Acaso no la conocéis? Claro que la conocéis y por eso te estáis cagando de miedo de que lea tu gesto como ella a veces lee tus gestos, como tramoyas, golpes de estado, maniobras. Politiquero en la calle, en la mesa, en la cama, como te dijo un día. Pero ya hubo tiempos en los que Nina supo seguirte el juego y leyó en tus aventuras y en tus irresponsabilidades la rebeldía, chispa inicial de todo este despelote en que se transformó la historia de ustedes. La conocéis tan bien, que justo por eso no sabéis qué esperar de ella.

A quien no conocéis, sea tu culpa o no, es a Elisa. ¿Qué vais a hacer cuando ella salga del hechizo en el que la metiste con tus planes en los que todo funciona rápido, simple, fácil? ¿La vais a mandar de regreso? ¿La vais a devolver como a un producto defectuoso, como a un perrito que no aprende a mear afuera o a un gato que te jode los muebles? Nunca más, jamás. No, no. No creéis. Tal vez no. Va a depender de ella. A lo mejor sí.

¿Qué estáis haciendo aquí, en este lugar del que tanto renegaste? Llegáis como el hijo pródigo, con el rabo entre las piernas, venís a decir que estabas equivocado y a pedir que te hagan un ladito en el retrato familiar del que vos mismo, con tus todo o nada, te recortaste y, pedazo de papel suelto, te quedaste solo, resto, falta. ¿Estabas equivocado? ¿Eso es lo que creéis? ¿En qué, exactamente? ¿Cuáles puntos de tu cartilla política estáis dispuesto a tachar? ¿Estarías haciendo esto si Guaidó no hubiera montado su espectáculo? No podéis ni siquiera comenzar a pensar en eso porque te desmanteláis, vos agarraste tu credo político, tus nociones de política, tu trayectoria política, metiste todo en una caja y la dejaste en el cuarto de los chécheres, a la mano, en caso de que haga falta, pero escondida, mientras estorbe.

Te gusta manejar en ese país, sentís que podéis estar más tranquilo, pensar, pensar, pensar, mientras que por el parabrisas del carro que alquilaste veis la geografía prohibida, el idioma antes mentado enemigo diciendo que estáis en una autopista rica hecha con pobrezas variadas, y te empieza a doler el ojo ausente, el cuello que te sostiene la cabeza embotada, las manos en puño nunca más elevado. Elisa baja el vidrio, quizás intuyendo que tu cuerpo, como el de ella, sintomatiza el miedo, pero a vos el vientico en vez de curarte te hiere, porque en el carril de al lado pasa una camioneta con un Trump sonriente a un costado, y parece que aquel pelo

con el color y el olor del azufre sale de la foto y ondea con la brisa, histérico, cacheteándote cada fibra de tu moral supuestamente revolucionaria con sus hebras rubias, sebosas como todo su dinero mal habido.

¿Ya podemos llamar a mami? No, todavía no. Dejé que llegemos, por lo menos.

El problema es que vos tenéis más experiencia yéndote que llegando y cuando vos decís llegar, no sabéis bien a dónde ni a cuándo. Llegar, para vos, es que te deje de doler el ojo fantasma. El hueco calloso donde montó campamento tu culpa.

Ellos no están, les dice el portero del condominio cerrado donde viven tus padres, un señor con acento de algún lugar de Centroamérica que lográis precisar, inmune a tu simpatía. Intentáis obtener más informaciones, pero el hombre es una tumba. Si fuera venezolano, colombiano o cubano, ya te hubiera dado inclusive más datos de los que debía. Llamáis a tu hermana, ¿la abogada, la que tiene dos niños?, te pregunta Elisa. Sí, esa, eso es todo lo que Elisa sabe de su tía. ¿Que estáis dónde?, la sorpresa se escapa a la privacidad del teléfono. ¿Vos no sabéis qué día es hoy? Cumpleaños de tu padre. Claro que sé, si por eso vine hoy. Estamos en la casa de la playa, te dice ella. Elisa está cansada, pero le veis brillar los ojitos cuando repetís, ¿en la playa, en Galveston? Claro, claro que al viejo le va a gustar la sorpresa.

Poco más de una hora separa Houston de Galveston, pero es una hora que se hace gigante porque leéis en la mirada radiográfica de Elisa, explayada en ese territorio texano, una expresión límite entre la admiración y el resentimiento. ¿Ustedes siempre han sido ricos?, te pregunta, y vos le dais la respuesta que tenéis engatillada, lista para ella y para tantos, los ricos son ellos, no vos, vos sois un asalariado. Y sentada en esa camioneta de lujo que vos alquilaste con tu tarjeta de crédito platino, ella te mira con toda la ironía que le cabe en las pupilas. Nada más a vos se te ocurre venirle con esas comedias a una cría de Nina.

Cuando llegan a Galveston, ya estáis sumido en la vergüenza ajena y en la propia, por haber pretendido mantener tu personaje de quince y último frente a la riqueza del condominio de Houston y de ese otro al que acaban de llegar, más rico todavía; vergüenza de que la totalidad de empleados de ambos sea latina, de la opulencia del pórtico y de la cara de espanto con que ahora tus padres te miran y miran a Elisa. Tu hermana no te dijo que había fiesta ni que la casa estaba llena de gente. Vos y la

nieta que ellos no conocen llegaron de sorpresa y a todos les cuesta fingir que sea una buena sorpresa.

Tu mamá y tu hermana saludan a Elisa e intentan sobrecompensar con gentilezas y cortesías, como siempre, la incomodidad que son tu padre y vos, frente a frente, tus músculos rígidos, tu mirada en fuga, mientras la palmadita de tu padre rebota fría y siempre pesada en tu espalda y su beso sin ganas casi no toca la mejilla de Elisa, nuevo ítem en la lista de decepciones que vos no te cansáis de causarle. Tu madre le ofrece a Elisa un lugar para sentarse, le ofrece comida, le ofrece agua refresco jugo, le ofrece una cama para descansar, mejor descansar, deben estar cansados, ¿no? Ya la fiesta está terminando, ya voy a recoger, dice mientras los torea en dirección a uno de los cuartos para no tener que presentarte a los invitados, que solo están pendientes de la escena por el nerviosismo de tu madre, que actúa como si estuviera escondiendo una infidelidad.

¿Y ahora, vamos a llamar? Todavía no. ¿Y entonces cuándo? Después, ni siquiera hemos terminado de llegar, mejor metete a bañar. No te gusta el tono que empieza a tener la voz de Elisa, pero te va a tocar acostumbrarte porque durante los próximos días, mientras dure la noticia y la negociación, sabéis que será ese tono o silencio.

Pensaste que tendrías unos minutos de paz, horizontalizando al fin el cuerpo en una cama cómoda, mientras Elisa se limpia la fuga del cuerpo, pero el reencuentro con el olor de las sábanas y las toallas de tu familia, que puede estar en Venezuela o en Estados Unidos o en Japón y es siempre el mismo olor, un aroma que te hace sentir automáticamente en familia, lo que en tu caso es lo mismo que decir fuera de lugar, tan, tan fuera, que no han pasado diez minutos y ya tenéis a tu madre en la puerta con aquella mirada de supremacía moral, ¿qué tienes tú en la cabeza?

Tú. No vos, tú. Porque tu madre se envenena de pueblo si llega a salirle un vos por la boca. ¿Dónde está Nina? Lejos. ¿Lejos, dónde, no está en Venezuela? Lejos, lejos. ¿Y cuál es el plan? ¿Ella se viene para acá? No sé. Vamos a ver qué dice, mamá, después hablamos, estoy cansado. No entiendo, Camilo. ¿Ella no sabe todavía que tú estás aquí?

Se me olvidó llevarme la ropa, dice Elisa saliendo del baño, el cuerpo envuelto en una toalla, y te mira ahí, sentado en la cama, un ser diminuto e irresponsable, asfixiado por el interrogatorio, ni rastros del papá todopoderoso que la invitó a esa

aventura, ¿Nina sabe que te trajiste a la niña? Elisa te mira y vos la evitáis, estáis ocupado intentando aguantar el grito que te sale del estómago y ya es tarde, Nina no tiene que saber un coño, Nina que se vaya al carajo, ¿desde cuándo a vos te importa lo que diga Nina? ¿No era una puta rabúa, una chavista de mierda, una fresquita, una salvaje?

Con los gritos, llega tu padre, esa mujer es todo eso y más, es él quien responde, pero si tú te trajiste a la niña sin su autorización, estás mucho más perdido de lo que tu mamá y yo pensábamos. Tu madre está sentada en una esquina de la cama, el torso encogido de pena no tan ajena, desconociéndote una vez más y preguntándote, ¿cómo se te ocurre hacerle eso a Nina? ¿Cómo hiciste para sacar a Elisa del país?

Sacándola, resolviendo. ¿Resolviendo que, Camilo? Pregunta tu padre. ¿Resolviendo cómo, chanchullando, secuestrando a esa muchachita? Ay, por favor, papá, decís con el verbo rebotándote en la cuenca vacía del ojo. ¿Secuestraste a esa niña?, él insiste en preguntar como si Elisa no estuviera en el cuarto, y en su tono sentís un desprecio por vos, por Nina y por Elisa, “esa mujer” y “esa niña”, cuyos nombres ni siquiera se da a la tarea de pronunciar; por tu vida y por tu muerte, que no termina de ocurrir; y en ese fuego cruzado veis a Elisa, inmóvil, con la ropa en la mano y la toalla vistiéndole el cuerpo ahora tembloroso, mojado de baño y de lágrimas, toda su piel llena de manchas rojas, todo su cuerpo una náusea, que te mira asustada y a quien vos miráis asustado, y en ese susto un vínculo tambalea.

Así no te queremos aquí. Cuando quieras hacer las cosas bien, hablamos. Así, a los coñazos, como siempre, no queremos que vuelvas. No cuentes con nosotros, concluye tu padre, y tu madre llora, no sabéis si de tristeza o de alivio porque esas palabras se hayan dicho sin necesidad de ella misma haberlas pronunciado. El problema que no tuviste en inmigración, lo tuviste aquí, con tu familia, con tus padres y con tus hermanos, que optan por no intervenir, como si fueras un extraño; lo cierto es que lo sois y lo seguiréis siendo, ahora que quisiste volver y fueron ellos, y no los gringos, los que te cerraron la puerta en la cara.

Sois tan osado, te decís, tan osadamente pendejo, sois un pedazo de mierda que se cree diferente de esta gente rica y sois tan arrogante como ellos, te creéis diferente de tus ex-compañeros de partido y aquí estáis, rata que abandonó el barco, rata oportunista, jalándole bolas a esta gente rica, te creéis mejor que Nina y Nina, vos sabéis muy bien lo que hiciste con Nina, lo que seguís haciendo. Papi, no te pongáis así, Elisa interrumpe tu intento de ahogar la ira y el llanto en la almohada, y vos

queréis calmarte, pero ¿dónde está mi teléfono?, te pregunta ella, ¿vos lo tenéis?, y ahora que han llamado las cosas por su nombre y ella es tan rehén, tan botín de guerra, no podéis más que confesarle las letras chiquitas del contrato. Sí, yo lo tengo y se va a quedar conmigo. Yo voy a hablar con Nina, no vos. Tu madre no va a hablar con vos hasta que no venga.

El cuarto día de Nina en el campus no amaneció con el sol público de verano sino con una bomba particular, hecha a su exacta medida, y a Nina se le olvidó todo, secreto, vigilantes, silencio, no puede decirse que lo mandó todo a la mierda porque no le dio tiempo de pensar en nada, nada que hacer frente a esa noticia tan imposible y a la vez tan previsible, tan Camilo, cuántas veces Nina había sido pesimista y había acertado cuando se trataba de Camilo y de los límites que le faltaban a Camilo y ahora el límite más sagrado había sido cruzado al mismo tiempo que una hija cruzaba fronteras bajo el embrujo de un padre que hacía muy bien el papel de buen padre, padre distanciado por culpa de motivos siempre ajenos a él, motivos con nombre de acontecimientos, como disparo y atentado; nombres de ciudades y trabajos, como Caracas y ministerio; motivos con nombres de mujer, como Nina, dueña del celular que hacía tres días esperaba noticias de casa, su país a oscuras, y cuando las recibió quiso no haberlas recibido porque “Elisa se fue con Camilo” y “Camilo la sacó del país” fueron formulaciones que le devastaron los sentidos al punto de hacerla salir corriendo de la salita, atravesar el pasillo aún desierto y berrear en el zaguán del prédio 8, en busca de alguna otra alma a quien pedirle algo, algo que ella no sabía pedir y sin embargo se vio pidiendo clamando exigiendo, agarrada a la reja, una versión inmigrante y okupa de loca Luz Caraballo viendo cómo, sin Elisa para tocar, un, dos, tres, cuatro, cinco, se le iban poniendo feos los dedos de sus manos, y entre grito y llanto hispano quiso explicarle a los vigilantes que le habían robado la hija, pero los vigilantes nomás querían saber quién era ella, qué hacía ahí, por qué los sofás de la sala de estudios estaban vueltos una cama, por qué tenía un carné de estudiante con un nombre y un pasaporte venezolano con otro, por qué había ropa de mujer secándose encima de las mesas, y cuanto más gente llegaba, más preguntas hacían

y menos ella respondía porque, Elisa, Elisa, Elisa, se me llevó a Elisa, era lo único que sabía decir, fue eso lo que Sandra le escuchó decir cuando llegó y encontró ese caos montado y tuvo que interceder por ella y tratar de calmar el chisme para que se quedara en eso, en chisme, historia curiosa y conmovedora, en vez de ir a parar en policía y deportación, aunque a Nina estar en Brasil o volver a Venezuela le daba lo mismo en esa hora neurótica asesina mardita, ahora sí vais a ver, Camilo, ahora sí.

Cuando Nina pudo hablar y explicarle a Sandra lo que había ocurrido, las consecuencias tomaron un rumbo menos amargo, con un círculo cada vez más grande de profesores, administrativos y estudiantes curiosos alrededor de ella, algunos ya ofreciendo ayuda y hasta alguna lágrima solidaria, otros, los menos, fastidiados con el tamaño de la comprensión que la invasora recibía y que a ellos no les cabía dentro, como dentro de la mochila de Nina los vigilantes no lograban hacer caber tanta cosa, un equipaje tan lleno de historia que ni camisetas ni pantaletas entraban ya y tuvo que ir la propia Nina de vuelta a la salita a recoger sus desastres, aunque no hubiera organización capaz de eliminarle a ese espacio universitario la huella de haber sido un refugio, tan lejos de sus funciones, tan lleno de esas materias de que el mundo afuera, tan malnacido, está hecho.

Acostada bocabajo, postura que según Graciela curaba los dolores de barriga, Nina trataba de recordar a quién más podía llamar, después de haber recibido estupores y groserías por teléfono que iban del no te lo creo, al bien merecido que lo tienes, pasando por ese hombre se volvió loco y ojalá que no vuelva más nunca, desgraciada, sin que ninguna conversación, si es que todas podían llamarse conversaciones, le hubiese traído alguna información que hiciera que valiera la pena la deuda telefónica adquirida con Sandra y con Horacio, esos dos faros que se cruzaron en su camino y que, hijo y nieta de inmigrantes, se habían forjado un corazón propenso a esos rescates.

La barriga le dolía y Nina comenzaba a pensar que Graciela la había engañado porque nada resolvía esa piedra pesada comprimiéndole la boca del estómago, pero tal vez la postura resolviese males cuando el origen era el cuerpo, una comida que cayó pesada, una intoxicación alimentaria, una virosis, pero no los males que venían de repasar una y otra vez imágenes como la que la llevó, en última instancia, a estar en esa situación. La pretina. Ella estaba sentada en el piso con Elisa, ayudándole a hacer una cartelera para una exposición del colegio, una fotosíntesis en foami, cuando Elisa se levantó para buscar agua y Nina vio que el pantalón de Elisa se le había

bajado hasta la mitad de las nalgas, vení acá, ¿tan rápido se le venció la elástica?, ¿Ah?, preguntó Elisa. Tu pantalón, se te está cayendo. Ah, sí. Estoy más flaquita, más atlética, más elegante, dijo Elisa modelando, forzando un buen humor, como si esos kilos perdidos fueran motivo de celebración y no, no había nada que celebrar, y no, no era la elástica, que estaba nuevita, era pérdida de peso donde debía haber aumento, era un cuerpo de doce años que necesitaba buena alimentación, con carne y huevo y frutas y merienditas y todo el todody que quisiera, en vez de las ecuaciones exhaustivas que ella y Graciela hacían para alargar la comida lo más que se pudiera, porque entre los anaqueles vacíos de las tiendas y la cuenta bancaria llena de dígitos y más dígitos que no alcanzaban para comprar un miserable pollo, cada comida hecha era una batalla vencida. En el momento en que los adolescentes crecen como el monte en los terrenos, en que en un abrir y cerrar de ojos los zapatos y la ropa parecían encogerse, Elisa estaba perdiendo peso y salud y fue esa constatación, la pretina del pantalón de Elisa, la que le hizo decir basta.

Lo pensó mucho antes de buscar a Camilo. Hacía mucho que él no se responsabilizaba por nada relacionado con Elisa, como si Elisa hubiera firmado el divorcio junto con ella, están conmigo o sin mí, había dicho desde la separación y aunque, contrario a lo que ocurría con todas sus promesas, esa amenaza sí que la había cumplido, Nina pensó que la imagen de su hija malnutrida tendría tanto efecto en Camilo como lo había tenido en ella, que ahora pasaba los días queriendo medir a Elisa, viendo o imaginando sus omoplatos y sus hombros y sus rodillas cada vez más huesudos. Pero pensó mal. ¿Ahora sí queréis que te ayude, no? ¿Ahora sí te soy útil? Que las cosas no funcionaban así, le dijo, que si querían dinero de él, tenían que estar con él, que eran familia o no eran nada, que su paternidad no podía resumirse a darles cobres, y cuando Nina habló de obligaciones y de abogados, él le recordó lo que siempre le recordaba, que había sido ella la artífice de la separación; que él no quería, no podía, no soportaba tener que ver a Elisa bajo la supervisión de nadie, como ella había comenzado a exigir después del episodio en el funeral de Chávez; si lo querían tratar como un irresponsable, entonces que no vinieran a hablarle de abogados ni a pedirle plata porque los irresponsables no sabían ni de lo uno ni de lo otro. ¿Qué queréis de mí, Camilo? ¿Qué esperáis? Que volváis. Que volvamos a estar juntos, los tres. Yo estoy mejor, mucho mejor. Vénganse para acá y dejá de pasar penurias, pero cómo decirle que sí a eso, si antes de esas penurias llamadas la patria hubo tantas penurias llamadas Camilo, y Nina no podía seguir

haciendo malabares entre ambas, le tocaba seguir resolviendo sola, como siempre lo había hecho, pero era Venezuela, era 2018, era una inflación de 130.060%, era tener que juntar doscientos veinte salarios mínimos para comprar la cesta básica. Camilo se hacía el desentendido porque su sueldo estaba lejos de ser mínimo y, aunque así lo fuera, él mantenía el chaleco salvavidas bajo su asiento revolucionario. Se hacía el que no veía, porque en su Caracas, que iba del apartamento en Bello Monte a la oficina del ministerio en Sábana Grande, el legado de Chávez tenía que ser defendido más que nunca pues estaba bajo ataques de fuera y de dentro, había que tener consciencia del momento histórico y cuanto más apretaba el momento histórico, más duro había que resistir para que más histórico fuera, tan histórico como su deserción de unos meses después, mardito chavista, mardito politiquero, mardito traidor. Ya en la Maracaibo de Nina los ataques eran de dentro y de fuera y la mayoría eran auto infringidos, y vinieran de donde vinieran, eran tantos que ahora parecía que se vivía entre los escombros y a ella el día se le moría en ir de mercado en mercado, de bodeguita en bodeguita, buscando lo que hubiera al precio que estuviera en el momento que se pudiera, para poder tener qué comer, y antes de poder hacer ese viacrucis, había que lograr vender las tortas, dulces, pastelitos, lo que fuera que se hubiera podido hacer con lo que se hubiera encontrado; ventas que en los primeros tiempos Graciela resolvía en un dos por tres en la universidad, pero ahora ni sus colegas secretarias y ni siquiera los profesores tenían cómo darse el lujo de comprar semejantes superfluidades, porque los escombros no estaban ya respetando escalafones ni glamures ni niveles académicos y, aunque algunos ganaran casi tres veces el salario mínimo, eso no significaba nada más que un grado levemente menor de pobreza en el que un profesor universitario del más alto escalón necesitaba más de setenta salarios mínimos para comprar lo básico de lo básico.

De esa Maracaibo en la que su hija y su porvenir mermaban en vez de crecer, Nina se fue y vino a parar bocabajo, a jetear en la cama de unos casi desconocidos, sin tener idea de cuál sería el siguiente paso, hasta que las instrucciones llegaron claras y firmes como una consigna en la voz de Camilo, una llamada de larga distancia con el prefijo +1, nada más faltáis vos, ¿qué me decís? ¿Qué te digo, cabrón? Te digo que te podéis ir a la mierda, pensó Nina, porque no había nada más que se pudiera pensar frente a un caradurismo de esos, Camilo preguntaba aquello como si la estuviera invitando a un fin de semana de romance en la playa, como si en vez de historia tuvieran futuro, y no podía ser verdad eso que ella estaba oyendo, tenían que

ser los desequilibrios de Camilo hablando por Camilo, apoderándose de él, que declaraba y pedía amor como si en vez de castigo mereciera esa oportunidad, una oportunidad de trece años, uñas comidas y piel nerviosa, que ya estaba ganando peso, altura, argumentos, y heredando estrategias que, había que reconocerlo, eran terribles pero eficientes. ¿Qué me decís? Basta que me digáis la fecha y te compro el pasaje hasta México y de ahí, ya tengo cómo pasarte hasta aquí, dijo con su habitual confianza, una promesa de campaña, nada más faltáis vos, ¿qué nos decís?, el nosotros parecía que pisaba encima de la piedra que Nina tenía en la boca del estómago, pásame a Elisa, Camilo, necesito hablar con ella, pero esa era una necesidad que no podría ser saciada porque no, Nina, vos no vais a ver ni oír a Elisa hasta que estéis aquí, y si queréis pelear y hacer escándalo, lo podéis hacer, vos bien sabéis que no va a pasar nada, dijo con una certeza tan grande de la impunidad, vos pensá la fecha y me decís, una prepotencia que le venía de cuna y de carrera, aquí te esperamos, un autoritarismo ya tan natural, y no te tardéis mucho, no vaya a ser que nos cansemos, una réplica íntima del estilo nacional, nos vemos, sí, Camilo, nos vemos, nos descuartizamos, nos canibalizamos, nos tiroteamos, qué hacer con tanta furia, con tan caliente la sangre, con tan hormigante la ira, una rabia que extrapolaba su cuerpo y se extendía por el apartamento de Sandra y el edificio y por todo el barrio Menino Deus y por la avenida Praia de Belas y por la Orla do Guaíba y crecía como un hilo de tinta ensuciando la ciudad entera y salía rumbo al noroeste del continente, lambiendo ciudades, ríos, dialectos, como una pintada insana y monumental que llegaba al Lago de Maracaibo y se confundía con los derrames de petróleo que ahora parecían noticia diaria y era una rabia que, a pesar de inconmensurable, llegando allá se volvía apenas una más, una rabia más que se diluía en esas aguas envenenadas. Una rabia de mea culpa por su tanta miopía, por las decisiones personales, familiares, vecinales, ciudadanas, que la llevaron hasta ese momento, por su contribución obrera y familiar a la versión nacional del panfleto del materialismo histórico y la carencia histórica y la tragedia de la derecha histórica y la aventura cíclica de la izquierda histórica y la opresión histórica y el melodramatismo histórico enraizados al punto de agarrarse a un líder como a una tabla de salvación, de escuchar a un hombre y quererlo infalible, incontestable, por las ganas desesperadas de creer en el regreso del Mesías, porque ese rescate es más elemental y más heroico y más fácil de contar y cabe en la fe desmedida de los ateos que creen que puede haber paraíso aquí en la Tierra, un escenario tan improbable como la vida eterna. Por ese deseo inflexible

de vivir el gran momento del cambio histórico e histriónico, adoraron a un hombre al punto de inflar muñecos de veinte metros con su imagen y se convencieron de que no había nada tan normal como construir, piedrita por piedrita, un tótem en cadena televisiva nacional, con el "Gloria al bravo pueblo" de fondo, porque cómo eran de eficientes los himnos y las sinfonías y los coros y las consignas dichas por miles en medio de la marea roja rojita y en medio de las sábanas en las que ella y Camilo se enroscaban ebrios de orgullo y agitación por sus méritos en la construcción de la Quinta República, cómo era sabrosa y acomodaticia esa certeza de estar del lado correcto de la historia, cómo eran de emocionantes y de persuasivos los puños alzados en coreografía y el puño de Camilo y las coreografías de su cuerpo entrando en ella y ella queriendo más, siempre más, y cómo dolía y cómo explotaba en los pies esa bomba que era haber gastado aliento para inflar tantos muñecos dentro y fuera de casa, y haber guardado tantos silencios en nombre de un entender el momento histórico atrás de otro entender el momento histórico, sin preguntarse qué era exactamente un puto momento histórico y quién decidía qué era histórico y qué no, quién decidía dónde terminaba la historia de un país y empezaba la de una familia, cómo pesaba haberse rendido a la unanimidad como una vocación o un deber, y ahora saber que ya era tarde, ahora, como decía aquel poema de Roque Dalton que a Camilo tanto le gustaba, ahora era tarde, ahora la ternura no bastaba, ahora ella había probado el sabor de la pólvora y ahora la pólvora era bolivariana y era un impensable Camilo apóstata el que la usaba para reventarle la vida.

La castigaba por renunciar, por no conformarse con el estoicismo que era aquello de morir luchando una lucha que ya no era suya, al mismo tiempo que él renunciaba sin siquiera tener los cojones de decirle al mundo que lo estaba haciendo, después de tanto llenarse la jeta con La Lucha, La Lucha, La Lucha, y es que donde ocurrió La Lucha ya no había espacio para nuevas luchas porque la Lucha ya tenía dueño y uniforme, tenía ídolos y salón de la fama, la Lucha estaba escrita en una mayúscula pesada, antigua, masculina y férrea. Aunque no tuviese nada más dentro, La Lucha era La Lucha y a esa Lucha bien vestidita y bien alimentadita en Miraflores no le importaba que una mujer anónima que la ayudó a existir estuviera viviendo escondida en una universidad brasileña, lejos de todo lo que le era importante, no, La Lucha no quería nada con traidores, los disidentes eran peores que los enemigos tradicionales porque aun conociéndola tan bien, se atrevían a juzgar la historia imperturbable del socialismo mundial y su hagiografía particular; eran mucho peores

porque no entendían, veinte años y tantas capacitaciones y jornadas de concienciación y cursos del Frente Francisco de Miranda después, aún no habían entendido el momento histórico, y que me metieran su momento-derrumbamiento-histórico que ya duraba dos décadas por sus muy soberanos y revolucionarios culos, pensó Nina, encogida en el abrazo de Sandra, pensando la aleatoriedad de qué carajos hubiera pasado si en 1999 hubiera ganado Irene Sáez, si no hubiera desistido; si esa politóloga ex reina de belleza universal hubiera resultado la primera mujer presidenta de la República, con seguridad hoy las crisis del país y de Nina serían crisis, pero serían otras, pero entonces Elisa no existiría, porque Elisa solo fue posible porque La Lucha existió, porque ella y Camilo se encontraron en sus calles, cuando la revolución era una promesa joven y linda, entonces era mejor llorar y pensar que vendrían otros tiempos menos desgraciados, porque Nina no sabía cómo comenzar a imaginarse un mundo en el que Elisa no existía y no tenía cinco añitos y no salía corriendo desnudita por la casa con las pantaletas en la cabeza cantando con ella Don't stop me now o Another one bites the dust, dos himnos que ahora parecían burlarse de ella, que no podía estar más detenida ni comiendo más polvo.



El adulto sois vos, Camilo, vos, le dijo Nina a su padre cuando pasó lo que pasó con ella en el funeral de Chávez, el adulto sois vos. Entre las cosas que Elisa recuerda de ese día, esa es la más permanente, la que más vuelve, la mirada furiosa de Nina recriminándole a Camilo por haberla descuidado, porque después de esa mirada no hubo más Camilo cerca de ella. Ese día ella se despidió de Chávez y de su padre.

Ella había llegado feliz al velorio y Nina a cada rato tenía que pedirle que dejara la guachafita, que recordara dónde estaban, que no le faltara al respeto al presidente. La muerte de Chávez la entristecía tanto como podía entristecerle a quien tiene siete años y no sabe lo que es la muerte ni cuáles son sus rituales. Ella, a diferencia de sus padres, no lograba mantener a raya la alegría de saber que la noche anterior Nina y Camilo se habían reconciliado después de dos años de estar separados y malhumorados, una reconciliación tan fugaz que no dio mucho tiempo de creérsela.

Hugo Rafael Chávez Frías fue el primer cadáver que Elisa vio y, su funeral, el primero al que ella asistió. Un acontecimiento colosal, una multitud tan grande que ella solo tiene referencias felices para compararla, como aquel concierto de Queen, en el que Freddy estaba usando la franelilla blanca y los jeans claritos, o como aquel otro concierto bien hippie en el que se presentaron Santana, Jimmi Hendrix y un montón de gente.

Era eso mismo, pero con gente triste vestida de rojo, una tristeza que bailaba y cantaba y, en vez de escenario, había una sala con el Comandante en un ataúd; en vez de una masa de gente saltando, había filas y filas y filas, filas como ella nunca había visto, filas de fans, esos sí parecidos a los de los conciertos, vestidos como se vestía la gente para ir a las marchas, fotos de Chávez por todas partes y, más que

nada, los ojos de Chávez en camisetas, bandanas, banderas, pancartas, aretes, gorras, chaquetas, millones de ojos que la miraban desde todas partes.

Dentro, estaba él, una urna grandota, rodeada de un montón de gente importante y militares con ropas extrañas. Había uno que parecía que tenía una tapa de sanitario amarrada en la espalda. ¿No te parece, mami? Nina le hizo señas para que se quedara callada y, como Elisa seguía pendiente del cadete con su tapa de sanitario, acabó explicándole que aquello era una mochila de acampar, que ese era el uniforme de gala. Elisa igual siguió mirándolo, porque seguía sin entender nada. ¿Por qué alguien necesitaría acampar de repente dentro de la Academia Militar, donde todo era mármol y columnas gigantes? A lo mejor ya estaban previendo que con tanta gente, sería difícil volver para sus casas y tendrían que dormir ahí, con el muertico, un muertico tan querido que todos tenían cara de que lo harían con gusto.

Camilo, con seguridad, lo haría. Estaba desolado, él, que hasta donde Elisa sabía, no era muy de familia —ella ni siquiera conocía a sus abuelos—, lloraba como si hubiera perdido a un padre. Elisa lo veía oscilar entre la sonrisa cómplice con Nina, recién reconquistada, y el llanto amargo cada vez que llegaba algún amigo de ellos, amigos de “La Lucha”, que ella siempre se imaginaba sin las metáforas que la componían; para ella eran luchas reales, combates de guerra, con trincheras y granadas y balas atravesando cabezas como la de su padre, su héroe particular en aquellos años.

Anduvo todo el día saltando de la mano de Nina a la mano de Camilo, de los amigos de uno a los amigos del otro y a los amigos de ambos, cosa que a ella le encantaba, sobre todo cuando alguien percibía que Nina y Camilo andaban de buenas y comentaba alguna impertinencia divertida, pero la diversión también cansa, aún más cuando hay que disimularla.

Voy a despedirme de Anita, dijo Nina, cuidá a Elisa, ya los alcanzo, nos vemos en el puestico de perros calientes. Para allá iban cuando Camilo se encontró con un fulano y se pusieron a hablar y a llorar y a abrazarse, Patria, socialismo o muerte, y ella, viendo el mundo a la altura de la cintura de un adulto promedio, se vio suelta de la mano de su padre, presa en una marea de piernas y barrigas variopintas y al mismo tiempo todas iguales, jeans y camisetas rojas, jeans y camisetas rojas y los ojos de Chávez que no la cuidaron cuando una mano agarró su mano, una mano áspera y ajena, que la haló a contracorriente.

Elisa recuerda que lloraba y llamaba a Camilo, pero la gente debía pensar que ese extraño era su padre y que lo suyo no era pánico sino una pataleta, y ella solo se acuerda del toque áspero y ajeno de esa mano, del pelo grisáceo y grasiento de ese hombre que no era su padre, de las barrigas impávidas que pasaban a su lado sin la menor intención de salvarla.

Elisa no sabe cuánto tiempo pasó ni si el cansancio que sintió después fue porque el tipo la hizo caminar mucho o porque fue mucho el esfuerzo berrinchoso que hizo hasta que, ya saliendo del bululú, en la parte donde estaban los autobuses estacionados, el chofer del bus que las llevó hasta Caracas la reconoció y empezó a gritarle al hombre, que de inmediato la soltó y se fue corriendo en dirección a la multitud uniformada donde jamás de los jamases podría ser reconocido. El adulto sois vos, Camilo, vos, repitió su madre sin parar, amalgamada con ella en un abrazo tembloroso, cuando él tuvo la cachaza de echarle la culpa a Elisa por soltarle la mano.

Ahora ella tiene trece, ya no ve el mundo desde la cintura sino desde el esternón de las personas y el adulto sigue siendo Camilo, pero él sigue soltándole la mano. Han pasado tres semanas desde que llegaron y tuvieron que irse a esa posada, una “bed and breakfast” cerquita de la playa que ella no puede visitar sola porque ella no puede salir sola. Camilo nunca quiere dejar la habitación, porque dice que se siente mal, que capaz y tiene anemia otra vez, entonces ella está casi siempre sola haciendo varios nada.

Viajó todo ese montón de kilómetros, por tierra y por aire, para acabar así, otra vez cuidando gente triste, qué parecidos son los tristes, ella quisiera poder ser triste como Graciela o Camilo, pero no puede, ella es hija de Nina y no sabe hacer eso de echarse a morir. Otra vez, aunque en inglés y con cobres, está teniendo que jugar a ser adulta, cuando lo único que quiere es que la dejen tener su edad, en vez de andar lidiando con fugas y divorcios y secuestros. Qué cosa tan ridícula que le digan secuestro a esto que Camilo propuso y que ella aceptó hacer. Qué extraños son sus abuelos, qué extraños y qué ricos.

El mejor momento de su día es cuando las gemelas, hijas del dueño de la posada, bajan a la piscina. Las tres se broncean juntas, machucando el inglés y el español para llegar al entendimiento básico, el territorio común mínimo que les ha permitido entender que es Elisa la que cuida de todo. Es ella la que pide comida y limpieza en el cuarto, la que manda a lavar ropa y reclama de la calidad de la televisión por cable. Mientras tanto, Camilo, el padre, apenas recibe y paga las cuentas en su tarjeta de

crédito. Sin esa única prueba de su existencia, las gemelas apostarían que él era apenas una ficción de esa muchachita venezolana tan de armas tomar.

Pero la adultez de Elisa termina ahí, en los linderos de la piscina del hotel, en las palmeras que anteceden a la cerca, en el pórtico con sus lucecitas bonitas, en el cuadrado de mar que logra ver desde la ventana. El otro cuadrado de mundo posible, la otra ventana, la perdió cuando llegaron. Se metió a bañar y al salir vio su celular vuelto añicos. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro, el número de teléfono de Nina a la cabeza como un conjuro. Fue un accidente, le dijo Camilo. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Uno de esos siniestros convenientes, continuación de “tu madre no va a hablar con vos hasta que no venga”. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Ya veremos, pensó Elisa.

Tal vez sus abuelos no sean tan extraños, tal vez simplemente no les da miedo ponerles nombre a las cosas. La supuesta adultez de Elisa no combina con el desamparo que la hace pasarse el día en la piscina, sumergida cuando las ganas de llorar son muchas, bronceándose cuando las ganas de llorar se calman. Nina está pensándolo, eso es lo único que sabe. Mientras su madre lo piensa, ella apacigua la espera con sol. Está bronceada como nunca, es una caraotica roja.

Tu papá es fantástico, le dice la voz de google traductor, bajo el comando de Lauren, una de las gemelas, la más simpática, pero, ¿dónde está tu mamá? Elisa toma el celular y está comenzando a teclear, piensa si debe dar alguna respuesta evasiva o si es hora de pedir un S.O.S y ver qué pasa, cuando Louise, la otra gemela, grita desde la escalera, Grandpa woked up! He woked up!

Lauren sale corriendo eufórica, el abuelo estaba en el hospital y el pronóstico no era bueno, así que el despertar es una noticia estupenda. Es también el empujón que Elisa está necesitando, un pedido de socorro sin escándalo y a un whatsapp de distancia porque el celular de la amiga continua en sus manos.

Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Guarda el número de Nina entre los contactos. Manda un mensaje de audio bajito y lloroso, mami, yo sé que estáis muy brava, pero tenéis que venir, por favor, vení. La exigencia así, seca, después de todo lo que ha pasado y cómo ha pasado, la hace sentir extraña, malcriada, aunque en ese momento no sepa definirlo.

Sabe que no tarda para que Lauren vuelva por su teléfono, no hay evento que aleje a una adolescente de su celular por más de algunos minutos. Entonces lo

apuesta todo y la sensación de malcriadez se le vuelve delación, ahora se mueve entre traiciones, no hay cómo ser amigo de dios y del diablo, si no sabe quién es dios y quién es el diablo, porque parece que se turnan: Camilo no me deja hablar con vos. Este teléfono es de unas amigas. Mami, perdoname.

Listo, está hecho, sea una salida o sea apenas más daño, está hecho. Antes de devolver el teléfono, borra los mensajes, que aún no han sido escuchados para el momento en que Lauren llega corriendo a buscar el aparato, para poder postear el acontecimiento familiar. He really woked up, he's fine, ella dice y Elisa la mira sin entender, hasta que el traductor le cuenta que ha habido una resurrección y Elisa se alegra, por las gemelas y por ella misma, pues un regreso de esos tiene que ser un buen augurio.

De vuelta al cuarto, encuentra a Camilo bañado, afeitado, sonriente, una imagen que le duele, porque mientras ella estaba pidiendo rescate, su padre había estado haciendo un esfuerzo de entusiasmo. Vamos a cenar con tus abuelos, le dice, y Elisa se siente un poquito mejor de que esa recuperación no haya sido intento de cumplir su papel de buen papá, sino una reacción de hijo, piensa Elisa y se ríe, un hombre de ese tamaño lloriqueando por sus padres.

Estamos bien, Nina está organizándose para venir, dice él. Estamos bien, ya estoy en contacto con inmobiliarias en Houston, estoy buscando cerca de Katy, a Elisa le gustaron las fotos. Estamos bien, sí, Elisa está usando suficiente protector solar. Elisa mantiene la boca cerrada porque en la familia la que tiene vocación de teatrera es Nina y ella no heredó esos genes, si las preguntas estuvieran dirigidas a ella, vomitaría un no, no y no, por supuesto que no, porque no iba a adornarle la realidad a esa mujer a la que debe llamar abuela, cuya mirada la hace sentir tan incómoda.

Hoy la gentileza del susto de la llegada ha sido sustituida por un deliberado examen de Elisa. Se siente cosa mínima, microbio raro bajo los ojos de lupa de una señora que hace diez minutos está escogiendo un vino, en vez de agarrar cualquiera y bebérselo rápido, como si fuera agua, que es lo que ella necesita en verdad, ponerse bien borracha, a ver si se le quita un poco lo sifrina.

Elisa piensa en Raúl, en quién sería su abuelo en esa mesa, quiénes serían Nina y Graciela en medio de esa gente, quién es Camilo en la familia de él, quién era Camilo en la familia de ella. Es difícil encajar a su padre, parece que no cabe en

ningún lugar. Padre, esposo, hijo, hermano, heredero, funcionario público, político, militante, una amplia colección de pérdidas y desistencias y aunque algunas hubieran ocurrido mucho tiempo atrás, las heridas parecían tan frescas que no podían ni mencionarse porque la anemia de Camilo empeoraba. La anemia, o la gripe, o la virosis, o cual fuera el mal que estuviera manteniendo a su papá bajo las cobijas en ese momento.

El lugar de su padre, ese hombre nervioso que ataca los camarones rebozados con una fiereza que está enervando a su madre, es la fuga. Camilo debe ser de ese tipo de gente que viaja y nunca deshace el equipaje, no importa si va a estar tres o treinta o trecientos días en ese lugar. Un hombre con la mochila de campaña siempre al hombro, listo para escapar de todas sus funciones cuando la vida aprieta. Pero eso todos lo han aprendido de la peor manera, Camilo, Camilo, Camilo, cuando lo van a buscar y solo ven la estela que dejó. Nina está pensándolo, claro que Nina está pensándolo. Ella no debía haber puesto a su madre en esa situación. Nina nunca huía de nada. Nina llegaba a cualquier parte y en minutos ya la volvía su casa.

¿Es bueno el hotel? ¿Qué tal la comida?, le pregunta su abuelo, esta vez transformado en un señor amable. Debe estar arrepentido de haberla tratado como la trató antes, o mejor dicho, debe estar arrepentido de no haberla tratado, porque el otro día ella no existió más que como el motivo de una pelea fea, muy fea. La comida es buena, ella no sabía que le gustarían tanto los frutos del mar. ¿No los habías probado? No, nunca. No, señor, Elisa estaba en Maracaibo, siendo pobre, tomando “bebida láctea” y esa cosa horrorosa llamada proteína de soya, que sabía a perrarina pero era más barata que la perrarina, acuérdesse. Pobre señor rico, ningún esfuerzo vale. Él no sabe que, habiendo un Raúl en la historia, él no tiene el menor chance de ser un abuelo de verdad.

¿Bueno y cuáles son los planes? Hay que buscarle una highschool a esta muchachita bonita, cerca de la casa hay una. Elisa siente su rostro hirviendo, lava impúdica, porque escuela significa permanencia, cerca significa relación y “Nina está pensándolo” significa que quién sabe, quién sabe, quién sabe no lo piensan mejor y en vez de irse para Katy, se buscan algo más cerca, dice la abuela, yo estuve hablando con Magaly, que trabaja con real state, y me dijo que ¡Chavista hijueputa! El grito de un desconocido llega ya con un empujón que tumba a Camilo de su silla. ¿Qué coño haces tú aquí, ah? ¡Comiendo langosta y bebiendo vino, así sí es bueno, pedazo de mierda chavista! El hombre es enorme como su furia, dos metros y ciento

cincuenta kilos de arrechera y odio que los dos vigilantes del restaurante no logran quitarle a Camilo de encima.

Alrededor, otras voces repiten insultos, varios celulares graban la hazaña, y a los abuelos no les cabe más vergüenza en la cara, por favor, no nos grabe, nosotros no somos chavistas, jamás hemos sido chavistas, por favor, esto es un error, nos están confundiendo. ¿Por qué no estás en tu comuna, pasando hambre? Los vigilantes logran levantar al hombre. Camilo en el piso, una humillación silente. ¿Tú crees que no nos acordamos, maldito tuerto? Aquí no vas a tener un segundo de paz, maldito chavista, lo puedes anotar.

La cena es cortesía de la casa, les dice el gerente a los abuelos, clientes de siempre, mil disculpas. No, no, nosotros somos los que debemos disculparnos, dice el abuelo, y Elisa no entiende por qué exactamente se está disculpando él. ¿Por Camilo? ¿Por estar ahí con Camilo, su hijo, que acaba de ser atacado por ese animal? ¿Esa es la familia en la que Camilo creció? Elisa comienza a comprender por lo menos una de las fugas de su papá.

Los cuatro salen del restaurante en medio de abucheos. No hay forma de que Camilo levante el rostro. Para donde mire, debe haber vergüenza, Elisa no sabe si de ser chavista y, a pesar de eso, estar ahí; o de ya no serlo y, por eso, estar ahí. En todo caso, vergüenza de estar fuera de lugar. Elisa sí que mira, ella está asustada, pero quiere mirar bien, fijar los rostros de aquellos a los que debe tenerles miedo.

El rojo escurre por entre los dedos pequeños de Elisa y tiñe por unos segundos el lavamanos. Elisa limpia el rostro de Camilo, un corte pequeño pero escandaloso en la boca continúa sangrando. En sus ojos ausentes, enrojecidos, Elisa ve un sentimiento que ella todavía no tiene tamaño para saber cuál es, y la agobia una sensación de culpa, por no haberle dado todo el cariño que él necesitaba esas semanas. Contagio, tal vez.

Papi, ¿por qué no respondiste? ¿Por qué no te defendiste? Elisa siente la mirada de Camilo volver al aquí y ahora, y era mejor que no hubiera regresado, porque el no sé que él responde viene con un llanto que ella nunca había visto en adultos, mucho menos en adultos hombres. O sí sabe, pero no quiere saber. El adulto sois vos, Camilo. Elisa hace lo que haría con un niño, recuesta la cabeza de él contra su pecho

y lo deja llorar, llorar, llorar, sobándole el pelo, su boca aún borboteante ensuciándole la franela.

Elisa aprende, esa noche, entre los balbuceos de Camilo, que los llantos adultos no se acaban con chucherías ni con planes de ir al parque. Los llantos adultos se acaban por cansancio y, lo más importante, los llantos adultos, aunque puedan tener un motivo claro, como el ataque, nunca se conforman con ese motivo, así que van convocando otros motivos, Elisa, tu mamá no quiere aceptar el pasaje, no quiere nada, y otros motivos, no sé qué vamos a hacer, no sé para dónde vamos a ir, no sé cómo cumplirte, y al final del llanto, ya en el agotamiento, no recuerdan por dónde comenzaron.

Elisa se asusta, ¿qué pasa con Nina, que no reacciona, en serio la va a dejar a su suerte con ese desconocido? Eso es Camilo para ella, un desconocido, y ella está varada ahí con él. Ella quiere conocer a ese desconocido, pero no sabe si él quiere que alguien lo conozca. A veces parece que Camilo quiere resetearse, empezar de cero y que todo el mundo concuerde con su inauguración. Su padre es un posible hombre bueno que no sabe ejercer.

El teléfono de la habitación suena. Son las gemelas, preguntando vía google traductor si Elisa quiere bajar, van a cantar karaoke en la piscina y a asar unos t-bones. Ella no sabe qué es eso, pero suena sabroso. Andá, le dice Camilo, y en la rapidez y tosquedad de su respuesta, Elisa entiende que él prefiere estar solo. El momento que tuvieron fue eso, un momento, y ya se acabó. Se cambia la camiseta manchada de violencia y baja corriendo a ser adolescente, a olvidar un poco el tamaño del rollo en que está metida, con la ayuda de dos loquitas gringas desafinando canciones de Justin Bieber.

Sabroso, de hecho, muy sabroso y muy grande el t-bone que el papá de Lauren y Louise le pone en el plato mientras le dice alguna frase que se pierde en el limbo idiomático, porque las gemelas le responden también en inglés y todos se ríen, sin que ninguno de ellos se preocupe en traducir en ese momento. Por suerte, antes, cuando llegó la respuesta de Nina al celular de Lauren, sí que se preocuparon. “Soy la mamá de Elisa. Necesito que le den mi mensaje, por favor, díganle que la estoy yendo a buscar, que confíe en mí”.

La invitación a esa noche, que era a todas luces una noche familiar, íntima por definición, era una emboscada. Tell us what’s happening, Elisa, please. Do you need help? No, no, es solo que mis papás están peleados y mi papá no me deja hablar con

mi mamá. Why doesn't he let you speak with her? No sé, no sé, but it's ok, look, she is on her way, replica la voz del traslator, ella está en camino, mi mamá está en camino, ¿le puedo responder? Are you sure you don't need help? Sure, segura, segurita. Nina había decidido atender su llamado y ese era el único heroísmo que ella quería, debía y podía esperar.

Cuerpo en transe, piel dispuesta, manos en viaje a través de sí misma; un paréntesis de paz en medio de tanto atropellamiento para donarse a la increíble y subestimada sensación del agua caliente en la epidermis, cuero protector tan ávido de cariño, la posibilidad de dejarse llevar a mejores momentos. No pensó que México sería una posibilidad tan rápida, pero Sandra tenía razón cuando decía que aún había gente buena y que esa gente buena no siempre se quedaba callada, porque bondad y acción iban juntas o se anulaban, Sandra tenía razón, tenía firmeza, tenía voluntades que Nina no sabía que pudiesen llegar a logros tan socorristas como ese de haber hecho una vaquita entre la gente de la universidad y vecinos y familiares y allegados y tantos otros que aún estaban conmocionados con su historia digna de programa de TV, una cadena de favores que la llevó hasta la posibilidad de ese orgasmo en un baño de hotel en una ciudad mexicana, ventura colateral de un viaje para recuperar a una hija en fuga.

El primer ímpetu de Sandra había sido denunciar, llamar a la prensa, pero entre llamadas e emails comenzó a entender que la burocracia de probar que un niño había sido substraído truculentamente ponía un laberinto perezoso y aranero donde debía poner caminos rectos y velocidad; que entre cancillerías y consejos e instituciones el nombre de Elisa podía perderse durante años en medio de carpetas, gavetas, archivos, costumbres venezolanas, mientras su cuerpo era llevado por rutas, ciudades, prejuicios, paisajes estadounidenses. Camilo tenía dinero, conexiones e ingenio, para revertir la situación ellas tendrían que saber darle la vuelta a esas capacidades casi omnipotentes y cualquier veterano en ese oficio duro de ser venezolano y latinoamericano sabía que no era contando con las leyes y las autoridades que se lograba esa proeza pues las herramientas de Camilo maleaban a

conveniencia las unas y las otras. Por eso, frente a su chantaje, la opción de Nina había sido confiar en su antigua capacidad de driblar manipulaciones, por eso estaba en México, como él quería, fue del DF a Ciudad Acuña, en Coahuila, como él mandó, pero no estaba usando su dinero, ¿cómo hiciste para viajar?, y eso le disparó todas las alarmas, ¿de dónde sacaste esa plata?, porque una Nina capaz de llegar tan lejos no era la Nina en harapos, toda vulnerabilidad, que él esperaba, y esperaba mal, muy mal, porque aun con toda su experiencia en colaboración comunitaria y su contacto con redes de madres y mujeres organizadas, no creía que fuera posible que hubiera tanta gente, tan remota y desconocida, dispuesta a darle a él en la madre, ¿dónde estáis?, 700 metros separaban su cama de la línea que dividía el Puente Internacional en dos, versiones A y B de la historia, Acuña y Del Río, Coahuila y Texas, México and luesej, lo mismo pero más barato, decía el eslogan de las Farmacias Similares, donde Nina compraría un antiácido para calmar la quemazón que el picante inédito del desayuno del hotel le dejó en la boca el estómago, antes de llamar a Camilo, ¿y ahora qué?, y que el fuego se mudara al otro lado del teléfono. Ahora te mando a buscar, ya tengo el contacto, unos muchachos de Maracaibo, ¿podéis creer?, preguntaba él, fingiendo un tono gentil, obviando el hecho de que esa no era una conversación de amigos sino una negociación de secuestro y de traspaso ilegal de fronteras y que alrededor de ellos no debería haber vacío sino policías y ese diálogo debería estar siendo grabado y una heroína a lo Olivia Benson debería estar haciéndole señas a ella para continuar conversando mientras ellos ubicaban la localización exacta de Camilo y cuando lo hicieran, un montón de camionetas negras lo rodearían y los policías entrarían y rescatarían a Elisa, lástima que la vida real tuviera tanto de auto secuestro, lástima que a pesar de la falta de cabeza y más allá de la ceguera que impone el dolor, Nina reconocía en la actitud de Elisa, a sus trece años, el germen de barrabasadas suyas a los quince, veinte y treinta, menores impactos pero iguales semillas, una necesidad de enderezar el mundo a cualquier precio, la tendencia a actuar primero y pensar después, el mal consejo de pedir perdón en vez de pedir permiso, que Camilo también seguía, por lo que esa conversación exigía tacto e histrionismo, ¿qué te parece si ustedes dos vienen para acá y aquí vemos qué vamos a hacer?, preguntó Nina, cagada de miedo por la posibilidad contraria, la opción alucinante de Camilo, “te mando a buscar”, que en realidad era pagarle a alguien para que ayudara a llegar a la otra orilla del Río Bravo, donde ya no se llamaba Río Bravo sino Rio Grande, y después solo Dios sabría, y a veces ni Dios sabía, Acuña y Piedras

Negras rebosantes de inmigrantes, estampida de criaturas que querían llegar a los Estados Unidos, pero les habían trancado la puerta en la nariz y mandado a esperar hacinados en refugios en la frontera, Roraima mil veces repetida, lugares en los cuales era tan poco el espacio que parecía que ni siquiera Dios cabía, por mucho que lo llamaran y le quisieran hacer un rinconcito, tengo miedo, le dijo, las cosas están muy feas, Camilo, pero del otro lado hubo un suspiro, la incerteza carcomiente del yo te aviso, voy a pensarlo; la constatación de que la voz llorosa de ella, antes infalible, ya no era capaz de convencerlo, para ustedes es apenas cruzar un puente, Camilo, y él repitiendo, yo te aviso, yo te aviso, ella juntando porfavores con órdenes, estoy en la Calle Ocampo, 250, Hotel Prado, habitación cinco, los espero, y Camilo colgándole el teléfono, ya sin gentileza, negociación dura en abierto, ya te dije que yo te aviso.

A la espera de un aviso estuvo toda la tarde, caminando por las calles que corrían en paralelo al río, coqueteaba con la idea del nado y lanzaba hipótesis sobre su agilidad en el agua, imaginaba cuánta fuerza le habían costado los últimos meses, ¿o ya eran años?, de mal comer. Hileras de casas simples, la mayoría con patios llenos de chécheres y chatarras, tenían el agua, al fondo, como una especie de muro natural. De vez en cuando una vereda libre dejaba asomarse hasta el margen y fue siguiendo una de esas callejuelas que Nina metió las manos en el agua para sentir la temperatura de abril y con el toque y el olor fuerte de río intoxicado le llegó la imagen de su boca atapuzada de algas y arena, su cuerpo hinchado de agua golpeando las piedras en algún meandro, masa de carne ya ajena a cualquier vida y cualquier dolor, a no ser el dolor de aquellos que leyeran en la prensa o vieran en el noticiero la cédula desteñida descubierta en la mochila y el amuleto que le colgaba del cuello, impotente frente a salvaciones tan exigentes, cuando la única salvación posible fue la que le hicieron dos niños con su madre, bañándose algunos metros adelante, alegres y vivos, muy vivos, y, atrás de ellos, el puente, una cosa tan chiquita, una distancia tan recorrible entre una orilla y otra, que las algas entre los dientes de repente quisieron parecerle una exageración, estadísticamente lo eran, cifra nimia frente a la cifra grotesca de la caravana de inmigrantes, desfile que no paraba, solo cambiaba de acentos conforme cambiaba la historia, a quién le tocaba la mayor mierda en qué año, porcentaje enano el de los cuerpos hinchados de agua, porcentaje mayor el de los deshidratados en el desierto, pero a quién le importaban las estadísticas, si cuando la tragedia llegaba daba igual si su difunto había sido excepción o regla, no había

probabilidad, matemática, fórmula capaz de ajustar el peso de una falta, la falta que ella le haría a quién, una falta que no sería noticia porque hoy ella se faltaba inclusive a sí misma.

Yo te aviso, Nina, dejame pensar, pensando debía estar Camilo mientras ella bordeaba el muro ridículo que a su vez bordeaba la entrada del puente, como un niño egoísta escondiendo sus juguetes caros para que nadie los viera, como si viéndolos les fueran a echar mal de ojo, siendo que desde infinitos puntos de Acuña se veían no solo el puente, como los secretos del río y hasta las promesas farfullas que habitaban en la otra orilla, ridículo ese muro y ridículo, desgraciado Camilo, que a esa hora debía estar sacando cuentas y viendo qué tanto ella se podía morir o qué tan complicado sería que la dejaran presa o qué tan grave sería que la deportaran y acabara en uno de esos refugios como el que ella ahora estaba espiando al final de la calle, mirando como quien no quiere mirar, Camilo concluyendo tal vez que ninguno de esos escenarios era tan grave, la muerte nomás, pues entonces él quedaría atascado en un dúo cuando lo único que quería era ser tres, era ya noche y no eran tres, ella tenía sueño y no eran tres, ella dormía y no eran tres, era mañana y, buenos días, estoy buscando a Nina, ahí llegaba el hombre que prometía, como paquete turístico, una vida de tres del lado correcto de la frontera.

Yo soy El Perro, dijo el coyote, y ciertamente tenía voz de perro y cara de perro, pero no de pitbull, como la profesión debía exigir, sino más bien de cocker spaniel, una nariz chiquita y redonda, ojos pidones, orejas largas como dulce de limonsón. Me manda Camilo. Venía bien vestido, barba hehecita, oloroso. No tenía cara de criminal y tal vez él mismo haya sido responsable por el apodo, un intento de compensación para la falta de peligrosidad que su cuerpo entregaba. Capaz y en su cara de cachorrito con miedo y en su look de joven pasante en empresa de administración residía el secreto de su éxito en el negocio, un pica-pasito de los peores, no una gente transparente como ella, una mujer arrecha pero muerta de miedo que solo logró calmarse un poco cuando El Perro le dijo que esa noche no sería la noche porque le habían dado el pitazo de que estaba pesado el movimiento de la patrulla fronteriza por el punto de ellos, así que habría que esperar otro día, ¿en cuánto te están cobrando la noche?

Nunca esperó que su coyote se quedara en el mismo hotel que ella, ni que le brindara la cena ni que la paseara por la ciudad, que de noche tenía una vida diferente en la que el río, a oscuras, perdía un poco de su omnipresencia, pero se dejó llevar

porque a ella el dinero no le sobraba y si el tipo estaba bajo órdenes de Camilo, entonces lo mínimo que podía hacer Camilo, si esperaba que ella se tirara al río, era hacer que aquellas que podían ser sus últimas horas y comidas fueran decentes y, más que decentes, fueron entretenidas, Nina sintiendo que no era ella la que estaba ahí, en una situación que le parecía tan de otras personas, de otras historias, Camilo había hecho de su vida algo inverosímil y entre una cervecita y otra y un leve flirteo, Nina le sacó la biografía a El Perro, que resultó ser, no solo de Maracaibo, como Camilo le había dicho, sino del barrio Teotiste de Gallegos, cerquita de San Jacinto, donde ella misma había crecido, y aunque no conocían a nadie en común más que a Camilo, a ambos les dio en el corazoncito la congoja boba y patriótica que da el estar lejos de casa y poder hablar de paisajes y panaderías y canchas y puesticos de hamburguesas y líneas de autobuses y que haya un interlocutor apto para entender en plenitud las minucias de ese espacio-tiempo que quedó atrás a la vez que estaba tan aquí-ahora-dentro-bienadentro.

Ella preguntó y contó, preguntó verdades y contó verdades y mentiras, versiones que la ayudaron a ganarse ese hombre, territorio tomado por Camilo y la plata cochina de Camilo, y supo que el béisbol era el sueño perdido, que era un pitcher de primera línea y en Maracaibo le habían puesto el ojo, estaba casi firmando contrato con las Águilas del Zulia y ya estaba viendo posibles y bonitas casas para comprarle a su madre, fuera del barrio, cuando se lastimó el hombro y el sueño se le acabó antes de empezar, y cayó otra vez de cabeza en el barrio, jodido en el barrio, casi le dio por morir, pero a un primo suyo le dio por irse a los Estados Unidos y le metió la idea en la cabeza y eso le salvó la vida, no haberse ido a la gringa, sino haberse hecho un plan, cualquier plan. Se fueron como turistas y ahí se quedaron, pidieron asilo después, dijeron que Chávez esto y Chávez aquello, a él le dijeron que sí y al primo le dijeron que no, y se equivocaron de primo porque el primo escuálido y perseguido era el otro, el guarimbero era el otro, a él las vainas le cayeron de rebote y aunque se tripeara una guarimba, lo suyo era el bochinche, explotar, quemar, joder vainas, fuera del lado que fuera, y aunque juró y probó y justificó que Chávez esto y Chávez aquello para poder quedarse, lo cierto era que Chávez nada, si hasta su madre aprendió a leer y a escribir en la misión Robinson y eso a él no se le olvidaba jamás, la alegría de su madrecita santa escribiendo ella misma el cartel de “Se venden tortas”, eso no hay crisis que se lo quite, y para esa conexión Nina ni siquiera tuvo que mentir, ahí ya era Raúl moviendo los hilos por ella, mi papá fue profesor de Misión Robinson, daba

clases en el INCE de Bella Vista, contó Nina, mientras buscaba en su celular una foto de Raúl. El Perro hizo lo propio y buscó una foto de su madre en Walmart. Que Raúl tenía cara de buena gente, dijo él. Que la señora tenía cara de guachafitera, dijo Nina, que debía estar aburrida con los gringos. Mi mamá está en Maracaibo, dijo El Perro, parece que estuviera atornillada allá, en vez de venirse de una buena vez se la pasa haciendo planes, negocios, queriendo que compremos casas y locales allá para cuando la cosa mejore, la vieja dice que prefiere ser rica allá con los dólares que yo le mando que medio pobre aquí. Peor está la mía, que solita y pobre y todo, no quiere salir de allá, dijo Nina. ¿Y tu papá, dónde está?, preguntó El Perro, y ella le mostró el amuleto, debe andar aquí cerquita, cuidándome. Que Dios te lo tenga en la gloria, mami, dijo El Perro con una sinceridad que le aguó los ojos a Nina. Amén. ¿Y vos qué vais a hacer aquí, reina, venís a encontrarte con tu marido? Marido, nada, Camilo es mi ex. ¿Y entonces? Entonces que el desgraciado se me trajo a la muchachita. Estoy viniendo por mi niña. Esa vaina no se hace, dijo El Perro, ya sabía yo que ese pajúo no me daba buena espina, pero pajúo o no, por ahí acabó la conversa porque El Perro podía parecer buena gente, pero buenas noches, mami, plata era plata y Camilo era quien la ponía.

Café en mano, el hombre tocó a la puerta de la habitación de Nina a las cuatro de la mañana con el estrépito de que el paso sería en media hora, que le habían dado un dato de oro y que era ya ya ya, decía El Perro mientras repetía las instrucciones que ya le había dado: dos muditas de ropa; los zapatos más cómodos que tuviera; nada de inventos de maletas, una mochila del tamaño de la mochila quemada de Nina e inclusive esa mochila podría ser dejada antes, durante o después de atravesar el río, si así fuera necesario; los documentos iban en un saquito plástico sellado y si ella no tenía él le podía dar uno y, calma, calma, pidió Nina, a medio camino de la vigilia, el entendimiento nublado, la boca de fruta fermentada, ya va, ya va, ya va, yo no me he decidido, y es ahora o no es, le dijo El Perro, que de madrugada y listo para la guerra no parecía tan simpático como la noche anterior, pero igual se le aguarapó todo cuando ella no logró controlar el miedo y las lágrimas empezaron a gotear y sus cachetes no sabían qué hacer con ese líquido que ella normalmente no dejaba caer y le dio frío en el cuerpo y calor en el rostro, El Perro la miraba mientras ella recogía sus cosas, lagañosa y atolondrada en un vaivén de caos y pánico y mocos y lágrimas,

y en ese vaivén la dejó un tantito más, unos minuticos de abismo, perversidad estratégica, antes de sugerirle, a menos que queráis hacer algo diferente, reina, la opción que debía estar en su cabeza desde antes de haber tocado a la puerta para hacer todo ese teatro, maldito manipulador, cuentacuentos del desespero. ¿Hacer qué, Perro?, preguntó Nina previendo cualquier babosería y ya casi diciendo que sí a todo. Yo sé dónde está Camilo, dijo El Perro. Ya vi a tu chamita. Están aquí cerquita, esperándonos, en un hotel en Vega Verde, pasando el puente. Él está pagando dos mil dólares por vos, pero la verdad es que ni él ni yo tenemos cómo asegurarte que no te van a devolver como han echado para atrás a todo ese gentío que está como arroz en los refugios desde aquí hasta Matamoros. A mí me da vaina con vos, que parecéis pana. Si yo hubiera sabido en lo que él andaba, no hubiera hecho negocios con el culiao del ex tuyo, mami, el huevón se hace el picapasito. Dejame ponértelo así: si superáis lo que él está pagando, yo te resuelvo tu problema y que se joda el tuerto. ¿Cuánto podéis ofrecer?

Nada más la vi bajarse del carro y ya entendí que era verdad aquello que dicen, “el hambre es mala consejera”. Yo que dije tantas veces no, que rechacé tantas ofertas que Olga llegó a decir que lo que me faltaba era hacer un casting para ver quién merecía que le vendiéramos la casa, y mirá dónde vinimos a parar, Raúl. Me tardé demasiado en creerme el tamaño de lo que estaba pasando, como de costumbre.

(Bien que yo lo sé).

Creí que habría un mejor momento y lo único que hubo fue un momento peor, mucho que cualquier otro momento, al punto de que no nos quedó de otra sino atender lo que ya no eran consejos sino exigencias del hambre.

—¿Hace mucho que están queriendo vender?— pregunta la muy caradura. Viene creyéndose la madame, como si uno no supiera quién es y de dónde salen tantos cobres de la noche a la mañana; como si ella no supiera que uno sabe.

Las ganas que tenía son de ni siquiera dejarla entrar en la casa, de devolverme para el cuarto y seguir llorando, que es lo que mejor sé hacer últimamente, pero los días de llanto y colchita sucia se acabaron, Raúl, porque viniste vos, porque Elisa se fue y porque Nina me espera.

—Es una decisión reciente. Me hicieron ofertas, pero yo no me quería ir.

(Ahora, por motivos de desespero, vendemos, rematamos, regalamos acogedora casa en vecindario clase media, medio baja, medio pobre).

—Umm. ¿Cuántos metros cuadrados?

¿La estáis viendo, Raúl? Vela cómo mira todo con esa nariz levantada y esa cara de indigestión.

(Concentrate, Chelita, concentrate).

De Teotiste de Gallegos, repostera de toda la vida, analfabeta hasta los cincuenta y pico, me contó Nina, y mirala ahora tirándosela de gran cosa, pobre a la que se le olvida que fue pobre y que no entiende que puede volver a serlo en cualquier momento, basta que le metan preso al hijito en uno de sus vaivenes. Vela examinando las paredes, los pisos, las puertas, estudiando nuestros rastros, jurungueando la historia presa en las comisuras de la casa, como si realmente estuviera avaluándola.

—La casa tiene 95 m<sup>2</sup>, dos pisos, con cuatro cuartos y dos baños y medio; pisos de cerámica en toda la casa.

(Que permiten las mejores patinadas en medias de la región, Elisa que lo diga).

Pero ella y yo sabemos que nada en esa revisión va a definir realmente la cifra, que nos van a ofrecer un valor ridículo que ella y El Perro determinaron antes de siquiera poner un pie aquí; una limosna más miserable cuanto mayor sea el grado de desespero que uno demuestre. Lo que el hijo hace allá, ella lo hace aquí. Se abre una herida, ellos llegan. Emprendedores zamuros.

—Esta es una salita de estar.

(Donde yo sé que cabe un sofá-cama de dos puestos, aunque nunca lo haya comprado).

—La silla colgante se viene conmigo, es que era de mi marido, que murió.

(Aquí presente, mucho gusto, pero no se asuste, que junto con los chécheres nos vamos los fantasmas).

—Que en paz descanse.

¿Estáis en paz, Raúl? No me habéis contado ni eso.

(Concentrate, Chelita).

—Y esta es la sala, los muebles se quedan, el juego de comedor se queda, la consola, el televisor y el equipo de sonido también.

—Es grandecita, lástima ese color vino tan oscuro.

(Y así se va a quedar, porque sabemos que, color vino o no, la falta de pintura es una de esas justificativas que ustedes van a usar para desangrar el precio, entonces haga su teatro, que nosotros, los vivos y los muertos de esta casa, hacemos el nuestro).

—Si supiera que le dio un aire elegante a la sala— le digo y no miento, todo el mundo lo comentó, ¿te acordáis, Raúl, cuando arreglamos el piso y pintamos? Tan bonito que se veía.

(Bien bonito).

—¿No hay problemas de filtraciones, de tuberías, nada de eso, no?— pregunta ella.

—Nada. Jamás hemos tenido problemas de ese tipo.

(Hemos tenido millones de otros).

—Aquí entonces tenemos la cocina, que fue totalmente remodelada.

(Después de años de estantes sin puertas, sepa que no nos dio tiempo de usar toda la alegría que nos correspondía por finalmente tener nuestros gabinetes, así que alguna emoción usted encontrará todavía entre una repisa y otra y le pido que la disfrute en nuestro nombre, que acoja como se debe sus herencias desconocidas).

—Aquí se quedan la cocina, la nevera y el microondas. La cocina es mi espacio favorito, centro del bochinche, aunque toda esta casa era un bochinche.

(Por eso me la paso prendiendo el televisor, Chelita, para que vos y para que ella, la casa, no se sientan tan solas).

—¿Sirve esa lavadora tan vieja?— pregunta la insolente que casi no me dejó mostrarle bien los gabinetes, porque parece que está apurada, no está viendo la casa como uno mira a su futura casa, ella no merece nuestra casa, no la merece Raúl.

(Pero aquí estamos y toca que chupar limón).

Chupar limón y sonreírle a la arrogancia tosca de esta mujer, que se mueve y habla como quien tuvo que esperar mucho para que fuera su turno de humillar.

—Y lo que tiene de vieja lo tiene de buena y de grandota.

La pobre máquina debe reírse de mí cuando le meto mis tres trapitos sucios. Por más que yo deje acumular, nunca es suficiente: calculamos para cuatro personas, restó una.

(Y vos que ya ni te queréis bañar).

¿Y para qué, Raúl?

—Y en esta lavandería caben bastantes baldes para guardar agua cuando venga, aquí llegaba cada veinticinco días, ahora ya no se sabe, pero para eso tenemos un tanque subterráneo y uno en el techo.

—Esto va a dar bastante trabajo— dice la madame al asomarse al patio, nuestro patio, Raúl, nuestro desastroso.

(¿Por qué será que el bochinche siempre venía a parar aquí?).

—Usted sabe cómo es, nunca logré arreglarlo porque siempre hubo algo más urgente, pero tiene un buen tamaño.

(Y buena historia).

—Vamos a subir para que vean los cuartos.

La conduzco por la escalera queriendo, a un paso, que desaparezca y, al siguiente, que por favor, por el amor de Dios, se quede con la casa, no importa lo que haga con ella, la casa a esta altura es un puñado de concreto, metales y cables. La casa sois vos, Raúl. La casa somos vos y yo y Nina y Elisa. La casa es el alboroto y las risas de nuestros parientes y nuestros amigos.

(La casa es lo que fuimos y cuando lo fuimos).

Yo sé, Raúl. Me lo he metido en la cabeza a punta de desvelos, pero al siguiente paso, otra vez, quiero expulsar a esta mujer de mi casa, la única casa que conozco, no la he vendido y ya soy un sofá viejo y seco dejado en la acera, un caracol desvalijado, una intemperie.

—Un poco chiquitos los cuartos, ¿no?— dice la madame.

—No sé, sabiendo acomodar bien las cosas, yo diría que tienen un buen tamaño— le retruco en un segundo y en el siguiente me arrepiento porque no es hora de tener la razón, hoy todo esfuerzo tiene el nombre de Elisa y de juntarnos las tres donde sea y como sea, y este es el como sea, esta es la prueba, así que intento remediarlo — pero sí, no se puede decir que sean grandes.

(No serán aquella cosa, pero tienen un no sé qué, una ternura, una paz, dejala que la sienta).

Sí es verdad, y no lo decimos nosotros, lo dicen todos los que alguna vez pasaron una noche aquí, y son tantos, tantos, que yo creo que por eso a veces la casa tiene complejo de hotel. Y sí, puede que los cuartos sean maltrechos y chiquitos, Raúl, pero yo apenas lo vengo a percibir ahora, nunca me hizo falta más.

(Porque a nosotros nos gustaba estar bien cerquita y no desperdigados como estamos).

— Las ventanas son corredizas, vidrio y aluminio.

(Con un equilibrio perfecto entre buena luminosidad, óptima vista para los escándalos ajenos y suficiente privacidad para los propios).

—Pero están medio llevaditas— dice ella.

—Hay que hacerles un cariñito, pero vienen con las rejas, las persianas y hasta las cortinas se las voy a dejar.

Entiendo que, como yo, aquí ya nadie tiene ganas de mirar para afuera.

(Nunca menospreciéis una ventana, Chelita).

Bajamos y me doy cuenta de que he perdido todo hábito de anfitriona, he lidiado tanto con gente que se va, que ya no sé lidiar con gente que llega.

—Disculpe que no le haya ofrecido nada, es que no me han traído el café. ¿Quiere una agüita? Vamos a sentarnos para conversar.

Pero la mujer no quiere conversa, va directo hacia la puerta y yo veo la solución desmoronarse un poco, pedazos de familia cayendo en cada *tuc, tuc, tuc*, de su paso de tacón corrido, apabullante, Elisa alejándose, *tuc, tuc, tuc*, adiós, adiós, adiós.

—Mire, he visto casas mejores, pero mi hijo me contó en lo que andan, el problema con la niña, así que vamos a ayudarnos. Le doy cinco mil dólares. Si le interesa, tiene dos días para vaciarme la casa. Luego la llamo para finiquitar lo de los papeles y la firma en notaría.

Aleluya y maldita sea la hora. Nuestra casa de toda la vida, Raúl, vendida a precio de carro viejo y, encima, tratada como si en vez de negocio, fuera caridad. Y pensar que va a poder firmar este robo con su nombre en vez de con una equis, como hacía antes, cuando no solo era pobre, sino analfabeta, ¿será que se acuerda de aquellos días, de aquella solidaridad?

(¿Cuándo iba uno a pensar que algo tan bonito iba a usarse para vainas tan feas?).  
Nunca, mi amor. Nunquita.

El precio normal sería quince veces esa miseria, quince o más. Yo continuó calculando números de antaño por manía de medir la catástrofe, pero los números y los ceros a veces se me confunden, los dejo por ahí regados, en esas salidas que hago sin darme cuenta.

Si no estuviéramos en lo que estamos, mis ganas serían dejársela a alguien al cuido, Olga seguro le echaría un ojito con placer, prendería un bombillo cada noche para decirle a los ladrones y a los invasores potenciales que hay gente adentro, lo que no sería mentira porque, viva o muerta, aquí siempre habrá gente. Tenía razón Nina con su simpatía por Olga; si no fuera por ella, sea puta o no, yo no sé qué hubiera sido de mí. Pero Olga tampoco va a durar mucho, ya está recogiendo sus corotos y poniendo al día sus papeles, se va para Oaxaca, dice que su hermana está de lo mejor allá y es cuestión de meses.

Parece que no va a sobrar nadie en la urbanización, Raúl. A los últimos optimistas se les jodió la esperanza con el apagón y con el racionamiento; es difícil ponerle

horario a la alegría, que parece mentira, pero la pobre aparece con la luz, porque es que es de valientes sonreír cuando tenéis que estudiar, trabajar, hacer oficio, existir en algún tipo de movimiento de cuerpo o de alma, y no podéis porque estáis a oscuras y el calor te incinera las ideas, las axilas, las intenciones, las verijas. Nos dieron horarios para la tristeza, seis horas por sector, pero ni siquiera eso se cumple.

¿Será que Oaxaca queda cerca de Coahuila? Dice Olga que no importa si no es cerca, que para eso hay buses y aviones y que a ella le gusta viajar más que comer bueno, si en algo la ha jodido esta crisis, es en dejarla encerrada, pero apenas se recupere, que México se prepare, porque, paticas, ¿pa' qué las tengo?, se va a recorrer todos esos lugares que uno siente que conoce de tanto que los escucha en las novelas de Televisa. Hoy, cuando fui a contarle este vainero y a preguntarle si me podría quedar con ella unos días que yo pensé que serían como quince y acabaron siendo dos, intentó entusiasmarme. Es México, Graciela, colores, comida sabrosa, acentico de novela, ya vais a ver que te va a gustar.

(Entusiasmame, Chelita, que a vos te luce mucho una guachafita).

Por ahora, planeando contragolpes y con cuarenta y ocho horas para “vaciarle” la casa a la tierrúa aquella, está difícil. Entusiasmo es una palabra hermosa que no rima con vender lo valioso, regalar lo útil, empaquetarme la vida, escoger dos o tres souvenirs de este viaje bonito que fuimos y echar a la basura el resto, lo que solo yo quiero porque solo a mí me sirve, la última listica de mercado con tu letra, la primera medicita de Elisa y su primer cuaderno, el vhs de los quince años de Nina o el restico de cordón umbilical seco que guardé con la etiquetita del hospital, “Catalina Gutiérrez, 04/04/1991, 8:45 am. Mamá: Graciela Suárez”. Basura, sacos negros brillantes llenos de nosotros, que algún nuevo mendigo, de esos que se reproducen en la ciudad, va a revolcar en cualquier esquina, hitos de memoria desperdigados en medio de conchas de cambur y huesos de pollo, para reaprovechar la bolsa. Donde voy no quepo completa.

(Sí cabéis, Chelita, vos cargáis el equipaje dentro).

Menos mal que vos venís conmigo sin ocupar espacio y sin pagar pasaje, porque ahí sí es verdad que los cinco mil nos duraban un pestaño.

Sería preferible dejarle la casa a quien la necesite, a ese ángel de la guarda extraño, que es tu amigo Vicente, tan buena gente y tan peculiar el pobre, un pie aquí con los vivos y un pie entre los muerticos.

(Ese sí que sabría aprovechar esta casa, escucharle los cuentos de este y otros tiempos).

Sería mejor donársela a quien quiera que fuera en vez de dejarla por esas tres lochas en manos de esos buitres que no se cansan de robarle a pobres.

(Si nomás no necesitáramos esas tres lochas tanto como las necesitamos).

Esta gente no ha ni sentido bien el olor de la desgracia ajena cuando ya llega preparando sus ofertas. Saben que no hay desgracia inútil, no hay dolor que no rinda algún tipo de ganancia, es cuestión de estar pendiente, listo para atajar la ventaja. ¿En qué momento tanto fue a parar en manos tan ajenas? ¿Cómo esta mujer vino a parar aquí?

(Nosotros mismos la trajimos, Chelita).

El viaje va a ser otro, jefe, por ser tan hijueputa. Tantos años y tanta vida después, seguís subestimando a Nina y subestimáis también a Elisa, queriendo creer que esa hija se parece más a vos que a ella, como si la genética pudiera contar tanto o más que la experiencia. ¿A quién queréis engañar? Te decís que las queréis con vos, hace tanto tiempo que estáis incompleto, mingo, solo, pero El Perro te dice lo que te dice y vos sentís rabia y dolor, claro, pero sentís también una puntica de alivio, ¿no es verdad?

Vos no sabrías qué hacer en ninguno de los otros escenarios posibles. Nina presa, Nina deportada, Nina ahogada, Nina libre, Nina legal, Nina con vos. Ninguna no es una opción con la que sepáis lidiar. Ni siquiera con las últimas, con esas tal vez sepáis lidiar menos que con las otras, aunque ya las conozcáis —tenéis más trauma que experiencia; en vez de aprender, habéis diversificado las formas de equivocarte, porque seguís queriendo versiones higienizadas, reducidas, adaptadas de Nina, y ahora de Elisa, que es demasiado parecida a ella, porque no tuvo cómo ser más parecida a vos, que no estabas para enseñarle las ventajas de la diplomacia que vos tanto defendéis; ni las labores íntimas y arduas de dibujar mapas y justificaciones; ni el orden correcto de las capas de cualquier sandwichito donado por el Estado, el despotismo mojadito entre el queso y el jamón; ni la mejor manera de doblar las franelas y el juicio y las prioridades.

Cuando te pidió que fueran a esa heladería tuviste que pensarlo dos veces. Desde la cena catastrófica con tus padres, salís menos que antes del hotel —quién diría que llevarías más de tres semanas en la playa y tu piel estaría más pálida que nunca. Pero Elisa parecía tan nerviosa esperando noticias de Nina, sabiendo que Nina estaba ya a un paso de la frontera y que en cualquier momento podrían llegar ella o

sus noticias, que cediste. Le debéis tanto, tanto. Te convencéis diciéndote que aquello no volvería a pasar con tanta facilidad porque, aunque tu rostro ha circulado de vez en cuando en los medios, tampoco es que sois famoso; es el puto parche, como siempre, poniéndote en el blanco. Y, si llegara a repetirse, responderías a la altura, dirías que estabas equivocado, aunque seguís sin saber exactamente en qué, y si eso no fuera suficiente, pues para quien es capaz de atacarte en público jamás habría explicación suficiente, te tocaría el puño, el codazo, la patada, el escupitajo, que la violencia respondiera por vos, porque preguntas como qué carajos pasó con tu país y su revolución y cuál fue tu participación específica en la construcción del fracaso no es algo que vos podáis o queráis explicarte ni siquiera a vos mismo —más dado, como sois, a las fugas—, mucho menos a un opositor ensoberbecido. Y, al final, te decís, una heladería no reúne el mismo tipo de público que aquel restaurante, y si Nina iba a atravesar a nado el río, arriesgándose a todo, lo menos que podías hacer era asumir el riesgo de una nueva humillación.

El día está nublado y la playa se ve de un chocolate grisáceo, como un chocolate chimbo. Ella insiste en que se sienten en las mesitas de afuera, porque lo que más quiere es respirar el aire puro, sentir el vientico en el rostro. Aceptáis porque de ahí podrías salir corriendo más rápido hasta el carro. Escogéis sentarte de espaldas al mar, como si esa posición o tu gorra de los Red Sox de Boston tratando de esconder el parche, te fueran a dejar más tranquilo. Miráis el teléfono, que antes no paraba de tocar, eras importante para muchas personas, eras indispensable para tantas cosas que, sin embargo, siguen allá, funcionando sin vos, ya acostumbrándose a tu falta, celebrándola, incluso, porque lo mejor que le podía pasar a las instituciones era la purga de traidores. Pero hoy tu celular es una desolación. No hay aviso, ni de victoria ni de tragedia.

Elisa vuelve con tu barquilla de fresa y una tinita con una bola azul que huele a chicle y sabe a chicle, un desperdicio, pensáis, vos sí sois extraña, le decís, y ella te mira, triste, asustada, puede que arrepentida de su peculiaridad. No te dais cuenta, pero te estáis volviendo un cuchillo, sois pura poda. ¿Qué hora es?, pregunta ella. Ya son las cuatro. Y todavía nada de Nina ni de El Perro. Las cucharadas de helado pasan por tu garganta como pedazos de hielo duro, su frío llega intacto a tu estómago y contagia tus piernas, hace veinticinco grados centígrados y tenéis frío.

¿Qué vamos a hacer cuando llegue mami? No sé, Elisa. Comete esa vaina azul rápido que me quiero ir. Cuchillo. Yo pensé que íbamos a caminar en la playa. ¿Y vos

tenéis cabeza para andar caminando en la playa? Cuchillo. Pero Elisa también sabe ser filosa y se come el helado con lentitud, creéis que es porque no le gustó, a nadie le puede gustar ese untado de chicle con leche, creéis que es malcriadez por vos no querer ir a la playa, creéis que es perrera y vos nunca habéis tenido paciencia para esos exabruptos, a menos que sean tuyos.

Tus láminas siempre en movimiento de corte no te dejan ver los dobleces de esa lentitud, mucho menos niña de lo que pensáis. Tu mirada siempre volcada en vos mismo no te deja ver la cantidad de tristeza y de despedida nueva, temible, que Elisa posterga entre una cucharadita y otra. Cuchillo, chuchillo, cuchillo, la arrinconáis a punta de impaciencia, hasta que del azul solo sobra una agüita que más parece desinfectante. Terminé, ya vais a poder estar tranquilo, te dice Elisa con una tristeza que vos no le conocías, y sale corriendo en dirección al carro, estacionado en paralelo al mar que no quisiste visitar con ella.

La veis irse y creéis que el drama continúa y queréis gritarle alguna nueva cuchillada, pero de repente el metal ya no está en tu mano ni en tu lengua, sino que está hundiéndose en tu costado, te me quedáis quietecito que si decís pío te vuelo el otro ojo, te dice un tipo vestido con un uniforme de béisbol que no te deja avanzar más allá de la acera. Se te acercó sin que te dieras cuenta y te amenaza con algo que no sabéis qué es, pero el olor a pólvora te invade sin que podáis saber si viene de afuera o de adentro de vos mismo. Inmóvil, cobarde, veis a El Perro, también con ropa de beisbolista, abrirle a Elisa la puerta de una camioneta que no es la tuya. Veis el pelo brillante de Elisa ondulando a cada movimiento. Queréis verle los ojos, pero algo ha aprendido de vos, al final, ya sabe que toda huida comienza en la mirada. El viaje va a ser otro, jefe, por ser tan hijueputa.

Te tardaste unos buenos minutos en entender que Elisa sabía quiénes eran esos hombres y adónde la estaban llevando. Antes, hubo ganas de helado, de playa, de padre. Esta tarde, hubo apenas simulacros. No te preocupéis, hermano, que antes de la medianoche la muchachita va a estar con su mamá.

El segundo difunto que Elisa vio fue su abuelo Raúl, pero ella no logra recordar su rostro de muertico. Ella sabe que lo vio, que Nina le preguntó si lo quería ver y ella dijo que sí. Se acercaron juntas a la urna. Ella recuerda la chaqueta bomber que le pusieron a Raúl, su favorita. Recuerda las muchísimas coronas de flores, adiós, camarada, hasta la victoria siempre, Raúl vive, la lucha sigue, y la rabia que le daban esas frases hechas y que nadie se hubiera dado a la tarea de escribirle algo original. Recuerda el vestido que ella usó, uno que ya casi no le quedaba, un montón de vuelitos ridículos que la hacían parecer una cortina extravagante. Recuerda todo, menos la cara muerta bajo el vidrio del ataúd.

En su memoria, su abuelo permanece rozagante, tal como ella lo vio o lo imaginó, ese mismo día, en el jardín del cementerio. Todos estaban adentro de la sala velatoria, reunidos en torno a la urna, llorando los unos, rezando los otros, rabiando todos, cuando su abuelo, o la imagen de su abuelo, sano, salvo y rosadito, la llamó para afuera, Elisa, vení acá, ¿qué hacéis ahí en ese llantén? Le dijo que cerrara los ojos y el vientico de las seis de la tarde en Maracaibo le secó las lágrimas y le dejó en el rostro una sensación de máscara, la misma que siente hoy, escondida bajo el asiento trasero de una camioneta, una urna para gente viva que quiere atravesar caminos que la gente que hace las leyes dice que no debe.

Hoy no hay viento ni Maracaibo ni seis de la tarde, pero Raúl de nuevo la acompaña, va con ella, secándole las lágrimas, encurruñado junto en ese ataúd con olor a carro nuevo donde El Perro le dijo que tenía que meterse cuando fueran a cruzar la frontera.

Cuando vio al tipo afuera de la heladería, le pareció patético, ella entendía que tenía que usar una ropa reconocible, pero ese uniforme era ridículo. Tal vez había sido

idea de Nina y no de él. De cualquier forma, no era momento de cuestionar las instrucciones que su madre le había dado el día anterior. Eran poco más de las once de la mañana cuando las gemelas tocaron a la puerta de su cuarto, desesperadas por bajar a la piscina, *it's beautiful outside, look at that sun!*, decía Lauren señalando el cielo, mientras Louise señalaba en la pantalla de su celular una llamada conectada de Nina y el verdadero sol se hacía en los ojos de Elisa.

Papi, ¿puedo ir? Claro, pedís el almuerzo cuando vayáis a subir, yo quiero la pasta, respondió Camilo, que ni cuenta se dio de que Elisa estaba saliendo del cuarto sin siquiera llevarse un traje de baño. Su padre era así y así siempre sería, ella lo entendería después; no había cómo esperar mirada de un hombre que había perdido, no un ojo, sino las ganas de ver. Esa tarde, terminaría el helado, se despediría de su padre entre un silencio y otro, sin que él se enterara, y saldría corriendo en dirección a la camioneta azul donde un beisbolista estaría recostado, mientras otro tipo se encargaría de atajar a Camilo hasta que ellos se hubieran ido.

Ahora habían pasado casi ocho horas y estaban en Del Rio, la última ciudad gringa antes del paso de la frontera, en una casa de una gente amiga de El Perro, para pasar la noche. La dueña de la casa, una señora que hablaba un español cuyo acento Elisa no logró identificar, le dio agua y un sandwichito. La mujer no se cansaba de reírse del uniforme de béisbol de El Perro, burlándose de la pancita apretada bajo la pretina del pantalón, y de la rareza que era que alguien le estuviera pagando para hacer el camino contrario. Casi que ni tienes que esconderla, Perro, si no te van ni a mirar, dijo ella, y El Perro respondió que claro que miraban y que el riesgo era igual, niño es niño, Magali, vaya para donde vaya.

Vamos pues, la despertó El perro en la mañanita. Elisa no había terminado de comerse los huevos revueltos que Magali les hizo de desayuno, cuando ya la estaba llevando hasta la camioneta y abriendo el escondite. Ya sabéis, calladita, respirando ligero, son unos veinte, veinticinco minuticos nomás y estáis con tu madre, yo te voy avisando. Elisa se metió en su cajón y El Perro le pasó una botellita de agua y una bolsa con caramelos. Eso es por si te mareáis, chamita. Cuando estemos estacionados, es que estamos pasando el control, ahí tenéis que estar como muerta.

Elisa quiso preguntar si muerta, muerta, como lo que resta en el ataúd, o muerta como su abuelo y esos otros que venían llegando en caravana, un gentío bonito, rostros de todas las edades y los colores, invisibles a los ojos insuficientes de El Perro y de Magali, diciéndole buenas noches con acentos de un continente entero. Vos,

quietecita, mamita, que no vamos solos, le dijo Raúl, mientras se acomodaba con ella en un abrazo. ¿Quiénes son todos ellos, abuelo? Amigos que me encontré por aquí, gente que fue quedando a medio del camino. Pasan el día anda que te anda, ayudando a la gente a pasar esta frontera a salvo, para que no tengan que atravesar la otra, la que no tiene vuelta.

El Perro cerró el asiento y, desde ese momento, el paisaje de Elisa es apenas sonoro y eso le basta, porque Raúl le va cantando al oído su canción, la canción de Ali Primera que él decía que, si no existiera ya, él mismo la hubiera escrito, idéntica, palabra a palabra, acorde por acorde, para ella, *¿dónde me llevan los pies de mi niña? ¿Dónde me lleva su cofre de risas?*, mientras los otros lo acompañaban con un tarareo susurrado, *shhh shhh shhh shhh shhh*, y ella intenta responder adónde están yendo sus pies y si van a lograr llegar a ese dónde, pero no sabe, el único destino es Nina, el resto es duda, *shhh shhh shhh shhh shhh*, *anoche sentí cosquillitas, era su alma pequeñita, que se metía en mi alma*, *shhh shhh shhh shhh shhh*, y ninguna duda tiene importancia en ese instante aferrado a las certezas, sabe que su abuelo y los otros están ahí junto con ella, de alguna forma haciéndola leve, no siente la vibración del carro ni las superficies duras le duelen en los huesos, va en una nube de canto protector y su llanto no es de miedo sino de asombro.

En cinco minutos estamos en el puesto de control, avisa El Perro, *shhh shhh shhh shhh shhh*, *cacheticos sucios, de niños comiendo, si comieran todos, los niños del mundo*, esa canción tiene un efecto somnífero en ella desde siempre, le decían todos y ella lo creía porque, *shhh shhh shhh shhh shhh*, nunca llegaba despierta al final de la canción ni al final de los trayectos que ella acompañaba, *shhh shhh shhh shhh shhh*, pero esta vez no es verdad y cuando oye voces en inglés y siente que la camioneta deja de ser leve y se mueve a la derecha casi se hace pipí encima, *¿dónde me llevan los pies de mi niña? ¿Dónde me lleva el cofre de su risa?* y la niña y sus pies no pueden ni dormir ni hacer nada, ahora que Raúl no la abraza, el casi se completa y Elisa siente el calorcito líquido mojándole la entrepierna con una lentitud irreal, como irreales comienzan a sonar las voces en inglés, que siguen sonando, pero ahora son apenas pereza, las va venciendo un cansancio nocturno, un *shhh shhh shhh shhh shhh* parece envolverlas y se las lleva lejos, lejos, y la puerta de la camioneta se cierra y arrancan de nuevo, leves, leves, leves, *shhh shhh shhh shhh shhh*, ya pasamos, chamita, avisa El Perro, fue por poco, pero pasamos, ¿qué es ese olor? ¡Coño, chamita, no me vais a decir que te measte! El Perro se queda en su

vulgar cantaleta de reclamos y *¿dónde me llevan los niños del mundo? ¿A regar por el mundo su cofre de risas?* Elisa se queda en su canción de cuna, esperando que la voz de su abuelo y la cercanía ya táctil de su madre le calmen el galope que carga en el pecho.

Andaba en medias siempre que podía porque el tenis con la suela derretida seguía siendo su único tenis y le hacía doler la rodilla y la cadera izquierdas y ya tenía mugrosas las medias de tanta ida y vuelta que hacía descalza en el cuarto del hotel, intentando gastar esa espera delirante, ¿en qué coño estaba pensando cuando decidió que la solución era mandar a buscar a Elisa con un tipo al que prácticamente no conocía, más allá de saber su nombre y su cédula y su versión de muchachito pobre de Teotiste de Gallegos, si era verdad que ese era su nombre y su cédula y su barrio? ¿Cómo había podido confiar en ese tipo con nombre de animal que había traicionado a su primer contratante cuando ella le ofreció más? De ese tamaño era su desespero, sí, pero de ese tamaño también eran sus ganas de darle el contragolpe a Camilo, Elisa en medio, botín de una guerra de la cual ella era consecuencia y jamás origen. Era un plan irresponsable, absolutamente arriesgado, pensaba caminando en dirección a la puerta y, cuando daba media vuelta y caminaba en dirección a la ventana, se calmaba recordando que el plan estaba funcionando como acordado, la madre de El Perro ya estaba resolviendo los papeles de la casa con Graciela y El Perro le había estado dando noticias del trayecto y hasta una foto de Elisa comiendo en un paradero de carretera le había enviado junto con textos simpáticos, como si aquello fuera un paseo del colegio y él fuera el chofer del transporte escolar, pero ni era un paseo ni aquello era la escuela, Elisa no estaba aprendiendo nada a no ser canalladas que un niño nunca debía tener que aprender sobre sus padres y su fuego cruzado ni sobre el mundo y sus alambres de púas.

No había pegado el ojo en toda la noche y se estaba cayendo del cansancio, pero no podía parar de moverse, inexplicables exigencias musculares la mantenían en pie, pequeños espasmos que le activaban las ganas de moverse sin pausa, un desespero erizado y brillante, y por eso caminaba, se sentaba, daba saltos en el lugar, gastando la energía que ya no tenía, porque estaba hambrienta, sentía que la barriga se le engrinchaba de hambre, pero al mismo tiempo no podía engullir ni agua porque tenía la garganta hecha un amarre, colección de nudos apretados con saliva, todo su cuerpo una anarquía y su cabeza un caldero donde hervía un tifón de futuros, el enmarañado de algas que pudo haber tenido en la boca; el uniforme anaranjado de Elisa como menor no acompañada, presa en un centro de Immigration and Customs Enforcement; la foto de El Perro y su cara de mascotica del crimen en su posible prontuario policial; la madre remotísima de un coyote regateando su casa, que en vez de casa era para

ellos un templo de vivos y muertos; Graciela hablando sola con sus fantasmas, ahora sin un techo para ampararlos.

Intentó convencerse de que en pocos minutos, si acaso una hora, Elisa estaría con ella y apenas recibieran el restante del dinero de la casa organizaría, trecho a trecho, por tierra y por aire, el viaje de Graciela, y su madre y ojalá hasta sus muerticos al fin se les unirían como había sido el plan desde siempre, y encontró paz en esa imagen, un destello de pocos segundos que con su cola luminosa arrastró nuevos pesos, instantes de ceguera y pánico, después de eso, qué, cómo, por qué, dónde, dónde, dónde si ese código postal donde afincaba el pie en ese momento era un pueblo lamido por un río sueño y pesadilla, corriente con rumores bilingües, caseríos atravesados por estampidas que más tarde o más temprano y para bien y para mal arrasaban todo, presagio tan cercano que quedarse parado parecía imposible; tal vez bueno fuese bajar, bajar por la geografía mejicana y aprender a ser palabra en otros acentos y otros nombres, adoptar serpientes emplumadas y virgencitas de Guadalupe, bajar y alejarse de aquel portal lleno de noticias inauditas de humanos ahogados y picadillos humanos, cortesía de otros humanos que se organizaban en bandas para sofisticar el retazo y la maldad; hacerse un rinconcito y quedarse en él, darle oportunidad de crecer dentro de ella, dejarse nacer raíces y confirmar que árbol forastero, cuando pega, pega y da sombra a los propios y a los ajenos; bajar y alejarse de quien ella no podía, no debía y ya no quería curar; quitarse del horizonte la línea clara y criminalizadora entre un aquí y un allá que no le pertenecían, porque su allá sería siempre Venezuela, estropeada o rozagante o como estuviera, y su aquí era ahora la sorpresa de un país que era tantísimo más que su malograda frontera norte, aunque también fuera ella; lo mejor sería bajar e irse al corazón del país o a un pueblo de mar, si es que no eran lo mismo, a la espera de sentir que, bajo la tierra, donde no se conocen aduanas, las raíces de su allá y de su aquí pudieran, un día, años o décadas después, confundir raíces; abrazar con ganas y ovarios y neuronas alguna esquinita ventosa de ese aquí que jamás estuvo en sus planes ni en sus sueños ni en sus conocimientos, pero en el cual ya se escuchaba por la ventana el ronronear de un motor, la bocina de una camioneta, los pasitos quedos y rápidos y el agudo y aún infantil susurro, reconocible a prueba de todo, y Nina se lanzó a correr por el pasillo y por la escalera y por la acera en medias y pijamas, sin tener idea de las unas ni de las otras, porque en su anatomía no importaban revestimientos, solo importaba ese

músculo agigantado y vertiginoso que se le quiso salir por la boca cuando tuvo a Elisa de vuelta en su abrazo.

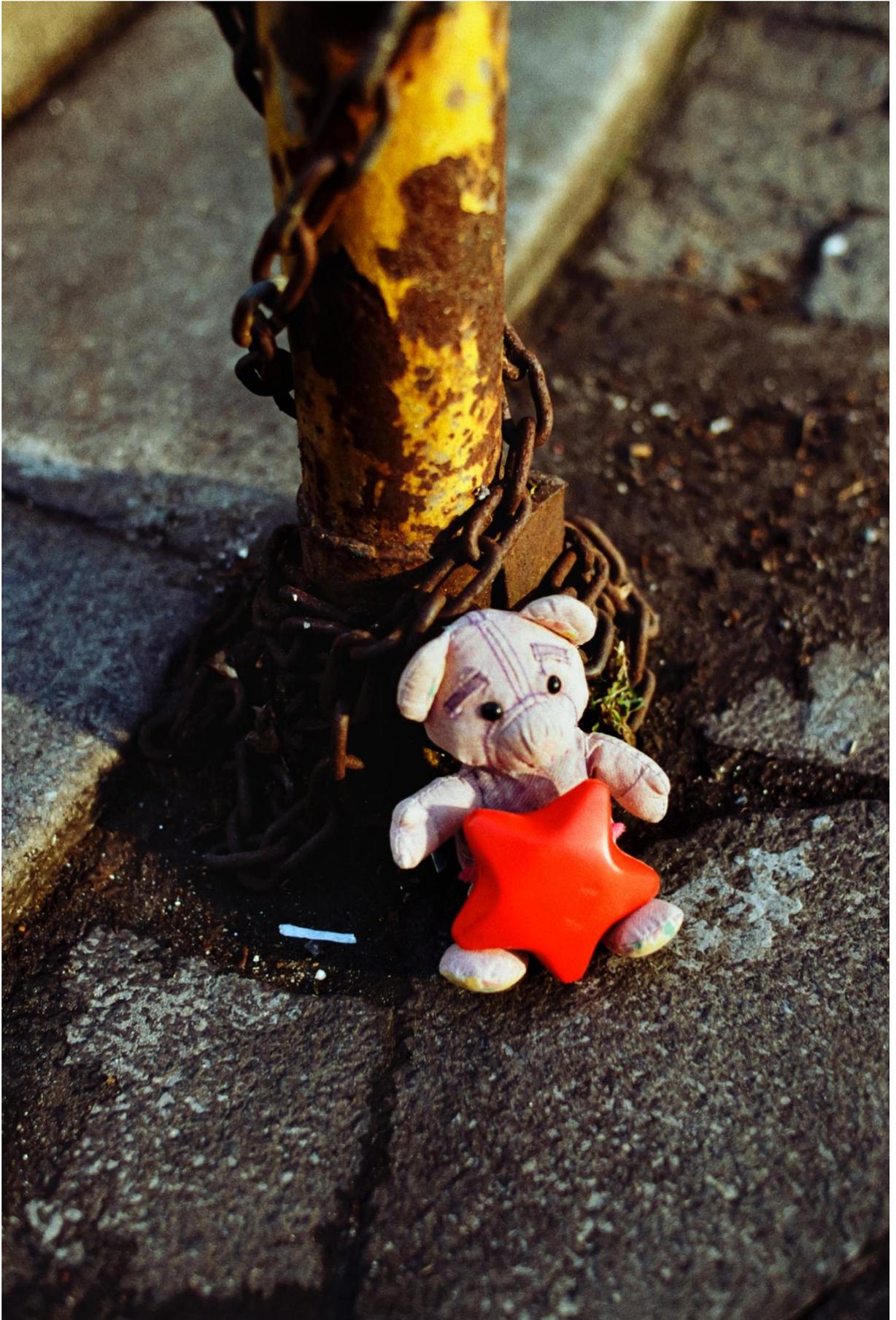
El abuelo me trajo, Nina le oyó decir a Elisa sin lograr alcanzar lo que esos primeros sonidos traían, él me cuidó, mami, ¿quién?, el abuelo, preguntale a El Perro, casi no pasamos, ¿verdad, Perro? Y El Perro quiso hacerse el desentendido, claro que íbamos a pasar, eso estaba arreglado, quizás qué oíste vos, entendiste mal, chamita, pero quién sabe era Nina la que había estado entendiendo mal, pensó ella con la vista tomada por la sonrisa plena de su padre, pensó en la protección que, a pesar de toda la mierda que sorteó los últimos meses, siempre fue mayor que los peligros y ella no creía en dios pero sí creía en la memoria, y tal vez eso era dios, memoria, la suya y la de todos, la pasada y la futura, y su padre existía a sus anchas en todas esas vías inagotables, multiplicándose, cambiando de edad y de lugar y de expresión de acuerdo a la música que tocara y ahora esa música tendría que ser cumbia o ranchera o mariachi o danzón, ya descubrirían, pero ahora estaba él ahí, en medio del abrazo, alrededor del abrazo, encima y a los lados y en todas partes de ese abrazo en el que también cabían Graciela y su ilusión renacida a trancazos, cabía la soledad insalvable de Camilo y sus desmanes, cabía la solidaridad de tantos y tantos kilómetros de esa América desquiciada, revolucionada en promesas y esperas, cabía hasta la malicia y la cobardía de otros, carentes, tan carentes, porque cabían multitudes en ese abrazo, patria portátil, gesto transeúnte de un mundo del que es, al mismo tiempo, creador y criatura.

**nunca aprendí eso de viajar  
con poco equipaje**

*Hay que entrar en uno mismo armado  
hasta los dientes.*

*Paul Valéry.*

Mi terapeuta, la profesora Doris, habló de mis tres lutos. De padre, de país, de revolución. Un gran e interminable velorio, ceremonias amalgamadas, tres muertos apretados en una misma urna, presos en una confusión cuántica. Yo haciendo malabares masoquistas con ellos, condenándolos al purgatorio. Era la primera vez en la vida que yo hacía terapia y es probable que solo me atreviera a hacerlo porque la universidad ofrece apoyo gratuito. Era aquel momento caótico de defensa de la disertación en paralelo con el proceso de selección para el doctorado y toda la ansiedad que eso implica. Hablamos de este proyecto de escritura, de mi miedo, de mis ganas. Acordamos que mi imposibilidad de escribir sobre cualquier otro asunto era un llamado a elaborar esos lutos y ella me acompañaría durante el proceso. Recibí la noticia de su muerte dos minutos antes de entrar a la entrevista de selección del doctorado. No volví a terapia sino hasta mediados de 2021, durante el desespero de ver los días pasar sin que la novela ganara nuevas páginas o, lo que es lo mismo, sin querer salir de aquella sala velatoria y dejar de tomar su cafecito rancio, ya tan familiar.



# zapatos cómodos

*Nenhum “nós” deveria ser aceito como algo fora de dúvida, quando se trata de olhar a dor dos outros.*

*Susan Sontag.*

Transformados en números y planillas, ellos parecían muchos, muchísimos. La mayoría llegó huyendo de la violencia. La palabra "desplazados" se puso de moda, se volvió un mantra periodístico. Muchos se acostumbraron a vivir entre nosotros sin tener documentos regularizados y a ocupar, en muchos casos, trabajos mal remunerados o informales. En las cocinas de los restaurantes populares. En los talleres mecánicos. En las casas de familia, entre escobas y lampazos. En los camiones viajantes por las carreteras. Atrás de los mostradores de las tiendas de electrodomésticos del centro. Vieron su gentilicio pasar de boca en boca y de década en década como una especie de mala palabra. Fueron tratados como cosa otra, cosa menos, asfixiados como los indígenas y los negros, y muchos de ellos eran negros. Colombianos.

Recibieron la noticia de la regularización y se alegraron, fiestearon, brindaron. De los 700.000 que intentaron, solo 273.000 se convirtieron en venezolanos. Lo hicieron en medio de protestas de venezolanos a los que aquello les parecía un absurdo. ¿Qué le hacía pensar a esa gente que podían ser iguales a nosotros? ¿El simple hecho de tener veinte, diez, cinco años viviendo en nuestro país? Un absurdo.

Yo lo vi, nadie me lo contó. Iba camino a la Universidad del Zulia, donde cursaba Periodismo. Mi por-puesto pasó por el SAIME<sup>2</sup>, en la Avenida Dr. Portillo, y quedamos atrapados en el embotellamiento. Vi gente empuñar pancartas con vergonzosos "¡Fuera, colombianos!" y "Venezuela es nuestra", mientras una fila enorme de colombianos esperaba ser atendida. Yo vi sus rostros. Vi la humillación, la rabia, la vergüenza. El sonido de sus consignas me acompañó hasta el salón de clases como una estela de pena ajena. Era 2004.

Catorce años más tarde, en 2018, veo en la pantalla de mi celular la noticia del incendio provocado en el campamento de venezolanos en Pacaraima, en el estado brasileño de Roraima. Cientos de amigos replican el video en Instagram, en Facebook, en Twitter. Me marcan en las publicaciones. Veo los mismos rostros que vi en 2004 en Dr. Portillo. Los veo en Pacaraima y los veo en Rio Grande do Sul y en São Paulo y en Santa Catarina. Los veo en Iquique, donde una marcha contra los migrantes acabó en ataques a un campamento, también con fuego. Los veo en Lima, donde las mujeres ganamos una canción odiosa y pasamos a ser "las venecas", el logro maldito

---

<sup>2</sup> Servicio Administrativo de Identificación, Migración y Extranjería, anteriormente conocido como Oficina Nacional de Identificación y Extranjería (ONIDEX) y Dirección de Identificación y Extranjería (DIEX).

de un insulto exclusivo: una versión andina y misógina del "sudaca" de los europeos. Los veo en la frontera con Ecuador, donde empezaron a pedir los pasaportes que los venezolanos no tienen porque cuando hay papel, no hay voluntad, y cuando hay voluntad es una voluntad viciada, truculenta.

La escena de la protesta descrita antes no es representativa de Venezuela, así como la escena del incendio no es representativa de Brasil. Ambas representan sectores muy específicos de ambas naciones. Ni siquiera el actual gobierno brasileño, caracterizado por su discurso de odio, puede ser apuntado como motivador de este incidente en particular. La *Operação Acolhida*, del Ejército Brasileño en conjunto con la ONU, es un ejemplo de solidaridad que nunca esperé ver en la administración Bolsonaro; aunque mostrarse socorrista frente a las crisis de gobiernos de izquierda sea un truco viejo para generar dividendos políticos para las derechas (haciendo aquí la salvedad de que las indignaciones selectivas son ambidiestras), la xenofobia frecuentemente forma parte del plan de gobierno y podría haber hablado más alto.

Pero lo cierto es que ambas escenas ocurrieron y ambas me marcaron profundamente porque quienes la protagonizan demuestran una incapacidad patológica de ponerse en el lugar del otro. Si entrevistáramos a quien dibujó la primera pancarta en la protesta o quien derramó el primer litro de gasolina encima de las carpas, veríamos que, atrás de toda una retahíla de motivos egoístas, ansias de venganza y justicia por las propias manos, lo que hay es un miedo terrible al Otro.

Las escenas de Maracaibo y de Pacaraima son casos extremos que sirven como ejemplo bastante gráfico. Por eso *Volver a cuándo* comienza con el día del incendio al campamento. Día tras día, cada uno de nosotros ejercita, en mayor o menor dosis, ese miedo y esa resistencia a calzar los zapatos del otro. Todos tenemos un Otro que nos atemoriza o nos intimida. Existimos empeñados en la fragmentación, en la clasificación, en la categorización, en la construcción de esos Otros.

En la novela, cada personaje tiene su Otro y es, al mismo tiempo, el Otro de alguien. Nina es la corporeización de varias otredades exacerbadas: es la inmigrante malagradecida, la "mala madre", la disidente política, la invasora, la exmujer que hace alienación parental. Cada una de estas relaciones es conflictiva porque parte del enfrentamiento de visiones de mundo diferentes, pautadas por la experiencia individual, en donde muchas veces la división entre lo correcto y lo errado es una línea respunteada, donde la única verdad es el dilema moral planteado.

Dice Nancy Huston, en *A espécie fabuladora* (2010, p. 23) que "el ego es una distribución cromosómica a la que le fueron agregadas ficciones"<sup>3</sup>, y así, la manufactura de un ego involucra activar, a partir de nuestro contexto particular, el mecanismo de la narración.

Entrelazamos capas y capas de ficciones para lograr contar las historias de nuestras vidas. Ocupados en ser protagonistas de nosotros mismos, cuántas veces por día perdemos de vista otras humanidades, haciéndolas extras, secundarias y antagonistas en las nuestras. Cuántas veces dejamos de percibir que son historias diferentes y los condenamos a esos lugares, como si el hecho de que ellos sean sus propios protagonistas nos robara de alguna forma nuestro estrellato. Como si quisieran robarnos nuestros zapatos, cuando lo único que quieren, la mayoría de las veces, es que veamos cómo están los suyos y nos solidaricemos con ellos.

A este "ver" nos convoca Roman Krznaric, creador del movimiento *La Revolución de la Empatía* y de *El Museo de la Empatía*, con la muestra itinerante e interactiva llamada *A Mile in My Shoes*<sup>4</sup>. En Brasil, la caja de zapatos gigante que alberga la exposición fue instalada en el Parque Ibirapuera, en São Paulo, en 2017. La experiencia es tan simple como impactante: los participantes van, escogen un par de zapatos usados, entre una gama diversa que incluye desde tenis y botas hasta tacones y sandalias, y salen a caminar usando estos calzados, mientras escuchan una historia real, emocionante y fuerte, narrada por el propio protagonista, alguien que vive en la ciudad donde esté instalada la exposición. Ponerse en los zapatos del otro y escuchar su voz, literalmente, aunque sea por un momento.

---

<sup>3</sup> Traducción del portugués: "o ego é uma distribuição cromossômica à qual foram agregadas ficções".

<sup>4</sup> Un artículo sobre la visita de *A Mile in My Shoes* a São Paulo puede ser leído aquí: <https://conexaoplaneta.com.br/blog/museu-da-empatia-chega-a-sao-paulo-coloque-se-no-lugar-do-outro-calçando-seus-sapatos/#fechar>



## Las bases de la empatía

Suzanne Keen (2007, p. 127) define la empatía como el intercambio espontáneo de sentimientos, incluidas las sensaciones físicas en el cuerpo, causado por presenciar o escuchar sobre la condición de otra persona. Un complejo proceso imaginativo que involucra tanto emoción como cognición.

Desde siempre, los humanos hemos dado por sentado nuestro "instinto de imitación", nuestra capacidad de sentir el sufrimiento del otro e incluso de llegar a padecerlo, pero hasta hace poco más de veinte años la ciencia no había sido capaz de explicar por qué esto ocurría. Fue apenas en 1996, en la Universidad de Parma, en Italia, cuando un grupo de neurobiólogos encabezado por Giacomo Rizzolatti hizo uno de los descubrimientos más importantes de las últimas décadas: las llamadas neuronas-espejo, responsables por la empatía humana, al desempeñar una función fundamental dentro de las capacidades cognitivas ligadas a la vida social.

Reciben ese nombre por ser un tipo específico de neuronas que se activan cuando un animal ejecuta una acción y cuando observa esa misma acción al ser ejecutada por otro individuo. Las neuronas de un individuo "reflejan" el comportamiento del otro, como si el observador estuviera realizando la acción.

Asociada a este hallazgo, surgió la Teoría de la Simulación, propuesta por Gallese e Goldman (1998), que corrobora una conexión intrínseca entre percepción y acción, siendo la percepción una simulación interna de la acción, como lo indican Berthoz et al (2003). Así, el cerebro humano es un gran "simulador de la acción", un generador de hipótesis que anticipa las consecuencias de la acción y cuya propiedad fundamental es la toma de decisiones.

Inicialmente observadas en primates, hoy tenemos evidencias de la existencia de neuronas-espejo en humanos y otros animales, como explican Alves y Texeira, en su artículo *Experiência Empática: da Neurociência à Espiritualidade* (2014). Uno de los profesionales que ha contribuido con este hallazgo es Jean Decety, psicólogo de la Universidad de Chicago, quien estudió lo que ocurre en el cerebro de una persona cuando esta es expuesta al dolor ajeno. Los sujetos de su experimento observaron imágenes de personas en situaciones físicamente dolorosas. Luego, las resonancias magnéticas de estos "espectadores" fueron comparadas con las resonancias de las personas que estaban, de hecho, sufriendo dolor. Los resultados demostraron que

imaginar el dolor ajeno activa las mismas áreas del cerebro (córtex prefrontal, ínsula anterior y cíngulo anterior) que experimentarlo en carne propia.

Según Decety (2006), la empatía cognitiva tiene base neural y permite proyectarse activamente en la piel de otra persona, tratando de imaginar o simular su situación. De esta forma, somos capaces de forjar conexiones con personas cuyas vidas nos son totalmente ajenas.

La ecuación neurofisiológica de la empatía es resumida por Alves e Texeira (2014, p. 55) de la siguiente manera:

El proceso evolutivo nos ha dotado de un cerebro con estructuras neuronales como las neuronas-espejo que nos capacitan para simular mentalmente las acciones y los sentimientos del otro; esta capacidad, a su vez, nos permite reaccionar con empatía en nuestras interacciones sociales y es de esta capacidad que surgen los sentimientos morales que nos ayudan a decidir qué hacer en situaciones de conflicto moral.<sup>5</sup>

Amy Coplan (2004, p. 144) explica que, si bien el componente cognitivo de la empatía implica o usa la imaginación para pasar de una perspectiva cognitiva a otra, en un proceso conocido como "toma de roles" o "toma de perspectiva"<sup>6</sup>, el componente emocional implica una adopción imaginativa del estado emocional del otro. Aquí, el proceso que comenzó en el córtex prefrontal y puede ser registrado en imágenes de resonancia magnética, adquiere toda una nueva capa, igualmente importante, sobre la cual no tenemos verdades absolutas. Aunque el aspecto emocional de la empatía esté siendo ampliamente abordado por la psicología cognitiva, algunas de las contribuciones más importantes vienen de la filosofía moral.

Una de ellas pertenece a Edith Stein, cuyo enfoque de la empatía está anclado en el pensamiento de esta como un acto intersubjetivo, a través del cual el sujeto que empatiza percibe el objeto de la vivencia ajena, sin que esa vivencia sea la misma del otro y sin que se pretenda vivenciar la vivencia del otro. Según explica Savián Filho (2014, p. 46), en la concepción steiniana, la empatía es originaria por su sentido, no por su acto:

---

<sup>5</sup> Traducción del portugués: "Fomos dotados pelo processo evolutivo de um cérebro com estruturas neuronais como os neurônios-espelhos que nos capacitam a simular mentalmente as ações e sentimentos do outro; essa capacidade, por sua vez, capacita-nos a reagir empaticamente em nossas interações sociais e é dessa aptidão que emergem os sentimentos morais que nos ajudam a decidir o que fazer nas situações de conflito moral".

<sup>6</sup> Conocido en inglés como "role-taking" o "perspective-taking".

Cuando una vivencia ajena emerge dentro de mí, estoy frente a esa vivencia como delante de un objeto (por ejemplo, la expresión de dolor que "leo" en el rostro de alguien), pero, cuando busco las tendencias implícitas en esa expresión, o sea, cuando intento capturar el sentido de la donación de esa vivencia que es el estado de ánimo del otro, esa vivencia no es más un objeto en el sentido estricto del término, pues la vivencia me transfiere para dentro de sí misma. En ese momento, ya no estoy apenas dedicado a la experiencia, sino que soy envuelto por ella y me dedico a su objeto, que es el estado de ánimo ajeno. Me vuelvo sujeto: me coloco en su lugar.<sup>7</sup>

Siguiendo el legado de Adam Smith en *Theory of Moral Sentiments* (2010), teóricos contemporáneos como la filósofa estadounidense Martha Nussbaum van al encuentro de esa concepción steineana de empatía como acto intersubjetivo. Nussbaum (2003) afirma que la empatía es resultado de una "reconstrucción imaginativa" de la experiencia de otras personas. Ocurriría, entonces, una especie de duplicación de la experiencia original, como parte de un proceso cognitivo que primero recibe la experiencia del otro y luego nos lleva a proyectarnos sobre ella, reconstruyendo o simulando su situación, posiblemente como resultado de entender que existe "congruencia afectiva"; es decir, de evaluar su sufrimiento como una reacción adecuada a las circunstancias vividas.

Andreea Deciu Ritivoi (2018, p. 37), estudiosa de la empatía como operación hermenéutica y heredera de la tradición teórica de Hans-George Gadamer, critica duramente ese entendimiento de la empatía derivado de una presuposición de semejanza, por considerarla etnocéntrica:

Es una comprensión centrada en nuestro propio punto de vista y moldeada apenas por las realidades que ese punto de vista releva, manteniéndose inevitablemente cerrada a otras. Tal comprensión es limitada a las experiencias del otro que tienen sentido para nosotros, porque conseguimos rápidamente apropiarnos imaginativamente de ellas. Comprendemos las necesidades de ellos con base en lo que esa necesidad significa para nosotros.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Traducción del portugués: "Quando uma vivência alheia emerge diante de mim, eu estou diante dessa vivência como diante de um objeto (por exemplo, a expressão de dor que "leio" na face de alguém) mas, quando procuro as tendências implícitas nessa expressão, ou seja, quando tento colher o sentido da doação dessa vivência que é o estado de ânimo do outro, essa vivência não é mais um objeto no sentido estrito do termo, pois a vivência me transfere para dentro dela mesma. Nesse momento, não estou mais voltado para a vivência, mas sou envolvido por ela e me volto para o seu objeto, que é o estado de ânimo alheio. Torno-me o seu sujeito; coloco-me em seu lugar."

<sup>8</sup> Traducción del portugués: "É uma compreensão centrada em nosso próprio ponto de vista e moldada apenas pelas realidades que esse ponto de vista revela, mantendo-se inevitavelmente fechada a outras. Tal compreensão é limitada às experiências do outro que fazem sentido para nós, porque conseguimos prontamente nos apropriar imaginativamente delas. Nós compreendemos as necessidades deles com base no que a necessidade de significa para nós."

La concepción gadameriana de empatía por la que Ritivoi aboga toma como punto de partida la diferencia y no la semejanza. El filósofo, en *Verdade e Método I. Traços fundamentais de uma hermenêutica filosófica* (2018), aboga por un acercamiento abierto al otro, una apertura capaz de ofrecer una comprensión profunda de un tipo radicalmente diferente de subjetividad. A través del encuentro con el otro, descubrimos nuestros límites, refinamos nuestras habilidades cognitivas y ampliamos nuestra comprensión de la experiencia humana, que adquiere más matices y complejidades.

Sea partiendo de un enfoque que privilegia la semejanza o la diferencia, sea con foco en el proceso cognitivo o en el emocional, hay un punto en el que todas las teorías convergen: la relación entre la empatía humana y las narrativas. Aunque por vías diferentes, Nussbaum y sus colegas, y Ritivoi y los suyos, llegan a la misma conclusión de que la exposición a narrativas contribuye para que seamos intérpretes sensibles y empáticos de los demás, por propiciar el ejercicio de descentralización momentánea de nuestra subjetividad en pro de otra. Por hacernos compartir, durante un tiempo, el escenario.

Los teóricos y especialistas del discurso que realizan investigaciones empíricas en lectura literaria señalan las estrategias de identificación con los personajes como el principal recurso técnico asociado a la empatía. Estas incluyen elecciones sobre aspectos específicos de caracterización, como nombramiento, descripción, implicación directa e indirecta de rasgos, dependencia de tipos, polaridades, redondez, acciones representadas, funciones en las trayectorias, calidad del habla atribuida y modo de representación de la conciencia.

El segundo grupo de estrategias narrativas relacionadas con la empatía se refiere a la situación narrativa, es decir, a la naturaleza de la mediación entre autor y lector, la persona en la narración, la ubicación implícita del narrador, la relación del narrador con los personajes, la perspectiva interna o carácter externo, incluyendo en algunos casos el estilo de representación de la conciencia de los personajes.

Datos importantes con relación a estas estrategias son recopilados por el investigador holandés Jèmeljan Hakemulder, quien en *The Moral Laboratory* (2000) se dedica a analizar en profundidad, valiéndose de los estudios y evidencias disponibles, las condiciones bajo las cuales la lectura de literatura puede generar

efectos en la percepción social y en los conceptos morales que tenemos sobre nosotros mismos. Para el autor (2000, p. 150), "la literatura puede ser considerada un Laboratorio Moral, en el cual plausibles implicaciones de la conducta y las ideas humanas pueden ser estudiadas de una manera relativamente controlada y segura"<sup>9</sup>.

Frente a la pregunta de si leer nos hace mejores seres humanos o nos hace más morales, Hakemulder es cauteloso, pues reconoce que hay mucha especulación sobre los efectos que la lectura tiene en los juicios morales que hacemos en la vida real. Sin embargo, según el autor, es un error asegurar que no hay evidencia sobre tales efectos. Nuestra adecuación ética está comprendida por dos elementos: 1) conocimiento del carácter humano; o sea, ser capaz de imaginar las emociones, pensamientos, etc. de otras personas; 2) autoconocimiento moral; es decir, saber cómo nos posicionamos en asuntos morales. Hakemulder (2000, p. 149) sugiere que la lectura de narrativas puede contribuir con ambos elementos:

Las respuestas empáticas juegan un papel importante en esto. Los lectores se posicionan mentalmente en el lugar de los personajes ficticiales. Esto los hace darse cuenta de cómo debe ser estar en tal posición. También los estimula a reflexionar sobre las consecuencias de las conductas de los personajes y a aclarar cuáles decisiones morales ellos hubieran tomado si estuvieran en una situación similar, hipotética.<sup>10</sup>

El concepto de "horizonte" de Gadamer (2011, p. 399), definido como "el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que puede ser visto a partir de un determinado punto"<sup>11</sup>, es usado tanto por Hakemulder como por Ritivoi para explicar cómo nuestro conjunto de creencias puede cambiar mientras intentamos comprender obras literarias. La interpretación implica ponernos en el "horizonte" del autor y, durante esta transposición, nuestro propio horizonte es impactado. Según Gadamer, el encuentro en sí mismo forma o pone a prueba nuestras ideas preexistentes sobre normas y valores.

---

<sup>9</sup> Traducción del inglés: "literature can be considered a Moral Laboratory, in which plausible implications of human conduct and ideas can be studied in a relatively controlled and safe way".

<sup>10</sup> Traducción del inglés: "Empathic responses play an important role in this. Readers place themselves mentally in the position of fictional characters. This makes them realize what it must be like to be in such a position. It also stimulates them to reflect on the consequences of characters' conduct and to clarify which moral decisions they would make in a similar, hypothetical situation."

<sup>11</sup> Traducción del portugués: "o âmbito da visão que abarca e encerra tudo o que pode ser visto a partir um determinado ponto".

Ritivoi asegura que las narrativas ofrecen un tipo de entorno capaz de generar esa apertura ideal al otro; la más rica, epistemológica y moralmente hablando. Un entorno en el que el individuo, al mismo tiempo que tiende al otro, es capaz de gestionar estratégicamente la diferencia. En su visión, hay otros dos conceptos de Gadamer que, sumados al de "horizonte", sirven para explicar el impacto que las narrativas tienen en nuestra subjetividad: "comprensión" y "aplicación" (2018, p. 29).

Comprendemos una historia cuando entendemos su significado, pero solo podemos alcanzar el significado de una narración o una experiencia cuando la aplicamos, en el momento concreto de interpretación, a nuestra propia realidad. Esta operación implica ajustar nuestras referencias familiares, nuestros supuestos y expectativas, al marco de referencias propuesto o contenido en el objeto de interpretación, en este caso, la narrativa.

El ejercicio de encajar una situación completamente nueva dentro de nuestro horizonte de experiencias estimula una revisión de nuestras expectativas en base a nuestras experiencias. La forma en que este "ajuste" ocurre, según explica Hakemulder en su modelo, es a través del proceso de toma de perspectiva o toma de roles.

Para Ritivoi (2018, p. 58), abordar la empatía como resultado de la aplicación hermenéutica por medio de la narrativa implica también reconocer que ella no se limita ni puede medirse por la reacción inmediata a una situación concreta de la que ella es condición previa, sino que es:

...la marca de una consciencia expandida que va más allá de un evento concreto hacia todo un conjunto histórico de circunstancias, y puede abarcar tanto sus significados particulares, como una significación moral, social o política mayor".<sup>12</sup>

Como diría Joseph Brodsky (2018), la literatura no sirve para salvar el mundo, pero es un "extraordinario acelerador de la consciencia".

---

<sup>12</sup> Traducción del portugués: "a marca de uma consciência expandida que vai além de um evento concreto em direção a todo um conjunto histórico de circunstâncias, e pode abarcar tanto seus significados particulares quanto uma significância moral, social ou política maior".

# documentos y otras ficciones

*1 - A que horas começa a revolução?*

*2 - Ah, meu caro, a revolução é um sentimento, é uma sensação e uma necessidade de mudança. Estas sensações profundas não têm um horário marcado. São espontâneas.*

*1 - A que horas começa?*

*2 - Às três. Na praça central.*

*Gonçalo Tavares.*

El año es 2028. El presidente de Brasil se llama Jair Messias Bolsonaro. El país está dividido y en caos. Muchos, dentro y fuera de Brasil, aseguran que la crisis no es solo económica, sino de derechos humanos. Bolsonaro, como de costumbre, no admite tener responsabilidad en esto: la culpa es de la oposición, que nunca lo ha dejado gobernar. A pesar del oficialismo contar con un fuerte apoyo popular, las últimas tres elecciones fueron altamente polémicas y la oposición tiene fuertes argumentos para dudar de su veracidad.

Los opositores están de manos atadas. Grandes acuerdos entre la familia Bolsonaro y los partidos políticos tradicionales han asegurado el control de los tres poderes. La constitución de la República ahora permite la reelección indefinida en todos los cargos. La mayoría de los medios de comunicación han cerrado, otros se han ido, los pocos que quedan están alineados con Bolsonaro.

Estamos en el *Palácio da Alvorada*, en Brasilia. Participamos en una manifestación popular, un grupo de gente reunida exigiendo la renuncia de Bolsonaro, cuyas actitudes consideramos antidemocráticas y una buena parte de la opinión pública nacional y mundial concuerda con nosotros. Nuestras pancartas dicen "*Fora Bozo*", "*Ditadura nunca mais*", "*Fora Família*" y "*Lula Livre*" (sí, Lula está preso otra vez).

La Policía Militar está, como siempre, nerviosa y agresiva. Desde sus tanques blindados, nos tira bombas lacrimógenas y usa cañones de agua para dispersarnos. Pero nosotros reaccionamos y las cosas se ponen violentas. Hay lluvia de piedras. Hay bombas molotov. Puede que, inclusive, algunos de nosotros tengamos armas y las estemos disparando inútilmente contra los blindados. Focos de fuego y gases de un blanco un tanto azulado nos rodean. Gritos y estallidos. A través de la cortina de humo que nos separa se abre paso una tanqueta. Una bestia de rabia que arremete contra nosotros. Nos arroja y sigue su camino.

Esta imagen es casi, casi real. No fue en Brasil de 2028, y ruego me perdonen por este nefasto y, espero con todas mis ansias, completamente falso *flashforward*. La escena real es del 30 de abril de 2019 y ocurrió en Caracas. Basta substituir Bolsonaro por Maduro; *Palácio da Alvorada* por La Carlota; alianzas de los partidos políticos por asfixia de los mismos; "*Lula Livre*" por cualquiera de los nombres de los 251 presos políticos que tiene Venezuela en este momento.

Mi intención con este ejercicio no es equiparar ni relativizar procesos nacionales que responden a contextos históricos y culturales totalmente diferentes. Me interesa,

en cambio, objetivar el contenido específico de esta escena e interrogar al lector sobre el efecto que el cambio de punto de vista tiene sobre su entendimiento moral de la situación presentada.

¿Qué ocurre con nuestros conceptos de democracia y derechos humanos cuando dejamos la escena desnuda de sus particularidades contextuales? ¿Cómo nuestras ficciones particulares afectan la lectura que hacemos de ella? ¿Cómo es afectado nuestro convencimiento sobre lo que es justo y lo que no, sobre lo que es resistencia y sobre cuáles métodos estamos dispuestos a aceptar?

Cuando vi esa escena por primera vez, tuve la sensación de que mi país había acabado. Una suspensión de la historia presente y futura. Un regreso definitivo al pasado, con sus barbaries no tan bien documentadas.

Para mí, era una obviedad pensar que una buena parte de los lectores condenaría la escena en cualquiera de sus ropajes. Sin embargo, la experiencia personal me ha sacudido ese optimismo en varias oportunidades. Compartí el video en mis redes sociales. No sé para qué, tal vez por la necesidad de que otros me dijeran que sentían lo mismo. Algunos, pocos, lo hicieron.

La sorpresa fue que muchos de quienes están publicando noticias sobre injusticias y absurdas arremetidas contra la democracia en Brasil y en el mundo, este día no comentaron nada. Personas que con frecuencia comentan en mis publicaciones, apoyando alguna postura antibolsonarista, dándome alguna palmadita virtual en el hombro, frente a esa imagen, hicieron silencio. Son las mismas personas que de vez en cuando publican informaciones que buscan desmentir la crisis en Venezuela, pero quizás ese día dibujaron su límite, aunque no lo dijeran.

Si la imagen hubiera sido la de la escena que yo escribí, de ese Brasil futuro y ojalá imposible, hubieran gastado sus dedos publicando. No las culpo. Imagino que no tenían nada que decir. Una imagen como esa necesita un tiempo de elaboración.

Siempre que recuerdo ese momento, y eso ocurre con una frecuencia un tanto preocupante, recuerdo la pregunta de Judith Butler en *Quadros de guerra* (2018): ¿Qué es una vida? ¿Cuándo la vida es plausible de luto? Butler (2018, p. 15) nos advierte que:

Debemos preguntarnos en qué condiciones es posible aprehender una vida, o un conjunto de vidas, como precaria, y en qué condiciones se vuelve menos posible o incluso imposible. Por supuesto, de esto no se deduce que, si alguien percibe la vida como precaria, decidirá protegerla o garantizar las condiciones para su supervivencia y prosperidad. Puede ser, como señalan

Hegel y Klein, cada uno a su manera, que la aprehensión de la precariedad lleve a un aumento de la violencia, a una percepción de la vulnerabilidad física de un determinado grupo de personas que incite al deseo de destruirlas.<sup>13</sup>

Me pregunto, desde todas las identidades-ficciones con las que me visto (mujer, venezolana, inmigrante, treintañera, heterosexual, cis, blanca, profesional, izquierdista desencantada), ¿hasta qué punto estoy dispuesta a juzgar mis actos y los actos de las colectividades con las cuales me identifico, en mayor o menor medida, con la misma regla que mido los actos de aquellos que se presentan como "nuestros contrarios"? ¿No son acaso los heridos, los presos políticos y los muertos de los regímenes totalitaristas contemporáneos tan valiosos como los guerrilleros de izquierda o los torturados de las dictaduras de derecha? ¿Hasta dónde somos capaces de silenciar, disculpar y ser condescendientes con actitudes problemáticas en nombre de nuestros credos y dogmas?

Nina, la protagonista de *Volver a cuándo*, al igual que yo, encarna el desencanto político con un régimen autoritario que demoramos en ver en su cara más cruda, egoísta y violenta. Pienso en los escasísimos amigos que permanecen "fieles" a la revolución bolivariana y siento, frente a ellos, algo parecido a la vergüenza por haberme vuelto "contra" ella. De todas las preocupaciones que tengo con la novela, creo que la mayor es qué van a pensar de mí esos amigos, qué van a pensar los lectores. Me preocupa que no se entienda mi crítica. Me avergüenza mi intento de transformarla en narrativa. Me avergüenza, también, esta vergüenza, porque es síntoma de la profundidad del calado emocional que el discurso totalitario chavista tuvo y tiene en mí. Me pregunto cuándo van a ser ellos los que sientan vergüenza.

Durante mucho tiempo, Nina y yo desviamos la mirada cuando nos convino. Ambas hicimos del concepto de democracia una materia maleable de más en nombre de un sueño que hoy nos parece ingenuo y cuya muerte nos está costando caro. A ella y a sus equivalentes reales más que a mí, claro. Pero ambas hacemos mea culpa.

---

<sup>13</sup> Traducción del portugués: "Devemos nos perguntar em que condições torna-se possível apreender uma vida, ou um conjunto de vidas, como precária, e em que condições isso se torna menos possível ou mesmo impossível. É claro, não se deduz de aí que se alguém apreende uma vida como precária decidirá protegê-la ou garantir as condições para sua sobrevivência e prosperidade. Pode ser, como Hegel e Klein apontam, cada um à sua maneira, que a apreensão da precariedade conduza a uma potencialização da violência, a uma percepção da vulnerabilidade física de certo grupo de pessoas que incita o desejo de destruí-las."

Camilo demoró más que Nina y sus métodos de disidencia son diferentes. Él hizo la revolución con un chaleco salvavidas llamado dinero de familia puesto. Él aprovechó, convenientemente, las regalías que estar en una posición de poder le proporcionaba. Él le vendió el alma al diablo durante años y, cuando el infierno tomó su realidad, salió corriendo, sin pedir perdón y sin pedir permiso.

Nina, Camilo y yo compartimos una pregunta que llegó tarde: ¿Cuáles violencias, en cuáles cuerpos, estuvimos dispuestos a ignorar? Nuestros nombres, reales y ficticios, ilustraron documentos del partido como un certificado de apoyo incondicional, obligatoriamente unánime y silente. Nuestros rostros estamparon carnés que hoy nos apenan, no por el sueño que representaron en algún momento y que continúa vivo como una especie de abstracción mágica, sino por haberlo visto deformarse y perderse y no habérselo dicho a tiempo y en voz alta.

Nancy Huston (2010, p. 26), dice que lo "real humano" está en las ficciones que lo constituyen. Refiriéndose a líderes terribles de ayer y de hoy, reflexiona:

Estaban firmemente convencidos de vivir en lo real, mientras sus cabezas estaban entupidas de mitos (históricos, biológicos, científicos) para racionalizar, justificar y glorificar sus depredaciones, sus masacres, sus espoliaciones, sus baños de sangre. Las personas que se creen en lo real son las más ignorantes, y esa ignorancia es potencialmente mortífera.<sup>14</sup>

Para que la imagen de la tanqueta arrollando manifestantes fuera posible, hubo muchas violencias previas, muchas corazas vestidas como uniforme diario, mucha polarización estúpida, mediocre, con la subsecuente permisividad selectiva. Principalmente, hubo una falta gigante de saber soltar los propios zapatos y ponerse en los del otro, o de, por lo menos, saber quedarse descalzo un rato. No creíamos que lo necesitábamos: Nina, Camilo y yo estábamos convencidos de que la Verdad era nuestra y, nuestros actos, materia absoluta de lo Real.

---

<sup>14</sup> Traducción del portugués: "estavam firmemente convencidos de viver no real, enquanto suas cabeças estavam entupidas de mitos (históricos, biológicos, científicos) para racionalizar, justificar e glorificar as suas depredações, os seus massacres, as suas espoliações, os seus banhos de sangue. As pessoas que se acreditam no real são as mais ignorantes, e essa ignorância é potencialmente mortífera".



## Empatía y escritura

La idea de convertirse en otro en el ejercicio de escribir ficción es común entre quienes escriben: una especie de desdoblamiento de uno mismo al servicio de otro ser, hecho de palabras y mágicamente traído a la vida para moverse a través de la trama de una historia que será recibida por otros seres y tendrá algún impacto, ético y estético, en ellos.

Los novelistas suelen comentar la escritura de ficción como un ejercicio de empatía cuando hablan de la creatividad y los posibles efectos de la lectura de novelas. En su libro *Empathy and the Novel*, Suzanne Keen (2007, p. 197) trabaja, entre otras, con la hipótesis de que la actividad de escribir ficción puede cultivar la capacidad de actuar en los novelistas y hacerlos más habitualmente empáticos.

El valor de esta hipótesis ha ido creciendo con el inusual apoyo de la psicología del desarrollo. En *Creative Writers and Day-dreaming* (1989), Freud sugirió que podría haber un vínculo entre la creatividad de los escritores de ficción adultos y el juego imaginario de los niños. Keen da el ejemplo del trabajo de las psicólogas Marjorie Taylor, Sara D. Hodges e Adèle Kohányi, de la Universidad de Oregon, quienes ayudaron a rehabilitar la práctica infantil de tener amigos invisibles, ya no como un signo de problemas psicológicos, sino como una parte saludable del desarrollo emocional y cognitivo de los niños.

Taylor y sus colaboradoras (2003, p. 363) ampliaron recientemente la investigación sobre la "ilusión de agencia independiente" al área de la creatividad adulta.

Los niños tienen relaciones interactivas personales con sus amigos imaginarios; juegan juntos, tienen conversaciones y comparten los eventos de la vida diaria en el mundo real. En contraste, el trabajo de escribir una historia sobre un personaje imaginario que vive en un mundo ficticio requiere menos participación personal. Por lo tanto, los escritores podrían permanecer más alejados psicológicamente de sus personajes. Sin embargo, cuando estudiamos los relatos de los procesos de escritura, nos sorprendió la cantidad de autores que describieron tener relaciones personales con sus personajes e imaginaron conversaciones con ellos.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Traducción del inglés: "Children have personal interactive relationships with their imaginary friends; they play together, have conversations, and share the events of daily life in the real world. In contrast, the job of writing a story about an imagined character who lives in a fictional world requires less personal involvement. Thus, writers might stay more psychologically removed from their characters. However, when we surveyed accounts of the writing process, we were struck by the number of authors who described having personal relationships with their characters and imagined conversations with them."

En la investigación se entrevistó a cincuenta escritores de ficción sobre el desarrollo de sus personajes y sus recuerdos de compañías imaginarias en la infancia. 92% por ciento informó al menos una experiencia de ilusión de agencia independiente.

Según la recopilación hecha por las investigadoras, los escritores describen a sus personajes como:

- Seres autónomos que existen y actúan fuera del control de sus autores y tienen mente propia. (Francine de Plessis Gray, Alice Walker).
- Figuras que llegan completamente formadas a la mente y son resistentes al cambio. (J. K. Rowling).
- Trabajadores activos en la elaboración de la trama (Henry James, Jean Paul Sartre, Fyodor Dostoiévski, Marcel Proust, Kurt Vonnegut, Sue Grafton, Quentin Tarantino, Ronaldo de Correia de Brito).
- Seres que pueden tener opiniones definidas sobre la narrativa en la que viven y el mundo exterior.

E. M. Forster (1985, p. 66-67), reflexionando sobre el sobre o proceso de escribir una novela, dice:

Los personajes llegan cuando son evocados, pero vienen llenos del espíritu de motín. Por tener estos numerosos paralelismos con personas como nosotros, tratan de vivir sus propias vidas y, en consecuencia, a menudo se dedican a traicionar el esquema principal del libro. Ellos "huyen", "se salen de control": son creaciones dentro de una creación, y a menudo no armonizan con ella; si se les da total libertad, patean el libro en pedazos, y si se les controla con demasiada severidad, se vengan, muriéndose, y lo destruyen por descomposición intestinal.<sup>16</sup>

En la escritura de *Volver a cuándo*, diferente de otros procesos anteriores, sentí, por primera vez, la sensación de estar en "piloto automático". Situaciones en las que estaba trabajando, cognitiva y emocionalmente, en la novela, pero había algo más que subyacía, un "automatismo" que parecía nacer en la lengua de los personajes. Creo que se relaciona con el hecho de estar trabajando exclusivamente con focalizaciones internas, sea en la primera, en la segunda o en la tercera persona; con

---

<sup>16</sup> Traducción del inglés: "The characters arrive when evoked, but full of the spirit of mutiny. For they have these numerous parallels with people like ourselves, they try to live their own lives and are consequently often engaged in treason against the main scheme of the book. They 'run away', they 'get out of hand': they are creations inside of a creation, and often inharmonious towards it; if they are given complete freedom they kick the book to pieces, and if they are kept too sternly in check, they revenge themselves by dying, and destroy it by intestinal decay."

mi cercanía a los personajes y sus trayectorias que, si bien son ficticios, son una amalgama de seres e historias reales con las que entré en contacto por la vía personal o como resultado de la investigación.

Sin embargo, nunca llegué a sentir que eran ellos los que comandaban la escritura. No puedo decir que fui tomada o que los incorporé; por ahora, ese grado de agencia independiente continúa formando parte, para mí, de esos misticismos que algunos escritores usan para alimentar la magia, el aura, el misterio. La sensación que experimenté (y espero seguir experimentando) tiene mucho más que ver con lo descrito por Mihaly Csikszentmihalyi (1990) como un estado de "flujo": una experiencia placentera de estar tan totalmente absorto en una actividad que el sentido del paso del tiempo se suspende, la persona pierde el rastro del yo y del entorno inmediato, y la actividad se vuelve inconsciente y sin esfuerzo.

El estado de flujo y la ilusión de agencia independiente son similares en el sentido de que ambos parecen implicar la automatización del proceso creativo y pueden estar asociados con el desarrollo de la experiencia. Por otro lado, difieren en que la ilusión de agencia independiente a menudo se caracteriza por el conflicto entre los personajes y el autor, que contrasta marcadamente con la falta de esfuerzo que es el sello distintivo del flujo. Por otro lado, aunque muchos de los relatos de escritores contienen ambas experiencias, no son la totalidad.

En su estudio, Taylor, Hodges e Kohányi (2003), reconocen que, en una variedad de dimensiones relacionadas con la imaginación y la simulación, los escritores que participaron en el estudio y los escritores que reportaron estas experiencias podían estar mintiendo. Después de todo, se dedican a eso. De cualquier forma, el propio oficio diferencia a los escritores de ficción de otros adultos. En primer lugar, porque los mismos tienen esta orientación/disposición/vocación por la fantasía y, en segundo lugar, porque su trabajo les obliga a desarrollar habilidades imaginativas que otras profesiones no exigen, invirtiendo más tiempo en crear fantasías que consumir o disfrutar de la fantasía producida por otros.

Una de las conclusiones de la investigación de Taylor y compañía es que los novelistas enfatizan aspectos de la empatía como parte del proceso creativo y como un objetivo de su ficción escrita, por un lado, porque la actividad de escribir ficción cultiva la actuación y la tomada de roles, y, por otro, porque son más empáticos que la persona media (los escritores puntúan más que la población normal en empatía, disociación y recuerdos de amigos imaginarios en la infancia).

De ninguna forma esto quiere decir que los escritores tengan comportamientos éticos más adecuados ni mucho menos; se refiere apenas a una capacidad cognitiva y emocional que puede o no expresarse en el ejercicio concreto de la ciudadanía y que está relacionada específicamente con la creación y el desarrollo de esa entidad llamada personaje, que abordaré en profundidad más adelante.

Estas ideas, como hemos visto, se refieren a la empatía entre quien escribe y los vehículos, generalmente antropomórficos, que usa para expresarse. ¿Y qué ocurre, en la otra punta del proceso comunicativo, con el lector? ¿Cómo se da la relación empática del autor con quien lo lee? Difusa e inconmensurable, es, sin embargo, una brújula que nordea muchas de nuestras decisiones narrativas. Esto puede ocurrir de manera consciente o no y hay, inclusive, quien aconseje a no preocuparse por el lector durante la escritura.

Ese consejo refleja un entendimiento del arte con el que no me identifico. Estoy plenamente consciente de que la escritura literaria está, salvo experiencias de escritura colectiva e interactiva, condenada a su condición ontológicamente autoritaria y unilateral, pero mis búsquedas son otras y todas tienen la conexión con el futuro lector, tanto el ideal como el real, como fin irrenunciable.

Me pregunto a qué se refiere, sino a pensar en el lector, aquella máxima repetida *ad infinitum* de "encontrar la mejor manera de contar esta historia". La respuesta evidente es que estamos hablando de la selección de los mecanismos narrativos que mejor consigan comunicar nuestra idea, traducirla del mundo del deseo y del pensamiento, al mundo de la palabra; es decir, encontrar el "cómo" más adecuado para ofrecerle al lector la experiencia estética y ética que deseamos.

En este punto, un cuestionamiento me surge: si toda escritura es un intento de comunicación y toda lectura provoca algún grado de respuesta empática (pudiendo ese grado ser negativo, claro), ¿cuándo y cómo decidimos, quienes escribimos, con quién queremos establecer ese puente emocional-cognitivo?

Con mi condición de mujer, venezolana y migrante, desde que inicié el proyecto *Volver a cuándo* me he estado preguntando sobre mi lugar empático como escritora. ¿Con quién quiero dialogar? ¿Qué soy yo y cuáles ficciones me definen? ¿Desde dónde hablo? ¿Qué es la patria? ¿Qué es la revolución? ¿Qué nos identifica como venezolanos? ¿Cómo funciona ese metabolismo del "nosotros"?

Consciente de que la empatía tiene intersecciones problemáticas con diferentes identidades, Suzanne Keen (2007, p. 142) se pregunta si respondemos

empáticamente porque pertenecemos al grupo representado en la narrativa, o si la empatía narrativa puede llamarnos más allá de los límites de la diferencia.

Los detractores del valor de la empatía argumentan que la misma subyuga los verdaderos sentimientos del otro, imponiéndole ideas dominantes sobre lo que debe ser sentido y sobre quiénes debe ser sentido. En ese caso, la discusión sale del terreno de los mecanismos a través de los cuales ella funciona y entra en el terreno de la representación, tan importante o más que los mecanismos y, por tanto, plausible materia para futuros desdoblamientos de este trabajo.

La empatía narrativa es un proceso inevitable en el proceso de lectura. Como ocurre con la digestión o el placer o el dolor, encuentro inocuo el estar a favor o en contra de ella, porque una u otra posición no va a implicar su existencia o desaparición. El artífice de la empatía será siempre un autor, que traerá consigo su set particular de normas y valores. De ahí, la importancia gigantesca de viabilizar y democratizar el acceso a narrativas diversas, que subviertan y problematicen el orden que nos ha sido presentado como natural y que, de natural, tiene apenas la ilusión de serlo.

Según Keen (2007, p. 142), aún no hemos superado, en Occidente, el hábito de colocar al lector blanco y educado como base para estudiar la respuesta del lector. No obstante:

Cuando las posiciones subjetivas de empatizante y de objeto de la identificación empática son eliminadas del arreglo sospechoso que privilegia las respuestas de los blancos occidentales al sufrimiento subordinado, la aparente condescendencia de la empatía puede ser transformada por su uso estratégico.<sup>17</sup>

Como una variedad de la empatía del autor, la autora conceptualiza lo que ella llama "empatía estratégica", a través de la cual los autores intentan dirigir una transacción emocional a través de una obra de ficción dirigida a un público específico, que no necesita incluir a todos los lectores que leen el texto. Es importante dejar claro que, en este caso, no estamos hablando en términos mercadológicos, sino de esa "audiencia ideal" imaginada por quien escribe durante el proceso creativo; aquel universo de lectores con quienes espera lograr alguna conexión y generar algún impacto; la respuesta a la pregunta ¿para quién escribimos?

---

<sup>17</sup> Traducción del inglés: "When the subject positions of empathizer and object of empathetic identification are removed from the suspect arrangement that privileges white Western responses to subaltern suffering, the apparent condescension of empathy can be transformed by its strategic use."

Keen (2007, p. 142) observa tres variedades de estrategias de empatía en la ficción. Aunque su estudio incluye apenas literatura contemporánea, es posible deducir que autores de períodos anteriores hayan tenido preocupaciones semejantes.

Por un lado, tenemos la **empatía estratégica limitada**, que intenta provocar familiarización con otras personas, pero siempre dentro de un grupo de experiencias de reciprocidad. Este tipo de empatía ocurre dentro de los límites mismos del grupo identitario y puede evitar que elementos externos se unan al círculo empático. Esto ciertamente puede llevar a experiencias de "imprecisión empática", en determinados lectores que, por no formar parte del "público *target*", no se sienten invitados por la lectura a compartir la experiencia empática y pueden, inclusive, llegar a sentirse rechazados por la misma.

Por otro lado, la **empatía estratégica embajadora** intenta llegar a una audiencia elegida con el objetivo de cultivar su empatía por un grupo, generalmente con un objetivo específico. Narrativas que claman por la justicia, el reconocimiento y la asistencia generalmente adoptan esta forma.

Finalmente, la **empatía estratégica transmisora** busca que todos los lectores sientan con los miembros de un grupo, enfatizando nuestras vulnerabilidades y esperanzas comunes.

### **Sobre mi empatía como autora en *Volver a cuándo***

Sé que la propia temática abordada en *Volver a cuándo* puede parecer determinante de una tendencia hacia la estrategia de empatía embajadora. Sin embargo, si intento pensar cuál sería ese "grupo" sobre el que estoy buscando despertar empatía, entro en un impasse. ¿Son los venezolanos? ¿Son los venezolanos migrantes? ¿Son los ciudadanos de los países que han recibido más flujo de inmigrantes venezolanos? ¿Es la oposición política venezolana? ¿Es la izquierda? ¿Es la izquierda crítica? ¿Son las mujeres? ¿Son las mujeres migrantes o las que se quedaron?

Esa dificultad surge en buena medida de la multiplicidad de narradores y los conflictos de cada uno de ellos. A todas las opciones anteriores, la respuesta es sí. Considero más adecuado, entonces, decir que he optado por una estrategia de empatía transmisora, pues el objetivo que me planteé desde el comienzo del proyecto fue proponer una especie de mosaico empático en el que el lector tuviera acceso a varias subjetividades ficcionales que, juntas, conformasen una visión más compleja y

matizada. Personajes cuyas versiones de las historias íntimas, familiares y nacionales los sobrepasaran inevitablemente, en función del "horizonte", siempre recortado e insuficiente, a que cada uno de ellos tiene acceso.

Este entramado de personajes y narradores, con sus versiones de la historia, es la traducción estética que encontré a una inquietud ética que me obsesiona, dentro y fuera de los límites de este proyecto: la fuerza del dilema moral como motor narrativo.

En este sentido, me son valiosísimas y fundamentales referencias como el cine de Asghar Farhadi (específicamente películas como *El cliente*, *La separación* y *A propósito de Elly*) y los hermanos Dardenne (historias como la de *El hijo*, *La Promesa* y *El niño*), y autores como Fernanda Melchor (*Temporada de huracanes*), Carola Saavedra (*Com armas sonolentas*), Alberto Barrera Tyszka (*Patria o muerte*) y Valeria Luiselli (*Archivo das crianças perdidas*). Todas estas obras coinciden en presentar un mosaico de puntos de vistas que, incompletos y miopes por naturaleza, no ofrecen diagnósticos morales conclusivos sobre los personajes involucrados o los temas abordados, sino que ofrecen al lector o espectador una serie de informaciones llenas de lagunas con las cuales él tendrá que dar su veredicto.

Como ocurre en todos esos ejemplos citados, en *Volver a cuándo* no hay correcto ni incorrecto tan fácilmente identificables ni definitivos; en vez de buenos y malos, en A y en B, quiero pensar en humanos, apasionantes por su falibilidad. Me interesa propiciar, capítulo a capítulo, una gama de experiencias empáticas que interroge los lugares empáticos preestablecidos del lector.

# ítems de primera y terca necesidad

*Va a hacer falta un buen otoño, tras un  
verano tan largo.*

*Silvio Rodríguez*

*Y los caminos de ida  
en caminos de regreso  
se transforman, porque eso,  
una puerta giratoria,  
no más que eso, es la historia.*

*Jorge Drexler*

Soy parte de un árbol mutilado que hoy intenta hacer brotar raíces en miles de lugares diferentes del mundo; una especie exógena, que, en algunos ecosistemas, es vista como invasora. Una plaga en potencia. Según datos de la ACNUR (2021), el número global actual de solicitudes de asilo de venezolanos es 896.374. Brasil y Estados Unidos ocupan los primeros lugares de solicitudes de asilo de venezolanos, siendo Brasil la nación más receptora: para marzo de 2021, 144.996 venezolanos y venezolanos habían recibido un permiso de residencia, 79.133 habían solicitado refugio y 46.923 refugiados y refugiados se encontraban viviendo en el país.

En septiembre de 2018 llegó el primer grupo de venezolanos al estado de Rio Grande do Sul, provenientes de campamentos en Roraima, como producto de la política de interiorización promovida por el Gobierno Federal. Yo estuve ahí, en la pista de aterrizaje, con un tembloroso "Bienvenidos, muchachos" en la boca para los 125 hombres que llegaron esa noche. Estuve ahí y a veces siento que nunca salí de ese aeropuerto.

Un tiempo atrás, yo había conocido a un grupo de venezolanos que estaban trabajando en Porto Alegre para organizar a los compatriotas que estaban llegando, en circunstancias cada vez peores. G, mi primer contacto con ellos, era de Maracaibo, como yo, y, no bastando esa coincidencia, resultó ser un antiguo amor de una de mis primas, con quien viví en la época de la Facultad de Comunicación. H, otro miembro, era amigo de mi ex y sabía detalles nefastos de mí que creí que nunca llegarían a Brasil.

Ellos, claro, se comunicaban a través de un grupo de *whatsapp*. En los estados de los participantes se leía:

"Maduro genocida".

*"Todos são responsáveis pelo que acontece".*

"Te amo, Venezuela".

*"Saudade eterna, minha pitufa".*

"Es tiempo de ser firmes".

"Transformando".

*"Gratidão meu pae deus".*

"Vive ama y nunca dejes de soñar".

*"Tudo que é seu encontrará um jeito de chegar até você".*

Permanecí una semana y media en el grupo, con mucho esfuerzo, hasta que una de esas personas envió fotos de unas personas calcinadas diciendo que eso era

que estaban haciendo los vecinos de Chacao con los chavistas que estaban ocupando las casas vacías de los que se fueron. A todas luces, aquello era *fake news*, pero la celebración de una buena parte del grupo —incluidos el optimista meloso de "Vive ama y nunca dejes de soñar" y el irónicamente kármico "*Tudo que é seu encontrará um jeito de chegar até você*"— fue una verdad rotunda y dolorosa. Salí del grupo, pero mantuve contacto con algunos miembros que, aunque no hubieran dicho nada en esa oportunidad, estaban también impactados.

A través de G fui a parar a la *Cruz Vermelha* e integré, con apenas otra persona, A, el equipo que tendría la responsabilidad de hacer la cobertura periodística de la llegada de mis compatriotas. Los acompañamos desde Porto Alegre hasta Esteio, la ciudad que los recibiría, en un convoy escoltado por el ejército. En el autobús, sentí que lo último que estos hombres querían era contar sus miserias, así que, tal vez contrariando las expectativas, les propuse conversas suaves y fáciles, les conté detalles del sur de Brasil y de los gauchos que podrían serles útiles en el proceso de adaptación.

Esa noche conocí a M, con quien mantengo contacto hasta hoy. Todos tenían un cansancio antiguo estampado en la cara y, en muchos de ellos, el miedo era evidente. M tenía ambas marcas, pero lo más impresionante, la marca más profunda de esa noche fue la vergüenza gigante que M demostraba con su cuerpo entero. Un hombre grande, negro, corpulento, encogido como queriendo desaparecer dentro de sí mismo. M no quería tener que necesitar ayuda. M no quería causarle incomodidades ni gastos ni "pérdidas de tiempo" a nadie. M no quería haber llegado a ese estado ni ser esa persona que él era esa noche. Todavía hoy, siempre que M abre la boca, sus primeras palabras son "disculpa la molestia"; "perdón por escribirte"; "no quiero interrumpir"; "estás ocupada, ¿verdad?". Nina, en *Volver cuándo*, es heredera directa de esa noche y de M.

En Esteio, el grupo fue recibido lindamente en las instalaciones de una iglesia evangélica donde, menos mal, cada uno recibió una chaqueta para cubrirse el frío que ya los traía asustados en el bus. La comunidad organizó una gran cena para ellos; gente de toda la ciudad se dedicó a preparar comidas y dulces, cada uno aportando lo que podía.

Esa noche fue una lección de empatía y compasión para mí por varias vías, no solo por la obvia de ver, cara a cara, a aquellos venezolanos cuyo sufrimiento horas antes se hacinaba en un campamento fronterizo, sino también por verme hermanada

con personas con las que tengo tan poco o nada en común: una comunidad evangélica, fanáticamente religiosa, sí, pero que, a la hora de la verdad, fue quien estuvo ahí, organizada, afectuosa y eficiente, para acoger a quien lo necesitaba.

A partir de ese encuentro, sentí la necesidad de ayudar de alguna forma concreta y di de frente con una pregunta que subyace a este proyecto: ¿es posible ayudar cuando lo que se tiene a mano no son más que historias? Todas las vías por las cuales me conecté con la causa de los migrantes venezolanos me solicitaron trabajos relacionados con la comunicación: hice fotografías y grabé videos que están ahí, en un archivo que hoy parece inocuo. Tal vez en algún momento tenga valor.

Por ser una de las pocas del grupo que hablaba portugués fluentemente en el grupo, accedí a participar en una entrevista que serviría para que la población entendiera mejor la situación de los migrantes venezolanos y se solidarizase. Nuevamente, mi utilidad sería saber contar un relato. Le expliqué claramente a la producción del programa que mi historia no se parecía en nada a la de los que recién estaban llegando y pedí por favor que, en función de esto, no me hicieran preguntas personales. La distraída conductora, claro, hizo exactamente lo contrario, porque no importaban las advertencias: la televisión necesitaba una carita llorosa que hablara en primera persona.<sup>18</sup>

Junto con algunas amigas del posgrado, llegué a pensar en ofrecer algún taller, escritura de relatos autobiográficos, escritura de cartas, escritura de qué y para qué y cómo, qué iban a estar pensando esos hombres en escribir o aprender alguna cosa cuando tenían tres meses para encontrar trabajo y salir del albergue. Mi trabajo de repente me pareció trivial e inútil al punto de tener que hacer una tesis para tratar de convencerme de lo contrario.

Alberto Barrera Tyszka, escritor venezolano, Premio Herralde de Novela por *La enfermedad* y Premio Tusquets de Novela por *Patria o muerte*, dijo en entrevista<sup>19</sup> a *El País*:

En este momento, la tragedia es tan impactante que no permite una elaboración literaria. Vas por la calle y ves gente recogiendo basura o que se muere porque no tiene insumos médicos. Eso tarda mucho para que se pueda volver literatura. Ahora es sólo tragedia.

---

<sup>18</sup> Disponible en:

[<https://www.facebook.com/watch/?v=2164960850290637&extid=UU7ERDUrE7dcUvy9>]

<sup>19</sup> Disponible en: [[https://elpais.com/internacional/2018/04/09/actualidad/1523310929\\_352237.html](https://elpais.com/internacional/2018/04/09/actualidad/1523310929_352237.html)]

Si Barrera Tyszka tiene la razón, este proyecto de doctorado es una criatura natimuerta. Puede que la tenga, pero también puede ser que, en esta historia, a pesar de íntima, quepamos muchos; puede que nos encontremos dentro de ella y, viéndonos los unos a los otros, tal vez aprendamos alguna cosa sobre nosotros mismos.

El escritor Héctor Torres<sup>20</sup>, al preguntarse por qué leemos historias duras en tiempos difíciles, responde que ellas "nos ofrecen antorchas que nos ayudan a atravesar la caverna oscura; en otras palabras, porque nos preparan para la vida". Una respuesta parecida podría ser dada a por qué escribimos esas historias: carentes de algunas antorchas, pretendemos inventarlas.

---

<sup>20</sup> Disponible en: [<https://www.youtube.com/watch?v=wKKqMBGG-Yg>]



## El proceso de la empatía

En su modelo de las narrativas como "laboratorio moral", Jèmeljan Hakemulder (2000) explica que el lector comienza construyendo una representación casual de la historia, sus eventos y personajes. Evidencias muestran que los lectores evocan eventos anteriores en la narrativa para inferir sobre consecuencias causales, enfocando su atención en aquellos eventos que surgen en la cadena causal principal y que tienen mayor número de conexiones causales (Trabasso y Van den Broek, 1985).

Los lectores recurren a su propio conocimiento del mundo para llenar las lagunas informativas y las elipsis que la historia presenta (Gerrig, 1988). Ese proceso de "completar" la historia estimula la recuperación de estructuras de memoria preexistentes (*schemata*) en nuestra memoria semántica, que es donde guardamos el conocimiento extraído de las experiencias personales. Leer nos ayuda a tener más fácil acceso a estas memorias, a través del *priming effect*, que indica que un esquema es más fácilmente activado si ha sido recientemente presentado o usado (por ejemplo, a través de la lectura de ciertas palabras, frases, situaciones que lo evoquen). Otro posible efecto de llenar las lagunas de información es que nos ofrece la oportunidad de desarrollar o elaborar mejor nuestras ideas.

Una vez identificados los objetivos del personaje, sus acciones para lograrlos y el éxito o fracaso de las mismas, el lector usa pistas para activar el *schemata* que mejor le calce a las emociones del personaje; es decir, el lector busca en su memoria semántica sobre las emociones humanas, las claves para entender al personaje. Estudios como el de Gernsbacher et al. (1992) ofrecen evidencias de que los lectores forman representaciones explícitas y realistas de las emociones de los personajes, usando su conocimiento real del mundo para inferir sus motivaciones, planes y objetivos.

La calidad de estas representaciones mentales varía de acuerdo con el conocimiento que el lector tenga de las emociones humanas y las motivaciones, que aumentan con la edad y pueden tener especificidades relacionadas con el género del lector. Por otro lado, cuál personaje recibe estas representaciones mentales es determinado por la perspectiva narrativa, la focalización y el orden de aparición.

Una vez hecha la representación mental de las emociones del personaje, ocurre la respuesta empática, determinada por una experiencia consciente de reacción

empática a una historia que, según Hakemulder (2000, p. 69), consiste en tres elementos:

- (A) La experiencia propiamente dicha: los lectores son conscientes de su reacción y la valoran como "sentir con" o "sentir por" el personaje;
- (B) La corrección y redirección de las reacciones afectivas: los lectores evalúan su reacción en términos de juicio social y moral, y permiten que su reacción se desarrolle cuando la consideran apropiada, o inhiben o redirigen su respuesta emocional cuando la considere inapropiada;
- (C) La generación de reacciones afectivas: los lectores responden emocionalmente a experiencias revividas que están relacionadas con aquellas enfrentadas por el personaje; en adelante llamado "toma de roles", este proceso se refiere a volver a sentir placeres o dolores pasados, al mismo tiempo que se sienten como una respuesta intensa a los placeres o a dolores aparentes de los personajes; este proceso puede ocurrir tanto de manera deliberada como involuntaria.<sup>21</sup>

La respuesta empática es, de esta forma, determinada por dos factores principales: los juicios morales del lector, en función de los cuales el mismo evalúa la adecuación de su reacción; y el concepto que el lector tiene de sí mismo (*self-concept*).

A partir de los estudios hechos por Higgins y Bargh (1987) y Higgins y King (1981), Hakemulder (2000, p. 71) asegura que la intensidad de la respuesta empática depende de la disponibilidad de experiencias personales relevantes que el lector guarde en su memoria, y esta disponibilidad depende, a su vez, de cuán recientes y frecuentes sean tales experiencias. Es decir, experiencias semejantes o próximas entre el personaje y el lector potencian la respuesta empática, mientras que la ausencia de estas la disminuye.

Keith Oatley (1995), por su parte, sugiere que la experiencia personal de los lectores sobre patrones de respuesta emocional provoca simpatía por los personajes, especialmente si se identifican con las metas y planes de este.

Sin embargo, el simple hecho de compartir experiencias similares en algún grado no basta para que se de una respuesta empática. La tendencia de colocarse en el lugar del otro es un trazo de personalidad que varía de una persona a otra, como

---

<sup>21</sup> Traducción del inglés: "(A) The experience proper: readers are cognizant of their reaction and appraise it as 'feeling with' or 'feeling for' the character; (B) The correction and redirection of affective reactions: readers assess their reaction in terms of social and moral judgment, and allow their reaction to unfold when deemed appropriate, or inhibit or redirect their emotional response when considered inappropriate; (C) The generation of affective reactions: readers respond emotionally to revived experiences that are related to those confronting a character; further called 'role-taking,' that is, sensing past pleasures or pains again, while it feels like responding intensely to the characters' apparent pleasures or pains; this process may occur both deliberately and involuntary."

muestran Mathews y Stotland (1973). No todo lector va a aceptar la oportunidad que un texto le ofrece de jugar papeles diferentes, a veces opuestos entre sí, como puede ser la invitación. Lectores más experimentados, no obstante, han demostrado una tendencia mayor a ponerse en la piel de varios personajes y observar los eventos desde diferentes perspectivas, de acuerdo con Earthman (1992).

La respuesta empática, además de depender de experiencias previas y de variar de acuerdo con el lector, puede ser, hasta un cierto grado, involuntaria, como sugieren Stotland, Sherman y Shaver (1971), ocurriendo inclusive cuando el lector considere una historia sentimental y cursi. Una especie de traición psicológica al gusto estético.

Experiencias de lectura en las que el receptor es tomado por una admiración estética exacerbada del estilo del autor pueden contribuir con una respuesta empática más pobre, en la medida en que llaman la atención para el carácter de artefacto del texto, para su lenguaje, disminuyendo el peso de la "vivencia" del mundo ficcional, según Kneepkens y Zwaan (1995).

Esto, claro, no quiere decir que calidad literaria y respuesta empática sean excluyentes. Existe una relación entre el tiempo y la disposición dedicados a la lectura y la respuesta empática, pautada por el grado de reflexión que el lector alcanza: la empatía necesita tiempo. En ese sentido, textos literarios narrativamente sofisticados, con personajes complejos, exigen y reciben una estrategia de lectura con mayor tiempo disponible y, según Zillman (1991), Stotland (1969), Zwaan (1993) y Andringa (1996) han probado, generan una respuesta más intensa que ficciones populares, literarias o audiovisuales donde se ven con mayor frecuencia construcciones estereotípicas de personajes y plots llenos de acción.

### **Del *role-taking* al mundo real**

Una vez analizado cómo los lectores hacen la representación mental de una historia, cómo sus juicios morales y su autoconcepto<sup>22</sup> intervienen en su respuesta empática, veamos los efectos que experimentar esta respuesta pueden tener en el lector y en su mundo real. Es importante destacar que, aunque puede parecer que Hakemulder (2000) enaltece los efectos de lectura, el autor llama la atención continuamente sobre la necesidad de administrar las expectativas en este sentido y

---

<sup>22</sup> Referido en inglés como "self-concept".

es riguroso en diferenciar lo que aún pertenece al mundo de las intuiciones y las especulaciones de aquello que es sustentado por experiencias empíricas, aunque no resta importancia a las primeras como las grandes conductoras y provocadoras de las investigaciones.

Inmersos en el mundo ficticio, los lectores evalúan el valor moral de los personajes y descubren qué lecciones morales estos pueden ofrecerles, como ya sugerían Hunt y Vipond (1984). La participación de normas del mundo real en la lectura de narrativas mejora la conciencia ética: confrontando las posiciones propias con las de los personajes, los lectores tienen una visión de qué normas y valores respaldan, cuáles deberían o convendría respaldar, y cuáles, inclusive, están descuidando, a pesar de creer en ellos.

Hakemulder (2000, p. 79) explica que este proceso de reconocimiento, ajuste y refinamiento de las propias opiniones ocurre a través de tres mecanismos: primero, a través del *priming-effect*, anteriormente explicado; segundo, a través de la comparación social se puede esperar que la incertidumbre o indefinición sobre cuestiones personales motive al lector a relacionarse con el personaje y con el autor, deduciendo de su mundo; y tercero, a partir de la combinación de la conducta del personaje, las circunstancias en que esta ocurre y las consecuencias que acarrea, puede activarse el aprendizaje social, impactando así las opiniones que el lector tiene sobre el mundo real y, por consiguiente, su comportamiento.

Además de los efectos relacionados con el aumento y mejoramiento de nuestro conocimiento de otros y sus estados emocionales, y del recién mencionado impacto sobre nuestra percepción de las normas y valores, algunos de los efectos más fuertes e internalizados pueden ocurrir en nuestro autoconcepto. La oportunidad que las historias nos dan de probar de participar en un juego de roles imaginario en el que pueden probar nuevos papeles, puede resultar en una confrontación intensa y personalizada de nuestras opiniones sobre nosotros mismos.

Asumo aquí un entendimiento no restrictivo de la noción de autoconcepto, que incluye no solo lo que somos o lo que creemos ser, nuestros yo-presentes, sino también nuestros yo-pasados y yo-posibles, siguiendo las ideas propuestas por los trabajos de Markus y Nurius (1986) y Marcus y Wurf (1987).

Miall y Kuiken (1994) reportan que los lectores frecuentemente informan haber experimentado cambios en la forma en que se perciben a sí mismos, es decir en su autoconcepto presente.

Zillmann (1991) indica que, por lo general, las respuestas empáticas a las experiencias emocionales de otra persona exigen que el observador integre memorias de sus experiencias personales relacionadas. En el caso de carecer de estas experiencias semejantes, el observador hace uso de recuerdos de experiencias relacionadas más remotamente. Esta integración genera una similitud entre la respuesta empática a los personajes y la respuesta a seres humanos reales, que puede implicar la integración de experiencias emocionales pasadas, abriendo el camino para cambios en nuestra percepción de los yo-pasados.

Gregory et al (1982) ofrecen alguna evidencia sobre cómo las narrativas pueden afectar a los yo-posibles, al probar que imaginar estar viviendo ciertos escenarios puede llevarnos a creer con mayor ahínco que tales eventos pueden realmente ocurrirnos. Este impacto se refiere tanto a los escenarios de yo-posibles positivos como a los negativos.

Hakemulder (2000, p. 95) concluye que los cambios en el autoconcepto o la clarificación de este lleva a los lectores a generalizar, a partir de lo que saben o aprenden sobre sí mismos, sobre otras personas. Estos cambios en su conocimiento semántico o *schemata* de las emociones y motivaciones humanas, afectan la percepción social y, consecuentemente, nuestro comportamiento social.

# ropas: disfraces

*Conhece-te ao outro. Conhece-o a ti  
mesmo.*

*Noemi Jaffe*

En 2006, mi closet guardaba varias camisetas rojas con estampas de Bolívar, del Che Guevara y de "Nuestramérica". No llegué a vestir el rostro de Chávez, pero hacía bastante que su imagen y su voz inundaban mi intimidad.

En noviembre, un día antes de mi cumpleaños número 21, fui a una marcha donde una figura inflable del Presidente Chávez, de unos cincuenta metros de altura, lideraba el curso del mar de gente. Fue la inauguración del metro de Maracaibo. Un proyecto que iba a tener cuatro líneas y quedó a mitad de camino de la primera.

En aquel momento, había un aire de progreso sin precedentes en la ciudad. En ese momento, la disputa entre Di Martino (alcalde oficialista) y Manuel Rosales (gobernador opositor, exalcalde) produjo cierto bienestar municipal: el primero, soñaba con ser gobernador y usaba la ciudad como tarjeta de ventas; el segundo, sabía muy bien que gobernar para la capital es, en los medios de comunicación, gobernar para todo el estado y, aprovechando el buen momento, llegó a soñar con la presidencia.

Ese día fue divertido y caliente, al punto de que mi madre, siempre tímida, se tiró al chorro del rociador de agua de uno de los distribuidores de la autopista Circunvalación 2. Bajo la mirada un tanto bizca del Comandante inflado, replicado en cientos de pañoletas que se movían eufóricas en las manos de los manifestantes, ella se quedó ahí matando el calor y resucitando las ganas de seguir andando. Cuando se tiene el convencimiento de estar haciendo algo bueno, por el bien de la mayor cantidad de personas posible, dejarse llevar por el entusiasmo colectivo genera un sentimiento poderoso, la traducción corporal de aquel "El pueblo, unido, jamás será vencido".

Diez años más tarde, en 2016, el cuerpo de Chávez está en el Cuartel de La Montaña, venerado como un santo, Venezuela tiene la mayor inflación del mundo y, entre otras tragedias, atraviesa una crisis de desabastecimiento de comida y medicamentos sin precedentes. Mi colección de franelas rojas es un resto viejo y decolorado con que yo trapeo el piso de mi apartamento en Porto Alegre, antes de montar el arbolito de Navidad. Son las segundas navidades desde que murió mi padre y, para Año Nuevo, decido usar el mismo vestido que usé en el homenaje que hicimos cuando, en vez de llorar su partida, optamos por celebrar su vida. Eso, darle la vuelta a la muerte, eso sí que puede llamarse Revolución.

Trece años más tarde, en 2019, leo la noticia de la muerte de un joven de Maracaibo que se ahogó en el Río Bravo, tratando de cruzar la frontera de México con los Estados Unidos para pedir asilo. Ronald Lambert, se llamaba. Su hermano lo

reconoce por la ropa que carga puesta, unas medias que un tiempo atrás Ronald le había choreado y una camiseta roja con unos ojos estampados a la altura del pecho. Esta vez no son los ojos omnipresentes de Chávez, sino los de Deadpool, aunque no puede decirse que el Comandante no forme parte fundamental de esta escena.

Vestida con pedazos de tela que, como las banderas, los uniformes y los disfraces, no son más que ficciones, la vida de Ronald se perdió en la corriente.

Cuando estaba creando a Nina, una de las primeras cosas que hice fue la lista de las cosas que ella llevaría para viajar: Gomas y cotizas. Tres jeans. Un mono. Cinco franelas. Quince pantaletas. Tres sostenes. Cinco pares de medias. Un vestido. Cédula. Pasaporte. Certificado de No antecedentes penales. Partida de nacimiento. Carné de la patria. Linterna. Yesquero. Fósforos. Potes plásticos retráctiles, plato, vaso, cubierto. Bolsas plásticas. Papel sanitario. Jabones de baño y azul. Champú. Toallas sanitarias. Afeitadoras. Maquillaje. Preservativos. Cortauñas y lima. Moñerita y gancho. Celular y cargador. Navaja. Lentes de ver y de sol. Amuleto.

¿Cuántas versiones del personaje que somos caben en una mochila? Todo el ropaje de Nina, el literal y el metafórico, son trazos de una mujer en tránsito, en conflicto, en fuga. ¿Qué dicen de una migrante su carné de la patria y sus tenis derretidos? ¿Qué cuentan sobre mí las camisetas rojas y su trayectoria de degradación? ¿Cuántos secretos guardan las tristes medias robadas de un hermano muerto?



## Empatía y personaje

Milan Kundera, en el glosario de *A arte do romance* (2009, p. 136), define la novela como "la gran forma de prosa en la que el autor, a través de egos experimentales (personajes), examina hasta el final algunos grandes temas de la existencia". Prestemos atención a la forma cómo el autor aborda al personaje: ego experimental, una especie de disfraz que el autor usa para moverse a través de una trama. El personaje, para Kundera, es ese ser imaginario, simulación de un ser vivo, que le sirve al autor y, posteriormente, al lector, para indagar aquellas áreas que lo problematizan y obsesionan, esos temas que lo acompañan y que, dentro del romance, son los pilares fundamentales del conflicto.

Para el escritor y académico Luiz Antonio de Assis Brasil, hablar del personaje y su conflicto equivale a entender la "cuestión esencial" del mismo. En su obra *Escrever Ficção* (2019, p. 93), el autor explica: "La cuestión esencial es algo originario y, muchas veces, intransitivo. Es una cuestión por ser una materia por resolver – un problema, por lo tanto, es esencial, porque es inherente al ser humano".<sup>23</sup> La cuestión esencial (interna) reacciona e interactúa con los factores externos expresados en la historia y es en este choque que se origina el conflicto.

El trabajo sobre esa cuestión esencial del personaje es, en el entendimiento de Assis Brasil, una de las grandes tareas, sino la mayor, que enfrenta quien escribe ficción, tal vez justamente por ser absolutamente central en la conexión emocional que suscita en el lector.

En capítulos anteriores fue mencionado que, para que ocurra empatía entre lector y personaje, es necesaria la "congruencia afectiva"; es decir, la percepción de la emoción del otro como una reacción adecuada a las circunstancias vividas. La trayectoria emocional del personaje está pautada por las herramientas físicas y psíquicas que él tiene a disposición para responder a los diversos obstáculos que se le aparecen en el camino, mientras él busca cumplir su objetivo. Todo objetivo tiene una motivación y esa motivación es, para Assis Brasil, la materialización de la cuestión esencial.

---

<sup>23</sup> Traducción del portugués: "A questão essencial é algo de originário e, muitas vezes, intransitivo. É questão por ser matéria a ser resolvida - um problema, portanto é essencial porque ínsita ao ser humano."

Resumiendo, estamos frente a un sistema que se retroalimenta: en la empatía del lector con el personaje juega un papel crucial el grado de coherencia que el mismo perciba en los estados del personaje mientras ejecuta sus acciones, que son determinadas por sus objetivos, que a su vez surgen de la motivación, que viene siendo la concreción de su cuestión esencial, con lo que esta entonces acaba siendo, si llevamos en consideración la definición de Kundera del personaje, la fuente primordial de la conexión autor-personaje-lector.

Cuando pensamos en el proceso de la empatía, normalmente hacemos un abordaje que asume al personaje principalmente en su dimensión análoga a la humana, el personaje como un ser humano ficticio, tal como lo explica Assis Brasil (2019, p. 39-40):

Sí, un ser humano: no hay nada que conozcamos más, nada que conozcamos menos. Hacemos descubrimientos a lo largo de toda nuestra vida. Sufrimos y exaltamos en la carne nuestra humanidad; amamos, detestamos, lloramos de felicidad o tomados por la melancolía; somos ridículos, capaces de gestos sublimes y odiosos; decimos cosas abominables y, a veces, por el contrario, motivamos a otros a vivir mejor. Para que todas esas experiencias sean útiles desde el punto de vista literario, el mejor ejemplo somos nosotros mismos. Eso implica, para el ficcionista, considerar el aforismo atribuido a tantos pensadores: conócete a ti mismo.<sup>24</sup>

Este es el aspecto con el que estamos más familiarizados, ya que, heredado de la hermenéutica y el psicoanálisis, predomina como modelo analítico y también como modelo de construcción para ficcionistas —vale recordar aquí las muy numerosas aproximaciones teóricas y prácticas que sugieren ejercicios como la creación de biografías y perfiles de personajes, investigación con personas reales que tengan problemas en común con el personaje, escribir una carta al personaje, escribir un monólogo de él, etc.

Jens Eder (2010, p. 32 *et seq*), teórico que ha dedicado su producción intelectual al desarrollo de una visión heurística del personaje, explica que, si queremos comprender cómo los personajes afectan a sus receptores, debemos comprender que

---

<sup>24</sup> Traducción del portugués: "Sim, um ser humano: não há nada que conheçamos mais, nada que conheçamos menos. Fazemos descobertas ao longo de toda a vida. Sofremos e exaltamos na carne nossa humanidade; amamos, detestamos, choramos de felicidade ou tomados pela melancolia; somos ridículos, capazes de gestos sublimes y odiosos; dizemos coisas abomináveis e, às vezes, pelo contrário, encorajamos os outros a viver melhor. Para que todas essas experiências sejam úteis do ponto de vista literário, o melhor exemplo somos nós mesmos. Isso implica, para o ficcionista, considerar o aforismo atribuído a tantos pensadores: conhece a ti mesmo."

las respuestas emocionales en el receptor no ocurren solo en la dimensión del personaje como ser ficticio (mimética), pues hay emociones que se vinculan a las otras dimensiones que él plantea: el personaje como artefacto (dimensión estética), símbolo (dimensión temática) y síntoma (dimensión causal).

Cuando pensamos el personaje como artefacto, visión del estructuralismo y la semiótica, consideramos a los personajes en sus relaciones con los dispositivos estilísticos y los tipos de información ofrecidos, que generan las experiencias perceptivas de los espectadores y, posteriormente, pueden ser reflejados estéticamente por ellos.

A la dimensión simbólica pertenecen los significados indirectos que tienen los personajes y que serán inferidos por los espectadores. Las propiedades del ser ficticio están asociadas a diferentes significados (por ejemplo, los relacionados a tipos o grupos sociales, étnicos, género, etc.) que van a auxiliar al receptor en su interpretación.

La dimensión del personaje como síntoma, muy valorizada por la crítica cultural, considera también al personaje en su condición de producto de factores causales o consecuencias de elementos reales de comunicación; por ejemplo, como resultado del trabajo de sus creadores, con toda su carga contextual, o como modelos para lectores o espectadores.

Estas cuatro dimensiones funcionan simultáneamente en nuestro proceso de vinculación con los personajes, ese pacto de "participación en el experimento narrativo" que hacemos al leer. En este punto, se hace necesaria una explicación sobre por qué el término "identificación", aun siendo el más popular para referirnos a esta relación personaje-lector, no es el más adecuado.

Amy Coplan (2004, p. 147) rechaza el término en función de su ambigüedad, pues dos procesos completamente diferentes son referidos, dependiendo del autor, como identificación: empatía y contagio emocional.

Con relación a la empatía, la autora (2004, p. 144) establece cuatro condiciones necesarias: 1) el empatizante experimenta estados psicológicos idénticos o muy parecidos con los de aquel que es objeto de su empatía; 2) ocurre la toma de perspectiva, en la cual el empatizante experimenta imaginativamente la experiencia

del objeto a través del punto de vista del mismo; 3) la primera es resultado de la segunda; 4) el empatizante mantiene la diferenciación de sí mismo con el otro<sup>25</sup>.

Ya el "contagio emocional" se refiere a una especie de empatía inmadura, caracterizada por ser automática, incontrolable y no intencional. En esta experiencia no hay diferenciación de sí mismo con el otro, no se requiere ningún proceso imaginativo ni tomada de perspectiva. Un ejemplo puede ser cuando el llanto de un recién nacido contagia al resto de los bebés cercanos a él.

Hakemulder (2000, p. 61), así como Coplan, evita usar "identificación", principalmente porque puede denotar, por su origen freudiano, que el lector confunde su propio ego con el del personaje, inviabilizando el proceso de tomada de roles, que es considerado por el autor como el corazón de nuestra respuesta a las narrativas y sus subsecuentes efectos.

Las estrategias de vinculación con el personaje son el principal recurso que los ficcionistas tienen a la mano, por ser a través de ellas que ocurre el proceso de toma de roles. Sin embargo, poquísimas técnicas concretas han sido estudiadas con relación a la respuesta emocional o empatía que causan en el lector.

Suzanne Keen (2007, p. 94-96), hace un pequeño recuento de los hallazgos hasta el momento:

- Los juicios de valor del lector sobre el realismo del personaje impactan su vinculación con el mismo (Walsh, 1997).
- Como ya fue mencionado anteriormente en el modelo de Hankemulder, las lagunas informacionales sobre el personaje generan la necesidad de ser "completadas", lo que ocurre a través de un proceso mental que potencializa, en términos cognitivos, la toma de perspectiva.
- Colocar al personaje en situaciones de suspenso provoca respuestas fisiológicas de excitación en el lector aun cuando el mismo desdeñe de la calidad de la narrativa (Wünsch, 1981 ver Hakemulder).
- Las motivaciones del personaje y no sus trazos serían las responsables por el comprometimiento afectivo y la autoproyección del lector hacia los personajes (Miall, 1998).

---

<sup>25</sup> Referida en el original como "Self-other differentiation".

- Como ya vimos en el modelo de Hakemulder, el juicio del comportamiento y de la emoción del personaje como adecuados contribuye con la vinculación del lector.
- Los lectores tienden a emitir juicios sobre los personajes basados en categorías y a empatizar con las disposiciones atribuidas al personaje más que con sus acciones concretas (Gerrig, 1988). Esta teoría sugiere, al contrario de lo que se cree, que los personajes planos, por ser rápida y fácilmente aprehendidos, tienen un papel importante en la respuesta empática.



## **Estrategias relacionadas con los personajes en *Volver a cuándo***

Teniendo en mente el concepto de juego empático que me interesaba proponer con la novela, el trabajo con los personajes, no solo con relación a su trayectoria dramática, sino a su dimensión humana, fue el que me tomó más tiempo de investigación y de reflexión.

Aunque ya había decidido que algunos tendrían más protagonismo, todos tendrían algunas características en común que son consideradas como importantes a la hora de provocar empatía en el lector: todos tendrían nombres, todos serían personajes redondos o complejos, todos tendrían funciones claras y determinantes en el recorrido dramático, todos tendrían calidad de habla y un modo de representación de la consciencia que nos permitiera acceso a su mundo interior.

Nina, que en algún momento muy inicial del proceso creativo fuera la protagonista y única narradora de la historia, trajo consigo la premisa de la historia: una personaje migrante que parte en busca de opciones, dejando atrás vínculos importantes que entrarían en conflicto por su ida.

Con esa *storyline*, me preocupaba volverla una víctima absoluta y que el lector sintiera por ella esa lástima un tanto homogénea y apriorística que las condiciones tan simbólicamente cargadas de mujer, madre y migrante generan. Me pregunté qué pasaría si Nina fuese una persona cerrada y orgullosa, aunque bien humorada; en vez de una madre amante, dulce y abnegada. Por un lado, esos trazos darían más verosimilitud a su viaje solitario, desafiarían las expectativas de género y complejizarían su red de relaciones, añadiendo nuevas posibilidades de conflicto. Fue así como surgió la cuestión esencial de Nina: terca y autosuficiente, tiene un miedo casi patológico a pedir ayuda. Ese es el origen de muchas de las cosas buenas y de todas las cosas malas que le han pasado a Nina.

Esta necesidad de ser siempre quien resuelve las cosas se estrella de frente contra la situación de vulnerabilidad en la que se encuentra. Antes de hablar con los pocos conocidos que tiene o entrar en contacto con las ONG y los albergues que atienden a inmigrantes en Porto Alegre, ella opta por dormir en la universidad. Antes de pedir el apoyo de su familia durante la separación con Camilo, ella se cierra, manteniendo en secreto los motivos del divorcio. Antes de desahogar con Graciela el dolor por la muerte de Raúl, Nina explota a solas. Antes de llevar a su hija con ella para Brasil, prefiere sufrir sola hasta conseguir darle la vida que ella merece, optando

por una maternidad transnacional, que busca mantener vínculos amorosos y de autoridad mediados virtualmente y que extrapolan la simple dependencia económica.

Comencé a escribir en un ejercicio de darle aire al personaje antes de planear y escaletar como siempre hago. Pocas páginas después, la necesidad de conocer a Elisa y a Graciela creció junto con los argumentos para hacerlo. Las emociones suscitadas por quien decide quedarse, como Graciela, y quien es obligado a quedarse, como Elisa, vienen a completar un panorama que, de esta forma, me parece, se enriquece considerablemente, ofreciendo una experiencia empática más rica, al posibilitar una variedad de posiciones en el proceso de toma de roles.

Graciela está atrapada en medio de cambios que no puede evitar: su marido ha muerto, su hija se ha ido, el país se está desmoronando, la revolución que ayudó a construir ha muerto. Su cuestión esencial, la resistencia al cambio, la tiene contra la pared, inmovilizada en una depresión y aferrada más a sus muertos que a sus vivos. Esta parálisis transforma a Graciela, de una abuela cariñosa, capaz de asumir el papel de "cuidadora", tradicional en las nuevas configuraciones de familia que la migración de mujeres ha generado, a una figura ausente, más carente que dadora de cuidados.

Elisa, por su parte, está marcada por el abandono. Ese es el motor íntimo que mueve sus motivaciones y sus acciones. La muerte de Raúl, su abuelo, es una nueva orfandad. La partida de Nina es una repetición del trauma de una niñez sin padre. El regreso de Camilo es la posibilidad ilusoria de reparar ese trauma.

Tanto la experiencia migrante como el desmembramiento familiar que esta genera son resultado de ese drama que extrapola lo familiar y se apodera de un país entero: el fracaso de la revolución bolivariana y el desencanto en aquellos que, como todos mis personajes, participaron en ella de alguna forma. Así, a medida que escribía, el contexto político fue volviéndose más y más importante, llegando a configurarse como el real gran tema de la novela, el gran detonante de todo el drama.

Una vez que establecí que la historia sería contada a través de varios personajes y que avancé en mis lecturas sobre empatía, surgió el cuestionamiento inevitable de por qué no incluir, también, la perspectiva de Camilo que, además de traer nuevos movimientos empáticos, me permitiría explorar el universo político. Esta perspectiva, que inicialmente estaría ausente, vino con una fuerza tal que, si tuviéramos que darles un orden de importancia a los personajes, quedaría atrás apenas de Nina, compitiendo con Elisa por el segundo lugar.

Camilo tiene como cuestión esencial una inseguridad que él compensa por la vía del autoritarismo. Aunque es un tipo encantador, gracioso y afable, tiene una necesidad grande de protagonizar, controlar y liderar, cuando los focos no están sobre él o cuando las cosas se ponen complicadas, afectando su bienestar (lo que él cree que le traerá bienestar) y amenazando su voluntad, su tendencia es huir.

Para evitar reclamos y peleas, opta siempre por una forma de actuar medio golpista, como quien explota bombas a control remoto. Carente de herramientas, Camilo usa la corrupción como *modus operandi* en todas las esferas de su vida. El balazo que recibe y que le hace perder un ojo es metáfora de esto: puede ser un héroe, pero también puede ser un pirata, y ambas versiones coexisten en él, en permanente pugna. Es el padre que pudiera ser un buen padre, pero prefiere no serlo, a lo Bartleby. Es el político que, en vez de renunciar, abandona su puesto. En el fondo de todo, Camilo es un hombre dominado por el miedo a ser juzgado y esa es su falla trágica: para evitar la crítica, comete actos que son justamente los que generan la crítica.

Raúl, por su parte, ofrece el extrañamiento de ser un fantasma y, al mismo tiempo, puede representar una experiencia radical de empatía: ponerse en el lugar de quien ya ni siquiera está presente. Su cuestión esencial está relacionada con la impotencia de estar muerto y no poder hacer nada para salvar a los suyos de ese fracaso que los ha sumido en la ruina literal y simbólica. El fracaso de un proyecto en cuya construcción él fue pieza activa. En cierta forma, es como si Raúl encarnase la revolución que pudo haber sido saludable y acabó desviándose, enfermándose de muerte, como él mismo. Frente a la imposibilidad de correspondencia con lo real, Raúl ocupa el mismo lugar fantasmagórico que tiene hoy la democracia en el país. Con la impotencia propia de su nueva condición, no le queda más remedio que ver, desde el otro lado de la cerca, los derrumbes. Pero Raúl no se conforma y, en su regreso como fantasma, será una pieza clave en la puesta en movimiento de Graciela.

Una vez montada esta constelación de personajes, opté por algunas estrategias que coinciden con algunos de los pocos hallazgos mencionados en el capítulo anterior sobre la respuesta empática del lector relacionada con los personajes.

La primera de ellas fue la elección de escribir una narrativa con un *plot* que busca ser agitado, lleno de acción, pero que se permite ser conducido por los personajes, a través de perspectivas exclusivamente internas, que le permiten al lector tener acceso descripciones directas del estado emocional de los personajes, en una simulación de

su flujo de pensamiento. El caso de Nina es particularmente desafiante en este sentido, porque, mientras Graciela y Elisa tienen un ritmo más pausado, con una relación causa-efecto más evidente, el estilo de representación que he desarrollado para Nina es un tanto "arremolinado", con un motivo creciendo en espiral, ganando nuevas vueltas, pero siempre posado sobre sí mismo. Entraré más en detalle sobre las perspectivas en el próximo capítulo, dedicado a las estrategias de la situación narrativa.

Esta opción de ver el desarrollo de la historia a través de perspectivas internas de los personajes generó posibilidades interesantes en lo que respecta a las lagunas o *gaps* de información, mencionadas por varios autores como de gran importancia en la vinculación con el lector, al activar el proceso de toma de roles.

Si por un lado el lector tiene un acceso privilegiado a los pensamientos y estados emocionales de los personajes, el universo factual apprehendido está totalmente mediado por ellos y sus deficiencias e intereses particulares. El receptor tiene, entonces, un gran trabajo inferencial por hacer, a partir de las pistas que el personaje ofrece sobre sí mismo desde sus dimensiones mimética, estética, simbólica y causal. Este trabajo, sin embargo, está sujeto a constantes ajustes, correcciones y valoraciones que cabe al lector hacer en la medida que los personajes se van alternando y van ofreciendo nuevas informaciones y versiones sobre los eventos y los personajes.

Otra estrategia, muy asociada con esta pluralidad de personajes y perspectivas y con la creación de lagunas, fue el uso del suspenso como mecanismo de corte y transición entre capítulos; el tradicional y conocido "gancho" que atraviesa una larga historia, desde los folletines y los relatos en prensa, revistas, pasando por la radio y las telenovelas, hasta las narrativas audiovisuales seriadas de hoy.

# lentes de sol, de ver y de prever

*A porta da verdade estava aberta,  
mas só deixava passar  
meia pessoa de cada vez.*

*Assim, não era possível atingir toda a verdade,  
porque a meia pessoa que entrava  
só trazia o perfil de meia verdade.  
E sua segunda metade  
voltava igualmente com meio perfil.  
E os meios perfis não coincidiam.*

*Arrebentaram a porta. Derrubaram a porta.  
Chegaram ao lugar luminoso  
onde a verdade esplendia seus fogos.  
Era dividida em metades  
diferentes uma da outra.*

*Chegou-se a discutir qual a metade mais bela.  
Nenhuma das duas era totalmente bela.  
E carecia optar. E cada um optou conforme  
seu capricho, sua ilusão, sua miopia.*

*Carlos Drummond de Andrade*

¿Estás seguro de que quieres que te responda esa pregunta? Así respondo cuando cualquier desconocido me pregunta sobre Venezuela y sobre lo que estoy escribiendo en el momento. No me gusta hablar ni de lo primero ni de lo segundo por motivos que, haciendo caminos diferentes, vienen de un mismo lugar: miedo de cómo la respuesta va a ser recibida; de cómo yo, narradora de mi versión, voy a lidiar con esa recepción. Más aún en los últimos años, durante los cuales me he manoseado tanto esa herida llamada Venezuela.

¿Cómo decir sobre qué estoy escribiendo? Puedo decir que estoy contando una historia de vidas rasgadas en el contexto de la crisis de la Venezuela contemporánea. Puedo decir, citando la novela, que estoy hablando sobre ese derrumbamiento nacional que fue de la autoridad al autoritarismo. Puedo decir también, en la misma tónica, que estoy explorando dónde termina un país y empieza una familia. O que estoy haciendo una versión íntima y literaria del estilo nacional. La verdad es que el proceso de escribir *Volver a cuándo* fue un torbellino catártico muy diferente de cualquier otro proyecto que yo haya desarrollado hasta ahora y escribir su sinopsis está siendo uno de los trabajos más difíciles de todo el camino.

Es que, entre textos y subtextos, estoy escribiendo sobre mi madre, profesora universitaria jubilada, y sus quince dólares de salario. Estoy escribiendo sobre su forma de cocinar, que ganó la amarga impronta de la crisis: el milagro de hacer rendir las proteínas en muchas raciones de valor nutricional escaso; una magia triste que no logra dejar atrás.

Estoy escribiendo sobre la fotografía de una gavera de refresco sirviendo de contenedor para un racimo de plátano verde, una ametralladora y munición para un grupo de militares alzados en Caracas, en 2019.

Estoy escribiendo sobre mis dos primas presas en una cárcel del *Immigration and Customs Enforcement* (ICE) en los Estados Unidos, esperando que las autoridades migratorias digan si va a ser "sí, sí, puede entrar" o "adiós, váyase por donde vino".

Estoy escribiendo sobre las insólitas dificultades de encontrar un ataúd y resolver las burocracias de la muerte en un país colapsado cuando mi abuela falleció, en 2019.

Estoy escribiendo sobre un antiguo vecino, hermano de mi mayor compinche de bicicleta y patines, ahora dedicado al oficio de coyote en la frontera de México con los Estados Unidos.

Estoy escribiendo sobre tener a mi padre agonizando en un hospital en 2015 y tener que salir de laboratorio en laboratorio con una muestra de sangre para ver dónde tenían los reactivos para hacer exámenes elementales.

Estoy escribiendo sobre mi primo y su pequeño hijo, a quien no ve hace más de tres años, desde que se fue para otro país con su mamá.

Estoy escribiendo sobre el apagón de cinco días que en 2019 traumatizó a los míos en un nivel que yo no había podido prever hasta estar allá y escucharlos.

Estoy escribiendo sobre el eslogan "Chávez hasta el 2021", que vino a abofetearme ese mismo año mientras consolidábamos la venta de mi casa familiar a un precio absurdo, por la ausencia absoluta de perspectiva.

Estoy escribiendo sobre volver a mi ciudad en 2019 y encontrar un despojo, un restico de país que puja y puja y puja, a pesar de todo y de todos.

Estoy escribiendo y tratando de cerrar ataúdes, pero uno no puede salir por la vida enumerando todas las tinieblas y las luminosidades que lleva dentro una novela.

Hace casi una década, en Brasil, cada vez que conozco a alguien y digo que soy venezolana, una chispa aparece en los ojos de ese alguien. Es una chispa cuyo contenido cambia, pero su aparición es una constante. Existe el brillo que dice, ahora sí, alguien va a poder contarme la verdad que los medios de comunicación no cuentan; es la chispa de quien tiene un deslumbramiento revolucionario a prueba de todo. Otra chispa es la de aquellos, los menos, que en menos de dos minutos estarán diciendo que gracias a Dios Brasil logró vencer al PT, pues sino ahorita mismo ya estaríamos en una dictadura comunista como la venezolana. Y existe la chispa confidente, la que se extraña cuando pregunto si realmente quiere saber mi respuesta a la pregunta sobre mi país y mi escritura; una que espera salir de nuestra conversación habiendo dado y recibido, más que una ratificación del credo propio, algunas dudas.

Hizo falta mucho coraje para contar esta historia y hará falta aún más coraje para ver quién se la deja contar, quién acepta ver este mundo a través de mis ojos; estos miopes y astigmáticos vigilantes, con sus lentes siempre insuficientes.

Creo que este libro es lo contrario a lo que he hecho hasta ahora. Esta vez no pregunto si la persona quiere saber. Esta vez la voz ya está ahí, siendo. Sé que esas chispas que ya conozco van a ser definidoras cuando los posibles lectores tomen el libro en sus manos y lean su sinopsis. Sé que voy a perder muchos ya en ese momento. Sé que perderé otros a mitad de camino. Sé que otros, al terminar, hubieran preferido que yo hiciera mi pregunta, para poder decir, no, no, mejor no me respondas.

Sé que esta historia y yo estamos en una brecha complicada en estos momentos de Venezuela y de Brasil. Sé que la opinión pública y la del corazón político nos dicen que no son tiempos para medias tintas. Acontece que no puedo sino escribir desde el desencanto, pero a sabiendas de que para que hoy me anide la desilusión, un día me habitó alguna fe. Algo perdido en un cuándo más o menos indefinido. No, no creo estar en la medias tintas. Me he sumergido en la tinta roja y he intentado separar en ella lo que es tinta y lo que es sangre. Con la una me entiendo. Con la otra, me duelo. Con ambas, escribí esta novela.



## Situación narrativa y empatía

El segundo grupo de estrategias narrativas asociadas con la empatía se refieren a la situación narrativa, es decir, a la naturaleza de la mediación entre autor y lector.

Desde que comencé mis estudios y mi práctica como ficcionista, primero en el cine y luego en la literatura, me han sido muy útiles las teorías provenientes del enfoque retórico. En este, la narrativa es concebida como un acto comunicativo intencional; no es solo una representación de eventos, también es un evento en sí mismo. El teórico de la retórica ve la narrativa en términos de alguien que le dice a alguien, con algún propósito, que algo sucedió en algún momento. Su especial atención al propósito es uno de los aspectos más importantes del enfoque y una de sus características diferenciadoras.

En este sentido, James Phelan (2007, p. 287), investigador que sigue la tradición retórica de autores como William C. Booth y de otros como Seymour Chapman, comenta:

...el enfoque reconoce que, al contar lo que sucede, los narradores ofrecen relatos de personajes cuyas interacciones entre sí tienen una dimensión ética, y que los actos de contar y recibir estos relatos también la tienen. En consecuencia, el enfoque retórico atiende tanto a una ética de lo contado como a una ética del contar.<sup>26</sup>

A partir de 1961, con la publicación de *La retórica de la ficción*, Booth puso el foco en las relaciones entre autores, narradores y público. Para Booth, cada técnica elegida por el autor produce diferentes efectos en su público y, por tanto, cualquier técnica es retórica. La elección del novelista, entonces, no es si usar o no la retórica, sino cuál retórica usar.

Booth se encarga de crear espacio en las discusiones narratológicas para un concepto clave que, desde el momento en que fue creado y hasta el día de hoy, ya sea a través de la afirmación o la negación más severa, ha generado innumerables páginas de debate: el autor implícito.

---

<sup>26</sup> Traducción del inglés: ...the approach recognizes that, in telling what happened, narrators give accounts of characters whose interactions with each other have an ethical dimension and that the acts of telling and receiving these accounts also have an ethical dimension. Consequently, the rhetorical approach attends to both an ethics of the told and an ethics of the telling.

Mientras otros teóricos mantienen la discusión en el terreno del narrador exclusivamente, Booth se centra en el examen de este ser que existe más allá de la máscara y del que emanan las valoraciones y el registro del mundo erigido, recordando que este autor que, imperceptiblemente, toma partido y talla la tez del mundo, crea junto con su obra una versión implícita de sí mismo.

Como elemento central de la estructura jerárquica, el autor implícito está presente en toda narración, de manera oculta (en cuyo caso se busca la transparencia enunciativa) o de manera manifiesta (cuando la transparencia se rompe a través de marcas en el uso de varios recursos expresivos y por el trabajo con la instancia del narrador).

Para Maria Lúcia Dal Farra, en *O narrador ensimesmado* (1978, p. 23), el narrador es quien filtra y organiza el mundo de la novela; “una postura visual regulada por una ojiva mayor (la del autor implícito): aquella que ve en el defecto o en la amplitud de visión que se le da al narrador la certeza del éxito de los valores que quiere manipular”.

Las regulaciones de esta "ojiva" conformarán lo que conocemos como punto de vista, una serie de decisiones que impactan dramáticamente el resultado empático de la historia en el lector. Estas elecciones, con menor o mayor grado de consciencia, son guiadas por el deseo del autor de comunicarse con una audiencia o con otra.

En su conocida revisión del concepto de punto de vista, Norman Friedman, en 1967 (2002, p. 171), discute las que serían las decisiones fundamentales concernientes a la situación narrativa tomadas durante la escritura de una ficción: la persona de la narración, los canales de información, el ángulo y la distancia desde los cuales nos es contada la historia. Me detendré en cada una de ellas para discutir las en su dimensión de estrategias asociadas a la empatía, valiéndome para ello de las convenciones teóricas y de los escasos hallazgos empíricos de los cuales se tiene noticia en la bibliografía consultada.

### **La persona de la narración o ¿quién le habla al lector?**

Las opciones que Friedman menciona son: autor en la primera o tercera persona, personaje en la primera u ostensivamente nadie. Es de notar que la segunda persona ni siquiera es tomada por el autor como una alternativa, de tan escasa y menospreciada.

La persona de la narración es, especulativamente, una característica que afecta con especial intensidad las respuestas de los lectores a la ficción narrativa. Una de las grandes convenciones en este sentido es que la ficción en primera persona, en la que el narrador relata experiencias y percepciones, genera una relación estrecha entre el lector y la voz narrativa.

El escritor y teórico David Lodge (2002, posición 1327) reconoce que la primera persona "es un método tan ingenioso o artificial como escribir sobre un personaje en tercera persona"<sup>27</sup>, con la salvedad de que "crea una ilusión de realidad, ordena la suspensión voluntaria de la incredulidad del lector, al modelarse sobre los discursos del testimonio personal".<sup>28</sup>

Lodge (2002, posición 1327) especula que la preferencia por la voz narrativa en primera persona encuentra una explicación en los contextos históricos y filosóficos:

En un mundo donde nada es seguro, en el que la creencia trascendental ha sido socavada por el materialismo científico, e incluso la objetividad de la ciencia está calificada por la relatividad y la incertidumbre, solo la voz humana, contando su propia historia, puede parecer la única forma auténtica de generar conciencia.<sup>29</sup>

Alicia Rasley, en *The power of point of view* (2008, p. 68) reconoce que la primera persona genera una intimidad que favorece la comprensión del personaje por el lector, pero, para determinados lectores, dependiendo del género narrativo y, claro, de la destreza del autor, puede volverse restrictiva, claustrofóbica o aburrida, limitando la respuesta empática.

Por otro lado, de acuerdo con Rasley (2008, p. 124), la tercera persona objetiva, con focalización externa, aportaría credibilidad y objetividad, pero su tono "clínico" podría hacerle perder color y profundidad a la narrativa. Esta es otra de las grandes convenciones existentes al respecto: voces y perspectivas totalmente externas no contribuirían a una relación cercana entre narrador, personaje y lector.

---

<sup>27</sup> Traducción del inglés: "is just as artful, or artificial, a method as writing about a character in the third person".

<sup>28</sup> Traducción del inglés: "it creates an illusion of reality, it commands the willing suspension of the reader's disbelief, by modeling itself on the discourses of personal witness"

<sup>29</sup> Traducción del inglés: "In a world where nothing is certain, in which transcendental belief has been undermined by scientific materialism, and even the objectivity of science is qualified by relativity and uncertainty, the single human voice, telling its own story, can seem the only authentic way of rendering consciousness".

Con relación al uso de la segunda persona, Rasley (2008, p. 112) sugiere que esta atrae al lector para dentro de la historia, obligándolo a participar de la narrativa. Sin embargo, la autora advierte que puede haber una cierta resistencia por parte del lector al aceptar ese "tú" (o vos, o ustedes), que puede o no ser superada.

Cuando discutimos o recordamos alguna lectura, es posible que una de las características que tengamos más presentes sea la persona de la narración. También es común, por otro lado, que, tras algunos segundos, dudemos de si era una primera persona, por ejemplo, o una tercera persona con focalización interna. Esto puede deberse a que lo que guardamos en nuestra memoria intelectual y afectiva es el efecto que nos generó, y este no responde apenas a la persona de la narración, sino también de los modos cómo esa persona se expresa y de la focalización que la vehicula, como veremos a continuación.

### **¿Cuáles canales de información usa el narrador para transmitirle la historia al lector?**

De acuerdo con Friedman (2002, p. 171), el narrador puede contar la historia valiéndose de:

- Palabras, pensamientos, percepciones y sentimientos del autor.
- Palabras y acciones del personaje.
- Pensamientos, percepciones y sentimientos del personaje.

La pregunta que se hace el ficcionista es a través cuál de estas opciones o de cuál combinación de estas las informaciones sobre estados mentales, escenario, situación y personaje llegarán al lector para causar el impacto deseado.

Cada alternativa viene con algunas técnicas de representación asociadas y con una expectativa de efecto. La elección del estilo de representación de la o las consciencias que están en juego en la historia es una de las decisiones más discutidas al hablar sobre los efectos empáticos en el lector. Es también uno de los aspectos sobre los cuales existen más consensos y, paradójicamente, menos sustentación empírica, como enfatiza Keen (2007).

En este sentido, la autora afirma que hay una vasta cantidad de teóricos y autores que concuerda en que la elección de la representación interna de los pensamientos y sentimientos de un personaje en la ficción en tercera persona y el uso de la auto-narración en primera persona tienen un efecto particularmente fuerte en los lectores. Estilos de representación como el monólogo interno, el flujo de consciencia,

y particularmente, el uso del discurso indirecto libre, juegan un papel importante en la relación de los lectores con los personajes.

Keen (2007, p. 96) resalta que la técnica del monólogo narrado en tercera persona permite "transiciones suaves entre las generalizaciones del narrador sobre los estados mentales de los personajes y las transcripciones de sus pensamientos internos".<sup>30</sup> Ya el monólogo interno, es decir, la representación directa de los pensamientos de los personajes en la persona y el tiempo verbal de su discurso, tiene defensores que consideran el paso a la primera persona como invariablemente más auténtico y directo que el monólogo narrado, por este último estar mediado por otra voz. Según la misma autora (2007, p. 96) hay escritores, como Sylvia Adamson, por ejemplo, que inclusive se refieren al monólogo interno como "narración empática".

Ya David Miall (2001, p. 54) se refiere al discurso indirecto libre como un medio de proporcionar "información privilegiada sobre la mente de un personaje", un recurso que, para el autor, invita al descentramiento empático.<sup>31</sup>

Un descubrimiento interesante durante esta revisión fue que la famosa recomendación "*Show, don't tell*" nunca ha sido verificada y, para autores como Booth, es demasiado simple para ser tomada como verdad absoluta, siendo que el involucramiento emocional depende de un complejo conjunto de reacciones al autor, a los narradores y a los personajes. Así, según indica Keen (2007, p. 94-96), descripciones directas del estado emocional de un personaje pueden causar empatía tan efectivamente como la implicación indirecta de estados emocionales a través de acciones y contextos.

### **¿Desde cuál ángulo y a cuál distancia el narrador cuenta la historia?**

Friedman explica que la historia puede ser contada desde encima, desde la periferia, desde dentro, frontalmente, alternando. Con relación a la distancia, el narrador puede estar cercano, distante o alternar entre ambas. De su posición van a depender la cantidad y la calidad de las informaciones a las cuales tiene acceso.

---

<sup>30</sup> Traducción del inglés: "smooth transitions between the narrator's generalizations about characters' mental states and transcriptions of their inner thoughts. Also called free indirect discourse, narrated monologue presents the character's mental discourse in the grammatical tense and person of the narrator's discourse."

<sup>31</sup> Traducción del inglés: "means of providing 'privileged information about a character's mind' likely to cue literariness and invite empathic decentering".

Un concepto muy útil por involucrar tanto el ángulo como la distancia del narrador con relación a la historia narrada es el de focalización, introducido por Genette (1989), en *Figuras III*. Es una técnica narrativa que establece la posición desde la cual una persona ficticia (personaje o narrador) mira el mundo y le asigna significado. Así, podemos tener focalizaciones internas, externas y omniscientes. La focalización supone una restricción del campo de percepción, limitado, siempre, por la capacidad humana de aprehensión.

Desde una perspectiva filosófica hermenéutica, Ritivoi (2018), en su intento de dar respuesta a cuál es el tipo de comprensión que permiten las narrativas y que fomenta la empatía en el lector, conecta el concepto narrativo de focalización con el concepto hermenéutico de horizonte (el campo de visión que incluye todo lo que se puede ver desde un punto de vista particular).

La focalización es vista por Ritivoi como un correlato del horizonte, en el sentido de que no solo significa ver el mundo a través de los ojos de otra persona, sino también aprender de experiencias que nunca tuvimos y tal vez nunca tendremos, y entender el significado que las mismas tienen para una persona en particular.

La autora (2018, p. 52) observa que la focalización ayuda a materializar el efecto de realidad, "no porque se convierta en nuestra propia realidad —que inclusive puede ser completamente diferente— sino porque temporalmente quita nuestra propia realidad del foco". Como resultado de esa operación de descentralización, la consciencia sufre algún grado de expansión. Cuanto más eficiente el dispositivo de la focalización en función del personaje y de la historia que el mismo transita, más profundo sería este proceso.

El lugar común de la teoría narrativa sugiere que las perspectivas internas promueven mejor la relación con el personaje y la empatía de los lectores. Logradas a través de la narración en primera persona, de la narración en tercera persona con focalización interna o del narrador omnisciente no neutro (sea este omnisciente selectivo, que en términos simplificados tiene acceso a la mente de un personaje y libre tránsito entre el afuera y el adentro; u omnisciente selectivo múltiple libre, que se mueve dentro y fuera de la mente de varios personajes), la eficiencia de las perspectivas internas en lo que respecta a efectos empáticos es uno de los consensos más extendidos entre teóricos y escritores, así como también es una convención establecida que las narraciones puramente externas no invitan a la empatía (Keen, 2007, p. 97).

William C. Booth sugiere que mostrar la historia a través de los ojos del personaje hace que el lector tienda a acompañarlo en vez de ponerse en su contra. Para el teórico, esto es cierto inclusive para personajes que nos sean menos admirables de antemano: "Si un autor desea una intensa simpatía por personajes que no tienen virtudes fuertes que hablen por sí mismas, entonces la vivacidad psíquica de las vistas internas prolongadas lo ayudará"<sup>32</sup> (Booth, 1983, p. 377-378 apud Keen, 2007, p. 96).

De acuerdo con Chupchik y Lászlo (1994), en su estudio sobre el tiempo en la recepción literaria, las narrativas conducidas por el personaje (*character-driven*), que ofrecen acceso a su vida interior, en vez de movidas principalmente por el *plot* promueven una lectura más lenta, lo que sugiere mayor reflexión y, como consecuencia, mayor respuesta empática.

### **¿Es confiable el narrador?**

Esta pregunta ya no pertenece a las colocadas por Friedman en su estudio sobre el punto de vista, pero me tomo la libertad de incluirla porque la discusión sobre la confiabilidad del narrador es fundamental al hablar sobre la empatía narrativa y sus estrategias.

El concepto del narrador no confiable surge asociado a la discusión sobre el autor implícito. Según explica William C. Booth (1980, p. 174), "a falta de mejores términos, llamé al narrador confiable cuando habla o actúa de acuerdo con las normas de la obra (es decir, con las normas del autor implícito), y poco fiable cuando no"<sup>33</sup>. Es claro que entre una posición y otra hay una infinidad de gradaciones y que, en lo que respecta al reconocimiento de las "normas de la obra", siempre estaremos tratando con un determinado componente que pertenece al terreno de especulación.

James Phelan (2007) parte del concepto de autor implícito para estudiar formas en las que este se puede usar para definir la falta de confiabilidad de la narrativa. Para esto, analiza las principales variables del intercambio comunicacional entre el autor implícito, el narrador y la "audiencia autoral" (el lector ideal del autor)<sup>34</sup>, a saber:

---

<sup>32</sup> Traducción del inglés: "If an author wants intense sympathy for characters who do not have strong virtues to recommend them, then psychic vividness of prolonged inside views will help him".

<sup>33</sup> Traducción del portugués: "a falta de termos melhores, chamei ao narrador fidedigno quando ele fala ou atua de acordo com as normas da obra (ou seja, com as normas do autor implícito), e pouco digno de confiança quando não o faz".

<sup>34</sup> La audiencia autoral es uno de los cuatro públicos de la narrativa de ficción propuestos por Peter J. Rabinowitz, que Phelan (2007, p. 296-297) transforma en cinco, dividiendo los referentes al narrador. La clasificación es la siguiente: lector de carne y hueso (cada uno de nosotros con nuestra individualidad y dones humanos comunes), la audiencia autoral (el lector ideal del autor), la audiencia

- a) El eje de comunicación a través del cual se produce la falta de fiabilidad.
- b) Si la comunicación particular indica que la audiencia autoral necesita rechazar o complementar la perspectiva del narrador.

Los narradores realizan tres funciones principales: informan sobre personajes y eventos, interpretan esos relatos y los evalúan éticamente. Los autores pueden indicar que respaldan o se distancian de estos relatos, interpretaciones y evaluaciones; la aprobación señala que la narración es confiable y el alejamiento señala que es poco confiable. Cuanto más se aleja el narrador del autor implícito, menos confiable será.

Según el modelo de Phelan (2007, p. 289-290), los narradores pueden ser poco confiables de seis formas:

- Pueden informar de forma insuficiente.
- Pueden informar de forma incorrecta.
- Pueden subinterpretar.
- Pueden malinterpretar.
- Pueden subvalorar.
- Pueden evaluar equivocadamente.

A través de cada una de esas situaciones, puede establecerse un efecto de desconfianza en el lector, sea por la vía de la creación de un vínculo/conexión o por el extrañamiento/desconcierto<sup>35</sup>.

En la desconfianza desconcertante, las discrepancias entre los informes, interpretaciones o evaluaciones del narrador y las inferencias de la audiencia autoral (el lector ideal del autor) hacen que narrador y lector se encuentren distanciados en el intercambio comunicativo. El lector ideal reconoce que adoptar la perspectiva del narrador significaría alejarse de la del autor implícito, con lo que habría una pérdida en la relación autor-audiencia.

Ya en el caso contrario, el de la desconfianza vinculante, las discrepancias entre los relatos, interpretaciones o evaluaciones del narrador y las inferencias del lector tienen el resultado paradójico de reducir la distancia interpretativa, afectiva o ética entre ambos. Es decir, aunque la audiencia autoral reconozca la falta de fiabilidad del

---

narrativa (la posición de observador dentro del mundo narrativo que asume el lector de carne y hueso), el narratario (la audiencia abordada por el narrador), la narrativa ideal de audiencia (la hipotética audiencia perfecta del narrador, que espera comprender todos los matices de su comunicación).

<sup>35</sup> Referidos en inglés como "bounding unreliability" y "estrangle unreliability".

narrador, esa falta de fiabilidad incluye alguna comunicación que el autor implícito y la audiencia autoral respaldan.

Sin embargo, como concluye Keen (2007), la confiabilidad narrativa y la falta de ella se suman a la larga lista de técnicas cuyos efectos en las respuestas emocionales de los lectores aún no se han probado.



## **Estrategias relacionadas con la situación narrativa en *Volver a cuándo***

Cuando intento recordar las lecturas y las películas que más me han marcado en la vida, no me es difícil establecer vínculos técnicos entre ellas. Perspectivas internas ganan. Narradores variados, también. Juegos de versiones. La palabra-rompecabezas. El drama lúdicamente entretejido. La tragedia en piezas. El libro que cierro, o la sesión de cine de la que salgo, pero cuya historia permanece abierta en mí por días, junto con sus dilemas morales.

De cuestionarme cómo estas técnicas funcionan estratégicamente en mí como receptora, surgió el tema de este ensayo. En una relación recíproca, la escritura de la novela fue llevándome a entender y apoyar algunas posturas teóricas, al mismo tiempo que el estudio de referencias fue provocando algunas decisiones autorales en la novela. Ese malabarismo entre teoría y práctica se hizo muy evidente para mí en las decisiones relacionadas con la situación narrativa.

Una pregunta que me acompaña siempre, como una especie de recordatorio, es: si una situación narrativa ideada para evocar empatía no lo logra, ¿la culpa es del lector y de su posible falta de herramientas, o de la sobrestimación de quien escribe sobre la eficacia de la técnica? Mi respuesta siempre coloca la responsabilidad en mis hombros.

Dicho esto, en el proceso de decidir cómo funcionaría el ensamblaje de la situación narrativa de la novela, me hice con un dispositivo narrativo que tradujese mi deseo de contrapunto, usando para ello algunas estrategias cuyos efectos empáticos han sido discutidos apenas individualmente, nunca como conjunto; estrategias cuya eficacia ha sido probada empíricamente o es materia de consenso teórico. Sin embargo, también he corrido el riesgo de usar algunas que son blanco de polémicas, como el caso de la polifonía o el uso de la segunda persona.

### **Polifonía**

Desde su génesis, mi intención con *Volver a cuándo* era llevar a cabo un juego narrativo al estilo de las carreras de relevo, una propuesta que crease un dilema empático en el lector, al confrontarlo con el grado de causalidad y de arbitrariedad que usamos para definir quiénes merecen nuestra confianza o nuestro juicio a priori, en función de lo que los propios personajes piensan y sienten y del discurso que ellos elaboran para sí mismos y para el lector, con la ayuda de la autora implícita. Quería

emular, narrativamente, la sensación de observar un conflicto desde varios puntos de vista con realidades y actitudes conflictivas entre sí.

Para lograrlo, era evidente para mí que tendrían que existir múltiples narradores, varias voces entre las cuales estarían distribuidas parcialidades de la historia, cuya totalidad sería un mosaico de visiones en torno al hecho central. De esta forma se hace inevitable incluir en esta breve discusión el concepto de polifonía narrativa.

La palabra "polifonía" es un término musical que se refiere a líneas simultáneas de melodía independientes que forman un todo. El traslado del concepto al mundo literario fue responsabilidad de Mikhail Bakhtin, quien acuñó la frase "la novela polifónica" en *El discurso de la novela*, un artículo de 1934.

Los personajes de la novela polifónica tienen su propio punto de vista, voz y comportamiento, mediados por el contexto. Manteniendo una cierta ilusión de autonomía, las diversas voces presentes en el discurso no se anulan, sino que se complementan, conformando una red de pensamientos, opiniones y posturas.

Una de las definiciones que más me agrada es la de David Lodge (1990, p. 86), según la cual "una novela polifónica da voz a una variedad de posiciones ideológicas en conflicto y se ponen en juego tanto entre los sujetos hablantes individuales como dentro de ellos, sin ser colocadas y juzgadas por una voz autoritaria autorizada"<sup>36</sup>. Es ese el intento de *Volver a cuándo*: ser un diálogo en tránsito, gritos cruzados, idiomas-puentes.

En la bibliografía abordada sobre empatía narrativa, la única mención a la polifonía viene en forma de pregunta. Es Suzanne Keen (2007, p. 98) quien interroga: "En las novelas más polifónicas, en las que el lector simplemente no dispone de una perspectiva narrativa única, ¿aumenta, disminuye o varía la empatía de los lectores según la página en la que se encuentran?". La autora no tiene una respuesta para este cuestionamiento, apenas incluye la pregunta en una lista interminable de dudas sobre las estrategias de la empatía.

## **Nina**

La opción de trabajar a Nina en la tercera persona está relacionada con un intento de minimizar un poco la autocompasión que se desprende de un personaje en

---

<sup>36</sup> Traducción del inglés: "a polyphonic novel is a novel in which a variety of conflicting ideological positions are given a voice and set in play both between and within individual speaking subjects, without being placed and judged by an authoritative authorial voice".

una situación de vulnerabilidad tan grave como la que ella atraviesa. Sin embargo, es una tercera persona que, sumada a una perspectiva interna, genera un efecto de "yo disfrazado", como sugiere Rasley (2008, p. 118); una sutil desviación del relato estrictamente personal, mediado por un narrador que nos dice que no es ella la que elabora la historia, es él, que la está viendo muy de cerca, tan de cerca que está dentro de su cabeza. Es un narrador que, al no ser un "yo" sino un "ella", adquiere, aunque sea ínfimo, un grado de objetividad que opera inconscientemente en el lector favoreciendo una respuesta empática, según mis apuestas más optimistas.

La adopción de una perspectiva íntima y con un modo de representación maleable en el que se entretajan acciones concretas con irrupciones del pensamiento de Nina, todo contado por el narrador cuando, donde y como ella lo experimenta, obedece a una intuición personal que vino a fortalecerse con esta investigación. Como ya vimos, algunos de los pocos hallazgos empíricos existentes con relación a la empatía del lector con los personajes comprueban la eficiencia de las vistas internas. Vale recordar aquí el estudio de Chupchik y Lászlo (1994), en su estudio sobre el tiempo en la recepción literaria, las narrativas conducidas por el personaje (*character-driven*), que ofrecen acceso a su vida interior, en vez de movidas principalmente por el *plot* promueven una lectura más lenta, lo que sugiere mayor reflexión y, como consecuencia, mayor respuesta empática.

(1994), que concluye que este tipo de narración requiere mayor tiempo de lectura, lo que se traduce en una relación más fuerte del lector con los personajes.

La opción de un estilo indirecto libre, que acompaña radicalmente el estado emocional del personaje y se deja transformar por él al punto de, por momentos, flirtear con el monólogo narrado y hasta con el flujo de consciencia, es una apuesta más arriesgada, lo reconozco. Aunque las tres técnicas mencionadas tengan numerosos defensores en la teoría narrativa, como ya mencioné antes, estas pertenecen al gran pabellón de las convenciones sin sustento empírico.

No obstante, me uno a ese coro de defensores, no solo en función de una postura más hermenéutica, que me acerca más a otras exigencias diferentes a las empíricas, sino en función de mi propia historia como lectora. Con una frecuencia que sin duda alguna configura fanatismo, me veo atrapada por este tipo de narrativas en su intento de emular la condición mental del personaje. Novelas como *Mônica vai jantar*, de Davi Boaventura, o *Muérete, Amor*, de Ariana Harwicz, por dar dos ejemplos recientes, con esa especie de verborragia catártica, me arrebatan.

Lo mismo me ocurre cuando escribo. Fue durante la escritura de los momentos más radicales de Nina, en términos de discurso, que experimenté el estado de flujo, o *flow*, que comenté anteriormente. Sumando a eso y asumiendo el riesgo de parecer arrogante, mi corta y pequeña experiencia con ficciones me ha indicado una relación directa entre mi estado de *flow* y una recepción muy favorable, emocionalmente fuerte, de los lectores.

### **Camilo**

La decisión de trabajar a Camilo como un narrador en segunda persona vino de forma menos programada que el resto de las opciones escogidas. Yo sabía a grandes trazos cuál sería su recorrido, pero tenía dificultad para conectarme con él y, si yo misma no lo lograba, ¿cómo podía pretender que alguien más lo hiciera?

Comencé a escribir en segunda persona en una especie de ejercicio de desbloqueo, probando una estrategia que no me fuera habitual. El ejercicio duró media página porque me bastaron pocas líneas para sentir la potencia y la coherencia conceptual que ofrecía ese diálogo de Camilo consigo mismo: una diatriba entre dos Camilos, el de antes de la bala y el de después de ella; el deslumbrado trabajador de la revolución y el desilusionado que la deja para atrás de la peor forma posible; el Camilo que huye y el Camilo que se ve huyendo.

Continué escribiendo con dudas, pensando que, aunque esta no fuera su forma definitiva, de cualquier forma estaba siendo una exploración interesante. Página a página fui convenciéndome de la potencia de esa voz: tener acceso al diálogo íntimo de ese personaje consigo mismo fue haciéndome empatizar con un ser sobre el cual sentía rabia de antemano. De repente me percibía conmovida por ese hombre en conflicto, porque iba entendiendo (aunque no justificando) que su mezquindad nacía de sus carencias. Escribiendo, pasaba de gustar de él, a odiarlo, a entenderlo, a tenerle lástima y a odiarlo de nuevo. Y era exactamente eso lo que quería que ocurriera con el lector.

Mi sorpresa fue grande cuando, avanzado mi ejercicio de escritura de Camilo, leyendo a Rasley (2008, p. 112), me topé con sus ideas sobre la segunda persona: "Es particularmente eficaz si desea crear una experiencia ligeramente vertiginosa para

el lector, examinar las definiciones de sí mismo y del otro, o explorar la naturaleza misma de la narrativa".<sup>37</sup>

Camilo está en un momento crucial en el que debe decidir qué lugar ocupar como padre, como exmarido, como hijo, como revolucionario. A la vez que él cuenta su versión de la historia, lleva a cabo una reflexión íntima sobre su identidad: está confrontando el Camilo que es con el que cree ser.

Este diálogo interno envuelve autoengaño, autocensura, autoprotección, características que podrían hacer que el narrador fuese poco digno de confianza; sin embargo, al incluir también una mirada por momentos honesta y dura sobre sí mismo, se acerca a los posicionamientos de la autora implícita, lo que de alguna forma contribuye a que creamos en él y en su dolor, incluso si pensamos que él está apenas recogiendo los frutos de sus propias acciones.

Suzanne Keen (2007, p. 98) se pregunta si el uso de la narración en segunda persona mejora la intimidad de la experiencia de lectura al acercar el lector al narrador, o enfatiza la disonancia cuando queda claro que es un "tú" que no puede incluir al lector. Ciertamente, existe el riesgo de distancia y de incomodidad, pero, este caso, me parece que sus beneficios son mayores que las amenazas que implica.

## **Elisa**

Elisa carga sobre sus hombros el peso de ser ella, en conjunto con Camilo, quien desencadena el conflicto principal de la novela, poniendo la trama en movimiento. Opté por usar una tercera persona con focalización interna y estilo indirecto libre, de tal forma que tuviese acceso a sus acciones externas, así como también a sus pensamientos y sentimientos, pues me interesaba sobremanera su perspectiva infantil en medio de los asuntos graves y complicados, tan "adultos", que presenta la historia.

Al igual que en los casos de Nina y en Camilo, la perspectiva íntima, aunada al estilo indirecto libre, busca generar un efecto de cercanía con el lector, propiciando una mayor y mejor respuesta empática, como los resultados de los estudios al respecto indican.

La tercera persona ofrece la posibilidad de respetar la mirada infantil, con su profundidad de análisis, observación y respuesta, al mismo tiempo que evita el

---

<sup>37</sup> Traducción del inglés: "It's particularly effective if you want to create a slightly vertiginous experience for the reader, to examine the definitions of self and other, or to explore the very nature of narrative".

compromiso de emular el lenguaje infantil en la obra, que sería una exigencia de la primera persona y que, para efectos de este proyecto, me parecía un tanto radical y, por algún motivo menos consciente (miedo, tal vez), no me interesaba.

Lodge (2002, posición 549), analizando el narrador en tercera persona con focalización interna de *La vuelta del tornillo*, de Henry James, dice que el discurso es, al mismo tiempo, objetivo y subjetivo: "Se podría decir que la dicción es mayoritariamente subjetiva (...) y la sintaxis es objetiva".<sup>38</sup> A esta particularidad quería acercarme.

El narrador con focalización en Elisa cuenta al lector su visión sobre la historia, la familiar y la nacional, a través de un relato que, por estar comprometido con una focalización interna al universo de una niña, ofrece un relato elíptico, limitado y fantasioso por la propia naturaleza de la instancia narradora escogida.

En ese sentido, Augusto Sarmiento-Pantoja (2011, p. 3) define la perspectiva de la infancia como:

Una mirada miope, nebulosa, imprecisa, por el hecho de que mucho de lo que ocurre es oscuro o poco entendible para el universo imaginativo infantil, sean los acontecimientos familiares, los sentimientos adolescentes, los deseos humanos.

Siendo así, el narrador que nos presenta de manera íntima el universo factual y emocional de Elisa, podría estar en una situación de poca confiabilidad. No obstante, la mirada infantil de Elisa que él nos trasmite no genera un efecto desconcertante o de extrañeza en el público, sino vinculante, en el sentido de que genera empatía, como argumenta Phelan (2007), pues vemos que los errores o insuficiencias de sus relatos e interpretaciones vienen de un lugar de inocencia y de falta de herramientas, producto de su corta edad y experiencia de mundo; más que exigirle, queremos protegerla.

### **Graciela**

A este personaje pertenece la única narración en primera persona, lo cual puede parecer una opción un tanto curiosa, siendo que no es Graciela quien carga el peso protagónico de la historia. ¿Por qué entonces otorgarle esa voz testimonial?

---

<sup>38</sup> Traducción del inglés: "One might say that the diction is mostly subjective (...) and the syntax is objective".

Conceptualmente, es la opción que me parece más adecuada, en función del lugar que Graciela ocupa en el paisaje narrativo de la historia. Frente a la crisis real y simbólica, ella se aferra y se hunde en la inmovilidad, observa la ruina y se entrega a ella, se funde con ella, y nos cuenta ese proceso. Siendo el único personaje adulto que continúa en Venezuela, Graciela representa la posibilidad de un testigo ocular directo del fracaso, a pesar de cargar el peso de la angustia y la depresión que se transforman en un filtro a través del cual ella observa el mundo que la rodea, haciéndolo más ruinoso de lo que otros personajes tal vez pudieran ver.

Esto podría transformarla en un personaje poco confiable, en el sentido de que el lector puede intuir el "ruido" que significa que alguien cuente algo desde un lugar de depresión. Sin embargo, si seguimos la propuesta de Phelan (2007), esa posible desconfianza sería vinculante en vez de desconcertante, pues las ideas transmitidas por Graciela claramente coinciden con las de la autora implícita. En este sentido, la idea de Lodge (2002, posición 1327) de que la primera persona crea una ilusión de realidad que genera una subsecuente suspensión de la incredulidad, que al inicio me pareció un tanto exagerada, se sustenta. Graciela puede no ser confiable en términos objetivos, pero en su relación con la autora implícita —y, claro, en la relación del lector con la autora implícita— el pacto de desconfianza abre espacio para la cercanía. De esa aproximación, espero, puede surgir una respuesta empática.

Por otro lado, Graciela es un yo que prácticamente ha perdido comunicación con un mundo en el que ya no se reconoce; un lugar lleno de lutos que la engullen. Ella no le habla al lector sino a otro personaje, siempre buscando un diálogo que demora en ocurrir. Esto genera una sensación de que estamos oyendo una conversación ajena, lo que puede distanciarla de los efectos más tradicionales de la primera persona. Sin embargo, creo que el efecto de confiabilidad y proximidad se mantiene.

## **Raúl**

Para este personaje, al igual que para Nina y Elisa, opté por una tercera persona con focalización interna. Es una perspectiva que acompaña su confusión al verse perdido en un mundo más allá de lo que conocemos como vida. Vamos descubriendo esa realidad y sus posibilidades a medida que él mismo las va descubriendo.

Me interesaba retratar la muerte como un lugar extranjero, un espacio que también exige adaptación, tiempo, aceptación. De ahí la decisión de ver todo a través de los ojos perplejos de Raúl, aunque filtrado por un narrador que coloque una pizca

de objetividad en su relato. En este sentido, *Amada*, novela de Toni Morrison, fue una importante fuente de inspiración.

Diferente del resto de los narradores, en Raúl decidí usar el estilo directo. Esto responde a un deseo de enfatizar, inclusive visualmente, la presencia del diálogo. Fue un intento de darle el poder de comunicación directa, sin filtros, justo al personaje más imposibilitado de diálogo, por su existencia más allá de la realidad concreta del mundo de los vivos.

Raúl, con sus capacidades fantásticas de transitar entre mundos, ejerce intromisiones en algunos capítulos de Nina, Elisa y Graciela, siendo que en las dos primeras su participación se ajusta al modo de representación de la consciencia de ellas y al estilo indirecto libre, pues la comunicación que se crea pertenece a un orden que se acerca más a la rememoración y a la sensación de conexión, que al diálogo más concreto que ocurre con Graciela, con sus capacidades sobrenaturales. En el caso de ella, cuando al fin Raúl decide visitarla, quise recrear una conversación posible, a la que tenemos acceso palabra a palabra, tal como dichas y escuchadas por ambos, en ambos mundos.

Con Raúl se completa este mosaico, este intento de presentar voces conflictivas entre sí, distantes por decisión o por imposición; gritos que, no pudiendo escucharse, buscan explicarse para el lector, contarle entre sus amigos.

## Epílogo

La palabra alemana *heimat* no tiene una traducción exacta al español. Se refiere al lugar donde una persona creció y se siente como en casa. Puede ser, al mismo tiempo, patria, tierra natal y hogar, pero va más allá, pudiendo ser asociada a tendencias nacionalistas, contrarias al multiculturalismo y a la recepción de refugiados. Por toda esa polisemia, *Heimat* es el título de un poema que escribí en abril de 2018, cuando mi hermana tenía un año viviendo en Hamburgo y yo apenas comenzaba el doctorado.

Por aquellos días, solía decir que me había vuelto monotemática. La frase venía siempre como un avergonzado pedido de disculpas para mis compañeros en las diferentes materias y talleres de escritura, que eran sometidos una y otra vez a mis "variaciones sobre el luto". Luego, la vergüenza dio paso a la decisión: estaría durante cuatro años escribiendo sobre el asunto y no pediría más disculpas.

Tuve que leer ese poema para un auditorio lleno cuando se me ocurrió someterlo a un premio universitario. Tomada por la emoción, hice la peor lectura posible, pero ganamos, él y yo. Aquel poema, en cierta forma, contiene el germen de la novela. A él, a la herida que él se atrevió a abrir, le debo *Volver a cuándo*.

### ***Heimat***<sup>39</sup>

*La casa entera se  
levanta en huelga*

*reivindica su derecho de ser  
apenas un souvenir del afuera*

*miniatura de todos los mundos  
previos a este abismo*

*la casa se cree portátil y  
grita sus pies peregrinos*

*entra sin acrobacias  
en mi maleta de rueditas*

*no le importa si aún hoy  
me hace pasar por turista*

---

<sup>39</sup> Sugiero ver la versión video-poema en: [https://www.instagram.com/p/B\\_IHP4aFtFd/](https://www.instagram.com/p/B_IHP4aFtFd/)

*mi maleta desmesurada es  
blanco fácil en aduanas*

*trafico revueltas despedazadas  
retazos de ser sin estar*

*llevo mis restos de gente  
y sus noticias de hambre*

*nunca aprendí eso de viajar  
con poco equipaje*

*traigo conmigo  
siempre*

*un padre muerto  
doblado entre las ropas.*

## Consideraciones finales

Los académicos que estudian los efectos de la lectura mediante experimentos controlados buscan verificar las creencias existentes de que la lectura de ficción evoca empatía, lo que a su vez se traduciría en una mejora de las actitudes hacia los demás en el mundo real.

Una parte importante de la bibliografía visitada en este trabajo da una importancia grande a esas evidencias empíricas, no obstante, como autora, a pesar de encontrar interesantes esos hallazgos y las subsecuentes quiebras de expectativa que los más polémicos traen consigo, no pierdo de vista el grado enorme y bienaventurado de inconmensurabilidad que tiene la literatura.

Otra parte de los trabajos académicos consultados se fundamenta en convenciones y especulaciones que vienen de la teoría narrativa, cuya existencia nos habla de un comulgar frente al cual no podemos ser inocentes, sea para usarlos o para descartarlos.

Sea por la vía de las escasas evidencias científicas o de los consensos teóricos, la confianza en la relación entre la exposición a las narrativas de ficción, sea a través de libros o productos audiovisuales, y los beneficios morales o sociales que se desprenden de la misma es robusta, no solo entre los lectores, sino también entre los teóricos.

Como escritora, lectora y académica, me incluyo en este grupo, pero no sin algunas objeciones. Considero que Suzanne Keen (2007, p. 168) trae a colación una advertencia muy pertinente cuando nos dice que una sociedad que espera recibir rendimientos éticos y políticos inmediatos de la lectura recreativa de sus ciudadanos, puede estar sobrecargando tanto a la empatía como a la novela.

Simpatizo con la visión oriunda de la hermenéutica, según la cual la empatía narrativa no necesita ejecutar renovaciones de la virtud cívica ni del comportamiento individual para ser reconocida como un componente central de la respuesta emocional a la ficción y como una herramienta deseable para la expansión de nuestro "horizonte" y, con él, de nuestra consciencia.

*Volver a cuándo*, corazón absoluto de este proyecto, es una invitación al sentir conjunto, a habitar los zapatos de "otros" y ver qué nos pasa durante esa experiencia.

*Nunca aprendí eso de viajar con poco equipaje*, esa mezcla de revisión teórica con relatos biográficos y reflexiones sobre el proceso creativo, es un intento de entender cómo puede mi literatura obrar en los lectores lo que en mí su escritura.

En conjunto, ambas creaciones me hicieron transitar por la teoría para llegar a la práctica y viceversa; me hicieron visitar la historia para llegar a la ficción y de vuelta a la historia; me empujaron al relato pequeño y a la historia con hache mayúscula, amalgamados inevitablemente.

Por momentos, cuando me enfrentaba a la idea tradicional de lo que debe ser una tesis, sentía una especie de rubor académico. La sensación duraba un segundo, pues de inmediato era tomada por una alegría feroz de reivindicar la palabra, en plenitud, para nuestra área de Escritura Creativa y para las carreras afines que se permiten pensar el proceso creativo como lugar epistemológico.

En ese mismo ímpetu, escogí usar el término "provocaciones" para darle título al proyecto. Pensé que sería algo provisional, pero durante todo este tiempo de estudio y de escritura tan intensos, la palabra creció en mí al punto de que hoy, más que nunca, la encuentro exacta en todos los sentidos que pretendía abarcar este trabajo, de lo narrativo a lo emocional y a lo político, que se entrecruzan y se confunden con tamaña violencia en este proyecto. Ya decía Cristina Rivera Garza (2015, p. 173) que "la imaginación es otro nombre de la crítica y éste, el otro nombre de la subversión". Provocaciones, es eso lo que he ofrecido al lector, nada más, pero quizás, en estos días de convencimientos tan apriorísticos, eso sea suficiente.

Salgo de este proyecto con más preguntas que respuestas, con conocimientos que daba como sólidos siendo colocados en juicio, con sorpresas, con dudas. Salgo fortalecida, no a pesar de la sospecha, sino gracias a ella.

## Referencias

¿**Por qué leemos historias duras en tiempos difíciles?** Publicado por TEDxChacao, 29 jun. 2020. (49 min) Charla do escritor Héctor Torres. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wKKqMBGG-Yg>. Acceso: 02 jul. 2020.

ADORNO, Theodor. **Indústria cultural e sociedade**. São Paulo: Paz e Terra, 2003, 70 p.

ALVES TASSINARI, Márcia; TEIXEIRA DURANGE, Wagner. Experiência Empática: da Neurociência à Espiritualidade. **Revista da Abordagem Gestáltica - Phenomenological Studies** – XX (1), p. 53-60, 2014. Disponible en: [http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1809-68672014000100007](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1809-68672014000100007). Acceso: 04 abr. 2017.

ANDRINGA, Els. **Strategieën bij het lezen van literatuur**. Spiegel, 13(3), p. 7-23, 1996.

BAKHTIN, Mikhail. Discourse in the Novel *In The Dialogic Imagination: Four Essays*. Trans. M. Holquist and C. Emerson. Austin: University of Texas Press, p. 259-422, 1981.

BARRERA TYSZKA, Alberto. Maduro está más cerca de Pinochet que de Allende. [Entrevistado por] Silvia Ayuso, **El País**, 10/04/2018. Disponible en: [https://elpais.com/internacional/2018/04/09/actualidad/1523310929\\_352237.html](https://elpais.com/internacional/2018/04/09/actualidad/1523310929_352237.html). Acceso: 23 oct. 2018.

BERTHOZ, Alain; GIRAUDO, Marie Dominique; VIEILLEDENT, Stéphane; KOSSLYN, Stephen M. Does mental simulation of following a path improve navigation performance without vision? **Cognitive Brain Research**, Volume 16, Issue 2, p. 238-249, 2003. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0926641002002793#!>. Acceso: 20 ago. 2020.

BOOTH, Wayne C. **La retórica de la ficción**. Barcelona: Antonio Bosch, 1978. 423 p.

\_\_\_\_\_. **A retórica da ficção**. Lisboa: Editora Arcária, 1980, 143 p.

\_\_\_\_\_. **The Rhetoric of Fiction**. Chicago: University of Chicago Press, 1983, 572 p.

\_\_\_\_\_. **The company we keep. An ethics of fiction**. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1988, 557 p.

BREITHAUPT, Fritz. **Culturas de la empatía**. Buenos Aires: Katz, 2011, 287 p.

BROCKMEIER, Jans; MERETOJA, Hanna. Understanding Narrative Hermeneutics, *In StoryWorlds: A Journal of Narrative Studies*, Volume 6, Number 2, Winter 2014,

pp. 1-27 (Article). University of Nebraska Press. Disponible en: [https://www.researchgate.net/profile/Jens\\_Brockmeier/publication/305751990\\_Understanding\\_Narrative\\_Hermeneutics/links/58a4ae98aca27206d97f14db/Understanding-Narrative-Hermeneutics.pdf](https://www.researchgate.net/profile/Jens_Brockmeier/publication/305751990_Understanding_Narrative_Hermeneutics/links/58a4ae98aca27206d97f14db/Understanding-Narrative-Hermeneutics.pdf). Acceso: 06 mar. 2017.

BUTLER, Judith. **Quadros de guerra**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2018, 287 p.

CANETTI, Elias. **A consciência das palavras**. São Paulo: Companhia das letras, 2011, s/p.

CHUPCHIK, G.; LÁSZLO, János. The Landscape of Time in Literary Reception: Character Experience and Narrative Action. **Cognition and Emotion**, 8, p. 297-312, 1994. Disponible en: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/02699939408408943>. Acceso: 18 mar. 2019.

CSIKSZENTMIHALYI, M. **Flow: The Psychology of Optimal Experience**. New York: Harper & Row, 1990.

DAL FARRA, Maria Lúcia. **O Narrador Ensimesmado**. São Paulo: Editora Ática, 1978. 167 p.

DECETY, Jean. Mirrored Emotion. [Entrevistado por Lydialyle Gibson] **The University of Chicago Magazine**, 94(4), 2006. Disponible en: <https://magazine.uchicago.edu/0604/features/emotion.shtml>. Acceso: 23 ago. 2020.

DECIU RITIVOI, Andreea. **Empatia, intersubjetividade e compreensão narrativa**. São Paulo: Letra e Voz, 2018, 69 p.

EARTHMAN, Elise Ann. Creating the Virtual Work: Readers' Processes in Understanding Literary Texts. **Research in the Teaching of English**, 26(4), p. 351-384, 1992. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/40171316>. Acceso: 18 jul. 2020.

EDER, Jens. Analyzing characters: creation, interpretation, and cultural critique. **Revista de Estudos Literários**, Universidade de Coimbra, v.4, p. 69-96, 2014. Disponible en: <https://impactum-journals.uc.pt/rel/article/view/2734>. Acceso: 26 mar. 18

\_\_\_\_\_. **Film Characters: Theory, Analysis, Interpretation**. Marburg: Schüren, 2008.

\_\_\_\_\_. Understanding Characters. **Projections**, Berghahn Journals, v. 4.1, p. 16-40, 2010.

FORSTER, Edward Morgan. **Aspects of the Novel**. New York: Harcourt Brace, 1985.

FREUD, Sigmund. Creative Writers and Day-dreaming *In The Freud Reader*. New York: W.W. Norton, 1989. s/p.

FRIEDMAN, Norman. O ponto de vista na ficção. O desenvolvimento de um conceito crítico. **Revista USP**. N. 53, p. 162-182, março/maio, 2002.

GADAMER, Hans-George. **Verdade e Método I. Traços fundamentais de uma hermenêutica filosófica**. Petrópolis: Vozes; Bragança Paulista: Editora Universitária São Francisco, 2018, 631 p.

GALLESE, Vittorio; FADIGA, Luciano; FOGASSI, Leonardo; RIZZOLATTI, Giacomo. Action recognition in the premotor cortex. **Brain**, 119(2), p. 593-609, 1996. Disponível em: <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/8800951/>. Acesso: 15 set. 2018.

GALLESE, Vittorio; GOLDMAN, Alvin. Mirror neurons and the simulation theory of mindreading. **Trends in Cognitive Sciences**, 2(12), 493-501, 1998. Disponível em: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S1364661398012625>. Acesso: 15 set. 2018.

GALLESE, Vittorio. Commentary on Toward a Neuroscience of Empathy: Integrating Affective and Cognitive Perspectives. **Neuropsychoanalysis**, 9(2), p. 158-161, 2007. Disponível em: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/15294145.2007.10773552>. Acesso: 15 set. 2018.

GENETTE, Gérard. **Figuras III**. Barcelona: Lumen, 1989. 338 P.

GERNSBACHER, Morton Ann; GOLDSMITH, H. Hill; ROBERTSON, Rachel. Do Readers Mentally Represent Characters' Emotional States? **Cognition and Emotion**, 6, p. 89-111, 1992. Disponível em: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/02699939208411061>. Acesso: 18 jul. 2020.

GERRIG, Richard; ALLBRITTON, David W. The Construction of Literary Character: A view from Cognitive Psychology. **Style**, Vol. 24, No. 3. Literary Character, pp. 380-391. Penn State University Press, 1990. Disponível em: <https://www.jstor.org/stable/pdf/42945868.pdf?seq=1>. Acesso: 20 jul. 2020.

GERRIG, Richard. Text Comprehension in STERNBERG, Robert J; SMITH, Edward E. **The Psychology of Human Thought**. Cambridge: Cambridge University Press, 1988, p. 242-266.

GONZÁLEZ, María Cristina; DELGADO DE SMITH, Yamile. Género y Migración. **Revista Ez Aequo**, n. 31, 2015, pp. 143-157. Lisboa: Associação Portuguesa de Estudos sobre as Mulheres – APEM, 2015.

GREGORY, W. Larry; CIALDINI; Robert B.; CARPENTER, Kathleen M. Self-Relevant Scenarios as Mediators of Likelihood Estimates and Compliance: Does Imagining Make It So? **Journal of Personality and Social Psychology**, 43(1), p.

89-99, 1982. Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/232435413>. Acceso: 16 may. 2020.

HAKEMULDER, Jèmeljan. **The Moral Laboratory: experiments examining the effects of reading literature on social perception and moral self-concept.**

Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, 2000.

HIGGINS, E. Tory.; BARGH, John A. Social Perception and Social Cognition. **Annual Review of Psychology**, 38, p. 369-425, 1987.

HIGGINS, E. Tory.; KING, Gillian. Accessibility of Social Constructs: Information-Processing Consequences of Individual and Contextual Variability *In* CANTOR, N.; KIHLSSTROM, J. F. **Personality, Cognition, and Social Interaction.** Hillsdale: Erlbaum, 1981, p. 69-122.

HUNT, Russell A.; VIPOND, Douglas. Point-driven understanding: Pragmatic and cognitive dimensions of literary reading. **Poetics**, 13(3), p. 261-277, 1984. Disponible en: [https://doi.org/10.1016/0304-422X\(84\)90005-6](https://doi.org/10.1016/0304-422X(84)90005-6). Acceso: 16 may. 2020.

HUSTON, Nancy. **A espécie fabuladora.** Porto Alegre: L&PM Editores, 2010. 141 p.

KEEN, Suzanne. **Empathy and the Novel.** New York: Oxford University Press, 2007, 276 p.

KIHLSSTROM, T.F. **Personality, Cognition, and Social interaction.** Hillsdale: Erlbaum, 1981, 122 p.

KNEEPENS, E.W.E.M.; ZWAAN, Rolf A. Emotions and literary text comprehension. **Poetics**, 23(1-2), p.125-138, 1995. Disponible en: [https://doi.org/10.1016/0304-422X\(94\)00021-W](https://doi.org/10.1016/0304-422X(94)00021-W). Acceso: 06 ago. 2020.

KUNDERA, Milan. **A arte do romance.** São Paulo: Companhia de Bolso, 2009, 136 p.

LECUMBERRI, Beatriz. **La revolución sentimental: Viaje periodístico por la Venezuela de Chávez.** Caracas: Ediciones Punto Cero, 2016. 384 p.

LODGE, David. **After Bakhtin: Essays on Fiction and Criticism.** London: Routledge, 1990, 198 p.

\_\_\_\_\_. **Consciousness and the Novel: Connected Essays.** Londres: Random House Ebooks, 2002, 4571 posiciones.

MARKUS, Hazel; NURIUS, Paula. Possible Selves. **American Psychologist**, 41, p. 954-969, 1986. Disponible en:

[https://www.researchgate.net/publication/232565363\\_Possible\\_Selves](https://www.researchgate.net/publication/232565363_Possible_Selves). Acceso: 16 may. 2020.

MARKUS, Hazel; WURF, Elisa. The Dynamic Self-Concept: A Social Psychological Perspective. **Annual Review of Psychology**, 38(1), p. 299-337, 1987.

MATHEWS, Kenneth; STOTLAND, Ezra. **Empathy and Nursing Students' Contact with Patients**. Manuscrito no publicado. Spokane, 1973.

MIALL, David S. Affect and Narrative: A Model of Responses to Stories. **Poetics** 17(3), p. 259-272, 1988. Disponible en: [https://doi.org/10.1016/0304-422X\(88\)90034-4](https://doi.org/10.1016/0304-422X(88)90034-4). Acceso: 21 set. 2019.

MIALL, David S.; KUIKEN, Don. Foregrounding, Defamiliarization, and Affect: Response to Literary Stories. **Poetics**, 22(5), p. 389-407, 1994. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/0304422X94000115?via%3Dihub>. Acceso: 21 set. 2019.

MIALL, David S. On the necessity of empirical studies of literary reading. **Utrecht Journal of Literary Theory**, 14.2-3, p. 43-59, 2000. Disponible en: [https://sites.ualberta.ca/~dmiall/MiallPub/Miall\\_Necessity\\_1990.htm](https://sites.ualberta.ca/~dmiall/MiallPub/Miall_Necessity_1990.htm). Acceso: 12 jul. 2020.

NUSSBAUM, Martha. **Justicia poética: La imaginación literaria y la vida pública**. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1997, 183 p.

\_\_\_\_\_. **Political Emotions. Why Love Matters for Justice**. Cambridge; London: The Belknap Press of Harvard University Press, 2013.

\_\_\_\_\_. **Upheavals of Thought: The intelligence of Emotions**. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

OATLEY, Keith. A taxonomy of the Emotions of Literary Response and Theory of Identification in Fictional Narrative. **Poetics**, 23(1-2), p. 53-74, 1995. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/0304422X94P4296S>. Acceso: 20 jul. 2020.

PASSOS-FERREIRA, Cláudia. Seria a moralidade determinada pelo cérebro? Neurônios-espelhos, empatia e neuromoralidade. **Physis Revista de Saúde Coletiva**, 21(2), p. 471-490, 2011. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0103-73312011000200008>. Acceso: 20 jul. 2020.

PLATAFORMA REGIONAL DE COORDINACIÓN INTERAGENCIAL PARA REFUGIADOS Y MIGRANTES DE VENEZUELA. **Refugiados y migrantes de Venezuela**. Disponible en: <https://www.r4v.info/es/refugiadosymigrantes>. Acceso: 23 dic. 2021.

PHELAN, James. Estranging Unreliability, Bonding Unreliability, and the Ethics of "Lolita". **Narrative**. Vol. 15, No. 2, May, 2007, p. 222-238. Ohio: Ohio State University Press.

\_\_\_\_\_. **Living to tell about it**. Ithaca: Cornell University Press, 2004. 254 p.

\_\_\_\_\_. Rhetoric/Ethics. In HERMAN, David, **The Cambridge Companion to Narrative**, p. 287-306. Cambridge: Cambridge University Press, 2007. 310 p.

RABINOWITZ, Peter J. **Before Reading: Narrative Conventions and the Politics of Interpretation**. Ithaca and London: Cornell University Press, 1987.

SARMENTO-PANTOJA, Augusto. O jogo como estratégia de defesa, sedução e erotismo no cinema latino-americano. **Anais do SILEL**. Volume 2, Número 2. Uberlândia: EDUFU, 2011.

SAVIAN FILHO, Juvenal. A empatia segundo Edith Stein. Pode-se empatizar a "vivência" de alguém que está dormindo? *In* **Empatia. Edmund Husserl e Edith Stein**. Apresentações didáticas. São Paulo: Edições Loyola, 2014. P. 29-52.

\_\_\_\_\_. **Empatia, Edmund Husserl e Edith Stein**. São Paulo: Edições Loyola, 2014, 93 p.

SMITH, Adam. **Theory of Moral Sentiments**. Whitefish: Kessinger's Legacy Reprints, 2010, 60 p.

SMITH, Murray. Engaging Characters: Further reflections in EDER, Jens; FOTIS, Jannidis e SCHNEIDER, Ralf. **Characters in Fictional Worlds**. Revisionen 3. Berlin/New York: De Gruyter, 2010, 234 p.

STOTLAND, Ezra; SHERMAN, Stanley E.; SHAVER, Kelly G. **Empathy and Birth Order: Some Experimental Explorations**. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971, 197 p.

STOTLAND, Ezra. Exploratory Investigations of Empathy in BERKOWITZ, Leonard. **Advances in Experimental Social Psychology**, 4, p. 271-314. New York: Academic Press, 1969.

TAYLOR, Marjorie; HODGES, Sara D.; KOHÁNYI, Adele. The illusion of independent agency: do adult fiction writers experience their characters as having minds of their own? *In* **Imagination, Cognition and Personality**, Vol. 22(4), p. 361-380. University of Oregon, 2003.

TORRES, Héctor; RODRÍGUEZ, Albor (Ed). **Días Salvajes. 15 historias reales para comprender el colapso de Venezuela**. Caracas: Ediciones Punto Cero, 2019, 176 p.

TORRES, Héctor. **La arquitectura invisible de las historias**. La vida de nos. 24/10/2018. Disponible en: <https://www.lavidadenos.com/la-arquitectura-invisible-de-las-historias/>. Acceso: 18 ago. 2020.

TRABASSO, Tom; VAN DEN BROEK, Paul. Causal Thinking and the Representation of Narrative Events. **Journal of Memory and Language**, 24, p. 612-630, 1985. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/0749596X8590049X>. Acceso: 03 may. 2019.

WALSH, Richard. Why We Wept for Little Nell: Character and Emotional Involvement. **Narrative**, Vol. 5, No. 3, pp. 306-321, 1997. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/20107126?seq=1>. Acceso: 18 ago. 2020.

ZILLMAN, Dolf. Empathy: Affect From Bearing Witness to the Emotions of Others in BRYANT, Jennings.; ZILLMAN, Dolf. **Responding to the Screen: Reception and Reaction Processes**. Hillsdale: Erlbaum, 1991, p. 135-167.

ZWAAN, Rolf A. **Aspects of Literary Comprehension: A Cognitive Approach**. Amsterdam: Benjamins, 1993, 190 p.

### Referencias literarias

BARRERA TYSZKA, Alberto. **Patria o muerte**. Ciudad de México: Tusquets, 2015. 246 p.

BLANCO CALDERÓN, Rodrigo. **The Night**. Madrid: Alfaguara, 2016. 299 p.

BOAVENTURA, Davi. **Mônica vai jantar**. Porto Alegre: Dublinense, 2019. 90 p.

BRODSKY, Joseph. **Sobre o exílio**. Belo Horizonte: Ayinê, 2018, 72 p.

DOVLÁTOV, Serguei. **O ofício**. São Paulo: Kalinka, 2018. 232 p.

FAULKNER, William. **Enquanto agonizo**. Porto Alegre: L&PM, 2009.

HARWICZ, Ariana. **Muérete, Amor**. São Paulo: Instante, 2019. 140 p.

HASBÚN, Rodrigo. **Los afectos**. Barcelona: Random House, 2015. 92 p.

HERRERA, Yuri. **Señales que precederán al fin del mundo**. Madrid: Periférica, 2020. 83 p.

JAMISON, Leslie. **El anzuelo del diablo. Sobre la empatía y el dolor de los otros**. Barcelona: Anagrama, 2015, 249 p.

KUNDERA, Milan. **La ignorancia**. Buenos Aires: Tusquets, 2009. 200 p.

LUISELLI, Valeria. **O arquivo das crianças perdidas**. Rio de Janeiro: Alfaguara, 2019, 407 p.

LUISELLI, Valeria. **Tell Me How It Ends: An Essay in 40 Questions**. Minneapolis: Coffee House Press, 2017. 128 p.

MELCHOR, Fernanda. **Temporada de huracanes**. Ciudad de México: Literatura Random House, 2018. 223 p.

MORRISON, Toni. **Amada**. São Paulo: Companhia das Letras, 2011. 390 p.

RAMÓN, Paula. **Mãe Pátria. A desintegração de uma família na Venezuela em colapso.** São Paulo: Companhia das Letras, 2020. 237 p.

RIVERA-GARZA, Cristina. **Dolerse. Textos de un país herido.** México DF: Surplus Ediciones, 2015, 181 p.

RULFO, Juan. **Pedro Páramo.** Ciudad de México: Editorial RM, 2019. 132 p.

SAAVEDRA, Carola. **Com armas sonolentas.** São Paulo: Companhia das Letras, 2018. 269 p.

SAINZ BORG, Karina. **La hija de la española.** Barcelona: Lumen, 2019, s/p.

SANZ, Marta. **No tan incendiaria.** Madrid: Periférica, 2019, 188 p.

TAVARES, Gonçalo M. **O torcicologologista, Excelência.** Porto Alegre: Dublinense, 2017, 252 p.

TIMM, André. **Morte Sul Peste Oeste.** Porto Alegre: Taverna, 2020. 192 p.

TORRES, Héctor. **Objetos no declarados. 1001 formas de ser venezolano mientras el barco se hunde.** Caracas: Punto Cero, 2020. 157 p.

### Referencias cinematográficas

**A PROPÓSITO DE ELLY.** Dirección: Asghar Farhadi. Producción: Simaye Mehr, Mahmoud Razavi, Asghar Farhadi. Guion: Asghar Farhadi, Azad Jafarian. Irán, Francia, 2009. Ficción. 119 min.

**AL OTRO LADO.** Dirección: Fatih Akin. Producción: Fatih Akin, Claus Maeck, Andreas Thiel, Jeanette Würzl. Guion: Fatih Akin. Turquía, Alemania, Italia 2007. Ficción. 122 min.

**EL HIJO.** Dirección: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Producción: Denis Freyd, Arlette Zylberberg, Jean-Pierre y Luc Dardenne. Guion: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Francia, Bélgica, 2002. Ficción. 103 min.

**EL NIÑO.** Dirección: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Producción: Denis Freyd, Jean-Pierre y Luc Dardenne. Guion: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Bélgica, Francia, 2005. Ficción. 95 min.

**EL VIAJANTE.** Dirección: Asghar Farhadi. Producción: Alexandre Mallet-Guy, Olivier Père. Guion: Asghar Farhadi. Francia, Irán, 2016. Ficción. 124 min.

**ÉRASE UNA VEZ EN VENEZUELA.** Dirección: Anabel Rodríguez Ríos. Producción: Sepp Brudermann, Joe Torres, Malu Viana Bastista, Daniel Ruiz Hueck, Arash Riahi, Claudia Lepage, Marc Goldner, Carlos Bustamante, Philippe López Rocque, Guion:

Ricardo Acosta, Marianela Maldonado, Sepp Brudermann, Anabel Rodríguez Ríos. Venezuela, 2020. Documental. 99 min.

**LA PROMESA.** Dirección: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Producción: Jacqueline Pierreux, Jean-Pierre y Luc Dardenne. Guion: Jean-Pierre y Luc Dardenne. Bélgica, Francia, 1996. Ficción. 90 min.

**LA SEPARACIÓN.** Dirección: Asghar Farhadi. Producción: Sievash Aghadiepour, Nagar Eskandarfar, Asghar Farhadi. Guion: Asghar Farhadi. Irán, Francia, 2011. Ficción. 123 min.

**MARÍA EN TIERRA DE NADIE.** Dirección, producción y guion: Marcela Zamora. México, El Salvador, Guatemala, 2011. Documental. 86 min.

**PELO MALO.** Mariana Rondón. Dirección: Mariana Rondón. Producción: Marité Ugas, Carmen Rivas, José Ibáñez, Gunter Hanfgarn. Guion: Mariana Rondón. Venezuela, Alemania, Perú, Argentina, 2014. Ficción. 93 min.

**POSTALES DE LENINGRADO.** Dirección: Mariana Rondón. Producción: Marité Ugas, Alberto Arvelo. Guion: Mariana Rondón. Venezuela, 2007. Ficción. 93 min.

**UNA HISTORIA DE FANTASMAS.** Dirección: David Lowery. Producción: Toby Halbrooks, James M. Johnston, Adam Donaghey. Guion: David Lowery. Estados Unidos, 2017. Ficción. 92 min.